

**INVESTIGACIONES  
Y TEORIAS  
EN LA  
ARQUEOLOGIA  
DE CHILE**



Mario Orellana Rodríguez



Ediciones del Centro de Estudios Humanísticos

MARIO DE LA TORRE

# INVESTIGACIONES Y TEORÍAS EN LA ARQUEOLOGÍA DE CHILE

CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TECNOLÓGICAS  
INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TECNOLÓGICAS

**Portada:**

Vaso de oro encontrado en Copiapó y reproducido por Medina en  
"Los Aborígenes de Chile".

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TECNOLÓGICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE

1982

*A mi esposa Noelia y a mis hijos  
por su tan necesario apoyo y estímulo constante.*

3488

MARIO ORELLANA RODRIGUEZ

Mario Orellana Rodríguez  
Investigador en Ciencias Físicas y Matemáticas

# INVESTIGACIONES Y TEORIAS EN LA ARQUEOLOGIA DE CHILE

1. Introducción

2.1. Período de la cultura Chacabuco

2.4. Teoría de la cultura Chacabuco

3. Capítulo I: El período de la cultura Chacabuco

4. Capítulo II: El período de la cultura Chacabuco

5. Capítulo III: El período de la cultura Chacabuco

5.1. El Dr. Friedrich Max Müller

5.2. O. Dr. Aureliano Díaz y Nuñez

5.3. El ingeniero Ricardo S. Lavandero

6. Conclusiones: La actualidad del pensamiento de los autores

Centro de Estudios Humanísticos  
Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas  
UNIVERSIDAD DE CHILE  
1982

38243

MARIO ORELLANA RODRIGUEZ

© Mario Orellana Rodríguez  
Inscripción nº 56342, año 1982

INVESTIGACIONES Y TEORIAS  
EN LA ARQUEOLOGIA DE CHILE

Diseño gráfico: Martín Hombauer R.  
Composición IBM: Antonio Becker S.

Condell 272, Santiago

Impreso en los talleres del Departamento de  
Estudios Humanísticos de la Universidad de  
Chile. Av. Ejército Libertador 333, Santiago

Impreso en Chile  
Printed in Chile

## INDICE

	Págs.
1. Prólogo .....	7
2. Introducción .....	9
2.1. Algunas razones para estudiar e investigar la Prehistoria de Chile .....	9
2.2. Necesidad de historiar los orígenes de la ciencia prehistórica y cómo hacerlo .....	12
2.3. Períodos de la ciencia prehistórica en Chile .....	14
2.4. Los científicos y su contexto ideológico .....	18
3. Capítulo I: primer período, antes de 1882 .....	25
4. Capítulo II: segundo período: 1882-1911 .....	53
5. Capítulo III: tercer período: 1911-1940 .....	81
5.1. El Dr. Friedrich Max Uhle .....	87
5.2. El Dr. Aureliano Oyarzún Navarro .....	118
5.3. El Ingeniero Ricardo E. Latcham C. ....	138
6. Conclusiones: La actualidad del problema Tiwanaku .....	161
6.1. Revisión histórica y crítica de la investigación .....	164
6.2. El uso de teorías .....	179
7. Bibliografía .....	187



Don José Toribio Medina, autor de "Los Aborígenes de Chile" (1882)  
(gentileza del Sr. Sergio Villalobos R.)

## 1. PROLOGO

La edición del presente libro, dedicado a un conjunto de estudiosos que hicieron posible el desarrollo de la Arqueología chilena, coincide con el centenario de la publicación del libro de José Toribio Medina: "Los aborígenes de Chile".

Es nuestro deseo, por lo tanto, que estas páginas sean consideradas como un modesto homenaje a la obra y persona de José Toribio Medina.

En especial, los dos primeros capítulos se refieren a un conjunto de investigadores anteriores y contemporáneos de Medina. Las publicaciones de estas personas, de diferentes actividades, hicieron posible que Medina contase con un número importante de informes y escritos, los que unidos a sus propias lecturas e investigaciones, permitieron la publicación de "Los aborígenes de Chile", en 1882.

Se trata, sin lugar a dudas, del primer libro científico de Arqueología y Etnología de Chile.

Los siguientes capítulos de nuestro libro insisten en los llamados clásicos de la Arqueología y Etnología, tales como Uhle, Oyarzún y Latcham. El análisis de las obras de estos grandes investigadores se hace dentro del contexto socio-cultural de su tiempo.

Sobre los investigadores del presente hemos escrito muy poco. Es difícil hacerlo con objetividad, ya que no contamos con la suficiente perspectiva que dan los años. Sin embargo, en diferentes partes y en especial en los capítulos dedicados a los "Períodos de la ciencia prehistórica en Chile" y en el de "Conclusiones", mencionamos algunos nombres, algunos estudios y, sobre todo, problemas y teorías recientes.

Nos interesa, con especial énfasis, mostrar una continuidad científica en el tratamiento de algunos temas desde la primera década del siglo XX hasta nuestros días. Incluso, esperamos que quedará claro en el lector nuestra deuda con muchos estudiosos de fines del siglo pasado, como en el caso especial de Medina. Por último, nuestro deseo más profundo es que estas páginas sirvan a los interesados en la Prehistoria de Chile: ojalá que todos ellos, estimulados por nosotros, puedan conocer en profundidad y valorizar plenamente el gran aporte científico de los primeros arqueólogos y etnólogos que trabajaron y publicaron en nuestro país, como también aprecien el desarrollo teórico de la ciencia que tiene como objetivo conocer el pasado social y cultural más antiguo de Chile.

Santiago, mayo, 1982.

## 2. INTRODUCCION

### 2.1. Algunas razones para estudiar e investigar la Prehistoria de Chile

Desde hace algunos años, la información acerca de las sociedades y culturas prehispánicas y también de las sociedades aborígenes contemporáneas ha crecido en forma considerable. El aumento de los conocimientos sobre nuestros más antiguos antepasados y nuestros connacionales aborígenes ha sido el producto del desarrollo de algunas disciplinas muy específicas. Gracias a investigaciones arqueológicas y con la participación de muchas otras disciplinas afines, conocemos hoy en día la gran antigüedad de los primeros grupos de cazadores y recolectores que habitaron nuestro territorio y las características específicas de muchos otros que vivieron en el Norte, en la costa o en las alturas desérticas, en el centro o en el extremo Sur, desmembrado y frío, de Chile.

Estos resultados de las investigaciones arqueológicas interesan cada vez más a importantes sectores sociales. Las excavaciones, hechas en algunas ocasiones sólo con el fin de salvar yacimientos prehistóricos y, en otras, como resultado de proyectos bien elaborados, son seguidas siempre con gran atención.

Diferentes instituciones de carácter estatal o privadas están comprometidas con el destino de la ciencia prehistórica, y el radio de influencia de Universidades, Museos y Sociedades aumenta cada día más, alcanzando, últimamente, a los diferentes niveles de la enseñanza. Comienzan a modificarse los programas de estudio, acrecentándose el interés por la historia nacional y, por ende, por el más antiguo pasado cultural, el ayer prehistórico.

Buscando razones para comprender el fenómeno señalado surge inmediatamente, como una primera explicación, el deseo de conocer los orígenes de nuestra nacionalidad y, en general, de todo lo que pueda explicar desde el pasado, la actual realidad cultural y social de Chile.

Existe también en algunos la necesidad de desprenderse del presente, recorrer los múltiples caminos del ayer que nos muestran acontecimientos diferentes y, desde allí, retornar a nuestro tiempo, llenos de información y con algo de sabiduría.

La completación de los hechos del pasado, el conocimiento de las culturas más antiguas que se pierden casi en el olvido es, por sí sola, una buena razón para estudiar ese pasado prehistórico. Si a esto se agrega que ese pasado lejano llega hasta nosotros por intermedio de algunos grupos étnicos, de sus culturas, y se incorpora a nuestra "historia" de los últimos siglos, comenzamos a comprender la fuerza y el valor que tienen estas investigaciones. No sólo interesa lo que sucedió sino lo que sigue aconteciendo, no sólo importan las sociedades y culturas del ayer, sino cómo siguen actuando esas unidades sociales en los tiempos más recientes, y, en algunos casos, contemporáneamente a nosotros<sup>1</sup>.

Creemos, sin embargo, que hay también otras razones que explican este creciente interés por conocer los tiempos prehistóricos de Chile. Aunque pueda parecer casi increíble hay también razones estéticas, si así pueden llamarse. Cuando nos sumergimos en el pasado y comenzamos a recrear sus acontecimientos, el historiador, en este caso el prehistoriador, obtiene satisfacciones espirituales muy grandes. Recrear los hechos humanos, la formación de una cultura, la organización de una sociedad, la adaptación de una comunidad en un medio ambiente natural, es también algo bello y produce belleza. Naturalmente que no es la primera vez que se dice que historiar es un arte y que el conocimiento del pasado es una actividad muy delicada que necesita manejar valores estéticos. ¿Qué otra cosa es organizar y presentar coherentemente la vida humana en sus múltiples actividades y matices? Y si esa vida ya no es tal, y por tanto se encuentra en tiempo ido ¿cómo reconquistarla,

---

<sup>1</sup> Nosotros hemos emprendido algunas líneas de investigación relacionadas con la antropología de las creencias, descubriendo cómo antiguas tradiciones, valores y creencias (incluso prehistóricas) se conservan actualmente y se manifiestan en la religiosidad popular y, sobre todo, campesinas. ("Las Creencias religiosas campesinas: una aproximación a la antropología de las creencias" en "Historia y Misión", ponencias, aportes y experiencias del II encuentro de religiosidad popular. Stgo., 1977).

cómo darle una nueva vida si no es con ciencia y arte, con conocimiento, respetando los hechos y configurando una realidad, una totalidad a partir de algunas piezas aisladas?

Creemos también que la relación que surge entre el científico que investiga los tiempos prehistóricos y esos tiempos pasados es bastante profunda.

Por una parte, la relación con el objeto que se analiza, conoce y se incorpora, enriquece el ser mismo del científico. En el investigador, al término de su quehacer, existe plenitud; hay un enriquecimiento interior, producto de la incorporación no sólo de una gran cantidad de datos sino de la totalidad del conocimiento aprendido.

Por otra, la relación entre pasado y presente es tan fuerte, tan sólida, que al conjugarse en nosotros el tiempo se hace uno solo en nuestro ser. Esta unidad entre ayer y hoy permite, además, replantear la posición de la prehistoria como ciencia y el objetivo último de ella.

En primer lugar, todo pasado fue presente; así, el estudio de las culturas pasadas y de ciertos momentos históricos es simplemente análisis de presentes. Ciertamente, "presentes idos", pero al fin y al cabo presentes. La historia y la prehistoria como disciplinas científicas se convierten así en ciencias del presente.

Pero la relación existente entre el pasado y el presente es tan poderosa como la de presente y futuro. ¿Acaso no estamos constantemente diseñando el futuro, pensando en él?

El presente podría también, fuera de otras acepciones, definirse como el tiempo que programa el "tiempo por venir". Si esto es así, el estudio del pasado, que es por definición nuestra el análisis del presente, se convertiría en la ciencia que quiere conocer cómo se programó el futuro. La Prehistoria no sólo es una ciencia del presente ido, sino también, la ciencia que conoce el futuro gracias a la cohesión ontológica de los tres tiempos, pasado, presente y futuro<sup>2</sup>.

Pero más que una nueva definición de nuestra ciencia, lo que nos importa es acentuar el conocimiento científico del pasado y su relación íntima con los otros tiempos.

Las experiencias humanas que intentamos conocer no pertenecen sólo al pasado; son nuestras, son actuales, porque fueron presente y

<sup>2</sup> Sobre esta temática véase nuestro trabajo: "El aporte de Teilhard de Chardin a la investigación de los hechos futuros", en *Estudios Sociales*, N° 8, 1976, C. P. U. Stgo., Chile.

nunca dejaron de serlo. Y si alguna vez la erosión del tiempo nos hizo creer lo contrario, nuestras herramientas arqueológicas han vuelto a dejar las cosas en su verdadero lugar.

Por todo lo anterior, el pasado cultural y social de nuestro país merece estudiarse y ser conocido por todos; en primer lugar, por el valor intrínseco del mismo pasado que en un momento fue presente, por las culturas y sociedades, por los hombres, por los dolores y alegrías del ayer, pero también por nosotros mismos, por lo que nos enriquece en el conocimiento de nuestro presente y futuro, por la belleza que nos da y por lo que nos completa interiormente en el plano individual y social.

## **2.2. Necesidad de historiar los orígenes de la ciencia prehistórica y cómo hacerlo**

Al haber claridad en el valor de los conocimientos que entrega la arqueología prehistórica, se puede orientar el pensamiento hacia la búsqueda del origen de la ciencia que nos interesa y que consideramos valiosa.

Desde hace años hemos manejado la idea, como cualquier otro historiador de la ciencia, de que el estudio del nacimiento de una disciplina es fundamental para una mejor comprensión de su desarrollo, ya que en los comienzos mismos de ella se dan algunas de sus potencialidades futuras. El análisis de los comienzos de la ciencia prehistórica ejemplifica de una manera completa esta hipótesis. Es verdad que una disciplina renace cada cierto tiempo al calor de nuevos marcos teóricos, de importantes descubrimientos y de la presencia de ciertas figuras intelectuales valiosas. Pero esta verdad no contradice otra realidad, la de que la ciencia va desarrollando lentamente los elementos existentes que hicieron posible su nacimiento. Veremos más adelante que los naturalistas, los estudiosos de los aborígenes, los geógrafos y los aficionados a las antigüedades ayudaron a la formación de los estudios prehistóricos. Hoy en día, luego de cien años de investigaciones, se mantienen las grandes y profundas líneas formadoras de nuestra ciencia, alcanzándose, incluso en el presente, una feliz amalgama de las fuentes del conocimiento arqueológico.

No conocemos ningún estudio científico que se dedique al origen y formación de la ciencia prehistórica en Chile. Hay, en cambio, algunos

artículos que tocan parcialmente el tema de "los estudios sobre los indios en Chile". Entre éstos, sobresale el de Gualterio Looser<sup>3</sup>, quien, en 1954, entregó un bien realizado esbozo de estas investigaciones. Mientras él se preocupa de todos los artículos, informes, crónicas, historias, etc., que de alguna manera han dado noticias sobre los aborígenes de Chile, desde el período del descubrimiento y conquista de Chile en adelante, nosotros aspiramos a delimitar rigurosamente nuestra investigación a los estudios prehistóricos o muy próximos a ellos. La madurez que la ciencia prehistórica ha alcanzado en Chile es una buena razón para no confundir campos de conocimiento. Así, nuestra indagación en Chile comenzará en el siglo 19, siglo que, por lo demás, vio en Europa el nacimiento de la Prehistoria como ciencia.

Algunos años de enseñanza de la Prehistoria de Chile nos permitieron introducirnos en el difícil campo de historiador de la disciplina prehistórica. Hubo que revisar muchos documentos y revistas del siglo 19, difíciles de obtener actualmente; hubo que seleccionar aún más. Detrás de nuestra investigación hay un diseño y un modelo que no deseamos ocultar. Manejamos hipótesis y explicamos los hechos de acuerdo, sobre todo, a la información científica que tenemos. Sin embargo, poseemos claridad para darnos cuenta de que "los hechos no hablan solos" y que, por lo tanto, se hace necesario interpretarlos. Naturalmente que nuestra visión del origen de la Prehistoria de Chile discrepará de otras que, de manera ligera, se han escrito<sup>4</sup>. No manejamos un único marco conceptual y, por tanto, confiamos en ser más justos con nuestros primeros prehistoriadores.

No es tarea fácil explicar cómo se investiga el origen de una disciplina. Nosotros partimos de algunos hechos, tales como el comienzo de las investigaciones sobre los aborígenes de Chile en la segunda mitad del si-

---

<sup>3</sup> G. Looser: "Esbozo de los estudios sobre los indios de Chile". Imprenta Universitaria, Santiago, 1955. Se trata de un apartado de la Revista Universitaria, año XXXIX, N° 1, 1954.

<sup>4</sup> Véase, por ejemplo, a Julio Montané: "Apuntes para un análisis de la Arqueología Chilena", Revista Rehue, N° 4, 1972, en donde, aunque el autor no lo haya deseado, se deslizaron algunas páginas de carácter panfletario y, sobre todo, una posición muy exageradamente unideológica (materialista histórica). Por lo demás, el tratamiento que hace de Latcham, Oyarzún y otros, es de un subjetivismo inaceptable en un hombre de ciencia.

glo 19. Este hecho es coincidente con otros producidos en Europa, como el desarrollo de la Prehistoria como ciencia en el decenio 1860.

Luego de saber cuándo comenzaron los primeros estudios del pasado cultural prehispánico, investigamos *quiénes* fueron los estudiosos que demostraron interés por escribir y publicar. Era fundamental saber *a qué áreas del conocimiento pertenecían*, ¿a las históricas? ¿a las ciencias naturales? ¿o eran meros coleccionistas?

El conocimiento de las disciplinas a que pertenecían los fundadores de los estudios arqueológicos nos permitió construir una hipótesis. Ella explicaría la aparición de la nueva ciencia como un resultado de la amalgama de intereses de científicos que, pertenecientes a diferentes disciplinas (naturales e históricas), se vieron entretados a un conjunto nuevo de objetos que no formaban parte de sus campos de investigación. La necesidad de enfrentarse a ellos los llevó a escribir informes, fundar sociedades, revistas, hacer síntesis que no podrían ser situadas en los campos de sus ciencias, conocidas y bien definidas. Naturalmente que en Chile la situación no fue la misma que en Inglaterra y en Francia. Allí se inventó la Prehistoria, en Chile se la adoptó, aunque en forma casi coetánea con Europa.

### 2.3. Períodos de la ciencia prehistórica en Chile

De acuerdo a nuestra información, el desarrollo de la ciencia prehistórica puede historiarse según ciertos hitos fundamentales, que en algunos casos corresponden a la presencia de uno o más científicos que influyeron notablemente en determinado período, a la aparición de algunas publicaciones importantes y, por último, a la organización de instituciones universitarias o de otro carácter, de reuniones científicas relevantes o de proyectos de programas de investigación de gran aliento. La aparición de nuevos investigadores, publicaciones e instituciones especializadas debe ser considerada, también, producto de un desarrollo social, de un proceso de maduración cultural que prepara poco a poco una nueva realidad intelectual. Así, cuando la situación socio-cultural madura e, incluso, eclosiona, son posibles las conjunciones de varias figuras y la formación de una nueva realidad científica. Por esta razón en cada período, sobre todo al final, se dan los elementos que anuncian el si-

guiente. Así, las fechas nunca son exactas y debe considerárselas como solamente aproximadas.

Aunque es difícil periodificar una ciencia debido, entre otras razones, a que muchos investigadores sobrepasan los límites de una etapa y pertenecen también a la siguiente, reconocemos cinco períodos entre mediados del siglo pasado y nuestro presente.

El *Primer período* (1842-1882) abarca, en líneas muy generales, los años anteriores a la formación de la Sociedad Arqueológica en Santiago (1878), a la publicación del número único de la Revista de la Sociedad Arqueológica (1880) y sobre todo, a la aparición del libro "Los aborígenes de Chile", de José Toribio Medina (1882).

Estos tres acontecimientos mencionados sólo pueden explicarse si investigamos los antecedentes de ellos en el siglo 19. Por esta razón este período no tiene un comienzo exacto desde el punto de vista cronológico, excepto el que da su ubicación en el siglo pasado. Podríamos postular que un interés próximo al científico, aunque sin prever aún la existencia de una nueva ciencia, surge en Chile desde el movimiento intelectual de 1842. Desde aquí en adelante se hacen en nuestro país muchos estudios y publicaciones que se van acercando poco a poco a los objetivos y fines de las ciencias antropológicas y, en especial, de la arqueología. El libro de Medina es un resultado, una consecuencia de muchas expediciones e informes efectuados entre 1842 y 1882 pero, a la vez, el inicio de algo nuevo, una nueva etapa de los estudios arqueológicos y en general antropológicos en Chile.

El *Segundo período* (1882-1911) es, tal vez, uno de los más ricos desde un punto de vista intelectual y científico; se da en un país que viene saliendo de una guerra, pero que cada día enriquece más sus conocimientos, tanto de su realidad como del mundo exterior. Es el período que ve surgir las sociedades científicas, cuyas actas se escriben en francés y en alemán, que ve desplegarse un sinnúmero de actividades literarias y culturales y que conoce el nacimiento de varias disciplinas (lingüísticas, antropología física, folklore). Lo hacemos terminar con la llegada de Max Uhle a Chile (1911); y, naturalmente, la presencia del sabio alemán implica el comienzo de un nuevo período, el *Tercero*, que alcanzaría hasta la década de 1940. Esta tercera etapa es de una riqueza notable; en ella despliegan su enorme actividad científica un conjunto de especialistas en las ciencias del hombre: Latcham, Oyarzún, Gu-

sinde, Guevara, Capdeville, Schneider, Strube, Looser, además de Uhle.

Muertos Capdeville, Guevara, Latcham, y con bastante edad Oyarzún, comenzó en los primeros años del 40 un nuevo período, el *Cuarto*, que ve surgir lentamente algunas figuras aisladas, tales como Francisco Cornely, Grete Mostny y Jorge Iribarren que, cerca de 1950, enriquecen los estudios arqueológicos de Chile. Estos años son contradictorios; por un lado, investigadores nacionales, algunos de los cuales (caso de Looser) provienen del período anterior, trabajan prácticamente solos y con limitaciones teóricas y metodológicas; por otra, la presencia de investigadores extranjeros, especialmente la de Junius Bird, que aportaron nuevas técnicas de excavaciones y nuevos marcos teóricos.

El investigador norteamericano Bird, muerto recientemente, es sin lugar a dudas, uno de los científicos más relevantes de la Arqueología americana y también chilena. Sus publicaciones, especialmente en la década de 1940, son ejemplos metodológicos y teóricos que rindieron sus mejores frutos en la década de 1960. Sus excavaciones, especialmente en el Norte de Chile, permitieron confeccionar un cuadro de sucesivas culturas precolombinas, haciendo uso de los criterios estratigráficos, ergológicos y geográficos, que se apartó de los cuadros de Uhle y Latcham apoyados en criterios étnicos y en los datos obtenidos en excavaciones de cementerios.

El cuadro cronológico de Bird fue fruto de excavaciones de basurales y conchales, en donde se controlaron rigurosamente todos los hallazgos mediante el método estratigráfico.

Como se concluye de la lectura de diferentes arqueólogos de las décadas del 40 y 50, la arqueología chilena manejó indistintamente dos secuencias culturales y cronológicas sin poder ponerlas de acuerdo o, por lo menos, sin definir cuál de ellas era la más próxima a los hechos científicos.

De esta manera, la arqueología que surgirá en la década de 1960 deberá resolver esta situación de aparente contradicción, dándole la razón a Bird en muchas ocasiones, sobre todo en lo que se relaciona con las arqueologías del interior del norte de Chile.

La otra figura que surge a mediados de la década de 1950 es la del sacerdote Gustavo Le Paige, S. J., también recientemente fallecido. Su obra significativa en la región de San Pedro de Atacama pertenece al Quinto período y más reciente de la Arqueología Chilena; ella es fundamental para explicar una serie de líneas de desarrollo de investigaciones

que surgen en las décadas del 60 y 70. Además el sacerdote Le Paige constituye un puente entre antiguos métodos y teorías antropológicas y nuevas investigaciones. A él debemos la permanencia de conceptos propios de la arqueología del Tercer período (1911-1940), como también la aparición de un nuevo campo de estudios: el precerámico de San Pedro de Atacama. Sus centenares de excavaciones de cementerios enriquecieron los contextos arqueológicos de la cultura San Pedro (Atacameña), permitiendo que ella sea mejor conocida hoy en día.

En este Cuarto período destacan también los libros del Sr. Francisco Cornely, Director del Museo de La Serena, "Cultura Diaguita Chilena y Cultura de El Molle" (1956) y de Grete Mostny, "Culturas Precolombinas de Chile" (1954), por sus esfuerzos de síntesis al presentar las características generales de las culturas del Norte Chico y las Culturas prehispanicas a lo largo de Chile. En la investigación monográfica y regional son importantes los trabajos de Jorge Iribarren, por tantos años director del Museo Arqueológico de La Serena, y la publicación de Stig Ryden, en 1944, sobre la arqueología de la región del río Loa.

En la década del 50, se comienzan a organizar centros de investigación universitaria (Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile), a sistematizar las investigaciones, y se vuelve a contar con la presencia de profesores extranjeros, como R. Schaedel, W. Mulloy, O. Menghin y otros, que ayudan a la mejor formación de la nueva generación que principia a figurar desde 1955. Sin embargo, es en 1960 cuando se puede decir que se origina el *Quinto período* de la Arqueología de Chile. Se organizan reuniones científicas, se crean sociedades, se ofrecen planes de estudios universitarios con mención en Arqueología y surgen alrededor de una docena de investigadores, todos los cuales publican y destacan. Actualmente vivimos este Quinto período y no nos corresponde historiarlo de manera detallada ya que formamos parte de él.

De todos modos es necesario señalar que este último período comienza a generar una problemática parcialmente nueva que encuentra a sus exponentes más representativos en los egresados universitarios, y que se expresa por un deseo de utilizar modelos explicativos según el gran marco teórico de la "Arqueología Nueva".

Sin embargo, no nos parece justo apartar a estos aún escasos nuevos arqueólogos de sus maestros de la década del 60, sobre todo porque éstos aún investigan y utilizan las más recientes hipótesis explicativas.

Además, otro rasgo que deberá tomarse en cuenta es la crisis que vivieron las disciplinas sociales en la década del 70, influyendo ello también en las ciencias antropológicas y, en especial, en la Arqueología Prehistórica. Esta situación se ha manifestado en los círculos universitarios, produciendo una disminución de las actividades de investigación y de publicación.

Por todo lo anterior, parece prudente mantener el Quinto período sin crear uno nuevo, tomando en cuenta, eso sí, las diferentes características, por lo demás contradictorias, de la actual situación.

De estos cinco períodos nos parece posible historiar con objetividad los tres primeros, centrandó la investigación en algunas figuras selectas. Así las personalidades de Medina, Barros Arana, Uhle, Latcham y Oyarzún, serán la espina dorsal de la presente historia. Junto a los datos biográficos intentaremos reconstruir cómo escribieron ellos sobre las culturas prehistóricas y sobre los actuales pueblos aborígenes. Conocer sus publicaciones científicas es adentrarse en sus métodos y teorías, en sus descripciones e interpretaciones y, sobre todo, en sus problemas y discusiones.

Sólo nos queda esperar que otros estudiosos completen nuestra investigación, principalmente para las últimas décadas y, en especial, para los últimos períodos<sup>5</sup>.

Sin embargo no deseamos terminar estas reflexiones introductorias sin referirnos antes a *las relaciones existentes entre los científicos y su contexto ideológico*.

#### 2.4. Los científicos y su contexto ideológico

Cualquier intento para explicar, en Chile, las tendencias teóricas actuales de la Prehistoria, nos conduce hacia la búsqueda de los paradigmas ideológicos de la sociedad chilena y, también, hacia los valores, creencias y conceptos intelectuales de los especialistas.

---

<sup>5</sup> Carlos Thomas W. en su tesis de Licenciatura: "Revisión crítica de la Arqueología chilena entre 1960-1970: aspectos teórico-metodológicos", 1977, reflexiona acerca de los cambios producidos en el Quinto período de la Arqueología Chilena. También M. Rivera (1980) en "Temas antropológicos del Norte de Chile" discute acerca de algunas teorías recientes que tratan de explicar el desarrollo cultural del norte árido.

Las ideas matrices, los conceptos principales de las ciencias, incluso, las ideologías y creencias que se manejan en nuestra sociedad, en diferentes niveles y círculos de ella, explican los cambios de enfoque teórico de la disciplina prehistórica.

La exposición histórica de los estudios prehistóricos en Chile muestra, sin lugar a dudas, de qué manera las tendencias generales del pensamiento culto y popular, los conceptos propios de los científicos y la atmósfera ideológica intervienen en la orientación de la disciplina. Así, por ejemplo, hace 15 años atrás, en nuestro país, una de las acusaciones más graves dirigidas a un estudioso de la Prehistoria era motejarlo de ser un descriptor de artefactos, un arqueógrafo. Con esto se pretendía denunciar la ausencia de "logos", de visión, de teoría en los estudios prehistóricos. ¿Qué había detrás de estas denuncias? Las características ideológicas de la sociedad nacional de esos años llevaban a muchos estudiosos y aficionados a expresar un paradigma ideológico materialista y, por lo tanto, la teoría, la visión que explicaba los hechos del pasado era el materialismo histórico. Toda otra explicación, todo otro esfuerzo intelectual por comprender la realidad socio-cultural, era condenada con diferentes epítetos. La profunda ideologización de nuestra sociedad, a fines de la década de 1960 y comienzos de 1970, había alcanzado a los hombres de ciencia, especialmente de las ciencias sociales, y se expresaba en la teoría arqueológica y antropológica de la mayoría de los estudiosos.

También en otros países se vivía esta ideologización, en donde las teorías materialistas ocupaban un lugar importante; en general, se acusó a las ciencias del hombre de ser hijas espúreas de las políticas imperialistas y a sus representantes, de ser agentes del Imperialismo Capitalista. Toda la biografía especializada prueba que desde 1968 se inició una intensa discusión entre la Antropología liberal y la llamada, por Gunder Frank, Antropología de la liberación.

Sin embargo, si queremos buscar los antecedentes de esta situación, no nos podemos quedar sólo con los aspectos más llamativos, de tipo ideológico-político. Detrás de la polémica política se encuentra una discusión epistemológica de profundo significado.

Debemos colocar nuestra atención en los primeros decenios del siglo 20, cuando se producía, por influencia de muchos filósofos, todo un cuestionamiento de la organización del conocimiento científico que influyó poderosamente en las ciencias sociales. La concepción imperante

en la actualidad, de que la Arqueología y la Prehistoria no deben preocuparse de los elementos aislados de la cultura, sino que deben alcanzar la reconstrucción de antiguas sociedades, aspirando a la explicación total del sistema socio-cultural que se investiga, es un ejemplo de cómo las tendencias teóricas dominantes de las ciencias sociales han influenciado en nuestras disciplinas.

Incluso desde 1970 adelante se han expresado diferentes opiniones sobre los cambios epistemológicos que viven la Arqueología y la Prehistoria, centrandose la discusión entre la "Vieja Arqueología" y la "Nueva Arqueología". En este intenso intercambio de opiniones que se ha efectuado en la década de 1970 podemos observar también la presencia ideológica del materialismo cultural, que va de la mano con el materialismo histórico (en Estados Unidos, el caso de Paul S. Martin).

Pero lo más interesante, en nuestra búsqueda de relaciones teóricas entre el movimiento epistemológico representado por la Escuela de Viena o Positivismo Lógico (Carnap, Hempel) y las Ciencias Sociales, es la visualización de varios supuestos positivistas que han influenciado en los "nuevos arqueólogos". Martin ha escrito: "Nuestro objetivo último en la antropología y la arqueología es formular leyes de dinámica cultural y buscar las tendencias y las causas del comportamiento humano y... hacer predicciones probables". La afirmación de este mismo autor de que "las hipótesis se formulan o se inventan para dar cuenta de los hechos observados y no al revés", lo hace deudor de Hempel.

Otro aspecto es que el Positivismo Lógico ha influido entre los nuevos arqueólogos cuando los representantes de esta Escuela (como Neurath, Hempel, Kuhn) han señalado la armonía que debe existir entre las hipótesis levantadas en un trabajo científico y las teorías científicas de la época. Incluso esta línea de pensamiento ha llevado a algunos de los filósofos mencionados a apartarse del empirismo absoluto para insistir en el valor de la hipótesis, en cuanto ella no debe entrar en contradicción con lo conocido científicamente.

Esta última reflexión nos lleva a insistir en nuestros puntos de vista, puesto que la relación entre teoría arqueológica no sólo se da con las otras teorías científicas sino también con las concepciones sociales existentes, incluyendo ideologías, creencias, opiniones, etc. Por esta razón pensamos que las nuevas perspectivas de la Prehistoria en nuestro país necesitan, también, ser explicadas por las tendencias teóricas y por las ideologías socio-culturales y políticas imperantes. Muchas creencias

sociales (populares) han permitido el triunfo o el fracaso de una explicación científica (o aparentemente científica). Toda la historia de la investigación del Hombre y de sus culturas está llena de ejemplos, y en nuestro país también se encuentran. Así, por ejemplo, la teoría de la Unidad Racial del Chileno campeó por más de 50 años en los estudios históricos y antropológicos y en la enseñanza de todos los niveles, a pesar de que ya en 1908, y luego en 1928, Ricardo E. Latcham había protestado y rechazado tal conclusión, debido a que no tenía apoyo empírico. Recordamos que en la década de 1950, cuando estudiábamos Historia de Chile en la Universidad, se nos enseñó que nuestro país, con excepción de algunos grupos de indígenas, era racialmente homogéneo. Ya en 1875 Diego Barros Arana había escrito: "De esta circunstancia resultó que al paso que la raza primitiva queda confinada a una estrecha porción de territorio, la población que consta ahora de más de 2.000.000 de habitantes, es compuesta de descendientes europeos, de sangre pura, esto es, blancos como los individuos de la raza caucásica, o de la descendencia que ha resultado de la mezcla de los europeos y de los indígenas, descendencia compuesta de hombres más o menos blancos, pero que poseen todos los caracteres físicos y morales de la raza blanca".

Cuando en 1908 Latcham presentó su estudio sobre "Antropología Chilena" al 4º Congreso Científico, preguntó por qué se defendía la teoría de la Homogeneidad Racial, contestando que los cronistas e historiadores coloniales habrían insistido en la existencia de una lengua común que se hablaba a lo largo de Chile (desde Aconcagua a Valdivia); esto habría llevado a la conclusión de la presencia de un solo pueblo a la llegada de los españoles en el siglo XVI. Dicho de otra manera, Barros Arana, apoyado en otros estudios, habría sobrevalorizado el criterio lingüístico en detrimento del antropológico. Obviamente que Latcham tiene razón, pero su explicación es insuficiente. La razón de que una teoría perdure tantos años y tenga, así, éxito social, se debe también a que ésta satisfacía aspiraciones, valores, creencias populares. El positivismo de Barros Arana no lo libró de la atmósfera socio-cultural de fines del siglo pasado y que continuó en parte del siglo 20. El orgullo nacional de tener vinculaciones estrechas con Europa, de sentirse, incluso, los representantes de Europa en América; el predominio en los grupos más intelectuales de la cultura francesa; la creencia en la relación raza blanca - progreso intelectual - progreso económico; el sentimiento

triumfalista después de la Guerra del Pacífico; la pacificación de Araucanía, etc., hacían de los chilenos una nación que exigía una unidad socio-cultural, que por esos años se expresaba en el concepto de unidad y de homogeneidad racial.

Probablemente el éxito social de la teoría de Barros Arana puede explicarse también con otros datos, tales como la importancia intelectual de su expositor, gran historiador, gran académico, e incluso figura internacional. Pero lo realmente significativo, desde nuestra perspectiva, fue, sin lugar a dudas, la relación existente entre la teoría y la ideología y los valores aceptados por grupos sociales importantes. Por lo demás, la influencia de una concepción racista en historiadores chilenos penetra hasta mediados del siglo XX con la obra de Encina; y, por otra parte, el desprecio del aporte indígena al proceso de desarrollo de la historia de Chile se muestra en historiadores como Jaime Eyzaguirre, que enfatiza el valor de lo europeo y en especial de lo español en la formación de la cultura nacional.

Sin lugar a dudas, el Evolucionismo Darwiniano empapó ideológicamente a muchos estudiosos chilenos; por ejemplo a Diego Barros Arana. A consecuencia de la imagen que presenta Barros Arana del grado de cultura de los indígenas del extremo sur de Chile, que se apoya en las descripciones que hace el joven Darwin en 1835, surgió en Chile a comienzos del siglo XX una posición ideológica antagónica que hizo uso de los conceptos de la teoría "histórico-cultural", profundamente anti-evolucionista, y que se expresó en los artículos y libros del sacerdote y etnólogo Martín Gusinde. Entre estos dos extremos explicativos se sitúan otros investigadores tan importantes como Ricardo E. Latcham, quien se aparta de los darwinistas y de los creacionistas para declararse partidario de los hechos y mostrar así su posición empirista inglesa. En 1909, en la Introducción a su extenso estudio "Antropología Chilena" escribió: "Hasta ahora no había hecho más que anotar todos los hechos que se me presentaban, y que versaban sobre la antropología de Chile, su arqueología y prehistoria... en algunos casos no he hecho más que dejar constancia de los hechos; y si en algunas partes he indicado lo que me ha parecido una opinión razonada, no por eso he querido establecer finalidad, sino simplemente indicar la dirección que la evidencia existente tiende a señalar, dejando al porvenir probar o desaprobar las hipótesis avanzadas".

Ahora bien, cuando nos enfrentamos a estudiosos como Max Uhle, tan importante para la formación de nuestra disciplina, pueden descubrirse matices y orientaciones ideológicas que permiten situarlo en una u otra escuela. Así para Gusinde, Uhle era un especialista que trabajaba con las categorías de la Escuela Histórico-Cultural; para otros, en cambio, era sólo un científico que expresaba las tendencias del desarrollo histórico, e incluso del "particularismo histórico". Sus cronologías, sus cuadros históricos, es decir sus periodificaciones, lo muestran preocupado de encontrar los antecedentes de la civilización pre-colombina y de ordenar en el espacio y en el tiempo las culturas aborígenes y su desarrollo cultural.

Nosotros hemos visualizado una periodificación de los diferentes desarrollos de la disciplina prehistórica en donde se observan algunas tendencias predominantes de acuerdo a las teorías generales de las ciencias sociales e incluso de otras ciencias. Pero afinando cada vez más esta investigación, nos podemos preguntar hasta dónde los trabajos arqueológicos efectuados en las primeras décadas de nuestro siglo tuvieron o no una tendencia descriptiva. Tras la aparente descripción y anotación objetiva de los rasgos culturales, ¿no había una explicación o no se expresaba veladamente una tendencia teorizante? Es posible que la descripción (y así lo creemos) haya predominado en estudiosos como Barros Arana, Medina y otros; pero no hay que olvidar que en las décadas de 1870 y 1880 campeaba el Darwinismo y por oposición se organizaban otras explicaciones culturales. Incluso la bandera del cientificismo, levantada por el Positivismo, ¿no era una filosofía que rebasaba ampliamente el estudio de los fenómenos y hechos? Y el declarado factualismo de Latcham ¿no estaba apoyado en las tradiciones empiristas inglesas?

La síntesis entre observación y conclusión, entre descripción y explicación se ha dado, de diferentes maneras, en los períodos de la Ciencia Prehistórica. Nunca se ha dejado de describir y de explicar; sólo cuando se ha perdido el equilibrio entre descripción y teoría se producen situaciones de crisis, que más de una vez se han vivido en nuestro país. Incluso, en nuestro presente, tenemos a veces la oportunidad de leer estudios en donde encontramos un recargo de explicaciones y ausencia de información empírica. Así se llega epistemológicamente a un extremo opuesto de lo ocurrido hace 50 o más años atrás.

Aparentemente lo investigado hasta ahora muestra un crecimiento de trabajos de campo a lo largo de los 100 años transcurridos desde la publicación de "Los aborígenes de Chile" de José Toribio Medina, que se organizó, especialmente, con la información obtenida de "viejos pergaminos", de antiguas relaciones y de los cronistas de la colonia. Sin embargo, de nuevo, las tendencias no se presentan claras; hay años de intensa actividad de campo o de estudios de museos y hay otros caracterizados por muy pocas investigaciones de terreno. La explicación de estos altibajos en las excavaciones, y en general en los trabajos de terreno, no se encuentra sólo en la mayor o menor capacidad económica de los investigadores y de las instituciones que los patrocinan, ni tampoco en la mayor o menor expedición de las estructuras administrativas y académicas, sino que hay que buscarla en las tendencias teóricas predominantes e incluso en las opiniones sociales que existan sobre el valor de las ciencias y de las investigaciones relacionadas con ellas.

Cuando en 1916 el Dr. Max Uhle vio terminado su contrato, o cuando en 1924 el padre Martín Gusinde abandonó Chile, no había nadie en nuestro país que desconociese el gran valor de estos científicos y sin embargo una evaluación de la situación presupuestaria llevó a las autoridades a tomar una decisión profundamente equivocada para los intereses generales de la ciencia nacional.

Así, una vez más, volvemos a encontrarnos con la influencia preferente de ideologías y teorías en los estudios científicos. De una u otra manera a lo largo de 100 años de investigaciones, el desarrollo de las ciencias del Hombre, en Chile, como también en otros países, ha sufrido el impacto de los paradigmas ideológicos, de las creencias, de las teorías científicas y de las tendencias políticas, sociales y económicas que predominaron a fines del siglo pasado y de las que actúan en el siglo veinte.

### 3. CAPITULO I

#### PRIMER PERIODO: ANTES DE 1882<sup>6</sup>

A comienzos del siglo XX, en 1906, Carlos Porter publicó un estudio sobre la literatura antropológica y etnológica de Chile, en donde informó de la existencia de 72 artículos publicados en periódicos y revistas desde el año 1843 relacionados con estas nuevas disciplinas. Pocos años más tarde, en 1911, el mismo Porter presentó, en su "Biblioteca Chilena de Antropología y Etnología", un número superior a las 200 publicaciones. Esta investigación bibliográfica del Director del Museo de Historia Natural de Valparaíso fue en parte posible gracias a la ayuda que le prestaron Ramón Laval, de la Biblioteca Nacional, Alejandro Cañas Pinochet, que puso en sus manos "libros y artículos raros", y Ricardo Latcham, un inglés que comenzaba a destacar en las disciplinas antropológicas. El propio Latcham, buen amigo de Porter, le escribió el Prólogo, en donde se quejaba de lo poco que se conocía de la literatura antropológica y etnológica. Según Porter, "otro tanto puede decirse de la arqueología y de la Prehistoria del país. Salvo por algunos párrafos aislados en las obras de diversos autores y uno que otro tratado sobre un punto especial, casi nada se sabe de estas cosas"<sup>7</sup>. Así la arqueología y la prehistoria, "esa rica fuente que tanta luz nos daría sobre los orígenes de las antiguas razas del país", se encontraban muy descuidadas; la situación le parecía lastimosa y casi "inverosímil, en un país culto".

---

<sup>6</sup> Este capítulo se apoya fundamentalmente en un trabajo nuestro publicado en 1975, "Comienzos de la Ciencia Prehistórica en Chile", incluido en el libro "7 Estudios — Homenaje de la Facultad de Ciencias Humanas a Eugenio Pereira Salas", Stgo., Chile. Hay separata.

<sup>7</sup> Carlos E. Porter, "IV Congreso Científico" (Primero Panamericano). Trabajos de la III Sección, t. II, pág. 110, Stgo. de Chile, 1911. Este congreso se celebró en Santiago, del 25 de diciembre de 1908 al 5 de enero de 1909.

Sin embargo, en el siglo XIX se habían publicado un importante número de artículos sobre temas que ahora involucramos en los conceptos de etnología y prehistoria, además de varios informes y estudios sobre lingüística y exploraciones de regiones desconocidas, que también daban noticias sobre los aborígenes de diferentes partes del territorio nacional. Pero esto no era todo. Un joven investigador, conocido más allá de las fronteras, publicó a la edad de 30 años un voluminoso libro sobre los aborígenes del país. Esto ocurrió en 1882 y su autor fue José Toribio Medina. Por lo demás, la publicación de Medina no fue, por esos años, el único hecho importante. Entre 1878 y 1882 se concentraron varios acontecimientos que vamos a recordar por orden cronológico.

El 28 de julio de 1878 se reunió en Santiago un grupo de personalidades provenientes de las más variadas actividades con el fin de organizar una Sociedad Arqueológica. Convocados por los señores Luis Montt<sup>8</sup>, Wenceslao Díaz<sup>9</sup> y Demetrio Lastarria<sup>10</sup>, concurren Rafael Garrido<sup>11</sup>, Marcos Maturana<sup>12</sup>, José Toribio Medina, Augusto Orrego Luco<sup>13</sup>, Rodulfo Amando Philippi, Federico Philippi y Augusto Villanueva<sup>14</sup>. Además de este grupo selecto de hombres, estaban en conocimiento del proyecto de crear la Sociedad los señores Francisco Astaburuaga<sup>15</sup>, Gonza-

---

<sup>8</sup> Luis Montt (1848-1909). Abogado, Profesor de Literatura, Diputado, fue desde 1886 hasta su muerte Director de la Biblioteca Nacional.

<sup>9</sup> Wenceslao Díaz (1843-1895). Médico y escritor científico. Decano de la Facultad de Medicina. Jefe de la Comisión Sanitaria en la Guerra del Pacífico.

<sup>10</sup> Demetrio Lastarria (1846-1891). Abogado y político, Ministro en el gobierno de Balmaceda.

<sup>11</sup> Rafael Victorino Garrido (1840-1903). Funcionario público de vasta erudición, conocía cinco idiomas y cultivaba la Filosofía, la Filología y el estudio de las antigüedades. Importante coleccionista de objetos indígenas.

<sup>12</sup> Marcos Segundo Maturana, militar, participó en la guerra de Arauco y en la del Pacífico, en donde tuvo un gran papel (Batalla de Miraflores). Se retiró con el grado de General de Brigada.

<sup>13</sup> Desde 1873 médico cirujano, académico de la Facultad de Medicina. Siguió estudios en Europa y fue discípulo de Charcot. Presidente de la Cámara de Diputados en 1886.

<sup>14</sup> A. Villanueva, ingeniero civil, acompañó a Domeyko en las exploraciones del desierto de Atacama (1872). Terminó su vida dedicado a las actividades bancarias. Murió en 1926.

<sup>15</sup> Francisco Solano Astaburuaga (1817-1891). Diplomático, político, escritor, hombre de ciencia. Conocido, entre otras publicaciones, por su Diccionario Geográfico de Chile (1867). Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades.

lo Bulnes, Pedro Montt, Luis Zegers<sup>16</sup> y Francisco Vidal Gormaz.

En esta sesión preparatoria, "el señor Maturana propuso que se diera desde luego por constituída la Sociedad con las personas que habían adherido a la invitación; i que se designase para presidente y secretario provisorios a los señores doctor Philippi y Montt, y al doctor Díaz para que presente en la próxima reunión un proyecto de estatutos. Así se acordó"<sup>17</sup>.

La primera sesión ordinaria se celebró el 1º de septiembre del mismo año, confirmando como presidente de la Sociedad al científico naturalista Dr. Rodolfo A. Philippi; el Dr. Díaz y el señor Astaburuaga fueron designados Vice-presidentes y secretario el abogado Montt.

Según el artículo primero de sus estatutos, la Sociedad se proponía:

- "Estudiar la etnografía americana en todos sus períodos;
- "Estudiar las lenguas americanas como elemento etnográfico y arqueológico;
- "Estudiar las antigüedades americanas en sus diversas fases y ramos;
- "Procurar la publicación de obras que se relacionen con los objetos anteriores;
- "Publicar una lista de sus trabajos;
- "Hacer adquisiciones i canjes de objetos i obras que se relacionan con su "institución para formar un museo i una biblioteca".

El 1º de enero de 1880, la Sociedad Arqueológica de Santiago, luego de "disipadas por fin las zozobras naturales" de los primeros años de guerra, pudo entregar el primer y único ejemplar de su revista. Su lectura nos entrega una cantidad impresionante de datos, algunos relacionados con las personas que participaban en las labores científicas de la Sociedad, otros referentes a los yacimientos y colecciones de antigüedades que comenzaban a ser estudiados.

En primer lugar, llama la atención un corto artículo en la sección Bibliografía en donde se recogen algunos comentarios hechos al catálogo "Colección de Antigüedades americanas, ídolos, armas, utensilios domésticos, etc., exhibidas por la Sociedad Arqueológica, Santiago; imprenta de la librería del Mercurio, 1978". En este comentario se recuerda que la exhibición "que tuvo lugar en los altos del palacio del Congre-

<sup>16</sup> L. Zegers: Ingeniero y astrónomo (1849-1925). Sucedió a Domeyko en la cátedra de Física, que desempeñó durante 42 años.

<sup>17</sup> Revista de la Soc. Arqueológica de Stgo., pág. 14. Stgo. de Chile, 1880.

so, en unos de los salones destinados a la Biblioteca Nacional, la hicimos para contribuir a las fiestas patrióticas de Septiembre, i fué verdaderamente improvisada. Su catálogo espendido al público como un simple guía, aunque incompleto i lleno de errores tipográficos por las pocas horas en que fué impreso, ha merecido sin embargo el honor de ser incluido en la Biblioteca Boliviana de don Gabriel René Moreno". A continuación, los redactores de la revista copian un comentario del Sr. Moreno: "Sorprendió al público la abundante cosecha de objetos indígenas obtenida en los pocos meses que la Sociedad llevaba de labor. Señaladamente, la parte chilena sobrepujó a la pobre idea que antes se tenía en cuanto a poder formar con ella una colección que brindase margen a estudios prehistóricos. Los estantes 3 i 4 contienen objetos incásicos preciosos, traídos del Perú y de Bolivia"<sup>18</sup>.

Al finalizar estos breves comentarios los redactores de la revista señalaron con legítimo orgullo: "Nuestro catálogo, breve i modesto, como es, tiene el mérito de ser la primera publicación de su género hecha en Chile".

La Revista de la Sociedad se iniciaba con un "Prospecto" firmado por Luis Montt, en donde se expresaba el deseo de impulsar un género de estudios poco cultivado en los países americanos, "i a estrechar los lazos que siempre deben unir a la gran familia americana".

A continuación, venían varios artículos que daban noticias especialmente de algunos artefactos arqueológicos tanto de Chile como de otros países. Así, Nicolás Acosta, de La Paz, miembro correspondiente de la Sociedad, firmaba un artículo titulado "Antigüedades Bolivianas", que estaba acompañado de 2 láminas (I-II). Luis Montt era el autor del artículo "Antigüedades Chilenas", también con dos láminas (III-IV), en donde se daban datos relacionados con excavaciones efectuadas por don Niceto Varas en Chellepin; en Salamanca, Illapel y en Punta de Teatinos, al norte de Coquimbo, hechas por Prudencio Valderrama. Cuenta don Luis Montt que "durante el invierno de 1875, don Prudencio Valderrama descubrió algunos antiguos túmulos de indios pescadores en la Punta de Teatinos al Norte del puerto de Coquimbo, en el departamento de este nombre. Estos túmulos formados como casi todos los que se hallan en el resto de Chile, de tierras i piedras, cuando no han sido desgastados por la lluvia o el arado, tienen la forma de un cono, i su altura,

---

<sup>18</sup> Revista de la Sociedad Arqueológica, ob. cit., pág. 18.

REVISTA  
DE LA  
SOCIEDAD ARQUEOLÓGICA

Tom. I.

Santiago, enero 1.º de 1880.

Núm. 1.

PROSPECTO

La presente Revista aparece para sacar a luz los trabajos de la *Sociedad Arqueológica de Santiago*.

Propónese la Sociedad, siguiendo el programa que en sus estatutos se ha trazado, estudiar las antiguas razas americanas, sus emigraciones, su idioma, su civilización, i reunir principalmente noticias i documentos sobre la raza chilena o araucana, que aun ocupa parte de nuestro territorio, i cuya arqueología está mas a nuestros alcances desentrañar.

Este problema del orijen de los indjenas americanos, ocupó a muchos escritores del siglo dieziseis i dieziseite; pero no preparados del candal científico que él requiere, sin observar los hechos aquí en su mismo teatro, i con criterio no esento de preocupaciones, poco o casi nada puede aprovecharse de sus estudios que, mas o ménos injeniosos, están ya relegados al dominio de las especulaciones sin base de realidad.

La etnografía, nacida en este siglo, casi jeme-la de la filología comparada, debe sus mejores progresos a las asombrosas revelaciones de ésta, i continuando el camino que ella le señale, ha

de seguir arrojando nuevos rayos de luz sobre las emigraciones humanas anteriores a la historia escrita.

De este oscuro período, aunque dispersados por la guerra i soterrados por la mano de los siglos, descúbreñse cada día fragmentos de construcciones, jeroglíficos, pinturas, ídolos, armas, utensilios domésticos i hasta telas; testigos mudos de los acontecimientos de que fué teatro este continente, responden sin embargo a las interrogaciones laboriosas de quien se detiene a examinarlos.

Muchos monumentos, cuya pérdida es quizás irreparable, desaparecieron cuando la conquista. Mas que la ignorancia de los conquistadores, su espíritu caballeresco i su fe exaltada, los llevó a destruir cuanto sonaba a idolatría o podía despertar en el indio el sentimiento nacional; pero se debe tambien al celo de la predicación evanjélica, la conservación en centenares de artes i vocabularios, de los idiomas indjenas que han desaparecido despues al contacto de las cultas lenguas europeas.

Apesar de su rudeza i de sus violencias, es justo reconocer que los conquistadores españo-

Prospecto de la Revista de la Sociedad Arqueológica de Santiago, firmado por don Luis Montt.

dos metros a lo más, correspondía probablemente a la calidad de la persona a que se destinaban. Llevado por esta idea, el señor Valderrama abrió los más altos, i sus esperanzas no salieron fallidas, porque encontró en ellos multitud de objetos, tales como ídolos de greda; cuentas de piedra para collares; agujas de cobre i de hueso; puntas de flechas; pitos de piedra; cucharas de hueso; cántaros i pequeños librillos i platos de greda pintados; anzuelos de cobre; fragmentos de remos petrificados, i muchos otros objetos de uso desconocido”<sup>19</sup>.

El tercer artículo de carácter arqueológico descriptivo estaba firmado por Philippi y se denominaba “Antigüedades Ecuatorianas”. El autor comentaba que se trataba de una colección que posee el Museo Nacional gracias al fraile Benjamín Rencoret, quien la obsequió, y al farmacéutico Sr. Nicolás Fuentes, quien la vendió. Siguiendo el diseño de los anteriores artículos se describían los materiales arqueológicos que aparecían en las láminas (V y VI).

Al dar vuelta las siguientes páginas de la Revista, nos encontramos con dos artículos que no tienen firma de autores: “El araucano antiguo i el araucano moderno” y “La Jeografía antigua de Chile”, que es un listado de nombres indígenas de localidades, pueblos, valles, ríos, etc., de Chiloé. Comenta el autor desconocido<sup>20</sup> de la Jeografía antigua de Chile que “en la generalidad de los casos, los hemos tomado del apreciable Diccionario Geográfico de Chile del Señor Astaburuaga, de los mapas de Pissis; de antiguos historiadores, de títulos de encomiendas; i de expedientes entre partes o escrituras públicas”<sup>21</sup>.

La Revista termina con el resumen de las primeras sesiones de la Sociedad, con la publicación de sus Estatutos, con la transcripción de algunas cartas dirigidas al secretario por distinguidas personalidades que aceptaban ser miembros de número correspondientes (cartas de Domingo Santa María, Benjamín Vicuña Mackenna, Daniel Barros, Bartolomé Mitre, etc.) con la lista de socios, que incluye, además de los ya anteriormente citados, al historiador Diego Barros Arana.

En la última página de la Revista (la 18) hay dos artículos de carácter bibliográfico: uno que se refiere al catálogo de antigüedades, ya comentado por nosotros, y el otro firmado por Philippi e intitulado “Antigüedades Norteamericanas”.

<sup>19</sup> Revista de la Sociedad Arqueológica, ob. cit., págs. 5, 6.

<sup>20</sup> Algunos bibliógrafos atribuyen este artículo a José Toribio Medina.

<sup>21</sup> Revista de la Sociedad Arqueológica, ob. cit., pág. 12.

El tercer acontecimiento de los años 1878-1882 es la publicación del libro de José Toribio Medina "Los Aborígenes de Chile", en 1882. Este libro ha sido abundantemente elogiado y es conocido de muchas personas<sup>22</sup>. Sin embargo, es necesario insistir en algunos aspectos metodológico-teóricos que han sido poco tratados.

Recordemos, en primer lugar, siguiendo a Looser, que "el volumen de Medina es un trabajo de largo aliento, fruto de lecturas dilatadas, de viajes y del estudio de colecciones importantes. En sus cuatrocientas y tantas páginas, recopiló con acierto lo principal que se sabía entonces sobre nuestros indios"<sup>23</sup>. Insistiendo en cómo obtuvo información, Looser recuerda que "recorrió los desiertos de Tarapacá en busca de datos arqueológicos, y mientras se desarrollaban en la Araucanía los últimos acontecimientos de la peligrosa y larga lucha de su conquista y pacificación por las armas de la República, partió a la tierra de los indios para estudiar en el terreno mismo sus costumbres, la organización social y sus creencias. Recorrió a caballo leguas de leguas, yendo de una reducción a otra, desafiando los peligros de los ataques de los indios sublevados"<sup>24</sup>.

Medina tiene conciencia de estar escribiendo un libro que por primera vez trata de los múltiples problemas e incógnitas relacionados con el pasado de los aborígenes de Chile. "El libro que hoy damos al público con verdadera desconfianza, pero no con menos voluntad de auxiliar el descubrimiento de este género de estudios de tanto interés como importancia, adolece, como es natural, de la carencia absoluta de precedentes en este orden, viéndose así el que recorre este camino sin más auxiliar que su propio criterio. Y, a pesar de ésto, se habría dado ya un gran paso si pudiera decirse que las exploraciones en las diversas sec-

---

<sup>22</sup> Don Ricardo Latcham, en 1923, en la Revista Chilena de Historia y Geografía (n. 51, Tomo XLVII, Año XII) se refirió así al libro de Medina: "En resumen, no podemos sino repetir que después de los largos años que hemos dedicado a estos estudios, en nuestro concepto, Los Aborígenes de Chile, escrito por don José Toribio Medina y publicado en 1882, es el libro que ocupa el primer lugar entre los que tratan de estos temas; que su valor científico es tan real hoy como en el día en que se dió a luz; y que por mucho que se escriba posteriormente, jamás perderá su mérito" (pág. 307).

<sup>23</sup> G. Looser: "Los aborígenes de Chile de don José Toribio Medina"; extracto de la Rev. Chilena de Historia Natural, pág. 29, año XXXV (1931).

<sup>24</sup> G. Looser, "Los Aborígenes de Chile, de don José Toribio Medina, ob. cit. pág. 29

ciones de nuestro territorio estaban completas; más, si exceptuamos las colecciones de objetos indígenas de Chile existentes en el Museo Nacional, la que obra en nuestro poder, las que con afanoso tesón y diligente rebusca han logrado acopiar los señores don Luis Montt, don Rafael Garrido, y otras casi insignificantes que existen en Chile en diversas manos, y en los museos de Washington, Berlin y Sévres, puede decirse que todo lo demás yace sepultado en el fondo de las antiguas huacas, o en las entrañas de la tierra”<sup>25</sup>.

La situación de la arqueología nacional en los años que estamos historiando, es vista por Medina con “claros y oscuros”. Sobre todo al comparar los estudios efectuados en otros países como en Perú y Méjico, con los de Chile, sus conclusiones se centran en la pobreza y escasez de los restos arqueológicos de Chile los que, incluso, no son ni conservados debido “a la incuria e ignorancia de nuestros antepasados, y en proporción creciente a medida que las exigencias de la industria o de la agricultura se iban haciendo sentir”. Por otra parte, Medina sabe que todos los pueblos han dejado algún tipo de huellas de su existencia. “Estas huellas de nuestros aborígenes, por regla general es necesario buscarlas en los sepulcros que encierran sus restos desagregados, y después de largas y repetidas observaciones, llegar a una síntesis que nos permita establecer de una manera siquiera aproximada el grado de adelanto que alcanzaron. Este resultado es de ordinario el fruto de la paciente labor de muchos hombres y a veces hasta de generaciones sucesivas, pero como se comprende, para arribar a ese término es necesario comenzar alguna vez, echar los cimientos del vasto edificio para que, más tarde, observaciones nuevamente repetidas y mejor comprobadas, nos conduzcan a verlo acabado de una manera definitiva y completa”<sup>26</sup>.

Según Medina, el estudio de los restos y yacimientos arqueológicos exige la comparación con “las antigüedades prehistóricas” encontradas en otros países.

Así, poco a poco se irán conociendo nuevos datos y los progresos de “la ciencia de la antigüedad” serán una realidad. Para lograr lo anterior, incluso en la mejor forma posible, hay que efectuar otros estudios tales como aquellos “que se derivan del estudio del idioma, que en nuestro caso nos ha sido de gran utilidad; el testimonio de los viajeros respecto

<sup>25</sup> J. T. Medina, “Los Aborígenes de Chile”, pág. 7; Stgo. de Chile, 1952.

<sup>26</sup> J. T. Medina, ob. cit., pág. 6.

de los pueblos salvajes que aún viven o que han existido en un estado semejante al que debió reinar en aquella edad primera del género humano; los dictados de la geología y de la paleontología y el examen comparado y analítico de los cráneos para la determinación de las razas y sus afinidades". Así, con todos estos antecedentes, "tendremos de esta manera diseñado el programa a que ajustaremos nuestros procedimientos, prefiriendo en todo caso anteponer a nuestras propias deducciones las de los hombres eminentes que con tanto criterio y perspicacia se han dedicado en estos últimos años a tan interesantes estudios"<sup>27</sup>.

El libro de Medina puede ser dividido estructuralmente en tres partes; del capítulo I al V se analizan todos los datos e informes científicos que pueden orientarnos sobre los primeros pobladores de Chile y de América, sus costumbres y tradiciones, incluyendo el análisis del nombre de nuestro país. Del capítulo VI al X se encuentra un exhaustivo análisis de la cultura araucana, haciendo uso del máximo de información científica e histórica (etnohistórica, antropología física, estudios de antigüedades, lingüística, etc.); por último, los dos últimos capítulos se refieren a la conquista incásica y en general a la "edad de Bronce"; todo el libro está apoyado no sólo en una completa bibliografía sino en un gran número de láminas, por lo demás excelentes, que enriquecen en gran manera el valor arqueológico de la obra de Medina.

Independientemente de que existan capítulos de Medina que están superados por la investigación, uno no deja de sorprenderse ante la calidad y magnitud de la publicación de este estudioso. ¿Cómo explicarse la aparición de esta obra? ¿Es sólo el producto de una personalidad genial o se apoya en otras investigaciones? Lo expuesto sobre la Sociedad Arqueológica de Santiago y la publicación de la Revista de la Sociedad pueden mostrar que Medina no es únicamente un precursor de la Arqueología chilena, sino que es el hombre producto de un interés creciente por los estudios de los aborígenes; este interés es asistemático y vacilante; y por mucho tiempo siguió teniendo estas características, incluso después de Medina; pero permitió, cada vez más, organizar investigaciones serias y mostrar a lo largo de los años, ya en el siglo XX, la existencia, en Chile, de una segura orientación en los estudios prehistóricos y antropológicos.

---

<sup>27</sup> J. Toribio Medina, "Los Aborígenes de Chile", ob. cit., pág. 7.

Buscando más atrás de los años claves (1878-1882), y al revisar algunas revistas tales como "Anales de la Universidad de Chile", el "Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile" y la Revista Chilena, aparecen algunos artículos y noticias interesantes que ayudan a completar el cuadro de los antecedentes, mostrando a los verdaderos precursores de los estudios que historiamos. Casi milagrosamente surgen los informes sobre nuevas regiones exploradas y sobre sus habitantes, sobre los changos, los atacamas, los araucanos, los fueguinos y también sobre aspectos culturales de la isla de Pascua.

Antes de 1880, el autor que destaca por el número de publicaciones es el Dr. Rodulfo A. Philippi, naturalista de nacionalidad alemana que llegó a Chile en 1851. El Dr. Philippi había nacido en Charlottenburgo, cerca de Berlín el 14 de septiembre de 1808. Estudió medicina en la Universidad de Berlín y se tituló en 1830. Sin embargo, nunca ejerció la profesión de médico. Ya en 1830 había viajado a Italia, efectuando estudios, en Nápoles y Sicilia, de fauna marina y en la geología de las zonas volcánicas. En 1836 publicó su primera obra científica que trata sobre los moluscos de Sicilia.

Desde 1848 adelante participa en labores políticas, siendo nombrado consejero de la Municipalidad de Cassel. Esta misma participación política lo llevó a tener problemas cuando se produjo un cambio de gobierno. Aconsejado por su hermano Bernardo, volvió su mirada a Chile. Ya en Chile, el 7 de octubre de 1853 fue nombrado profesor de Zoología y Botánica de la Universidad de Chile y pocos días más tarde, el 20 de octubre, el gobierno, aconsejado por Andrés Bello, lo designó Director del Museo Nacional. Este científico, cuyas publicaciones alcanzan a 450, también se preocupó por una buena cantidad de temas relacionados con la arqueología americana y chilena<sup>28</sup>. Incluso, su interés se manifiesta por los objetos etnográficos de los indios del sur de Chile. Recuerda el naturalista Bernardo Gotchlich que Philippi se trasladaba en las vacaciones al fundo San Juan, situado al sur del Río Bueno. Con sus hijos colectaba plantas, ejemplares zoológicos y objetos etnográficos pertenecientes a los indios cuncos, que vivían vecinos a las tierras de los Philippi.

En su libro "Viaje al desierto de Atacama", publicado en 1860, manifiesta interés por las costumbres de los changos y los atacamas, como

<sup>28</sup> De acuerdo a nuestras investigaciones, las publicaciones de Philippi, en estas materias, alcanzan a más de 20, distribuidas entre 1860 y 1904.

también menciona todos aquellos restos arqueológicos que le parecen importantes, como las ruinas de Quito, cerca de San Pedro de Atacama, o los petroglifos de Machuca.

Desde que tomó la dirección del Museo Nacional, continuando la labor señera de Claudio Gay, enriqueció las colecciones arqueológicas y etnográficas, sea recolectando personalmente, recomendando el envío al Museo de Santiago de todo tipo de antigüedades, o comprando colecciones procedentes de Chile o de los países vecinos.

Antes de 1876, año de su traslado al palacio de la Exposición Internacional, el Museo Nacional o de Santiago, como también se le llamaba, estaba situado en el segundo piso del local de la Biblioteca Nacional. Se trataba de un edificio de adobe, con dos pisos, cuyo frente tenía unos 35 metros, situado en la calle Catedral esquina de Bandera. Este edificio había sido constituido a partir del gobierno del General Bulnes, expresamente destinados los bajos para la Biblioteca y las oficinas de la Universidad y los altos para el Museo Nacional. Recuerda don Ramón Briceño que "la parte de los altos la ocupaba totalmente el Museo Nacional, y se llegaba a ella por una amplia escalera de piedra incrustada en el centro del ala Sur del edificio". Se abría al público los días jueves y éste concurría en gran número admirando las colecciones de minerales, aves, peces, crustáceos, conchas, insectos, plantas y animales en general, y también algunas antigüedades de los indios de Chile y de diferentes partes de América.

Philippi, como Director, supervigiló el traslado del Museo a uno de los edificios principales de la Exposición Internacional de Santiago. Bajo la presidencia de Errázuriz en 1874, se había ordenado iniciar los preparativos. La Exposición se inauguró el 16 de septiembre de 1875. Concurrieron 28 naciones y el número de exponentes alcanzó a 3.000. Encina<sup>29</sup> recuerda que el solo palacio central, a donde se trasladó en enero de 1876 el Museo, costó \$500.000. La superficie edificada pasó de 8.000 metros y el recinto cerrado abarcó 30 hectáreas.

El naturalista Philippi, además de sus múltiples investigaciones, publicaciones, exploraciones, clases y trabajos en el Museo, se dio tiempo para hacer varias publicaciones de etnografía y de antigüedades y restos arqueológicos.

---

<sup>29</sup> Historia de Chile, T. XV, pág. 447.



Artefactos arqueológicos de la provincia de Atacama (hacha de cobre) y de Chile central (cerca de San José de Maipo) publicados por Thomas Ewbank en 1855.

En 1872 se preocupó de analizar algunos aspectos de la etnografía de los indios jíbaros del Ecuador<sup>30</sup>. En los años 1873 y 1875 colocó su atención en la isla de Pascua, que aún no había sido anexionada a Chile<sup>31</sup>.

Como en el Museo había una colección de antigüedades peruanas incluyendo varias momias, publicó varios estudios sobre algunos de estos restos. Estos artículos publicados en la Revista Chilena y en los Anales de la Universidad fueron escritos en 1875, 1877 y 1879<sup>32</sup>.

En la misma Revista Chilena, en dos ocasiones por lo menos, en 1876 y en 1878, escribió y tradujo artículos relacionados con la descendencia del Hombre y la edad del género humano. En algunas páginas, más adelante, volveremos a estos artículos cuando nos preocupemos de las discusiones originadas en Europa alrededor de la teoría Darwinista.

Visto todo lo anterior no puede extrañar a nadie la importante contribución del naturalista alemán a la organización de la Sociedad Arqueológica de Santiago. El aporte del sabio Philippi no terminó en 1878; ya hemos recordado sus estudios que aparecieron en el primer número de la Revista de la Sociedad. Continuó por muchos años y volveremos a recordarlo cuando estudiemos el segundo período de la historia de la investigación prehistórica (1882-1911).

Junto al gran estímulo que significaba para los primeros estudiosos la presencia de los aborígenes, no debe dejar de tomarse en cuenta que desde el primer momento la investigación de las antigüedades estaba profundamente relacionada con las ciencias naturales. El resto arqueológico se recolectaba como el resto mineral o los ejemplares de la flora; había que clasificarlo, organizar tipos. Los métodos empleados eran los que usaban los naturalistas.

Antes de la presencia de Philippi, otros sabios europeos habían también mostrado interés por los restos etnográficos y las antigüedades. Ellos son Claudio Gay e Ignacio Domeyko.

<sup>30</sup> "Una cabeza humana adornada como dios entre los jíbaros (Ecuador)". Anales de la Universidad de Chile", XLI (1872).

<sup>31</sup> "La Isla de Pascua y sus habitantes". Anales de la Universidad de Chile. Tomo XLIII, 1873. "De la escritura jeroglífica de los indígenas de la isla de Pascua". Anales de la Universidad de Chile, T. XLVII, 1875.

<sup>32</sup> "Algo sobre las momias peruanas", Revista Chilena, T. I, 1875. "Descripción de los antiguos vasos peruanos obsequiados por el coronel Maturana"; Anales de la Universidad de Chile, T. LII, 1877. "Descripción de los ídolos peruanos del Museo Nacional de Santiago". Anales de la Universidad de Chile, T. LV, 1879.

Claudio Gay, que llegó a Chile en 1828 y que fue comisionado por el Ministro Portales en 1830 para hacer una exploración del territorio nacional, poco a poco se adentró en los estudios de la historia natural, de la geografía y de la historia política de Chile. No pudo dejar de preocuparse, también, de las antigüedades chilenas, y es así como publicó, en 1854, dos láminas sobre ellas en su "Atlas" de la Historia Física y Política de Chile.

Además de estas láminas publicó otras seis, bastante conocidas, con escenas de la vida de los araucanos. También en una lámina en donde aparece una vista del puerto de Huasco se pueden ver dos balsas de odres de cuero de lobo infladas.

Las láminas de Gay son un año más antiguas que las que aparecieron en la publicación de la Expedición Astronómica naval de los Estados Unidos al Hemisferio Sur. La publicación norteamericana es de 1855 y, aunque está escrita en inglés, fue bastante importante, incluso porque fue conocida en Chile. El propio Philippi la cita en 1875 en lo que se refiere a los restos arqueológicos de Chile y Perú<sup>33</sup>.

El otro naturalista que merece recordarse es Ignacio Domeyko. Domeyko, geólogo y mineralogista, graduado en Ciencias Físicas y Matemáticas en Polonia y en la Escuela Superior de Minas de París, profesor de la Universidad de Chile, primer Decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas y Rector de ella en 1867, publicó en 1845 un libro sobre la Araucanía y sus habitantes, que hoy día adquiere gran importancia para conocer algunas costumbres de los araucanos de esos años<sup>34</sup>.

Por los mismos años que publicaba Philippi, en el Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, entre 1875 y 1881, aparecieron numerosos in-

---

<sup>33</sup> Esta expedición vino a Chile con el propósito de determinar la distancia de la tierra al sol y de observar desde el hemisferio Sur a los planetas Venus y Marte. Naturalmente que aprovecharon para hacer otros estudios, incluyendo los arqueológicos y etnográficos. La expedición norteamericana fue dirigida por el Teniente J. M. Gillis. En el t. II de la publicación aparecieron varios apéndices sobre Minerales, Pájaros, Mamíferos, Peces, Conchas, Fósiles y Antigüedades. El autor de este informe (con 3 láminas en colores) fue Thomas Ewbank (págs. 111-150). Washington, A. O. P. Nicholson, Printer, 1855.

<sup>34</sup> "Araucanía y sus habitantes", Stgo. 1845. Además de este libro etnográfico, Domeyko se interesó por algunos estudios paleontológicos. Así, por ejemplo, en los Anales de la Universidad, en 1868, T. XXXI, 2º semestre, págs. 369-374, publicó un artículo titulado: "Algunas palabras sobre el terreno en que se hallan huesos de mastodontes en Chile".

formas de expediciones a las regiones del Sur y extremo Sur y sobre la isla de Pascua, en donde se exponían, a veces muy brevemente, algunas costumbres de los aborígenes que habitaban estas regiones. Entre estos artículos son dignos de mención los de Carlos Juliet, de Enrique Ibar Sierra, de Francisco Vidal Gormaz, de Tomás Rogers, de Enrique Simpson<sup>35</sup>.

Antes que el capitán de fragata Francisco Vidal Gormaz fundase el Anuario Hidrográfico, era la Revista de la Universidad de Chile la que principalmente daba a conocer este tipo de informes, además de otros correspondientes a los campos científicos y literarios. Así, por ejemplo, en 1863, Guillermo E. Cook publicó su "Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia" en donde describió las costumbres de los pehuenches, tehuelches y otros grupos de aborígenes de la región.

Así, en la más antigua de nuestras revistas científicas y universitarias se pesquisan artículos de carácter arqueológico o de alguna disciplina afín. Por ejemplo, en 1860, en el mismo año de la publicación de Philippi sobre el desierto de Atacama, Adolfo Fabry publicó una revisión sobre los últimos trabajos relativos a las "antigüedades americanas"<sup>36</sup>.

También dos investigadores europeos deben recordarse por el significado que hoy tienen para la prehistoria de Chile, aunque tratan de la arqueología de Arica que, en esos años, no pertenecía al territorio nacional. En primer lugar tenemos al marino inglés William Bollaert que se radicó en Arica en 1854. Como producto de sus trabajos etnológicos en varios países de América publicó libros sobre antigüedad y etnología in-

---

<sup>35</sup> Carlos Juliet: "Informe del ayudante de la Comisión exploradora de Chiloé y Llanquihue". Anuario Hidrográfico de Chile. 1873. — Tomás Rogers: "Exploración de las aguas Skyving". Anuario Hidrográfico de Chile. 1879. Se describe a los Patagones y sus tolderías. — Enrique Simpson: "Exploraciones hechas por la corbeta Chacabuco en los archipiélagos de Guaitecas, Chonos y Taitao". Anuario Hidrográfico de Chile. 1879. Noticias sobre los Payas, Chonos y Cuncos. — Francisco Vidal Gormaz: "Los descubrimientos del estrecho de Magallanes". Anuario Hidrográfico de Chile, 1879. "Geografía náutica de la República de Chile", 1881. Da noticias abundantes sobre Isla de Pascua, sus habitantes, costumbres, etc. — Enrique Ibar Sierra: "Estudios de la parte austral de la Patagonia". Anuario Hidrográfico de Chile. 1879. Hay noticias sobre antropología física y etnografía de los patagones.

<sup>36</sup> Adolfo Fabry: "Antigüedades americanas. Últimos trabajos a ellas relativos". Anales de la Universidad. Tomo XVII, N. 11, págs. 957, 970. 1860.

cluyendo a Chile<sup>37</sup>. El segundo estudioso es Ernest W. Middendorf (1830-1909) que también vivió en Arica entre 1855 y 1862, haciendo algunos trabajos en esta región.

Como puede apreciarse, poco a poco van emergiendo los principales hitos que nos dan a conocer los antecedentes del creciente interés por los temas antropológicos en Chile. Naturalmente era en Santiago el lugar en donde aparecían diarios y revistas en número importante, se escribían artículos y se dictaban conferencias sobre estas materias. Además de los Anales de la Universidad, fundados en 1843<sup>38</sup> y del Anuario Hidrográfico fundado en 1875, están la "Revista Católica", fundada también en 1843, "El Museo", revista científica y literaria creada por D. Barros Arana en 1853, que tuvo una duración de 2 años con 28 números, la "Revista de Santiago"<sup>39</sup>, fundada en 1855 por Francisco de Paula Matta y sus hermanos Guillermo y Manuel Antonio, la "Revista de Ciencias y Letras", que apareció por primera vez en 1857, dirigida por Antonio Varas, y en donde colaboraron entre otros Domeyko, Courcelle Seneuil, Philippi, Astaburuaga, Pissis y Barros Arana.

Cuenta Encina, en su Historia de Chile<sup>40</sup>, que hacia 1860 los Anales de la Universidad no sólo habían aumentado y dispuesto mejor el material, sino que también habían subido su tiraje a 800 ejemplares.

Algunos años más tarde se funda una nueva revista, cuyos creadores son Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana. Se trata de la "Revista Chilena", ya citada por nosotros y cuyo primer número aparece en 1875.

La mención de Diego Barros Arana debe ser ampliada en este trabajo no sólo porque es un investigador de primer orden en materias históricas, fundador de diarios y revistas, mente crítica, sino porque en ciertas ocasiones excursiona por áreas del conocimiento que se relacionan con nuestras ciencias. Así, además de las páginas escritas en 1884, en su primer tomo de Historia de Chile, que estudiaremos más adelante, existe un trabajo de 1875 dedicado a los conocimientos etnográficos de

---

<sup>37</sup> "Antiquarian, ethnological and other researches in New Granada, Equador, Perú and Chile with observations on the pre-incasial, incasial and other monuments of peruvian nations". London, Trübner and Co. 1860.

<sup>38</sup> Sólo en 1846 apareció el volumen correspondiente al material de los años 1842-1844 y el de 1845 en 1848 (Encina, "Historia de Chile", T. XII, pág. 443).

<sup>39</sup> Hay también una "Revista de Santiago", que apareció por primera vez en 1848.

<sup>40</sup> "Historia de Chile", Tomo XIV, pág. 102.

Chile y que fue publicado por los Anales de la Universidad<sup>41</sup>. En este trabajo se exponen por primera vez algunas ideas de Barros Arana, que posteriormente van a ser muy discutidas, y que se relacionan con la homogeneidad étnica de Chile.

“La jeografía etnográfica del territorio que hoi forma la República de Chile, no ofrece las singularidades que los naturalistas han podido observar en las otras rejiones del nuevo mundo. Los conquistadores europeos no hallaron en él la multitud de razas i de familias marcadas por caracteres distintos i hablando idiomas diferentes, que encontraban en casi todos los países americanos. Así, pues, en la extremidad austral de la América, i mientras en la rejión oriental de los Andes, domada por la Patagonia i las pampas argentinas, habitaban muchas naciones de indios, ocho a lo menos, que hablaban diversas lenguas i se mantenían aisladas entre sí, la angosta pero larga faja de tierras que se extiende al occidente de la cordillera, sólo era poblada por una sola raza, señalada por caracteres análogos i por signos exteriores que hacen presumir la identidad de su origen. Esta raza habitaba no sólo la rejión continental sino también los numerosos archipiélagos que se alzan del seno del océano, a poca distancia de la costa hasta la isla grande conocida con el nombre de Tierra del Fuego”.

Este primer enunciado de Barros Arana, relacionado con la existencia de una única raza, era enriquecido, sin embargo, cuando se postulaba la presencia de dos ramas. “Desde el desierto de Atacama hasta más allá del Archipiélago de Chiloé, esto es hasta la latitud del 44° vivían los indios chilenos, propiamente dichos, todos los cuales tenían costumbres más o menos análogas, i hablaban un mismo idioma, el chileno o araucano. Más al sur todavía, desde el grado 44 hasta las últimas islas que rodean la extremidad austral del continente, viven diversas tribus de indios, que por sus costumbres, su idioma i sus apariencias forman una sola rama...”. Esta rama era la fueguina.

En este mismo artículo, además de describir brevemente a los fueguinos y araucanos, Barros Arana escribe algunas líneas sobre los Chángos, a quienes identifica como “nación de indios de la misma raza que los peruanos, pero que hablaban un idioma distinto”. Ahora bien, si no podemos estar ahora de acuerdo con su teoría de la homogeneidad racial,

---

<sup>41</sup> “Jeografía Etnográfica. Apuntes sobre la etnografía de Chile”. T. XLVII, págs. 5-12; 1875.

no podemos menos de admirarnos por la exacta, aunque breve, caracterización de los changos: "Los changos habitaban la costa del desierto de Atacama i vivían ocupados de la pesca, para la cual usaban balsas de cuero de lobos marinos, tal como se ve en la lámina XVI, página 109 de la relación del viaje de Frezier. Estos indios, que no parecen haber sido nunca muy numerosos, i que vivían diseminados en el litoral bajo tiendas miserables formadas por algunos palos i cubiertas de cueros y de algas marinas, eran intrépidos navegantes y recorrían la costa de Chile hasta la latitud de 36°, i aun parece que se establecieron en algunos puntos..."

Termina el artículo con algunos datos demográficos: la rama pechere o fueguina, tendría unos cuatro mil individuos; la raza moluche o araucana serían 50.000 individuos.

La última conclusión de Barros Arana es: "La raza chilena ha desaparecido; i la lengua de los antiguos pobladores de Chile es absolutamente desconocida en el resto del territorio... Así pues, haciendo abstracción de los cuatro mil fueguinos que habitaban las islas del sur i de los cuarenta o cincuenta mil araucanos, que viven encerrados en una porción reducida del territorio, i que cada día se hace más estrecha, todo Chile es poblado por una sola raza en que predomina el elemento europeo más o menos puro, i en que no se habla más que un solo idioma, el español".

En 1879, en la Revista Chilena, que él cofundara, escribió un artículo<sup>42</sup> relacionado con las últimas exploraciones geográficas en América, en donde se recuerda en especial el aporte de M. Wiener en los conocimientos de la geografía y la arqueología peruana. En este artículo, que es en la práctica una carta enviada a Benjamín Vicuña Mackenna, se manifiesta su gran interés por los estudios arqueológicos y por todos aquellos que permitirán "echar los cimientos de la historia antecolombina, de esa edad llamada prehistórica porque acerca de ella no tenemos documentos escritos para fundar la historia".

En Barros Arana, historiador por excelencia, se aprecia también un gran respeto por el valor y la objetividad de los estudios prehistóricos. Escribe Barros Arana: "Alguien ha observado que esta misma circunstancia, la falta de documentos trazados muchas veces por la pasión o

---

<sup>42</sup> D. Barros Arana, "Últimas exploraciones geográficas en América". Revista Chilena, T. XIII, págs. 465-481. 1879.

por la lisonja que de ordinario, a lo menos por lo que toca a los de los tiempos antiguos, sólo consignan groseras cupersticiones y leyendas disparatadas, que esa circunstancia, repetimos, permite reconstituir la historia de los tiempos más remotos sin nombres de héroes i de batallas más o menos fabulosas, pero con un conocimiento más exacto de la vida de los hombres i de las sociedades que desaparecieron. Cuando se examinan de cerca los grandes trabajos de la arqueología moderna, se encuentra que no es una paradoja desprovista de todo fundamento la opinión de los que sostienen que la historia de los tiempos prehistóricos es la única que no miente, porque está basada en documentos que pueden o no ser completos, pero que no tienen interés ni medios de alterar la verdad"<sup>43</sup>.

El concepto de objetividad propio de una disciplina que obtiene su conocimiento principalmente de los restos materiales, no dejados intencionalmente por antiguas culturas, o de inferencias apoyadas en las observaciones geográficas, geológicas, paleontológicas y antropológicas, ha sido bien señalado por prehistoriadores y arqueólogos de nuestro siglo. Lo curioso y que lleva a admiración es que un historiador, en 1879 y en Chile, bastante alejado del mundo europeo, tenga claridad en el valor de la inferencia arqueológica y respete profundamente los restos materiales del pasado.

Son muchas más las menciones de revistas, conferencias, artículos y publicaciones de libros que deberíamos hacer. Unas y otros prueban que en Chile, en los decenios de Montt y Pérez, y en los quinquenios de Errázuriz y Pinto, es decir entre 1851 y 1881 existe, con todas las limitaciones imaginables, un interés creciente por los informes científicos relacionados con las ciencias naturales, históricas y geográficas. La cantidad de regiones no exploradas aún, las riquezas naturales (botánicas y zoológicas) y etnográficas, y un fuerte deseo de conocer el pasado de Chile llevaba a los estudiosos chilenos a investigar y dar a conocer sus resultados y conclusiones. Todo lo anterior se unía a los grandes descubrimientos e investigaciones que se hacían en Europa y que llegaban a Chile por medio de libros, revistas y diarios. Las discusiones científicas y filosóficas relacionadas con los problemas de la descendencia del hombre eran, por ejemplo, seguidas con apasionamiento por los círculos más cultos de Chile. Los científicos que vivían en Chile no sólo leían, co-

---

<sup>43</sup> Barros Arana: "Últimas exploraciones geográficas en América", ob. cit.

mentaban, sino que también escribieron y tomaron partido. Así, por ejemplo, Rodulfo Amando Philippi en 1876 en la Revista Chilena<sup>44</sup> escribió un artículo sobre los problemas que interesaban en ese momento: la descendencia del hombre y la teoría Darwinista. Es un artículo corto pero lleno de interesantes observaciones y realmente abierto al futuro del darwinismo.

Philippi expone la teoría de la descendencia del hombre y la discute críticamente. Se apoya en las investigaciones de Virchow, que restó valor paleontológico al cráneo de Neander, para señalar: "En todos estos puntos, lo repito, los hombres más antiguos no ofrecen ninguna transición a los monos. A más de eso, Virchow ha establecido como muy probable, que el cráneo de la gruta de Neander deba su conformación anómala a una enfermedad de los huesos, que se observa aun en la actualidad de vez en cuando".

"Los Darwinistas han tenido pues que modificar su teoría; ya no hablan más de la descendencia del hombre de uno de los tres monos antropoides, el gorila, chimpancé i orangután, i buscan el abuelo de nuestra especie en un antropoide hipotético no existente ya en la creación, i cuyos restos se hallarán, según ellos, algún día en alguna parte".

La posición crítica de Philippi es clara, pero lo interesante es su afirmación de que "tan luego como se haya hecho este descubrimiento de un ser realmente intermediario entre los monos i el hombre me haré yo también darwinista". Hasta entonces hace suya la posición crítica de von Bär, famoso descubridor del huevo de los mamíferos y fisiólogo de fama mundial, quien rechazaba la teoría de la selección darwiniana.

Sus comentarios finales son realmente objetivos y justos con la teoría de la descendencia: "aunque yo no soi partidario de la teoría de la descendencia tal como se ha formulado, no quiero por eso rebajar el gran mérito que tiene. Cada teoría nueva hace dar a la ciencia un gran paso adelante, aun en el caso de que sea abandonada o modificada esencialmente".

Otros artículos aparecidos en la Revista Chilena en los años 1877 y 1878 sobre temas relacionados con la teoría de la evolución fueron es-

---

<sup>44</sup> R. A. Philippi, "La Descendencia del Hombre". Revista Chilena, T. VI, págs. 214-218. 1876.

critos por Alejandro González y T. Roldán<sup>45</sup>. El mismo Philippi tradujo libremente un estudio de Federico Afafk titulado "Edad de la tierra y del género humano"<sup>46</sup>.

Junto a los estudios relacionados con la teoría evolucionista, y cuyos estímulos provenían del Viejo Mundo, había otros que encontraban su centro de interés en realidades sociales y culturales más próximas a Chile. Así, por ejemplo, la isla de Pascua, incorporada al territorio nacional sólo en 1888. Hemos ya citado dos artículos de Philippi, y a ellos se agrega en 1875 una traducción de un estudio sobre los jeroglíficos de la isla de Pascua, hecha por el erudito Francisco Solano Astaburuaga. El señor Solano Astaburuaga era muy conocido por su "Diccionario Geográfico de la República de Chile", que había editado en 1868 en la ciudad de Nueva York. Su traducción del trabajo del señor Park Harrison fue leída en la Academia de Bellas Artes de Santiago en junio de 1875. La Academia de Bellas Artes, antecesora del Museo de Bellas Artes, había sido creada en 1849, durante el decenio de Bulnes, fecundo por su desarrollo cultural.

También en otras ciudades de Chile, además de Santiago, se conocieron libros que daban informaciones y a veces estudiaban los indios de Chile. Así, por ejemplo, el Dr. Juan Serapio Lois, publicó en Los Angeles en 1868, un libro sobre los araucanos y sus costumbres<sup>47</sup>.

En Valparaíso, en 1877, se dio a la publicidad por primera vez la Historia del padre Diego de Rosales. La obra del padre Rosales, titulada "Historia General del Reino de Chile. Flandes Indiano", había sido traída de España por el historiador Benjamín Vicuña Mackenna, quien la editó en el puerto con una biografía del autor y notas especializadas<sup>48</sup>.

Este tipo de publicaciones correspondía a una línea de investigaciones que existía en Chile por lo menos desde mediados del siglo XIX. Hay que recordar que en 1861 don J. Pablo Urzúa y Arancibia, fundador del diario El Ferrocarril, había iniciado la Colección de Historiadores y Documentos relativos a la historia nacional. Esta labor de conser-

---

<sup>45</sup> Alejandro González: "Reflexiones sobre la edad del género humano". Revista Chilena, T. VII, págs. 270-280. 1877. — T. Roldán: "El Hombre es o no primate". Revista Chilena, T. VIII, págs. 607-627. 1877.

<sup>46</sup> R. A. Philippi, Revista Chilena, T. IX. 1878.

<sup>47</sup> "Los araucanos y sus costumbres". Imprenta del Meteoro. Los Angeles, 1868.

<sup>48</sup> "Historia General del Reino de Chile", 3 tomos. Valparaíso, 1877.

var y dar a conocer las crónicas y los documentos más importantes había sido iniciada por Claudio Gay y, en parte, las primeras publicaciones de la "Colección de Historiadores y Documentos" correspondía a documentos y textos conocidos y utilizados por el erudito francés.

El primer volumen contenía las cinco cartas de Valdivia al emperador, publicadas por Gay, y el primer libro de las Actas del Cabildo de Santiago.

La publicación de la Colección de Historiadores prosiguió hasta 1865. Fue reanudada por Luis Montt, en 1874, quien publicó hasta el tomo XI. De 1887 adelante la prosiguió José Toribio Medina.

Las publicaciones que estamos rescatando del pasado y que directa o indirectamente se relacionan con los estudios de las antigüedades chilenas o de los habitantes más antiguos de nuestro país, eran los que en su gran mayoría habían sido publicadas en Chile. Pero en esos años el interés por los 'indios de Chile' se manifiesta también por muchas publicaciones hechas en Europa<sup>49</sup>. Publicaciones hechas en el Viejo Mundo por extranjeros que vivían en Chile o que lo conocieron, son interesantes de recordar. En primer lugar, están las publicaciones de los navegantes y científicos del Beagle, famosas por la importancia que más adelante alcanzaría Charles Darwin<sup>50</sup>.

Muchos años más tarde nos encontramos con las publicaciones de un alemán, Francisco Foncke, que estudiaremos al historiar el segundo período (1882-1911). Este investigador, geógrafo y naturalista, publicó en Berlín, en 1870, un estudio sobre los indios del sur de Chile, interesándose tanto por su situación actual como por la pasada<sup>51</sup>.

Desde el informe del Capitán Buenaventura Martínez, en 1845, que con gran clarividencia recomendaba la colonización de Magallanes, se

---

<sup>49</sup> Theophile Bermond: "Les Patagons, les Fuegiens et les Araucanes". Archiv Societé Americaine de France. Paris, 1875. — Robert Oliver Cunningham: "Notes of the Natural History of the Strait of Magallans and west coast of Patagonia made during the voyage of H.M.S. Nassau in the years 1866, 1867, 1868 and 1869". Edimburg. — Thomas Briedges: "Manners and customs of the Fire-landers". South America Missionary Magazine, XIII, London, 1866. "The natives of Tierra del Fuego". South America Missionary Magazine, London 1875.

<sup>50</sup> Ch. Darwin: "Journal of researches into the natural history of the countries visited". London 1860. — Fitz Roy: "Narrative of surveying voyages of H. M. S. Adventure and Beagle". London 1839.

<sup>51</sup> "Die Indianer des Südlichen Chile von sonst und jetzt". Zeitschrift für Ethnologie II N. 4. Berlín.

sucedieron en Chile las expediciones hacia la Patagonia y Tierra del Fuego. Se distinguieron en estas exploraciones al Sur y extremo Sur de Chile, el comandante Benjamín Muñoz Gamero, Felipe Gueiss, Vicente Gómez, Francisco Fonck, ya citado por nosotros, y Guillermo E. Cox. En 1863, en los Anales de la Universidad, apareció un artículo de Cox titulado "Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia". En ese mismo año, se publicó un libro con ese mismo título en donde se relataban sus exploraciones y aventuras. Cox, descendiente de ingleses, cruzó la cordillera en 1862, costeó el Lago de Todos los Santos, navegó el de Nahuelhuapi. Fue prisionero de los indios al intentar llegar al Atlántico por el río Limay. Estos le permitieron volver a Valdivia. Su conocimiento de los indios pehuenches y tehuelches y de otros grupos de aborígenes de la región son importantes y sirvieron para informar a los estudiosos de la época. Lamentablemente, sus ideas y proyectos no fueron escuchados por los gobernantes chilenos<sup>52</sup>.

Estas publicaciones de Cox, sumadas a las que más adelante se hicieron en el Anuario Hidrográfico de la Armada de Chile, y que hemos recordado parcialmente, ayudaron poderosamente a organizar un conocimiento de los aborígenes y de las regiones que ellos habitaban.

Así, todo parece indicar que la aparición de la obra de Medina es el resultado de los estudios e investigaciones de especialistas e informes pertenecientes a diferentes campos científicos. Muchos de ellos no son rigurosamente científicos, sólo exploradores que relatan en sus informes y diarios de viajes algunas costumbres de los aborígenes que conocen por primera vez. En esta línea de búsqueda, podríamos llegar hasta los primeros europeos que observaron a los "indios de Chile". No hemos querido hacer esto. Como ya lo hemos expresado, buscamos sólo los antecedentes científicos, informes escritos con el fin de dar a conocer principalmente las características, las costumbres y la cultura de los aborígenes, y, en lo posible, su pasado. Por esta razón, no retrocedemos más allá del siglo 19, e, incluso, más allá del medio siglo. Por lo demás, no podía ser de otra manera. En Europa occidental, recién en 1859 se comenzaba a estructurar una investigación que se orientaba a la búsqueda de las culturas prehistóricas o "ante-diluvianas". Deberían pasar varios años antes que se organizaran las primeras reuniones de científicos y aparecieran las primeras revistas especializadas.

---

<sup>52</sup> F. Encina: "Historia de Chile", T. XVI, págs. 180-183.

Recordemos que, en 1864, Gabriel de Mortillet había fundado una revista especializada cuyo título era "Materiales para la historia natural y prehistoria del hombre".

En 1865, gracias a la publicación de Sir John Lubbock, "Tiempos Prehistóricos", la Edad de la Piedra se dividió en Paleolítico y Neolítico.

En 1866 y 1867, se efectuaron las primeras reuniones en Neuchatel (Suiza) y en París de los congresos internacionales de Prehistoria, con los nombres ya superados de "Congreso Internacional de Paleontología" y "Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistóricas". Hoy en día estos Congresos se denominan "Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas".

En 1870 se inician los Congresos de Americanistas, que tienen por finalidad conocer las investigaciones sobre el continente Americano indígena.

Si en Europa la ciencia prehistórica se organizaba en el decenio 1860-1870, en Chile un esbozo de estudios arqueológicos y etnográficos comenzó en el decenio 1870-1880. La obra de Lubbock, ya citada, puede considerarse el libro científico que expresa una nueva ciencia; de la misma manera, en Chile, en 1882, la obra de Medina refleja el conocimiento de la Prehistoria en nuestro país. Detrás de Lubbock hay muchas investigaciones e investigadores, algunos tan famosos como Boucher de Perthes, Gaudry, Lartet y otros; algo parecido ocurre con Medina, que no sólo está muy bien informado de lo que ocurre en Europa sino que también incorpora las investigaciones de Philippi, Barros Arana, Luis Montt y muchos otros estudiosos.

En Europa, la Prehistoria nace por la necesidad imperiosa de llenar un vacío de conocimiento. Cuando los naturalistas, los geólogos, los historiadores y los arqueólogos clásicos, además de los estudiosos de las antigüedades, en sus diferentes investigaciones y trabajos de campo se encontraban con "piedras trabajadas", con "artefactos", se planteaban problemas de interpretación y de dudas metodológicas y teóricas. Poco a poco algunos anticuarios, historiadores y geólogos se desviaron de sus antiguas actividades y se dedicaron solamente a investigar los "artefactos" que muchas veces aparecían asociados con animales ante-diluvianos. La Prehistoria fue una hija predilecta de las ciencias naturales como también de las ciencias históricas. Esto mismo ocurrió en Chile.

Llamábamos la atención del lector, en páginas anteriores, sobre las publicaciones del Dr. Rodolfo Philippi, gran naturalista, de Ignacio Domeyko y de Claudio Gay. Justamente el sabio francés fue el encargado por el gobierno chileno, en 1830, de crear el Museo de Historia Natural. Pues bien, entre las colecciones de minerales y vegetales se dio tiempo para organizar una pequeña colección de objetos pertenecientes a los indios de Chile.

Junto a los naturalistas están los trabajos de los historiadores Diego Barros Arana, especialmente importante en los estudios etnográficos, y del propio José Toribio Medina. Así la Prehistoria de Chile emerge de los campos de la investigación naturalista e histórica.

Sin embargo, el nacimiento de una nueva ciencia como la Prehistoria de Chile, debería tener algunas características especiales. Tal vez la más importante fue la presencia en Chile del elemento indígena, en el siglo 19.

No nos equivocamos al pensar que los estudiosos debieron sentir un profundo interés por estos habitantes 'no-civilizados', puesto que las descripciones de sus costumbres y algunos estudios etnográficos ocuparon un lugar preferente entre las publicaciones aparecidas antes de 1882. Incluso es legítimo considerar los *Aborígenes de Medina* como el primer libro de Etnografía que se haya editado en Chile.

En verdad, no era posible separar la realidad cultural de entonces de los 'indios de Chile' con su pasado pre-hispánico más próximo; en Europa no podía plantearse una tal problemática, pero sí en Chile, y por esta razón los estudios de etnografía, etnohistoria y arqueología prehistórica se dieron muchas veces juntos. No cabe la menor duda de que los comienzos de la Prehistoria están entrelazados con los informes y los estudios etnográficos, lingüísticos y geográficos.

Todo el conjunto de publicaciones (en diarios y revistas) producto de viajes de exploraciones, de investigaciones etnográficas que apuntaban al conocimiento de los indios, de estudios acerca de las antigüedades y restos arqueológicos, deben enmarcarse en la realidad cultural e intelectual de Chile, que se inicia en 1842. Poco a poco, con altos y bajos, el movimiento de 1842 que se expresa por la formación de Sociedades literarias, por la organización de los estudios superiores (Universidad de Chile), por la aparición de revistas, algunas de corta duración, por el interés cada vez más creciente por los estudios históricos, que recibe el aporte del pensamiento romántico europeo, va convirtiendo a Chile en

un país que mira a Europa (de ella vienen los primeros científicos como Gay, Domeyko, Philippi y otros) y que reclama estar al día sobre los movimientos literarios, científicos y filosóficos.

Naturalmente que no son muchos los que participan de estas actividades, y son menos incluso los que pueden seguir de cerca el desarrollo cultural y científico extranjero. Sin embargo, tampoco el número es despreciable. Hay en todo esto algunos datos objetivos que sirven, incluso, para darse cuenta de cuál era la situación en el siglo XIX de los chilenos con relación a sus lecturas, qué libros leían y en qué idioma.

En 1886, y pocos años después de la publicación de Medina, de 1882, concurrieron a la Biblioteca Nacional 13.117 personas. En 1889, se contabilizaron 28.758 lectores. De las obras leídas 26.893 estaban en castellano, 4.126 en francés y sólo 102 en inglés. En este mismo año, la Biblioteca, cuyo director era Luis Montt, ya ampliamente citado por nosotros, recibió 53 revistas y publicaciones periódicas extranjeras. Todo esto demuestra que se leía, incluyendo un buen número de libros franceses.

El idioma francés era común entre los intelectuales, educadores, científicos e incluso los políticos.

Otro dato objetivo que muestra cómo Chile se abría al mundo exterior son las exposiciones nacionales e internacionales que se organizaron en Chile, a las que concurría nuestro país. Ya en 1854 tenemos la primera exposición nacional, en 1869 la de Agricultura, en 1872 nuevamente una exposición nacional; en 1875, exposición internacional en Santiago. En este mismo año se celebró paralelamente en París el Congreso Internacional de Ciencias Geográficas, a donde Diego Barros Arana envió un tomo de 167 páginas titulado "Estudios Geográficos sobre Chile". Dentro de este estudio se incluyeron unos "apuntes" sobre etnología de Chile, de los que ya hemos hecho mención.

En 1888 se volvió a hacer una exposición nacional, preparatoria para la de 1889 de París, que tenía carácter universal.

Para esta exposición se construyó un pabellón desarmable de fierro que se trajo a Chile, y se enviaron ocho monografías sobre los principales aspectos de la "civilización chilena".

La exposición internacional de Santiago de 1875, a la que hemos hecho mención, fue de gran importancia, a pesar de la gran suma de dinero que el gobierno gastó, para el desarrollo de las industrias nacionales y actividades económicas en general, y porque influyó poderosamente

en las ciencias naturales y antropológicas. No sólo se contó con un nuevo edificio para el Museo Nacional, sino que las propias colecciones se enriquecieron, incluyendo las etnográficas y de antigüedades.

Resumiendo este primer período podemos subrayar los siguientes puntos:

1. Los estudios prehistóricos se constituyeron en Chile como resultado de los viajes y exploraciones de geógrafos, naturalistas y de las investigaciones de historiadores y aficionados a las antigüedades. Estos, sin una conciencia precisa y poco a poco, permitieron con sus relatos y descripciones, la acumulación de informaciones relacionadas con el pasado precolombino y con las costumbres de los aborígenes contemporáneos.

2. La inmensa data científica reunida entre 1842 y 1882 por exploradores, viajeros, naturalistas, geógrafos, historiadores, etc., fue, en parte, posible por la existencia de dos realidades culturales que se armonizaron:

a) La influencia científica y de pensamiento proveniente de Europa, que permitió el conocimiento de los estudios históricos y, también, de los prehistóricos.

b) La presencia de comunidades aborígenes que estimuló el conocimiento de los estudios etnográficos y etnológicos.

3. Los trabajos publicados antes de 1882 fueron magistralmente utilizados por José Toribio Medina, quien editó un libro que hasta hoy día debe ser consultado por los especialistas. Los "Aborígenes de Chile", no debe sólo ser considerado el libro que inicia los estudios arqueológicos en Chile, sino como la primera y excepcional síntesis creadora de muchas investigaciones efectuadas en Chile y que se relacionan con los estudios prehistóricos y etnográficos.

4. Un buen ejemplo de los trabajos efectuados antes de 1882 son las contribuciones de R. A. Philippi, naturalista, y de D. Barros Arana, historiador. Sobre todo Barros Arana, ya en 1875, impulsaba estas investigaciones, definiéndolas con gran precisión y objetividad, de acuerdo a los tiempos en que escribía.

5. Es interesante recalcar que en este primer período, caracterizado por la búsqueda de los primeros datos, de descripciones y de informaciones elementales, surge un primer esfuerzo de síntesis, que sólo será continuado 46 años más tarde (Latcham y su Prehistoria Chilena, 1928).

Por último, la obra de Medina, la primera publicación de síntesis de Prehistoria de Chile, muestra el uso de criterios multidisciplinarios que

señalan el comienzo de una tradición metodológica que siempre se encuentra entre los mejores arqueólogos que investigan y publican en Chile.

## 4. CAPITULO II

### SEGUNDO PERIODO: 1882-1911

Es justo señalar que la figura y la producción de José Toribio Medina continúan, en parte, dominando este segundo período de la naciente disciplina prehistórica.

A su publicación monumental, ya tantas veces mencionada, que resume los conocimientos hasta entonces alcanzados y proyecta hacia el futuro los grandes objetivos de la nueva ciencia, deben agregarse algunos trabajos publicados independientemente o dentro de otros libros. En este último caso, se encuentra su estudio sobre "el Morro del Mauco y su fortaleza incarial" que forma parte del libro de Benjamín Vicuña Mackenna "Al Galope", o sea descripción geográfica y pintoresca de la comarca en que se halla situada la población de Victoria y sus vecindades<sup>53</sup>.

En 1897, demostrando gran interés por los estudios lingüísticos que en estos años lograron un gran auge con la llegada de algunos especialistas alemanes, publicó una "Bibliografía de la lengua araucana". Este interés ya se había manifestado algunos años antes en Sevilla, España, cuando en 1894 publicó "Doctrina cristiana y catecismo... en lengua allentiac... por el Padre Luis de Valdivia"...

En 1898 se publica en la Revista de Chile su trabajo sobre "Los Conchales" de Las Cruces, "Nuevos materiales para el estudio del hombre prehistórico en Chile"<sup>54</sup>. Luego, a comienzos del siglo XX, en 1901 y 1908, vuelve a publicar dos pequeños trabajos arqueológicos: "La momia de Chuquicamata" y "Los restos indígenas de Pichilemu"<sup>55</sup>.

<sup>53</sup> B. Vicuña Mackenna: "Al Galope", Cap. II, Subcapítulos XIX al XXVI, Santiago, 1895.

<sup>54</sup> Revista de Chile, N. 1, págs. 10-19. Santiago, 1898.

<sup>55</sup> "La Momia de Chuquicamata", Revista Nueva, págs. 114-154, Santiago, 1901. "Los restos indígenas de Pichilemu", 13 págs. Santiago, Chile. 1908.

En el estudio sobre los conchales de Las Cruces, hay algunas afirmaciones interesantes sobre los yacimientos y artefactos costeros de Chile Central.

Apoyándose en la autoridad del prehistoriador inglés Lubbock, afirma el origen cultural de las acumulaciones de conchas y la importancia de los objetos encontrados en los conchales de Las Cruces. Dice Medina: "Nuestros propósitos se limitan hoy a dar a conocer los objetos que hemos encontrado... y cuya importancia en este caso se deriva, además de los objetos mismos y de su número y variedad, de la circunstancia de haber sido hallados en un espacio de terreno relativamente reducido...". Más adelante, luego de citar a Lubbock, llama la atención sobre la necesidad de conservar los objetos pertenecientes a los aborígenes: "Cuántas veces, en efecto, no hemos oído que al abrir los cimientos de alguna çasa, algún cauce de regadío o al practicar un corte en el terreno para nuestras vías férreas, se han encontrado tales y cuales objetos que nadie se ha cuidado de recoger y guardar, perdiéndose lastimosamente los comprobantes, por desgracia irremplazables, de lo que fueron los primeros habitantes de Chile".

Estas últimas frases de Medina, escritas a fines del siglo pasado, poseen la frescura de la aguda observación, tan verdadera antes y ahora. Muy a menudo, en la actualidad, nos lamentamos de la misma manera que lo hizo Medina al observar la despreocupación que existe por conservar los restos prehistóricos.

Pero nuestra admiración crece cuando nos enfrentamos a la descripción que Medina hace de los conchales de Cartagena y Las Cruces y de sus escasos habitantes, pobres pescadores que languidecen en un mundo que, cada día que pasa, es menos suyo. "El observador que, partiendo de el pueblecito de Cartagena, en la costa de Melipilla, se dirige hacia el Norte, tiene que sentirse sorprendido al notar que los cerros de arena que se extienden a lo largo de la Playa Grande se ven cubiertos de moluscos que tapizan el suelo casi por completo y presentan el aspecto de una blanca alfombra. En un principio podrá imaginarse que, después de arrojadas por el mar, esas conchas han podido llevarlas hasta los cerros los vientos fuertes del invierno; pero una observación más atenta le permitirá bien pronto reconocer que de trecho en trecho se hallan verdaderos montículos, más o menos prominentes y formados por un número también más o menos considerable de capas de esas conchas superpuestas... y si todavía adelanta sus investigaciones, resultará que de trecho

en trecho se ven aparecer restos de toscas alfarerías; y por fin, si se da el trabajo de remover el suelo, hallará piedras agrupadas como para armar un fogón, y debajo de él las cenizas y aun huesos de grandes pájaros, y hasta semillas". Hasta aquí la descripción de Medina. Luego viene la inferencia inteligente: "Cuando se ve, no puede haber duda alguna en el ánimo de que en aquellos sitios han vivido hombres; que esos hombres conocían el uso del fuego; que su principal alimentación la debían al mar; que cocían sus alimentos; y así, de deducción en deducción, en vista de los objetos que va encontrando, puede ir dándose cuenta cabal de los hábitos y costumbres del pueblo que no ha desaparecido de aquellos sitios que habitó, sin dejar algunas huellas a su paso".

Y de la observación arqueológica a la descripción de los actuales pescadores de Las Cruces, con su pobreza y miserias.

"Al fin de Playa Grande, siempre hacia el norte, hay un promontorio o 'punta' de cerro que avanza hacia el mar, pero una vez del otro lado, vuelve de nuevo a presentarse la playa abierta, en cuyo comienzo se encuentran agrupados los veinte o treinta míseros ranchos en que viven los habitantes de las Cruces, algunos de los cuales y especialmente las mujeres de edad, todavía recuerdan en sus facciones el tipo netamente indígena. Ultimamente, se ha ido a establecer allí un italiano para venderles aguardiente, de modo que es de esperar que en pocos años más hayan desaparecido, consumidos por la miseria, el abandono absoluto en que viven y la bebida envenenada que negociantes inescrupulosos les suministran al crédito para ser pagados en la época de verano, en que casi diariamente se les ve tragar por las calles de Cartagena cargados como bestias para proporcionarse recursos con que comprar las provisiones que necesitan para el invierno. Porque esa gente apenas si siembra unas cuantas hortalizas, faltas de tierra de labor adecuada, de semillas, de animales y voluntad..."

"Dedícanse, pues, por completo a la pesca por una costumbre inveterada, por la fuerza de las cosas y del medio en que vejetan, y sin duda también por una especie de atavismo que hace sentir su influencia aún después de siglos".

"Esa playa, que comienza a la vuelta del promontorio que hemos indicado sigue abierta hasta la llamada punta del Tabo, mediando al parecer entre Cartagena y esta última una distancia entre cuatro leguas".

"Los pobladores de las Cruces, mejor dicho, las mujeres y los niños, son los que principalmente en la época de invierno y después de los días

de lluvia, recorren los arenales inmediatos a las orillas en busca de las puntas de flechas y utensilios de los aborígenes que han quedado sembrados en aquellas vecindades”.

El trabajo denominado “Restos indígenas de Pichilemu” publicado en 1908 muestra a un Medina analítico, riguroso, exponiendo al Señor Rector de la Universidad de Chile, Valentín Letelier, un informe de gran calidad científica.

Sus conclusiones finales, que podrían haber sido escritos hoy en día, son las siguientes:

1. La sepultura en una gruta y el trabajo preliminar realizado en ella antes de depositar los restos humanos que encerraba (que acaso puedan aún descubrirse otros) constituye un hecho único y hasta ahora desconocido en el modo de ser de nuestros indígenas.

1.1. De la misma naturaleza puede calificarse el que las sepulturas fuesen preparadas para guardar los restos de una mujer.

1.2. Estos restos corresponden a una época anterior a la llegada de los españoles al país, por las razones siguientes:

a) Porque bajo el régimen español, en una región cuyos pobladores estaban todos encomendados, no habrían podido enterrarse del modo que sabemos.

b) Porque el hecho de encontrarse en las sepulturas moluscos que no viven hoy en los mares adyacentes, es un indicio fuerte por lo menos de su antigüedad.

1.3. La raza a que pertenecen estos restos tiene todos los caracteres de la raza araucana, si bien puede decirse que era de las tribus que los conquistadores llamaron PROMAUCAES.

1.4. Las circunstancias de que todas las puntas de flecha halladas en la gruta sean de un material diverso del que constituye la totalidad de las encontradas en las vecindades y en el lugar mismo, y de un trabajo mucho más esmerado que suponen que los restos humanos de la gruta corresponden a individuos de una tribu llegada del interior de la costa.

En este orden no sería aventurado suponer, cuando el examen del terreno manifiesta hallarse sembrado de multitud de puntas de flecha en la bajada misma de la cuesta que conduce al puerto, que ha debido librarse allí una batalla entre individuos llegados del interior y los habitantes del lugar, probablemente porque aquellos, urgidos por el hambre en un año de escasez en la región central, han emigrado a la costa en busca del alimento que creían hallar a orillas del mar.

A robustecer esta hipótesis contribuye también ese modo de ser sepultados, absolutamente desconocido en otras partes de la costa, y el extraordinario desgaste de las muelas en el cráneo descubierto, que supone una alimentación diversa a la que se proporcionan los individuos que viven exclusivamente de mariscos y pescados.

1.5. Y, finalmente, que en todo caso la población indígena del lugar en sus diversas épocas ha debido ser muy escasa, ya que en toda esa región apenas si se encuentran los restos de un Köjenmoedding (conchal) que alcanza en su parte más espesa a unos 30 centímetros de altura, en una extensión no mayor de 4 a 5 metros.

Pero Medina no es el único científico que trabaja por esos años en Arqueología. Son muchos los estudiosos que recordaremos y muchas las instituciones que deberán ser analizadas.

Continuaremos así el análisis de los científicos que pertenecen al segundo período, con el estudio de la publicación del primer tomo de la "Historia General de Chile", obra maestra de Diego Barros Arana, publicada en 1884.

El tomo primero de la *Historia General de Chile* consta de dos partes, siendo la primera aquella de "Los Indígenas". Esta "Parte Primera" está escrita en 114 apretadas páginas con numerosas notas bibliográficas y eruditas.

En la última nota, Barros Arana señala el por qué de su interés por los "indios chilenos", el cual no pretende satisfacer "un vano interés de curiosidad" sino que "obedeciendo a un pensamiento profundamente filosófico, se trabaja en nuestros días por construir sobre hechos bien estudiados, la historia del camino que han seguido las agrupaciones humanas para alcanzar el desarrollo intelectual y moral en que se encuentran las sociedades más adelantadas"<sup>56</sup>.

Barros Arana, al comentar su propio estudio, declara que "nuestro cuadro, aunque sumario y quizá incompleto..., puede ser de alguna utilidad para los que estudian seriamente la historia del descubrimiento de la Humanidad...". Para él era muy necesario bosquejar esta historia, puesto que "en la mayor parte de las de conjunto... sólo hemos encontrado datos deficientes o equivocados acerca de los indios chilenos"; y luego, una afirmación sorprendente, que él mismo explicará más ade-

---

<sup>56</sup> B. Arana, ob. cit., pág. 112.

lante: "Estos indios, a pesar de la reputación que les ha dado el poema de Ercilla, no han sido el objeto de ninguna monografía completa..."<sup>57</sup>.

Medina, como el lector estará pensando, había publicado *Los Aborígenes de Chile* en 1882; entonces, ¿cuándo escribía estas páginas Barros Arana? ¿antes de 1882? Así parece, puesto que él mismo dice, en el último párrafo de su última y larga nota erudita: "Después de escritas las páginas que preceden, se ha publicado, entre nosotros, un estudio mucho más completo y noticioso acerca de estos indios, con el título de *Los Aborígenes de Chile*, por Don José Toribio Medina, Santiago, 1882, un vol. de 413 páginas. Entre los trabajos a que ha dado origen ese pueblo, éste es el primero en que se hayan agrupado las noticias con el propósito que en nuestro tiempo sirva de guía a las investigaciones de este orden y en que se hayan examinado los vestigios que nos quedan de su antigua industria, acompañando al texto con numerosas láminas litografiadas que reproducen muchos de estos objetos. El libro del señor Medina, sin poder llegar a conclusiones que hayan de tomarse como definitivas ya que no es posible arribar con los escasos elementos reunidos hasta ahora, es un ensayo que revela un estudio serio del asunto y que abre el camino de los trabajos de esta clase que apenas se inician en una gran porción de la América"<sup>58</sup>.

¿Cuáles son las principales conclusiones del estudio de Barros Arana? En el capítulo primero, en donde se tratan los orígenes del hombre y cultura en el suelo americano<sup>59</sup>, se postula que el hombre habita la América desde tiempos remotos, que la "civilización americana" no es exótica: se ha formado y desarrollado en América y "ha pasado por alternativas de adelanto y de retroceso que produjeron en un largo transcurso de siglos la grandeza, la caída y la reconstrucción de vastos y poderosos imperios". Las lenguas que se hablan en América también parecen formadas en este continente — y no sólo no pueden asimilarse o acercarse a las de otros continentes, a cuyas poblaciones se les atribuía un origen común, sino que estaban divididas en lenguas enteramente diversas entre sí e irreductibles a un centro lingüístico único".

Frente a los limitados conocimientos que tienen los científicos para resolver los problemas del origen del hombre americano, Barros Arana señala que esta insuficiencia es aplicable a los estudios que se hacen en

<sup>57</sup> B. Arana, ob. cit. II edición, 1930, pág. 111. Edit. Nacimiento, Santiago, Chile.

<sup>58</sup> B. Arana, ob. cit., pág. 114.

<sup>59</sup> B. Arana, ob. cit., págs. 3-27.

el Viejo Mundo. Y con relación a estas investigaciones, hasta entonces con escaso éxito, Barros Arana escribe: "La obscuridad es exactamente la misma. Hasta hace un cuarto de siglo el campo de investigación se limitaba a un período de seis a siete mil años, y había llegado a trazarse la historia más o menos completa del Hombre. Pero desde que se ha comprobado que la humanidad tenía detrás de sí un pasado tan lejano de nosotros que la palabra 'prehistórico' con que se le designa, apenas nos da una idea vaga de su extensión, y acerca del cual no existen recuerdos tradicionales, la investigación ha tenido que abrazar un número indefinido de millares de años; y a pesar de los admirables progresos alcanzados no ha podido resolver nada de positivo sobre la cuestión de orígenes"<sup>60</sup>.

Estas reflexiones de Barros Arana deben referirse aproximadamente a los años 1859-1884 y son por una parte una excelente síntesis de la problemática de la joven ciencia prehistórica, y, por otra parte, una reflexión crítica del estado de la Prehistoria.

En el capítulo II, que trata de los Fueguinos<sup>61</sup> hay, en primer lugar, un tratamiento suscrito de la situación de la ocupación humana a lo largo de Chile. Barros Arana ve, así, en 1884, la relación entre el desarrollo social y cultural de los grupos humanos y el medio ambiente: "Así, pues, los antiguos pobladores de este país, inhábiles para procurarse los recursos que proporciona la civilización por imperfecta que sea, incapaces de vencer las dificultades que a su desarrollo oponían las condiciones climatológicas del territorio, vivían repartidos según las leyes impuestas por las condiciones del mundo exterior. En la región Norte sólo se hallaban pequeñas tribus aisladas, establecidas a las orillas de los escasos riachuelos que bajaban de la montaña".

"En el centro, las agrupaciones eran más considerables, ocupaban los bosques, muy abundantes entonces, y habitaban cerca de los ríos y de las vertientes que se hallan a cortas distancias. La región del Sur, menos hospitalaria por su clima, les ofrecía, en cambio, la ventaja de mayor uniformidad en la temperatura, es decir, estaciones menos pronunciadas, abundancia de agua por todas partes, y de algunos alimentos, entre otros el fruto del pehuén o piñón... aparte de la influencia de peces y mariscos en los ríos y en la costa. Allí, la población se había agrupado

<sup>60</sup> B. Arana, ob. cit., pág. 25.

<sup>61</sup> B. Arana, ob. cit., pág. 25.

en mucho mayor número; y la vida salvaje, sin influencia conocida exterior, había alcanzado cierta regularidad”.

“En la región insular, sometidos a un clima más frío e inclemente, los naturales vivían en ese estado de barbarie primitiva en que el hombre, por sus instintos groseros, por su estupidez y su pereza, apenas se distingue de los brutos”<sup>62</sup>.

En estas últimas frases encontramos la expresión nítida de un pensamiento evolucionista unilineal, progresista y positivista. Para este tipo de marco teórico, en los orígenes sólo puede encontrarse la animalidad, o lo muy próximo a este estado; para luego descubrir el avance del hombre y de la cultura, como un alejamiento del salvajismo más grosero. Son las teorías predominantes en el decenio 1870-1880 en Europa y en los Estados Unidos.

Con relación a los fueguinos se insiste en situarlos en “el rango más bajo en la escala de la civilización”, y para reforzar esta opinión se recuerda que Darwin había escrito: “Cuando vemos a estos hombres, apenas se puede creer que sean criaturas humanas, habitantes del mismo mundo que nosotros”. Estos indios pueden servir “de tipo viviente para apreciar lo que ha debido ser el hombre primitivo”.

El capítulo termina con una defensa firme del marco teórico evolucionista y rechazando como inconsecuentes aquellas opiniones que sostienen que en los orígenes de la humanidad hubo una “edad de oro”, o que el hombre original estaba dotado de ciertas características muy favorables, que los hombres actuales han desechado.

El capítulo III<sup>63</sup> es, para nosotros, uno de los más importantes, puesto que en él Barros Arana expone algunas teorías que fueron decididamente rechazadas por otros estudiosos años más tarde.

En primer lugar, debemos recordar la primera de ellas: los indios de Chile constituían una sola familia, todos ellos tenían los mismos caracteres fisionómicos. Barros Arana expone textualmente así su teoría y algunos problemas que aún no están resueltos: “La existencia de una familia única ocupando una grande extensión de terreno y hablando un solo idioma que no tiene afinidades con las lenguas de las naciones vecinas, deja ver que Chile no estuvo sometido, como otras porciones de

---

<sup>62</sup> B. Arana, ob. cit., pág. 34.

<sup>63</sup> B. Arana, ob. cit. Cap. III: “Unidad etnográfica de los indios chilenos: conquista de los incas en Chile”. Págs. 49-74.

América, a invasiones múltiples que habrían implantado lenguas diversas. Todo hace creer que esta familia ocupaba el territorio chileno desde una remota antigüedad. Pero hasta ahora no se han encontrado pruebas suficientes para saber si esa familia pertenecía a una raza antiguamente civilizada que cayó más tarde en la degradación, o si llegando en el estado de barbarie primitiva, formó aquí su idioma y comenzó su desenvolvimiento hasta ascender al estado en que se encontraba cuando comienza la historia tradicional. Sin pretender negar que los futuros estudios arqueológicos en nuestro suelo puedan dar fuerza a la primera de esas hipótesis, el hecho de no haberse hallado todavía en Chile los restos de antiguas construcciones, ni objetos de una comprobada antigüedad que revelen mayor progreso que el que encontraron los conquistadores europeos, inducen a pensar en el estado actual de nuestros conocimientos, que esa raza no había recorrido más que las primeras escalas de la evolución"<sup>64</sup>.

"Las tribus Chilenas" no tenían entre sí vínculos significativos de unión y no formaban, tampoco, un cuerpo social bien integrado. Vivían en frecuentes guerras, se alimentaban de la caza y de la pesca, "recogían algunos frutos de la tierra, pero probablemente no sabían cultivarla, ni poseían semillas que sembrar".

La segunda teoría de Barros Arana sostiene que la ocupación de una parte importante del territorio chileno por los incas importó un gran progreso en todos los aspectos de la economía, la tecnología y la cultura en general de los habitantes nativos del país conquistado.

Lo que estamos precisando del pensamiento del historiador Barros Arana será muy discutido años más tarde, especialmente por Ricardo Latcham, y merece ser conocido en su detalle: "En efecto, los peruanos introdujeron el uso del riego de los campos por medio de canales que sacaban de los ríos, lo que permitió utilizar terrenos que no producían nada durante la parte seca del año. Hicieron sus sembrados y enseñaron prácticamente los principios de la agricultura. Importaron algunas semillas que produjeron los más favorables resultados, y entre ellas dos que fueron de la más grande utilidad. Nos referimos al maíz, que ellos llamaban zara, y a una especie de frejol que nombraban purutu pallar. Los peruanos importaron también los llaños... Se debe además a los vasallos del inca la introducción de otro arte: la alfarería o fabricación de vasijas

---

<sup>64</sup> B. Arana, ob. cit., pág. 52.

de barro... Se debe, además, a los peruanos la primera explotación de las riquezas minerales de Chile"<sup>65</sup>.

Sin embargo, Barros Arana reconoce que la influencia civilizadora no fue igual en todas partes del territorio chileno: "Fue más intensa en la región en que ésta tuvo más larga duración, y en que por ésto mismo pudo desarrollarse más profundamente. En el norte de Chile, desde el valle de Copiapó hasta un poco al Sur del sitio en que hoy se levanta Santiago, la dominación extranjera se cimentó de una manera más estable... Pero, más al Sur todavía, la dominación extranjera no pudo hacer sentir su influencia tan decididamente... A pesar de esto, la antigua barbarie se modificó ligeramente, y aquella débil luz de civilización penetró a poco a los lugares hasta donde no llegaron los conquistadores"<sup>66</sup>.

Estas opiniones de Diego Barros Arana, como ya lo hemos expresado, inician una aguda polémica de tal manera que Ricardo Latcham, en 1928, dedica un capítulo, el último de su Prehistoria de Chile, con el fin de descartar para siempre las afirmaciones de Barros Arana o, según él, de su continuador Guevara. El valor del aporte cultural incásico en Chile es estimado, hoy en día, de manera diferente a como lo hacía Barros Arana en 1884.

Otra figura, ya conocida parcialmente por nosotros, es la del sabio Rodolfo Amando Philippi Krumwiede. Luego de 1882 publica algunos artículos iniciando una serie de informes sobre las piedras horadadas que se han publicado a lo largo de 90 años<sup>67</sup>. Dos años más tarde, nuevamente en los Anales de la Universidad de Chile, se encuentra un artículo acerca de los aborígenes de Chile: "Sobre un pretendido ídolo de ellos"<sup>68</sup>. Pero Philippi no sólo se preocupa por algunos restos culturales de los indígenas de Chile sino también, y al igual que Medina, se interesa por fragmentos óseos provenientes de algunos sepulcros de Caldera, que tienen la característica de estar decorados<sup>69</sup>. Además de todo lo anterior, Philippi sigue publicando artículos que describen restos arqueológicos que se encuentran en el Museo Nacional. Así, da a conocer la

<sup>65</sup> B. Arana, ob. cit., págs. 67-71.

<sup>66</sup> B. Arana, ob. cit., págs. 73-74.

<sup>67</sup> "Sobre las piedras horadadas de Chile". Anales de la Universidad de Chile, N. LXV, Santiago, 1884.

<sup>68</sup> Anales de la Universidad de Chile, N. LXIX, 1886.

<sup>69</sup> Über verzierte Knochenscheiben aus alten Gräbern von Caldera: en Verhandlungen Berl. Anthropol. Gesellsch. 1888.

“Momia Egipcia” que tenía el Museo, escribe sobre los perros aborígenes del Perú y, por último, acerca de algunos ídolos peruanos de greda cocida<sup>70</sup>.

Philippi es un investigador que ciertamente no se limita a los estudios arqueológicos y etnográficos; sabemos que su aporte más importante se encuentra en la ciencia de la naturaleza. Aún más, se podría afirmar que no existe acontecimiento científico que no lo haya tenido de actor fundamental.

Cuando el 2 de junio de 1885 se fundó la sociedad científica alemana de Santiago, Philippi fue nominado su presidente. Esta sociedad científica fue creada gracias a la iniciativa del señor Carl Rudolph, Director del Gimnasio Chileno.

Así como los Anales de la Universidad de Chile daban a conocer un gran número de artículos científicos de las diferentes especialidades que se investigaban y enseñaban en Chile, así también las actas de las sociedades científicas que inician su vida en 1885 comenzarán a publicar diferentes artículos científicos, producto de estas nuevas agrupaciones que permiten incorporar a personas “no especialistas” al desarrollo científico.

De la misma manera que los alemanes y chilenos descendientes de ellos crearon su sociedad científica, pocos años más tarde, en plena revolución de 1891, se organizó la Sociedad Científica de Chile (Société Scientifique du Chili), por parte de la colonia francesa y de chilenos admiradores de la cultura francesa.

Estas dos sociedades, a las que se unieron más tarde, en 1909, la Sociedad de Folklore fundada por Rodolfo Lenz, y en 1911, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, fueron conjuntamente con la Universidad de Chile y el Museo Nacional las instituciones que hicieron posible que en Chile, y especialmente en Santiago y en Valparaíso, se pensase, discutiese, escribiese y se diesen conferencias sobre diferentes problemas científicos. En las reuniones de las Sociedades originadas por grupos de científicos y profesionales de descendencia alemana y francesa, o que se sentían unidos por diversas razones a estos países europeos, se comentaban las nuevas teorías, se discutían los nuevos descubrimientos, tanto producidos en el Viejo Mundo como en Chile. Al calor de estas

<sup>70</sup> Sobre la Momia Egipcia del Museo Nacional. Anales de la Universidad de Chile, LXIX, 1886. “Aborígenes del Perú. Artículos sobre sus perros”. Anales de la Universidad de Chile, LXIX, 1886. “Descripción de los ídolos peruanos de greda cocida”. Anales Museo Nacional Etnográfico. XI, 1895.

discusiones se formaban los nuevos científicos y se fraguaba el "espíritu de emulación necesario para llevar el conocimiento a límites cada vez más avanzados"<sup>71</sup>.

Las actas de la Sociedad Científica alemana se escriben en alemán, las actas de la Sociedad Científica de Chile en francés. Debe suponerse que existía un número importante de personas que leían estos idiomas; por lo menos, sabemos con exactitud que el francés era la segunda lengua que se conocía en Chile: en la Biblioteca Nacional, como ya lo hemos escrito, se leía una buena cantidad de libros franceses. La colonización del Sur de Chile atraía cada día más a los ciudadanos alemanes; algunos de ellos científicos, como Philippi o Francisco Fonk.

Humberto Fuenzalida, en el artículo de homenaje a Ricardo Latcham que ya hemos citado, señala que las sociedades científicas juegan un papel importantísimo: "Por el desarrollo de la investigación y la creación del 'nuevo espíritu' ellas son más importantes que la Universidad". En estas sociedades participan fuertes personalidades que hacen posible un ambiente intelectual rico "dentro de una ciudad hosca y practicista. En ellas surgen amistades que duran toda una vida o se engendran odios eternos"<sup>72</sup>. Pero más que todo esto, se piensa, se analiza, se impulsan nuevas investigaciones, se programa el futuro científico de Chile.

La Sociedad Científica tuvo al Dr. L. Darapsky como su primer secretario y uno de los científicos que se interesó por dar a conocer las colecciones etnológicas y arqueológicas del Museo Nacional de Santiago<sup>73</sup>.

El primer volumen de estas actas de la Sociedad Científica alemana constaba de 345 páginas, con varias láminas, y en su portada se lee que fue impreso en "Valparaíso, Imprenta A. Trautmann, 1885". Como comenta Gualterio Looser, "este pie de imprenta se refiere tal vez a la primera entrega (32 páginas) pues en las páginas siguientes, en especial a partir de la página 181, se notan notables diferencias en la tipografía". Este volumen tuvo seis entregas (Hefte) y la última debió hacerse en el año 1887. El sumario del volumen es variado y además del artículo del Dr. Darapsky, citado más arriba, hay artículos relacionados con Psico-

<sup>71</sup> H. Fuenzalida: "Don Ricardo Latcham y el ambiente científico de Chile a comienzos del siglo". Boletín Mensual del Museo Nacional de Historia Natural. Año VIII, N. 87-88, 1963.

<sup>72</sup> H. Fuenzalida, ob. cit., pág. 2.

<sup>73</sup> Das National Museum in Santiago de Chile, en Verhandlungen des deutschen Wissenschaftlichen Vereins zu Santiago. Stgo. de Chile, Vol. I, págs. 181-194. 1885.

logía, Mineralogía, Geología, Fonética, Literatura, reseñas bibliográficas, etc...

El volumen II fue impreso totalmente en Alemania y también publicado por el sistema de entrega o cuadernillos desde 1889 a 1893. Tiene 365 páginas con varias figuras y láminas. En este II volumen aparecen trabajos arqueológicos, entre los cuales se distinguen dos de Francisco Fonck y uno de Francisco Stolp.

Es interesante recordar que Carlos E. Porter, autor de la *Bibliografía Chilena de Antropología y Etnología*, que ya hemos citado, al comentar la publicación de las *Actas de la Sociedad Científica Alemana de Santiago*, dice: "es probable que en esta importante revista, fundada y sostenida por intelectuales alemanes, se hallen algunos trabajos relacionados con el tema de nuestra *Bibliografía*. En los tomos que poseemos (3 incompletos) no encontramos trabajo alguno al respecto y no nos ha sido posible conseguir los otros tomos"<sup>74</sup>. Parece que el sistema de cuadernillos dificultaba la adquisición de la revista e incluso en 1908, fecha en que se escribía el comentario anterior, era difícil encontrar las *Actas*.

Los siguientes volúmenes de las *Actas*, desde el III (en 1895) al VII (en 1913), se imprimieron todos en Chile, principalmente en Valparaíso. Con el volumen VII (1913) se acabó la primera época de las *Actas de la Sociedad Científica Alemana*. Volvió a aparecer en 1931, 1934 y 1936 (volúmenes I, II y III); pero ahora impresa en Santiago. La situación europea, y especialmente alemana, determinó la no publicación de nuevos volúmenes de estas *Actas*.

Hemos dicho que ya en el volumen II de las *Actas* aparecen algunos artículos de Francisco Fonck. Este científico alemán, al igual que Philippi, había estudiado medicina, titulándose de médico en 1852, a la edad de 22 años<sup>75</sup>. Llega a Chile un poco más tarde que Philippi, en parte también por razones políticas. Apenas llegado a este lejano país se vincula con Philippi, Ignacio Domeyko y con Vicente Pérez Rosales, el gran colonizador de Llanquihue. Trasladado al sur de Chile, descubre, en Llanquihue, un mundo virgen que lo impulsó a efectuar estudios geográficos y botánicos. Recorre el lago Nahuelhuapi en 1856; y un año más tarde participa en la expedición del *Janequeo* a las islas Chonos y

<sup>74</sup> Carlos E. Porter, ob. cit., pág. 135.

<sup>75</sup> La mejor bibliografía del Dr. Fonck es la escrita por Carlos E. Porter: "El Dr. don Francisco Fonck". *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo IV, Año II, N. 8, 1912.

Guaitecas y a la península de Taitao. En estos viajes también tiene tiempo para preocuparse por la Arqueología. Así, en 1857, reconoce como basurales o conchales culturales las acumulaciones de conchas situadas en las orillas del Archipiélago de Chiloé y lugares vecinos.

La inquietud fundamental de Fonck fue geográfica (se interesó especialmente por todo lo que se refería a la laguna de Nahuelhuapi y en general a la Patagonia), pero también estudió diferentes restos y yacimientos arqueológicos, siendo así un buen ejemplo del tipo de científicos naturalistas citados en los comienzos de estas páginas, y que considera que los restos dejados por los hombres antiguos deben ser analizados científicamente de la misma manera que otros restos estudiados por las ciencias naturales.

Pertenece, sin duda, "a esa generación de naturalistas y hombres de ciencia de la segunda mitad del siglo pasado y comienzos del presente, que, al margen de su profesión y ocupaciones diarias, o algunas veces desviándose de ellas, toman contacto con el ambiente geográfico que los rodea y cultivan con entusiasmo las ciencias naturales como aficionados, sin que este carácter reste profundidad y seriedad a las investigaciones que emprenden"<sup>76</sup>.

Este mismo entusiasmo lo hizo, en 1870, como lo hemos escrito anteriormente, preocuparse de escribir sobre los indios de Chile "de hoy y de ayer". En 1889 y 1893 publica en las Actas de la Sociedad Científica Alemana de Santiago artículos sobre artefactos de piedra y en general sobre la edad de piedra de Chile Central<sup>77</sup>.

Entre 1896 y 1912 escribió siete nuevos artículos sobre temas de etnografía y arqueología<sup>78</sup>.

---

<sup>76</sup> H. Niemeyer y V. Schiappacasse: "Homenaje a F. Fonck, en Arqueología de Chile Central y áreas vecinas", pág. III, Viña del Mar, 1964.

<sup>77</sup> "Napfchensteine", en Verhandlungen des deutschen Wissenschaftlichen Vereines zu Santiago, T. II, Stgo. 1889. "Ein Beitrag zur Kenntniss der Steinzeit im mittleren Chile, en Verhandlungen des deutschen Wissenschaftlichen Vereines zu Santiago, T. II. 1893 (págs. 272-305).

<sup>78</sup> 1. Las sepulturas antiguas de Piguchén. Diarios El Mercurio (18 de dic.) y La Libertad Electoral (19 de diciembre). 1896. — 2. Carta al Dr. Tomás Guevara, felicitándolo por su reciente libro Civilización de Araucanía. La Frontera (Temuco), 27 de julio 1900. — 3. Etnografía y Colonización, carta al Sr. Tomás Guevara, con respuesta de éste. Publicado en los Diarios El Sur, El Ferrocarril y El Heraldo (4-6-22 de marzo 1906). — 4. Los tráneos de paredes gruesas, según Luis Vergara Flores, con un dato más. Revista Chilena de Ciencias Naturales, T. X, última entrega. 1906.

En su trabajo "La región prehistórica de Quilpué y su relación con la de Tiahuanacu" (estudio arqueológico basado en la colección del autor exhibida en la exposición histórica del centenario), Fonck intenta probar la analogía o identidad de las costumbres funerarias entre las localidades o regiones de Quilpué y Tiahuanacu. Fonck es, sin duda, uno de los primeros estudiosos que se refiere a la influencia de Tiahuanacu en Chile; sin embargo, como lo veremos más adelante, fue el Dr. Uhle quien trató científicamente esta problemática por primera vez.

Aparte de lo anterior, adquiere valor su esfuerzo por periodificar los restos arqueológicos de Quilpué: "distinguimos en Quilpué dos épocas diferentes: la más antigua con sus piedras de moler, piedras con tacitas y ollas de clase ordinaria, y otra más avanzada, tal vez incásica, con objetos de cobre y alfarería pintada, en que cesaron, según parece, las piedras con tacitas (como en El Sauce), pero en la cual persistieron las mismas costumbres fúnebres como en la primitiva" (pág. 50).

Estamos en 1910 y aunque ya comienzan a investigar y a publicar el Dr. A. Oyarzún y el ingeniero inglés R. Latcham, el párrafo anterior es un hito importante en la construcción de la prehistoria de Chile Central.

Pero volvamos nuevamente hacia fines del siglo XIX y veamos quiénes organizaron la "Société Scientifique du Chili". En 1891, impreso en Santiago en la Imprenta Cervantes, situada en la calle de la Bandera, número 73, apareció el tomo I de las 'Actas' de la Sociedad Científica de Chile. Esta sociedad había sido fundada por un grupo de franceses y constaba de una larga lista de miembros fundadores y titulares, muchos de los cuales eran científicos y profesores de prestigio. Así, tenemos por ejemplo, a su presidente Albert Obrecht, Doctor en Ciencias, profesor en la Universidad y Director del Observatorio Astronómico; a su Vicepresidente Alphonse Nogués, Doctor en Ciencias, Ingeniero Civil de Minas y profesor de la Universidad; a su Secretario General Fernand Lataste, Subdirector del Museo Nacional de Historia Natural y profesor en la Universidad.

En el tomo II de las 'Actas' aparece Alphonse Nogués encabezando la lista de miembros del Consejo de Administración correspondiente al año

---

— 5. Reseña razonada de algunas publicaciones sobre Etnografía, de F. F. inédito. — 6. La región prehistórica de Quilpué y su relación con la de Tiahuanacu, Valparaíso, 1910. — 7. Formas especiales de los utensilios caseros de los aborígenes. Revista Chilena de Historia y Geografía. Año II, I trimestre, N. 5. 1912.

de 1892, en donde uno de los Vice Presidentes es el Dr. Manuel Barros Borgoño, Decano de la Facultad de Medicina.

Entre los miembros titulares están el rector de la Universidad de Chile y profesor de Anatomía Dr. José Joaquín Aguirre; el subsecretario de Estado en el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, Abogado José Domingo Amunátegui Rivera; el Secretario de la Facultad de Humanidades, profesor de Derecho Constitucional en el Instituto Pedagógico Domingo Amunátegui Solar; el Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades Diego Barros Arana, etc...

Todos estos valiosos hombres de ciencia e intelectuales pertenecían a una Sociedad formada también por comerciantes, negociantes, propietarios, industriales cuyo oficio no era precisamente la investigación científica, aunque sí aspiraban al conocimiento y por lo tanto escuchaban con gran interés las comunicaciones científicas que se leían.

Con el fin de conocer el valor de estas comunicaciones hemos escogido una que tiene que ver con temas antropológicos; se trata de la comunicación del Sr. Nogués titulada "Los Hombres aborígenes de América, las razas autóctonas". El comienzo de la comunicación de Nogués muestra la cautela del hombre de ciencia y el concepto interdisciplinario de los estudios que abordan el problema de los orígenes del hombre americano. "Yo no tengo la pretensión de resolver el difícil problema de los aborígenes de América, ni el de los orígenes de los primeros habitantes de Chile. La solución de este problema, suponiendo que la tenga en el estado actual de la ciencia, exigiría largas y laboriosas búsquedas antropológicas, etnográficas y lingüísticas. Yo no pretendo pues zanjar un problema tan delicado, que no han podido resolver los etnógrafos más eminentes; sólo está permitido a los guerreros cortar los nudos gordianos de un golpe de espada. Pero nosotros, los hombres de ciencia, a falta de argumentos cortantes, que no son de nuestro dominio, debemos aportar argumentos razonables, probatorios, alimentados por la observación".

En el fondo, el Sr. Nogués no pretende discutir las hipótesis autoctonistas ni las que hablan de migraciones de los romanos, cananeos, íberos, etc.; sólo quiere "establecer la existencia del hombre americano cuaternario". A continuación cita los descubrimientos del Dr. Dowler en el Delta del Mississippi, asociado a *Mastodon chiticus*, *Megalonyx*, *Equus*, *Bos*, etc., y los descubrimientos de Lund, en cavernas del Brasil, de osamentas humanas asociadas con *Megatherium*. Y luego Nogués es-

cribe una frase sorprendentemente optimista para esos años: "todo lo que nosotros acabamos de decir es conocido desde largo tiempo; nadie pone más en duda la gran antigüedad del Hombre tanto en América como en el antiguo continente".

Al término de la comunicación Nogués se adscribe claramente a la tesis autoctonista al declarar: "El objeto final de esta discusión era alcanzar a concluir que, puesto que la América ha tenido sus razas cuaternarias autóctonas, contemporáneas del Mastodonte, del Megatherium, del Mylodon, del Glyptodon, del caballo, etc., no hay ninguna razón para recurrir a las migraciones hipotéticas para poblar el nuevo Mundo. Este vasto continente ha tenido sus razas humanas originarias, como ha tenido su fauna especial. Los aborígenes de América, que existían o habían existido antes del descubrimiento de C. Colombo, eran los descendientes de los hombres de las épocas anteriores; la América ha tenido sus razas humanas, igual como el Africa y el Asia han tenido las suyas".

Escrito en 1892, nos parece que el razonamiento es lógico y convincente. No habría por qué exigirle a Nogués que se preguntase por el origen de los grupos americanos cuaternarios. Hoy día lo hacemos y contestamos que Asia tiene que decirnos algo. Pero, de todos modos, el rechazo enérgico que hace nuestro científico de las hipótesis que postulaban la presencia de antiguos godos, íberos, frisonos, tártaros, sémitas, romanos, etc., para explicar el origen de los araucanos y de otros pobladores americanos es realmente valioso y demostrativo de la seriedad de los estudios que se hacían a fines del siglo pasado. Lo curioso es que ahora esta rigurosidad, a veces, se pierde, y nos volvemos a encontrar con algunas publicaciones que nos recuerdan las hipótesis ya desechadas en 1893 por los investigadores de la Sociedad Científica de Chile.

Sin lugar a dudas que la comunicación de Nogués es un excelente ejemplo del valor de las sociedades científicas, en cuyo interior se expresaban ideas y se exponían problemas que no era posible exponer en otros lugares. Sólo en la universidad, en algunas escasas revistas y en estas sociedades, que comenzaban a crearse, se podían tratar problemas altamente científicos, en algunos casos conflictivos como aquellos que se referían al Darwinismo.

Hemos ya conocido la opinión de Philippi, de 1876, sobre este delicado tema. El propio Nogués de la Roque escribió en 1892 y 1893 algunos artículos sobre "Descendencia del Hombre y Darwinismo", pre-

guntándose: "¿De dónde descende el Hombre? ¿Cuáles son sus antecedentes antropoides?"<sup>79</sup>.

También otro distinguido estudioso, Luis Arrieta Cañas, se había inquietado profundamente por el problema de la descendencia del Hombre. En 1889, publicó un artículo, en la Revista del Progreso, titulado "Algo sobre el hombre", con un subtítulo de "Monogenismo, Poligenismo, Transformismo"<sup>80</sup>.

Puede asegurarse que en los círculos científicos de Santiago, la mayoría de sus miembros eran partidarios de la teoría transformista, y aquellos que no lo eran la respetaban grandemente.

En L. Arrieta Cañas hay una gran cantidad de datos que lo muestran como un estudioso bien informado de todo lo que se publicaba en aquellos años, en Antropología y Arqueología, pero además hay algunas ideas que pueden considerarse también representativas de fines del siglo pasado. "Ya empieza el movimiento intelectual que viene enjandrado por las ciencias antropológicas y arqueológicas, ya empieza a notarse la distinta concepción del hombre i del mundo que nace por la claridad que arroja el espíritu nuevo, ya las ciencias sociales se sienten impregnadas en la nueva savia que, al abrir otros horizontes a su esperanza, les da más bríos para reconstruir desde los cimientos una rama del saber que hasta hace poco lo era del creer".

Arrieta Cañas, autor de estas quemantes líneas, había nacido en Santiago en 1862, estudió humanidades en el Instituto Nacional y leyes en la Universidad de Chile. Se recibió de abogado en 1886. A pesar de su título de Abogado "no se ha dedicado a las controversias forenses: el arte y la literatura lo han retenido en sus redes y en ellos ha sobresalido y ha sostenido batallas memorables"<sup>81</sup>.

Nosotros podríamos agregar que también sobresalió en las discusiones filosóficas, tocando temas tan conflictivos como la inmortalidad del alma, el origen del hombre, etc. Arrieta Cañas, anticlerical, positivista y racionalista, fue también un gran benefactor que ayudó a amplios sectores sociales. Además de participar en el Club del Progreso, el Ateneo de

---

<sup>79</sup> Anales de la Universidad de Chile. T. LXXXII, noviembre-abril 1892-1893, págs. 1255-1282, T. LXXXIV (marzo-octubre 1893), págs. 145-179-697-724.

<sup>80</sup> L. Arrieta Cañas: "Algo sobre el Hombre", apartado de la Revista del Progreso, Santiago de Chile. Imprenta de La Libertad Electoral, Morandé 38, 1889.

<sup>81</sup> Virgilio Figueroa: Diccionario Histórico y Biográfico de Chile, pág. 618. Santiago de Chile, 1925.

Santiago, colaboró, como ya lo hemos dicho, en la Revista del Progreso y en La Actualidad. Desde 1891 formó parte como miembro titular de la "Société Scientifique du Chili".

Sus principales artículos fueron "Un Manuscrito", de 1888, en donde exponía las teorías de los antiguos sobre la inmortalidad del alma y terminaba rebatiéndolas. De ese mismo año es "Cartas sobre la Música". A propósito de su interés por la Música, en 1892 formó parte de una comisión de vigilancia del "Conservatorio Nacional de Música".

En 1889 escribe su ya citado "Algo sobre el Hombre". Sin lugar a dudas, es un tipo de hombre que ayuda a formar opinión pública sobre el valor de los estudios antropológicos. Con sus posiciones filosóficas bien definidas, incluso, a veces, arbitrarias, va marcando un sendero entrelazado de polémicas y luchas ideológicas, que sería recorrido por tantos otros.

En las Actas de la Sociedad Científica de Chile, encontramos un gran número de artículos escritos por estudiosos como Daniel Barros Grez, Máximo Cienfuegos, Marcial Cordovez, Caupolicán Pardo, Luis Vergara Flores y Alejandro Cañas Pinochet y tantos otros.

El Dr. Luis Vergara Flores es, sin duda, una de las figuras más interesantes ya que aparece como formando parte del primer grupo de científicos que investiga sobre "Antropografía o Antropología física". Carlos Porter lo recuerda así: "En esta rama de la ciencia, donde se abre tan vasto horizonte, son muy contadas las personas que se han ocupado de ellas. Descuella, en primer lugar, el Dr. Luis Vergara Flores, de Tocopilla, cuyos trabajos y estudios originales sobre la Craneología de las diversas razas del valle del Loa merecen especial mención. Este autor también ha descrito unos cráneos hallados en la isla de Mocha y traídos por la expedición científica que, bajo la dirección del Dr. Carlos Reiche, exploró la isla"<sup>82</sup>.

Otros investigadores que, a fines del siglo pasado o comienzos del XX, publican datos aislados o estudios específicos de Antropología Física, son, además del Dr. Vergara Flores y, naturalmente, de José Toribio Medina, el Dr. Luis A. Solís Varela, Tomás Guevara, Ricardo Latcham, Alejandro Cañas Pinochet, Pedro N. Herrera, el Dr. Juan Serapio Lois, Francisco Vidal Gormaz, el capitán Enrique Simpson y Carlos Juliet.

---

<sup>82</sup> Carlos Porter, *ob. cit.*, pág. 111.

También es justo recordar que, en relación con publicaciones científicas importantes, en 1897 apareció el primer número de la "Revista Chilena de Historia Natural" fundada y dirigida por Carlos E. Porter. Esta publicación de carácter interdisciplinario que trasciende el segundo período y acogió a muchos antropólogos y arqueólogos chilenos, especialmente a Latcham, incluyó en sus páginas, además de los artículos especializados, unas noticias breves sobre los principales antropólogos chilenos con informaciones de carácter bibliográfico y biográfico. Así, en diferentes números (entre 1900 y 1942), encontramos datos sobre el Dr. Luis Vergara Flores (Nº 9 - 1905), el Dr. Francisco Fonck (Nº 11 - 1907), del profesor Tomás Guevara (Nº 14 - 1910), del ingeniero Ricardo E. Latcham (Nº 14 - 1910), etc.

La intención sería escribir sobre todos aquellos que hicieron algo por enriquecer los estudios del hombre y de la cultura prehispánica en Chile, como Alejandro Cañas Pinochet y Daniel Barros Grez, y sus estudios acerca de las piedras horadadas, las piedras grabadas y del culto de la piedra en Chile. Aunque muchas de sus tesis no sean aceptadas hoy en día merecen ser recordadas, especialmente porque se trata de temas tan controvertibles como las piedras horadadas y sus funciones. Así, por ejemplo, en las Actas de la Sociedad Científica de Chile, Tomo de 1904, Cañas Pinochet publicó su estudio sobre las piedras horadadas<sup>83</sup> en donde llegaba a la conclusión de que estas piedras habían hecho el papel de monedas en los tiempos en que fueron confeccionadas.

Igualmente, debemos tener presente a los viajeros Alejandro Bertrand y Francisco San Román, quienes exploraron el desierto de Atacama.

En 1885, Alejandro Bertrand publicó sus "Memorias sobre las Cordilleras del Desierto de Atacama y regiones limítrofes", en donde da noticias breves sobre la arqueología y los habitantes de la región<sup>84</sup>.

En 1896 aparece publicada la importante obra de San Román, en tres tomos, titulada "Desierto y Cordilleras de Atacama", en cuyas páginas se dan informes arqueológicos interesantes. Así, por ejemplo, San Román escribe: "En Chiu Chiu, lugarejo de unos 500 habitantes, situado a inmediaciones de la confluencia de los ríos Loa i Salado, presentóse la ocasión de interesantes visitas a los cementerios de indígenas, consiguiendo obtener cuatro momias completas, en buen estado de conserva-

<sup>83</sup> Apareció como folleto en 8, de 81 páginas, con 8 láminas. Imprenta Cervantes. Santiago de Chile, 1904.

<sup>84</sup> Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, T. X, págs. 4-299. Stgo.

ción i adornadas con sus pintados ropajes, diversos objetos de adorno i utensilios, a todo lo cual ha dado colocación el Dr. Philippi en la correspondiente sección del Museo Nacional”<sup>85</sup>.

Sin embargo, es conveniente permanecer junto a algunos estudiosos, como Ricardo Latcham, que más tarde van a llenar con su personalidad científica el escenario de la Arqueología Chilena. Aunque su gran obra científica pertenece al tercer período, entre 1911 y 1940, hay algunos trabajos, que muy pocas veces son recordados, y que sin embargo son fundamentales para conocer las hipótesis de este estudioso, en los primeros años de sus investigaciones y cómo ellas evolucionaron posteriormente. También el Dr. A. Oyarzún publica en 1910, al final del segundo período, pero prácticamente toda su producción científica pertenece al tercer período. Por esta razón, analizaremos más adelante su trabajo sobre los conchales.

En la Revista Chilena de Historia Natural, en 1908, se publicó un estudio de Ricardo E. Latcham, “miembro correspondiente de la Sociedad Antropológica de Londres”, titulado: “Hasta dónde alcanzó el dominio efectivo de los Incas en Chile”<sup>86</sup>.

La primera hipótesis, que sería probada con abundancia de hechos, expresa: “que el dominio efectivo de los incas se extendió, cuando menos, hasta el río Maipo, i con toda probabilidad hasta el Maule”.

Los hechos son sacados principalmente de la etno-historia, lingüística, antropología física y algo de la Arqueología, puesto que “la arqueología del país, que pudo haber aclarado esta cuestión con más certeza, es desgraciadamente tan poco estudiada, que se puede decir que casi no existe”.

En la búsqueda de todo tipo de datos, para aprobar su hipótesis, Latcham hace uso del argumento de la presencia de la agricultura.

Es sumamente interesante seguir sus argumentos y comprobar cómo coincide, en este momento, con Barros Arana, a quien atacará duramente 20 años después. Sin embargo, hay algo que lo diferencia de Barros Arana: su estimación de que no basta con asegurar que sólo en el siglo XV entró la práctica de la agricultura y de otras técnicas. Cien años no bastan para explicar el gran cambio cultural y la nueva realidad que conocen los españoles, sobre todo en el Nor-centro de Chile.

<sup>85</sup> Pág. 230, T. I, Stgo. de Chile, Imprenta Nacional, calle de la Moneda.

<sup>86</sup> Revista Chilena de Historia Natural, Año XII, N. 4-1908, págs. 178-199.

Latcham sugerirá que los incas entraron a Chile antes del siglo XV y esta mayor antigüedad de su presencia en el territorio chileno daría más tiempo para los cambios culturales. Pero siempre serían los incas los autores de la entrada de las técnicas agrícolas más desarrolladas. Así, la diferencia básica, en 1908, entre Latcham y Barros Arana, no se encuentra en quiénes introdujeron las nuevas técnicas, sino cuándo ocurrió.

Conozcamos textualmente lo que Latcham escribió entonces para probar que los incas ocupaban el país hasta el Maule, por un tiempo considerable antes de la entrada de los españoles: "Sabido es, pues, —todos los cronistas dejan constancia de ello— que, al sur del Bío-Bío, la agricultura era casi totalmente desconocida. En cambio, los habitantes del Norte i del Centro del país habían adoptado costumbres más sedentarias, i se dedicaban al cultivo de la tierra, i a la crianza de sus ganados de Chillihueques o llamas. El carácter de esta agricultura era esencialmente peruano. Sembraban el maíz, la papa, el quinua, el madi, el ají i frejoles. Sabían el uso del arado que entre ellos era un horcón, con una rama larga i otra corta, puntiaguda i endurecida al fuego. Esto lo hacían tirar por dos chillihueques, animales que les servían además para su alimentación y para fabricar de su lana sus pocos vestidos, coloreándola con tintas vegetales. Aprendían el uso de los metales, oro, plata y cobre, i habían avanzado algo en la industria de la alfarería y la labranza de maderas. Conocían también la manera de abonar sus siembras con el estiércol de sus animales i regaban con acequias, traída a veces de largas distancias, venciendo serios obstáculos"<sup>87</sup>.

Algo más adelante, citando a Guevara que defendió siempre la introducción de la agricultura por los conquistadores peruanos, dice: "A la época de la conquista se practicaba la agricultura i la crianza hasta el Maule". Para terminar el análisis de este revelador estudio de Latcham veamos cómo este investigador intenta resolver el problema: "¿Cómo es que encontramos tantas huellas de esta ocupación al norte del río Choapa, mientras al sur del mismo río son relativamente escasas?"

El propio Latcham reconoce que el problema no habría presentado tanta dificultad si no fuese por dar afirmaciones que se hacen sin ser discutidas. La primera: "que, anterior a la invasión de Chile por los ejércitos de Tupa Yupanki, la influencia de la civilización incásica no se había sentido al sur del desierto de Atacama". La segunda, "que el idioma

---

<sup>87</sup> R. E. Latcham, ob. cit., págs. 191-192.

araucano fué hablado por todos los habitantes de Chile, desde Atacama hasta Valdivia o Chiloé”.

Apoyándose en el cronista Montecinos postula una antigua penetración de los incas antes del siglo XV: en una nota recuerda que, según Garcilaso, pudo haber ocurrido entre 1292 y 1298. Así, para Latcham de 1908, esta antigua y primera entrada de los incas a Chile explicaría satisfactoriamente el grado de civilización que tenía el país a la llegada de los españoles. “Casi no es dable creer que en menos de un siglo, un pueblo podía salir de un estado de absoluto barbarismo i haber adquirido las artes de la agricultura, el tejido, la cerámica, la domesticación de animales, la elaboración de metales i otras, en una extensión tan grande de territorio”.

Para terminar la exposición de los principales trabajos y problemas que corresponden al segundo período, nos referiremos a otro trabajo de Latcham, sin duda el más importante, también publicado a fines de este período. En Santiago se inauguró, el 25 de diciembre de 1908, el IV Congreso Científico y el I Panamericano. En este Congreso, Ricardo Latcham presentó un trabajo titulado “Antropología Chilena”. El propio Latcham lo calificó de “un resumen de los estudios y observaciones del autor durante un largo número de años”. Esta monografía se publicó en 1911 y nos servirá para limitar muy bien lo que hasta ese momento se investiga y se publica en Chile sobre Antropología y Arqueología. Vale la pena conocer bien las discusiones y problemas que había en los círculos científicos chilenos en la primera década del siglo XX, para, entre otras cosas, precisar con exactitud el aporte del sabio alemán Max Uhle, desde 1911 en adelante.

Con la publicación “Antropología Chilena” nos enfrentamos a la primera obra de conjunto editada en Chile, luego de los trabajos de José Toribio Medina y de Diego Barros Arana. La monografía de Latcham tiene una fuerte orientación antropológica física, pero está acompañada de un conjunto valioso de datos científicos de tipo arqueológico. Se divide en dos partes: 1) “Las razas indígenas que habitaron el territorio actual de Chile”, y 2) “Los caracteres físicos de las razas chilenas”.

A lo largo de estas páginas expone un conjunto de hipótesis que enfrenta a otras expuestas en la segunda mitad del siglo XIX. Había sido costumbre considerar que los dos elementos más importantes que entran en la constitución de la nación chilena eran el araucano y el español, y tomar en cuenta para la obtención de la información científica

sólo la parte centro-sur del país.

Naturalmente que Latcham objeta que sólo se estudie y se tome en cuenta un tercio del territorio bajo el dominio chileno. Además se opone a la suposición de que en la época de la conquista haya una raza homogénea: "Nuestras investigaciones nos han convencido de que, lejos de la homogeneidad concebida, Chile es uno de los países donde más mezclas de razas ha habido".

Al rechazar los argumentos de tipo lingüístico ('se trata de una sola raza porque se habla un solo idioma') el antropólogo inglés hace suyo un argumento que actualmente es patrimonio de la ciencia: "La lengua parece ser independiente de la raza".

Sin embargo, es verdad que a la llegada de los españoles había una lengua común en Chile Central. Esta lengua, según Latcham, pertenecía a antiguos pobladores que habitaban el territorio nacional; luego migrantes venidos de las pampas argentinas incorporaron esta lengua. Nos enfrentamos, así, a la teoría más conocida de Latcham, que postula que los mapuches vinieron de tierras orientales más allá de la Cordillera de los Andes: "Creemos que la corriente migratoria ha venido más bien desde las pampas a Chile, en tiempos sin duda muy lejanos; y que las razas que ocuparon el valle central de este país a la llegada de los españoles no eran autóctonos, sino descendientes de hordas invasoras que se habían fusionado más francamente con los antiguos moradores del Norte del río Itata; y encontrándose con tribus menos fuertes, o bien más hostiles al sur de dicho río, los habían empujado a fuerza de armas más y más al sur, conservando su pureza más intacta en aquella región que llamamos Araucanía".

"Este pueblo era nómada, vivía de la caza, se vestía de cueros de animales, habitaba toldos del mismo material y no conocía ni los primeros rudimentos de la agricultura. Es posible que tenían algunos conocimientos de la alfarería, pero de la más ruda descripción. Era robusto y energético y probablemente muy guerrero"<sup>88</sup>.

Los invasores adquirieron la lengua de los pueblos más adelantados y sedentarios que habitaban al norte del río Itata. Estos recién llegados "no encontrándose con tantos elementos extraños, conservaron mejor sus caracteres raciales y sus costumbres antiguas, aprendiendo algunas

---

<sup>88</sup> R. E. Latcham, "Antropología Chilena", pág. 27, en "IV Congreso Científico". Editor Carlos E. Porter, Stgo. de Chile, 1911.

nuevas ideas de sus vecinos del norte y adoptando poco a poco el nuevo idioma que era más adecuado para las exigencias de su nueva vida”.

Con relación a la extensión geográfica de la ocupación mapuche, Latcham considera que al ampliarse en forma exagerada el habitat de aquéllos se incluyó en forma inapropiada a los pehuenches y a los huilliches; “como trataremos de probar, estos dos pueblos no formaban parte de la raza a que pertenecían los mapuches, ni eran políticamente unidos con ellos, aún cuando con el transcurso del tiempo llegaron a vincularse con ellos en ciertas partes del territorio”<sup>89</sup>.

Otra de las teorías importantes de Latcham tiene relación con el aporte cultural de los incas. Es fácil conocer con claridad el pensamiento del estudioso inglés sobre este problema, en la Prehistoria Chilena publicada en 1928. Pero no ocurre lo mismo en las publicaciones iniciales de Latcham. Creemos ver opiniones oscilantes, casi contradictorias. Así, por una parte, al reconocer que los habitantes del norte del río Itata (Picunches) tenían los rudimentos de una agricultura primitiva y del pastoreo, e incluso que por influencia de otros grupos autóctonos más cultos (posiblemente del Norte Chico) llegaron a un estado patriarcal antes de la invasión incásica, permite la posibilidad de explicar que los incas “pudieron lograr resultados tan extraordinarios en el corto tiempo que duró su dominación”<sup>90</sup>.

Por otra parte, está convencido que la influencia peruana se hizo sentir en esta región largos años antes de la invasión de Yupanqui. Volvemos a encontrar, así, la hipótesis que ya había formulado en el estudio titulado “¿Hasta adónde alcanzó el dominio efectivo de los Incas en Chile?”, y que sostenía que los incas habían penetrado a Chile mucho antes del siglo XV. Esta penetración temprana tiene su sentido para Latcham sobre todo si se refiere al norte de Chile y en especial a la provincia de Coquimbo. La siguiente cita de Latcham define muy bien el tipo de relaciones existentes entre los habitantes de esta región de Chile y los incas antes de la invasión del siglo XV: “No queremos decir que formaba parte del imperio de los Incas, sino que el contacto entre los dos pueblos había durado lo suficiente para que se adoptara la lengua, las artes e industrias de sus poderosos vecinos del norte”<sup>91</sup>.

<sup>89</sup> R. E. Latcham, ob. cit., pág. 31.

<sup>90</sup> R. E. Latcham, ob. cit., pág. 37.

<sup>91</sup> R. E. Latcham, ob. cit., pág. 40.

Incluso los propios atacameños (habitantes al sur del río Loa) que hicieron fuerte resistencia a los incas, "con la adopción de una vida más sedentaria y las enseñanzas adquiridas de los Incas, se dedicaban a la explotación de las minas de oro, plata y cobre: y a la crianza de llamas y vicuñas"<sup>92</sup>.

Así, creemos que Latcham, en la "Antropología Chilena", a pesar de sus dudas, se inclina a restarle alguna importancia a la conquista incásica, en lo que se refiere a la incorporación de la agricultura, aunque no deja de hacer uso del cronista Montecinos para insistir en una posible penetración inca temprana.

También, y ahora en relación a los mapuches, considera que ellos "han hecho un papel mucho menos importante de lo que se ha creído generalmente en la formación del pueblo chileno".

Como resumen de las principales conclusiones de Latcham, además de las recientemente expuestas, y tomando también en cuenta la segunda parte del estudio, podemos anotar:

1. Desde tiempos remotos han existido en el territorio chileno numerosas razas que se han mezclado.
2. Que Chile se ha poblado desde antiguos tiempos: los más antiguos representantes de esta raza autóctona paleoamericana serían los alacalufes y, probablemente, algunas familias de los changos.
3. Que la población actual se ha formado por sucesivas invasiones del Norte y del Oriente.
4. Que las inmigraciones de pueblos chilenos a tierras argentinas han sido secundarias, siendo, por tanto, más significativos los movimientos de los pueblos que provienen del oriente de la cordillera (caso de los araucanos).
5. Que ha existido, posiblemente, al norte del grado 30 "una antigua raza ya desaparecida, más civilizada que cualquier otro que ocupó el territorio chileno o argentino antes de la llegada de los españoles".

Para terminar, debemos precisar que los dos trabajos de Latcham analizados por nosotros, muestran, sin embargo, a pesar de sus méritos la ausencia de una secuencia cronológica de los pueblos (razas como dice Latcham) y culturas. Hay, sin duda, intentos de secuencias relativas, co-

---

<sup>92</sup> R. E. Latcham, ob. cit., pág. 44.

mo cuando hace suyo, en parte, los estudios del Dr. Vergara Flores con respecto a "las guacas de Quillagua"<sup>93</sup>.

De todos modos no hay duda de que los vacíos son enormes en todo lo que se refiere a cronología y a secuencias culturales. Debería llegar un alemán, que no era prehistoriador, pero sí un científico riguroso, para que se produjera un vuelco fundamental en la labor científica de la Prehistoria de Chile. Con Max Uhle entramos a uno de los más interesantes períodos de la ciencia prehistórica, no sólo por la calidad de sus integrantes, sino por las numerosas obras científicas publicadas y por su extensión.

En resumen, podemos sostener que este segundo período se caracterizó por la formación de Sociedades científicas de tipo general (la Alemana y la Francesa) y al final de él de Sociedades especializadas (como la de Folklore o la de Historia y Geografía); sociedades éstas que permitieron un intercambio de ideas y, en general, ayudaron a organizar un ambiente científico e intelectual muy estimulador.

Los trabajos de campo, especialmente las exploraciones geográficas que daban algunas informaciones de los aborígenes y de las antigüedades continuaron ahora encaminadas al conocimiento del Norte y, en general, se observan algunos trabajos e informes de campo modestos. En verdad, en este período no se logra, a pesar de todo, impulsar los trabajos arqueológicos como podía haberse esperado luego de la publicación de Medina. El propio Medina nos entrega algunas descripciones arqueológicas bien logradas pero no enriquece su síntesis histórica sobre los aborígenes.

Sólo al final del período, con la presencia de Latcham y Oyarzún, se conocen algunos trabajos interesantes, destacándose el estudio de conjunto de Latcham sobre la Antropología Chilena, escrito en 1908. Tal vez, el aporte mayor de este segundo período fué el de crear las condiciones intelectuales para el acelerado desarrollo futuro de los estudios antropológicos y arqueológicos en Chile (el tercer período). Faltó indudablemente más investigación descriptiva, pero la característica señalada anteriormente lo justifica ante la historia de la ciencia.

---

<sup>93</sup> De acuerdo a los tipos de cráneos y en especial al grosor de sus paredes se habla de 'antiguos atacameños', 'antiguos changos', 'aimaraes' y "una raza nómada que ocupaba la zona entre la costa y la cordillera en tiempos remotos".



## 5. CAPITULO III

### TERCER PERIODO (1911-1940)

Tal como lo hemos escrito, las fechas que enmarcan los cinco períodos de la Ciencia Prehistórica Nacional no deben ser consideradas absolutamente exactas. Para el tercer período, el año 1911 señala la llegada a Santiago del gran científico alemán Dr. Max Uhle, quien impactó a los estudiosos extranjeros y nacionales que se preocupaban de investigar la realidad cultural prehispánica y etnología de Chile.

En la década de 1940 acontecen varios hechos puntuales que deben ser relacionados entre sí para entender por qué, hacia los alrededores de 1940, hacemos terminar el período que estudiamos y visualizamos uno nuevo (el cuarto período).

En primer lugar, R. Latcham y Aureliano Oyarzún disminuyen en gran proporción sus contribuciones científicas debido a su edad avanzada y a deficiencias de salud. Siguen preocupados de lo que acontece en los temas de sus especialidades; incluso continúan publicando, pero, obviamente, su aporte es más rico en consejos y apoyo que prestan a los nuevos y escasos investigadores. Latcham muere en 1943 y el Dr. Oyarzún en 1947, a la edad de 89 años.

Por otra parte, las investigaciones del arqueólogo norteamericano Junius Bird en el norte de Chile, tal como lo hemos escrito, deben ser analizadas en un nuevo contexto científico que se caracteriza por la influencia técnica y teórica de la antropología norteamericana que, por lo demás, no dejará de influir en el pensamiento teórico de los investigadores chilenos hasta el presente.

En el tercer período son las personalidades de Uhle, Latcham, Oyarzún, Gusinde y Guevara las más características. Hay también otros investigadores valiosos como Augusto Capdeville, Carlos S. Reed, Carlos Oliver Schneider, Gualterio Looser, León Strube, Leotardo Matus e incluso el historiador José Toribio Medina que continúa entregando, espaciadamente, algunas contribuciones a los estudios de las antigüedades chilenas hasta el mismo año de su muerte (1930). A fines del tercer período surge la figura de Francisco Cornely, investigando en las "Provincias Diaguitas" y que incluso en 1938 descubre una nueva cultura (El Molle). Sin embargo, Cornely publicó principalmente en los años siguientes y por eso debe ser considerado como un representante del cuarto período.

Insistiendo en el valor relativo de la fecha que inicia el tercer período, debemos recordar que los primeros trabajos antropológicos de Latcham se sitúan en 1903<sup>94</sup>; pero, desde nuestra perspectiva, sus aportes arqueológicos se inician en 1908. Entre 1908 y 1911 se publican muchos trabajos, se organizan dos sociedades científicas (la de Folklore en 1909 y la de Historia y Geografía en 1911) y se convoca a los estudiosos, tanto naturales como sociales, a una gran reunión científica en Santiago.

Hacia 1910, los señores Latcham, Oyarzún, Fonk, Guevara y Lenz publican diversos artículos y monografías, tanto en Santiago como en Buenos Aires. Todas estas publicaciones son reseñadas en el primer número de la Revista Chilena de Historia y Geografía, que apareció en 1911.

En especial, el Cuarto Congreso Científico y Primero Panamericano realizado a fines de diciembre de 1908 y comienzos de enero de 1909 fué una concentración significativa de intelectuales y estudiosos, en donde los antropólogos y arqueólogos cumplieron un papel destacado.

A pesar de todo lo expuesto, que sirve de fundamento para relativizar la fecha de 1911 en cuanto dato cronológico absoluto del comienzo del tercer período, con la perspectiva que dan los años podemos enfatizar que la contribución del Dr. Uhle enviada al cuarto Congreso de Santiago ("La esfera de influencia del país de los Incas") superaba, metodológica y teóricamente los trabajos meritorios publicados en Chile.

---

<sup>94</sup> Grete Mostny: "Ricardo Latcham, su vida y su obra". Boletín del M. N. H. N., tomo XXX, Stgo., 1967. — Julio Montané: "Bibliografía selectiva de Antropología Chilena". La Serena, 1965, pág. 141.

Por su formación rigurosa en lingüística, etnología y arqueología Uhle pudo, primero en Perú y luego en Chile, (entre 1911 y 1919) hacer excavaciones estratigráficas, estudiar los contextos culturales, relacionar las etnias actuales con el pasado prehispánico (método comparativo), utilizar la toponimia y, sobre todo, crear secuencias culturales y fechar las diferentes culturas y restos arqueológicos. Además, por todo lo anterior, manejaba una perspectiva histórica profunda que iba mucho más atrás que el Imperio Inca y que incluso se extendía hasta los primeros cazadores que llegaron a América: así no tuvo inconvenientes teóricos para buscar en Chile huellas de culturas pre-incásicas como la Chíncha, Tiwanaku, Chavín, etc. Sin conocer Chile y sólo estudiando el libro de Medina, y en especial sus láminas, escribió, en 1908, que había que investigar la presencia de Tiwanaku en el Norte Grande y el Norte Chico<sup>95</sup>.

Por otra parte, también es verdad que Uhle no habría podido hacer mucho sin la existencia de un ambiente científico tal como lo había en Santiago en 1911 y, sobre todo, sin el apoyo que le brindaron, hasta 1916, el gobierno de Chile y los investigadores Oyarzún y Gusinde.

Así, queda en claro que el tercer período se inicia cuando en nuestro país se había producido una maduración intelectual y científica, coincidiendo esto con la llegada de un gran estudioso que impulsó activamente las investigaciones históricas.

Si nos preguntamos por lo que da unidad a este período debemos, en primer lugar, referirnos a *los cuadros de secuencias culturales y de fechas* que organizó el Dr. Max Uhle. Estas periodificaciones perduraron por largos años, siendo citadas textualmente por todos los investigadores que se referían a las culturas del Norte de Chile (Latcham, Oyarzún, Guevara).

Ricardo E. Latcham se inspiró en ellas para ordenar las culturas de las "Provincias Diaguitas" (Norte Chico) y de Chile Central, aunque haciéndoles algunas modificaciones según los materiales y yacimientos encontrados especialmente en las regiones centrales.

En segundo lugar, en este período, hay un esfuerzo generalizado por conseguir información, por enriquecer la data científica, por describir nuevos yacimientos científicos, nuevos restos y nuevas culturas. Se trata indudablemente de una etapa de tipo *descriptivo*, diferente, eso sí, a las

---

<sup>95</sup> Véase nuestro estudio: "Friedrich Max Uhle y la Prehistoria de Chile"; separata del Boletín de Prehistoria de Chile, N. 7-8; 1974-1975, pág. 16.

vividas en los períodos anteriores. Es justo señalar que estamos frente a un período más cuidadoso desde un punto de vista metodológico y más rico en cuanto al uso de algunas teorías. Así apreciamos que por estos años se hacen esfuerzos por construir una visión sintética de tipo histórico. Se discuten las interpretaciones del siglo XIX, elaboradas especialmente por Barros Arana, sobre la homogeneidad de la raza prehispánica, sobre el aporte de los incas en las culturas aborígenes de Chile, sobre el origen de la cultura mapuche y sobre la extensión de este pueblo a lo largo del territorio nacional, etc. En estas discusiones, a veces incisivas, se destacan los aportes valiosos de Oyarzún, Latcham y Guevara.

Es justo mencionar que el esfuerzo histórico y etnológico de Latcham hizo posible, en 1928, la publicación de un libro de síntesis sobre la prehistoria de Chile, que permanece, junto al libro de Medina, como una de las obras más valiosas de la investigación arqueológico-prehistórica de Chile.

También el Dr. Oyarzún participó en este esfuerzo teorizante dando a conocer el aporte valioso de los etnólogos católicos de la Escuela de Viena (histórico-cultural). Incluso, nuestro país fue visitado por el Dr. Guillermo Koppers, uno de los más destacados etnólogos y redactor de la célebre revista alemana *Anthropos*, quien venía a conocer los trabajos del etnólogo Martín Gusinde en el extremo Sur de Chile<sup>96</sup>.

Así, el tercer período se presenta como relativamente extenso y con predominio de los estudios descriptivos que, hoy en día, nos parecen incompletos. En algunos trabajos de este período se ofrecen, de acuerdo al modelo descriptivo, conclusiones de carácter histórico y etnológico que intentan solucionar problemas de *origen*, de *difusión*, de *costumbres* y de *estilos* dentro de un contexto *evolucionista plurilineal*. Es también corriente el uso del método comparativo etnológico, de fuentes históricas (cronistas, viajeros) y la cita de especialistas en Etnología como los representantes de la Escuela de Viena, sin que esto signifique en algunos estudiosos compartir el modelo completo de Graebner, Schmidt, Koppers y de otros etnólogos austríacos y alemanes. Por lo menos, ésta es la situación teórica de Latcham. En cambio el Dr.

---

<sup>96</sup> Consúltese el informe de Martín Gusinde: "Tercer viaje a la Tierra del Fuego", en Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, T. II, N° 3, Stgo. de Chile, 1922; y también las recientes publicaciones "Aureliano Oyarzún: Estudios Antropológicos y Arqueológicos", Ed. Universitaria, Santiago, 1981, y "Martín Gusinde: Expedición a Tierra del Fuego", Editorial Universitaria, Santiago, 1980.

Oyarzún y el padre Gusinde se adscriben plenamente a esta escuela.

De todos modos, los principales arqueólogos y etnólogos de este período, más que usar teorías interpretativas, aspiraron a describir objetivamente y fueron, unos más, otros menos, fieles a los hechos. Una vez establecidos éstos, sobre todo en el caso de Latcham, intentaron interpretar y configurar así un cuadro de reconstrucciones fundamentales según los datos estudiados. Muchas veces, esta data no era exactamente producto de trabajos de campo; se trataba, a lo sumo, de análisis de artefactos-tipos que permanecían en museos o colecciones privadas, sin contextos culturales.

Los estudiosos del tercer período se dan cuenta de estas limitaciones y aspiran a completar las informaciones con salidas a terreno, en donde, muchas veces solos, a lo sumo acompañados por un guía, investigan yacimientos arqueológicos.

Actualmente, es fácil poder decir que faltó más método en las excavaciones, más especialistas, más investigaciones interdisciplinarias y, en especial, podríamos señalar que faltaron hipótesis de trabajo que fundamentasen las investigaciones. Pero, ¿tenemos derecho a hacerlo?, ¿caso en el presente todos los especialistas investigan según los métodos más recientes y de acuerdo a los marcos teóricos de la Arqueología Nueva? Lo que recientemente es la norma, ¿puede ser exigido para 30 ó 40 años atrás? Indudablemente que no.

Insistimos en que la aplicación íntegra del marco teórico histórico-cultural sólo se dio en los estudios de terreno y en los informes sobre los aborígenes del extremo Sur de Chile que hizo Martín Gusinde.

Pero, como lo hemos dicho más de una vez, la Arqueología Chilena no fue interpretada en forma completa desde el punto de vista de la Escuela de Viena. El ensayo que en 1952 publicó el sociólogo y ensayista Carlos Keller en la segunda edición de "Los Aborígenes de Chile" de Medina, fue un remedo de interpretación que no hizo honor ni al método de los misioneros católicos ni a los datos arqueológicos.

En verdad, los científicos del tercer período fueron fieles a los hechos, a las descripciones y algunos de ellos a las teorías evolucionistas y difusionistas. Otros, especialmente el Dr. Oyarzún, encuadraron, en líneas generales, algunas de sus explicaciones en el método histórico-cultural (sobre la difusión de la cultura atacama en Araucanía, origen peruano de las culturas aborígenes, la presencia de la "cultura de derecho materno libre" entre los araucanos, etc.).

El gran valor del tercer período puede ejemplificarse en la permanencia de varias líneas de investigación (influencia de Tiwanaku, búsqueda de sitios con fauna extinguida, etc.); en la utilización actual de algunas descripciones de rasgos culturales (sobre los aborígenes de Arica, arqueología atacameña, alfarería de Chile Central, cultura mapuche, culturas del extremo Sur de Chile); en la parcial sobrevivencia de los cuadros cronológicos y en las denominaciones etno-históricas de Uhle y Latcham.

Por último, recordemos que el desarrollo de los estudios arqueológicos y paleontológicos en este período hizo posible la creación del "Consejo de Monumentos Nacionales", con la presidencia de Luis Barros Borgoño (1925). Este decreto-ley sólo fue modificado y corregido a fines de la década del 60, es decir, en el Quinto Período.

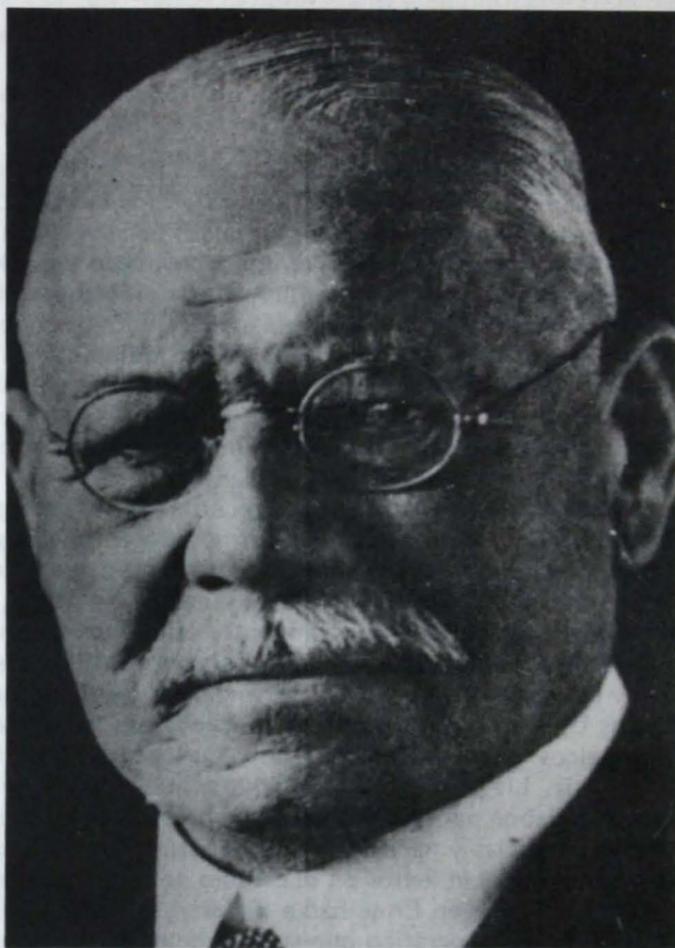
### 5.1. El Dr. Friedrich Max Uhle<sup>97</sup>

A pesar de los pocos años que vivió en Chile (1911-1919), el prestigioso sabio alemán ejerció una gran influencia en los científicos nacionales y extranjeros que investigaban en el país. Por esta razón, nos parece de justicia decir que, como nadie, inicia un nuevo período de los estudios arqueológicos en Chile. Bastaría recordar el impacto que causó en Ricardo Latcham, Aureliano Oyarzún, Augusto Capdeville, Martín Gusinde y en tantos otros para no dudar, ni un momento, en situarlo entre los mejores científicos del tercer período. Por lo demás, sus investigaciones, descripciones e hipótesis, sobre todo para el Norte Grande de Chile, sobrepasaron el tercer período e incluso juegan un papel importante en el quinto período (de 1960 adelante).

El padre Martín Gusinde, en 1916, al recordar cómo se organizó el Museo de Etnología y Antropología el mismo año en que el gobierno de Chile terminó el contrato de Uhle, rememora así la personalidad y los trabajos científicos de Max Uhle: "Mientras tanto, el Gobierno, deseoso de difundir en nuestro país los conocimientos etnológicos y antropológicos, contrató para este objeto a uno de los americanistas más competentes de hoy en día, al Dr. Max Uhle, personalidad científica que mereció en Estados Unidos los más elogiosos conceptos por sus notables trabajos arqueológicos y etnológicos realizados por encargo de la Universidad de Pensilvania. Llegado el Dr. Max Uhle a nuestro país, empezó el desempeño de la labor para que había sido contratado, dando algunas interesantes conferencias y haciendo diversas publicaciones, que demostraron sus grandes conocimientos en el estudio de las épocas prehistóricas. Comprendiendo que en Chile había material suficiente para la formación de un Museo Etnográfico que sirviera de base para esta clase de estudios, se dio a la tarea de hacer algunos viajes hacia la parte norte de Chile, logrando desenterrar y reunir, especialmente en Calama y Pisagua, tras esfuerzos, penurias y sacrificios que tuvo que vencer, una ri-

---

<sup>97</sup> Las presentes páginas dedicadas a Uhle se fundamentan, principalmente, en nuestro estudio: "Friedrich Max Uhle y la Prehistoria de Chile", publicado en el Boletín de Prehistoria de Chile, N. 7 y 8, Años 6-7, 1974-1975. Hay también separata.



Dr. Max Uhle, que investigó en Chile entre 1911 y 1919.

quísima colección de más de 3.800 objetos pertenecientes a épocas antiguas, más de 400 cráneos de indios de razas extinguidas y más de 50 momias que completaron la valiosa colección”<sup>98</sup>.

Algo más adelante, en este mismo artículo, Gusinde escribe: “Y para volver a lo expuesto ya anteriormente sobre la labor del Dr. Max Uhle, tenemos que agregar que sin duda con su retiro pierde nuestro país al hombre más competente y preparado para estudios prehistóricos en Chile. Lo puedo asegurar, ya que durante tres años estuve trabajando con él y me honro de ser su discípulo”. A continuación viene una afirmación de Gusinde, extraordinariamente importante para conocer mejor al estudioso alemán: “aplicando el nuevo método (kultur-historische Methode) de la Etnología moderna a nuestras investigaciones comunes, alcanzamos los resultados más halagüeños”.

También el Dr. Aureliano Oyarzún, sucesor de Uhle en la dirección del Museo que éste fundara, en un corto artículo escrito en 1936, dice: “Vasta fue la labor de este sabio durante su permanencia en Chile. Con las excavaciones practicadas anteriormente en el Perú y después en Pisagua, Arica, Antofagasta, Atacama y Taltal completó sus estudios de la costa occidental de la América del Sur y dotó al Museo Histórico Nacional de Chile de una colección de objetos que convenientemente catalogados han enriquecido las colecciones de este Instituto”. Luego de citar sus trabajos en Pisagua, Arica, Constitución y de recordar brevemente algunos de sus aportes en el Perú, concluye Oyarzún: “Así, pues, la figura de Uhle se destaca con caracteres únicos entre los hombres de estudio que se han dedicado a la dilucidación del problema del hombre americano”<sup>99</sup>.

En 1935, en un artículo titulado “El Método Cultural-Histórico”, el Dr. Oyarzún, coincidiendo con Gusinde, escribió: “Por lo que toca al Museo a mi cargo, hace años ya que ha adoptado el método cultural-histórico en sus investigaciones... Max Uhle, el mejor conocedor de la costa occidental de la América del Sur, valiéndose también del mismo método, ha conseguido en más de 50 años de continuada labor clasificar

---

<sup>98</sup> Martín Gusinde: “El Museo de Etnología y Antropología de Chile”, Revista Chilena de Historia y Geografía, T. XIX, N. 23, págs. 30-47, 1916.

<sup>99</sup> Aureliano Oyarzún: “Max Uhle”. Revista Chilena de Historia y Geografía, T. LXXX, N. 88, págs. 195-196, 1936.

<sup>100</sup> Aureliano Oyarzún: “El Método Cultural Histórico”, pág. 13. Imprenta Universitaria, 1935.

las edades y las peculiaridades de los pueblos del Antiguo Perú, principalmente"<sup>100</sup>.

En relación a las afirmaciones de Gusinde y Oyarzún hay que precisar que, en verdad, Chile se vio influenciado por los escritos de los etnólogos vieneses, pero de ningún modo esta relación teórica significó una total adopción del método cultural histórico. Por ejemplo, recordamos que Uhle citó varias veces los trabajos del padre Guillermo Schmidt, pero también señaló sus desacuerdos en lo que se refiere al uso del arco en las poblaciones andinas<sup>101</sup>.

Por su parte, Ricardo Latcham escribe en 1928 que el Gobierno de Chile tuvo un acierto científico cuando contrató al "célebre arqueólogo, el Profesor Max Uhle, quien, con las ricas colecciones recogidas durante sus exploraciones en el norte del país, pudo fundar el Museo de Etnología y Antropología de Chile". Gracias a los estudios de Uhle se pudo conocer la arqueología del norte de Chile y "relacionar las antiguas culturas de la zona septentrional del territorio con las pasadas civilizaciones de las regiones circundantes del Perú, Bolivia y el Noroeste de la Argentina. El completar de esta manera sus estudios sobre las antiguas civilizaciones peruanas, coordinando con ellas las sucesivas estratas culturales halladas en el Norte de Chile, permitió al prof. Uhle establecer, para esta nueva zona, una cronología provisoria y quizá definitiva que aclara muchos puntos de la prehistoria de toda la región del norte, tanto en el Perú como en Chile".

Las investigaciones de Uhle permitieron a Latcham "clasificar y estudiar los datos arqueológicos que habíamos reunido en muchos años de investigaciones... Como resultado hoy podemos tentar también una cronología provisoria para la región diaguita-chilena y las provincias de Chile Central hasta el Cachapoal a lo menos por el Sur...".

Para Latcham, tal vez uno de los aportes más significativos de Uhle es su descubrimiento de "una nueva cultura y período en la región atacameña a que dió el nombre de Chíncha-atacameña". Latcham extiende la presencia de esta cultura y del período chíncha-diaguita hasta Chile central e inclusive hasta Concepción<sup>102</sup>. Por último, el propio Latcham, con bastante intuición histórica señala que Uhle inició un nuevo período

---

<sup>101</sup> M. Uhle, "Los aborígenes de Arica". Public. del Museo de Etnología y Antropología de Chile; T. I, N. 4 y 5, pág. 156. Stgo., 1917.

<sup>102</sup> R. Latcham, "La Alfarería Indígena Chilena", pág. 31; Stgo., 1928.

do en la arqueología chilena: "Solamente en 1913, con la venida al país del célebre arqueólogo el Prof. Max Uhle, comenzó otra era en el estudio de la arqueología del país. Las numerosas excavaciones efectuadas por este hombre de ciencia en el norte y centro del país y el estudio estratigráfico del terreno, de sus exploraciones, le permitió coordinar en serie cronológica las diferentes culturas y relacionarlas con aquellas del antiguo Perú que había estudiado previamente"<sup>103</sup>.

Friedrich Max (Federico Máximo o Maximiliano) Uhle nació en Dresden el 25 de marzo de 1856 y murió en Loben, Silesia, el 11 de mayo de 1944.

Su formación en la Universidad de Leipzig culminó con la obtención del doctorado, en 1880, a la edad de 24 años: la mención fue en Lingüística pre-clásica china.

En 1881, se inició su carrera etnológica al ser nombrado ayudante del Director del Museo Real de Zoología, Antropología y Etnografía de Dresden. En este Museo estudió los artefactos y, en general, los restos culturales de los australianos, de los siameses, guineos y malayos. Ya en 1883 publica en Berlín su primer estudio sobre Etnografía religiosa malaya (Ueber den Gott Batana Guru der Malaïen), investigaciones que continuarán a lo largo de su vida, hasta el mismo día de su muerte, completando así 36 publicaciones sobre la etnología de diferentes culturas en diversos continentes.

Su interés por América parece incrementarse en forma notable cuando tiene la oportunidad de leer los tres volúmenes de Reiss y Stübel: "Das Totenfeld von Ancón in Perú". Relata Eloy Linares Málaga: "Uhle no sólo sintió la influencia del libro sino que tuvo el personal estímulo de uno de sus autores, Alfons Stübel, quien vivía en Dresden y conocía muy de cerca al inquieto asistente, al que insufló inspiración por desentrañar verdades inéditas de estas tierras"<sup>104</sup>.

Entre 1888 y 1891 trabajó en el Museo Etnológico de Berlín, que había creado Adolf Bastian. Fue este gran especialista, autor de "Die Kultur Landen des Alten Amerika", quien comisionó a Uhle para ir a América del Sur, concretamente a investigar el área de difusión de la cultura

---

<sup>103</sup> R. Latcham, "La Alfarería Indígena Chilena", ob. cit., pág. 7. La fecha de 1913 para la llegada de Uhle a Chile es, indudablemente, un error de Latcham.

<sup>104</sup> Eloy Linares Málaga: "El Antropólogo alemán Friedrich Max Uhle. Padre de la Arqueología Andina", pág. 20. Lima, 1964.

inca, y los caminos y senderos que los miembros de este imperio habían tomado para conquistar diversos territorios.

Tenía 36 años cuando llegó a Buenos Aires iniciando así su larga labor científica americanista. Exactamente había salido del puerto de Amberes el 15 de noviembre de 1892<sup>105</sup>. Hasta 1935 permanecerá en América (Ecuador) volviendo a su patria con pequeños intervalos de viajes, especialmente a Perú, de donde tendrá que salir forzosamente en 1940 debido a la II Guerra.

Por todo lo expuesto queda claro que Max Uhle no era, al llegar a América, rigurosamente un arqueólogo, ni menos un prehistoriador, pero tenía una muy buena formación en Lingüística y sobre todo en Etnografía y Etnología. Había escrito algunos informes sobre arqueología, pero éstos no eran resultado de trabajos de campo, incluso aquel de 1892, escrito con Alfons Stübel, titulado "Die Ruinenstate von Tiahuanaku im Hochlande des alten Perú" (Las ruinas de Tiahuanacu en la región alta del Perú antiguo). Sólo dos años más tarde, el 20 de abril de 1894, Uhle conocería la localidad de Tiahuanacu.

La actividad extraordinariamente fecunda de Uhle en Perú está bien expuesta por diferentes autores<sup>106</sup>. Hay algunos hitos importantes que deben ser recordados: inicia sus investigaciones en Bolivia (Lipez y Tupiza), insiste en el valor de las ruinas de Tiwanaku ante las autoridades del Gobierno Boliviano y redacta un informe acerca de los idiomas de los Uros. En 1896 se traslada a Lima ya contratado por la Universidad de Pennsylvania, y en este mismo año inicia excavaciones en Pachamac. Años más tarde, en 1903, aparece publicado por la Universidad de Pennsylvania su informe sobre Pachamac. Se trata de una publicación a todo lujo de 104 páginas y 21 láminas.

La Universidad de California, desde mediados de 1898, le encarga nuevos trabajos en el norte del Perú. Excava en el valle del Moche, cerca de las huacas del sol y la luna, e investiga en Chicama, Viru y Santa; además, visita Chancán y las ruinas de Marcha Huamachuco. Desde 1900 investiga en el sur del Perú, en Chincha, en la península de Paracas, en el

---

<sup>105</sup> Eloy Linares Málaga, ob. cit., da la fecha del 14 de noviembre. Sin embargo, la fecha del 15 de noviembre la hemos tomado de un trabajo de Uhle: "Los aborígenes de Arica y el hombre americano". 1918.

<sup>106</sup> Además de citada obra de Linares Málaga, consúltese el conocido libro de John Rowe: "Max Uhle 1856-1944. A memoir of the father of Peruvian Archaeology". U. de California, Berkeley, 1954.

valle del Pisco y en Ica. Entre 1901 y 1903 hace clases en la Universidad de California y excava en los alrededores de Emerville, cerca de Berkeley. En el país del norte se casa con su secretaria, Charlotte Dorothee Grosse. En el mismo año de 1903, bajo los auspicios del Instituto de Antropología de California, excava conchales en Ancón, Chancay y Supe. En 1905 investiga en el Cuzco, en Río Grande, Nazca y en Arequipa. El 28 de julio de 1906 es nombrado director de la Sección Arqueológica del recién formado Museo Histórico del Perú. Entre 1908 y 1910 trabaja en la isla San Lorenzo, en el valle del Rimac y las huacas de Aramburu. También en 1910 viajó brevemente a Chile para conversar sobre las posibilidades de hacer investigaciones en su territorio.

Cuando Max Uhle inició sus excavaciones en Pachamac, los datos que se tenían de la Arqueología peruana eran bastante pobres y los estudiosos de la época atribuían a la civilización inca la mayoría de los restos, ignorando la existencia de otras civilizaciones. Max Uhle comprendió, después de excavar en Pachamac, que los Incas no eran los únicos constructores de templos y de otros tipos de restos culturales. Mucho más tarde, en Arica, en 1917, recordará que "respecto a la costa del Pacífico dominaron todavía las primeras ideas de que los Incas habían introducido la civilización en el Perú"<sup>107</sup>.

Poco a poco, Uhle va conociendo el estilo y los restos de "los monumentos antiguos de Tiwanaku", la cerámica escultórica roja y blanca (estilo Moche), la cerámica polícroma (Nazca), cerámica del tipo epigonal, una cerámica de estilo tricolor geométrico de Chancay con influencia Chimu, cerámica negra Chimu y cerámica de estilo Cuzco-Imperial y Provincial.

Como en Ancón y en Supe había individualizado un antiguo período de pescadores, podemos aclarar que con las extraordinarias investigaciones de Uhle, la historia prehispánica del Perú se amplió y ganó en profundidad. Los diferentes estratos que sacó a la luz demostraron una sucesión de culturas, por una parte, y, por otra, coexistencia de ellas, las que se desarrollaron separadamente y alcanzaron una riqueza material y una complejidad espiritual tanto o más grande que la de los incas.

Así, la secuencia cultural en las diferentes regiones del Perú sería la siguiente:

---

<sup>107</sup> Max Uhle: "Los aborígenes de Arica y el hombre americano". Revista Chilena de Historia y Geografía, T. XXVII, N. 31, pág. 33. Santiago de Chile, 1918.

100 - 0 AC	Pescadores primitivos (Ancón, Chancay).
0 - 200 DC	Iniciación de Proto Nazca (Chincha, Pisco e Ica).
200 - 300 DC	Comienzo Proto Chimú (Trujillo) y Proto Nazca (Ancón).
300 - 400 DC	Huaca de la Luna (Moche); formación de la cultura Tiahuanacu.
500 - 600 DC	Templo Chavín de Huantar (Sierra Norte); fin Proto Chimú, fin Proto Lima (Lima y valle de Pachamac). Fin Proto Nazca - Difusión cultural Tiahuanacu.
600 - 800 DC	Fin de Tiahuanacu (en Tiahuanacu). Cerámica Re-cuay (Sierra Norte). Iniciación de Tiahuanacu Epigonal.
800 - 900 DC	Cerámica estilo blanco (Sierra Norte); blanco-rojo (Ancón).
900 - 1000 DC	Rojo-negro (Sierra Norte); antiguo período de decadencia con epigonal.
1000 - 1100 DC	Rojo-blanco (Lima); Epigonal.
1200 - 1300 DC	Blanco-rojo.
1300 - 1400 DC	Cultura Chimú. Cultura Chincha.
1400 - 1500 DC	Conquista Inca <sup>108</sup> .

Este cuadro —como insistiremos más adelante— es fundamental para conocer las ideas de Uhle sobre la influencia de Tiahuanacu en Chile. Sus fechas clave son las que corresponden a 500-600 DC, cuando se produciría la “difusión cultural Tiahuanacu”. Estas fechas, poco usadas por los prehistoriadores chilenos, sitúan a Uhle en un sitio de permanente actualidad. Muchas discusiones se habrían ahorrado en la década de 1960 si Uhle hubiese sido mejor conocido.

Contratado por el gobierno de Chile e invitado por la Universidad, el Dr. F. Max Uhle llega a Chile en 1911. Permanecerá en nuestro país hasta 1919, aunque el Gobierno le canceló su contrato a mediados de 1916. La primera mención oficial de la presencia de Uhle en Chile, la hemos encontrado en las Actas de la Junta de Administración de la Sociedad

---

<sup>108</sup> Esta secuencia está tomada de un cuadro cronológico de Uhle que Linares Málaga da a conocer en su biografía del investigador alemán. El propio Linares Málaga dice que este cuadro debió ser hecho por Uhle entre 1911 y 1920.

Chilena de Historia y Geografía, el 24 de abril de 1912, cuando fue aceptado como miembro de esta gran sociedad de estudiosos<sup>109</sup>.

Entre 1916 y 1919 toda su actividad científica se centrará en las ciudades de Tacna y Arica. El 24 de junio llega a Arica para pasar inmediatamente a Tacna. Luego vuelve a Arica y así sucesivamente. Excava en diferentes lugares y se lamenta de no poder hacerlo en el Morro. Así, en una carta del 1º de julio de 1916, dirigida al Sr. Ministro de Instrucción Pública, escribe: "Llegué a Arica el 24 de junio, demasiado tarde para entrar con éxito en el estudio de las numerosas antigüedades de sus alrededores; las prohibiciones que impiden la entrada al Morro estorbaban también la realización de mis propósitos"<sup>110</sup>.

Sin embargo, él mismo relata (carta a Capdeville del 29 del I de 1917) que encuentra algunas momias tendidas con restos de civilizaciones sumamente primitivas, al norte de Arica, no lejos de la Bahía. De la ciudad portuaria proviene su conferencia sobre los aborígenes de Arica y el hombre americano<sup>111</sup>. Gracias al arqueólogo Luis Alvarez, sabemos que el profesor Alfredo Vega Baeza presentó a Uhle en el Instituto Comercial, el 26 de noviembre de 1917. En una parte de su discurso de presentación, el profesor Vega rememora las salidas a terreno de Uhle: "Desde hace un año, los viajeros terrestres que acuden a los centros poblados de la provincia, encuentran a menudo en su camino al sabio profesor. Pasan a su lado indiferentes o lo miran con curiosidad y extrañeza, al fijarse en su traje polvoriento y descolorido por el sol, en su pala y picota, en sus gruesas botas de excursionista, en su cara sollamada por el calor y la intemperie, en su morral repleto de huesos, pedazos de antiguos tejidos ya medio deshechos, piedras labradas por torpes manos algo civilizadas y multitud de cosas viejas, siempre llenas de tierra y patina"<sup>112</sup>.

Sus excavaciones en Arica no eran labor fácil: "en aquel tiempo estaba enteramente entregado a ciertas excavaciones que se extendieron por

---

<sup>109</sup> Revista Chilena de Historia y Geografía, Año II, N. 6, pág. 502. 1912.

<sup>110</sup> Max Uhle: "Sobre la Estación paleolítica de Taltal". Revista Chilena de Historia y Geografía, T. XX, N. 24, págs. 55-56. 1916.

<sup>111</sup> Max Uhle: "Los aborígenes de Arica y el hombre americano". Revista Chilena de Historia y Geografía, T. XXVII, N. 31, págs. 33-54. Reeditada en la Revista Chungará, N. 3. Arica, 1974.

<sup>112</sup> Luis Alvarez M.: "Homenaje a Max Uhle. Antecedentes sobre su primera comunicación publicada de los Aborígenes de Arica". Chungará N. 3, 1974, pág. 10.

hacerlas con un solo hombre...". Estaba prácticamente solo y era el único, en palabras de Capdeville (carta del 28 de agosto de 1918), que se dedicaba con entusiasmo a la arqueología, "haciendo excavaciones constantes y gastando dinero y dedicándole todo su tiempo".

Sus publicaciones más relevantes son de esta época y se gestaban en las tierras de Arica; los nombres son, por lo demás, testimonio rotundo: "Los aborígenes de Arica", "Fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna", "La arqueología de Arica y Tacna", todas publicaciones entre 1917 y 1919, unas en Chile y otras en Quito, Ecuador<sup>113</sup>. A mediados de abril de 1919 abandona Arica: "parto para el norte, para emprender una expedición de varios meses, quizás en parte en el interior del Perú, quizá en parte en el Ecuador"<sup>114</sup>.

En el mismo año que Max Uhle llegó a Chile se publicó el primer trabajo de este investigador en nuestro país: "La esfera de influencia del país de los Incas". Esta investigación fue redactada en Lima en 1908 y enviada ese mismo año al Cuarto Congreso Científico de Santiago de Chile<sup>115</sup>.

Este trabajo es realmente importante porque, además de su valor científico, fue conocido por investigadores chilenos o que trabajaban en el país, tales como Ricardo Latcham, Aureliano Oyarzún, Francisco Fonck y otros. En primer lugar, el estudio de Uhle ofrece un cuadro general del desarrollo de las civilizaciones del Perú. El primer nivel de 'civilización primordial' se encuentra en las tumbas de los pescadores más antiguos de Ancón y Supe y, en Bolivia, entre las tribus de los Uros: "No existen en este tiempo alfarería pintada ni industria textil de cierta

---

<sup>113</sup> Max Uhle: "Los Aborígenes de Arica". Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, N. 1, Santiago, 1917. "Los Aborígenes de Arica y el Hombre Americano", Revista Chilena de Historia y Geografía, N. 31, Santiago, 1918. "Fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna". Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos II, N. 5, Quito, 1919. "La Arqueología de Arica y Tacna". Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos III, N. 7 y 8. Quito, 1919.

<sup>114</sup> M. Uhle: "Epistolario de M. Uhle con A. Capdeville", pág. 84. Santiago, 1964. (Carta del 1º de abril de 1919).

<sup>115</sup> F. Max Uhle: "La esfera de la influencia del país de los Incas". Trabajos del Cuarto Congreso Científico (Primero Panamericano). Trabajos de la III Sección. Ciencias Naturales, Antropológicas y Etnológicas. Vol. XIV, T. II, págs. 260-281. Stgo. de Chile, 1911.

extensión, ni agricultura desarrollada: un estado de cosas tal cual existe todavía en el interior del Brasil”<sup>116</sup>.

Luego vino “la civilización que encontramos en una de sus formas más antiguas en tumbas de Ica y Nazca. Su área geográfica se extendía, por lo que ahora conocemos, desde el valle de Acari hasta Pascarmayo, al norte de Trujillo. La piedra de Chavín de Huantar, del Museo de Lima, ha sido, como ahora sabemos, obra de este período. Semejante civilización tan antigua y tan perfecta tenía entonces el pie firmemente asentado en la Sierra. De una manera parecida encontramos sus huellas en Huamachuco, en el sur de la quebrada del Pisco, hasta Huasitará (2900 metros s.n.m.) y en el valle de Lima, por ahora hasta Chosica”<sup>117</sup>. La segunda gran civilización está caracterizada “por los monumentos de Tiahuanacu como su obra principal. Esta civilización abraza ya todo el Perú antiguo desde Tiahuanacu y Moquehua hasta muy al norte, tanto en la costa como en la Sierra”. Posteriormente, se desarrollaron “varias civilizaciones locales” hasta la llegada de los incas, “que iniciaron la tercera de las civilizaciones principales del Perú, tan bruscamente interrumpida con la aparición de los españoles, en el siglo XVI”<sup>118</sup>.

Para Uhle, “todo el desarrollo de las civilizaciones peruanas, no puede haberse efectuado en medio de dos milenios”, por lo tanto, defiende la hipótesis de que la primera civilización desarrollada del Perú es importada de países extranjeros, de la América Central.

Cuando Max Uhle estudia, en este trabajo, el período Tiahuanacu se preocupa de las relaciones de esta civilización y las “antigüedades chilenas”. Encontramos en estas páginas la primera formulación científica de la influencia altiplánica (Tiahuanacu) en el Norte de Chile. De las antigüedades chilenas “poco se conoce hasta ahora... las que todavía no han sido estudiadas de una manera sistemada, y sólo pueden hacerse algunas apreciaciones sobre ellas, tomando por base las láminas que trae la obra publicada por don José Toribio Medina, ‘Los Aborígenes de Chile’, cuyos buenos dibujos dan por lo menos una idea de las varias clases de antigüedades conocidas allí hasta 1882”<sup>119</sup>.

A continuación, Max Uhle estudia algunas láminas de Medina que representan cerámicas de Petorca, Blanco Encalada, Illapel, Tongoy y de

<sup>116</sup> Max Uhle, ob. cit., pág. 201.

<sup>117</sup> Max Uhle, ob. cit., págs. 261-262.

<sup>118</sup> Max Uhle, ob. cit., pág. 262.

<sup>119</sup> Max Uhle, ob. cit., pág. 268.

Copiapó, para concluir: "queda entonces establecido que también Chile debe haber tenido su alfarería preincaica pintada, de origen peruano, y es de confiar que estudios sistematizados corroboren las observaciones hechas aquí con un material todavía limitado"<sup>120</sup>. Concretamente, considera a los vasos de Tongoy, Illapel y Copiapó relacionados con Tiahuanacu. Del vaso de oro de Copiapó dice: "tiene tipo pre-incaico, parecido a los vasos de barro de Tiahuanacu".

Cuando trata sobre la expansión de la civilización peruana en Chile se refiere también a su penetración estilística en el sur, "en Valdivia y otros lugares", diciendo: "El estilo que los Incas encontraron en Chile tenía visiblemente un carácter más duro, como se ve en los objetos de tipo mixto... cuyas fajas transversales con meandros anexos al lado de las asas de tipo incaico indican cuál habría sido el estilo en este período... En el Sur, como en Valdivia y otros lugares, los ornamentos deben haber sido solamente grabados hasta el principio del tiempo incaico. Con la introducción de la civilización más alta, éstos han sido reemplazados con ornamentos pintados de carácter parecido. Esto me parece que resulta en cántaros... donde ornamentos lineales de tipo incaico están combinados con ornamentos lineales primitivos de otra procedencia"<sup>121</sup>. Uhle ejemplifica lo dicho con el análisis de algunos cántaros que aparecen en las láminas de Medina, por ejemplo la 180.

Más adelante, Uhle insiste en el valor de la alfarería de Valdivia y en sus relaciones con los ornamentos incaicos: "Pero, los más interesantes de todos son algunos cántaros de Valdivia, que enseñan una combinación de ornamentos básicos con otros de origen indígena. La existencia de esta alfarería me parece un valioso indicio de que los Incas, en sus conquistas, han avanzado mucho más al sur del río Maule, porque de otra manera sería muy difícil explicar de dónde han podido recibir los ornamentos de carácter incaico tan claro la gente de Valdivia"<sup>122</sup>.

También reconoce influencia de los incas entre los araucanos, al decir que "en las costumbres modernas de los araucanos perduran muchas costumbres de la civilización incaica. Se visten con poncho (poncho), ulcu (urcu), iclla (Ilicla) y chumpi. La Ilicla prenden con el tipu, se ponen la huincha en la frente, las uchutas (ojotas) en los pies, é hilan con utensilios que llaman pirru, como los quechuas piruru"<sup>123</sup>.

<sup>120</sup> Max Uhle, ob. cit., pág. 269.

<sup>121</sup> Max Uhle, ob. cit., pág. 273.

<sup>122</sup> Max Uhle, ob. cit., pág. 279.

<sup>123</sup> Max Uhle, ob. cit., pág. 279.

Para terminar señala que la conquista de los incas "ha hecho honda impresión en la lengua de Chile".

Ya en Chile, Max Uhle se incorporó a las actividades académicas y científicas. La reciente Sociedad Chilena de Historia y Geografía lo recibió como socio el 24 de abril de 1912 y el 15 de mayo del mismo año fue nombrado Presidente de la Sección de Antropología, Arqueología y Etnografía. Uhle reemplazó al Dr. Oyarzún que había viajado a Munich, Alemania. El acta de la Sección dice así: "el secretario (Ramón A. Laval) dió cuenta de que tenía encargo del Presidente de la Sección, Dr. Aureliano Oyarzún, de avisar que, por motivos de salud se veía obligado a ausentarse del país... Correspondería elegir nuestro nuevo Presidente. El señor Laval expresó que estimaba indicado para este puesto el Sr. Max Uhle, cuyos trabajos sobre Arqueología y Etnología Americana han hecho su nombre conocido y respetado en todo el mundo científico, y lo propuso con tal objeto. La indicación del Sr. Laval fué aceptada por aclamación"<sup>124</sup>.

En la sesión del 26 de junio y con la ausencia de Uhle, se leyó el estudio crítico de este investigador titulado "Guía general Ilustrada de Tiahuanacu e islas del Sol y de la Luna", "en la cual se hacen resaltar los numerosos defectos y graves errores que contiene dicha Guía, y se dan nuevos datos acopiados por el Sr. Uhle acerca de aquellas enigmáticas ruinas"<sup>125</sup>. En 1912, Uhle, en una de las sesiones de la Sección de Antropología, Arqueología y Etnología, leyó un comentario sobre el trabajo de Thomas A. Joyce sobre la Arqueología de Sud-América, en donde insistió en la importancia de investigar la influencia de Tiahuanacu en Chile: "Ha reconocido (Thomas A. Joyce) debidamente la importancia de la influencia de los Incas en el país, pero en la descripción de las condiciones anteriores, noto la omisión de las influencias ejercidas por la civilización de Tiahuanacu en el mismo sentido. Parece que sería posible demostrar sus efectos hasta la latitud de Valparaíso". En estas líneas, además del trabajo de 1911, debemos también encontrar el incentivo que llevó a Latcham, años más tarde, a insistir en la presencia de un período de Tiahuanacu y el subsiguiente epigonal para las "provincias diaguitas". Acertadamente, de acuerdo a la información que tene-

<sup>124</sup> Rev. Chilena de Historia y Geografía. Año II, N. 6, 1912.

<sup>125</sup> Rev. Chilena..., Año II, N. 6, 1912. El artículo de Uhle aparece en este mismo número entre las páginas 467-479.

mos, Latcham no recoge la hipótesis de Uhle de la presencia de Tiahuanacu en Chile Central.

Por orden del Gobierno, excavó en la región de Calama en los meses de julio y agosto de 1912. En este mismo año, dio a conocer un corto informe de ellas y luego, en el próximo año, publicó uno algo mayor sobre la misma exploración a Calama<sup>126</sup>. También, en 1913, apareció en la Revista Chilena de Historia y Geografía un artículo sobre los "indios atacameños"<sup>127</sup>. En este artículo, uno de los mejores de Uhle, define el habitat de los atacameños y sus principales rasgos, los que han sido repetidos por largos años y, también, citados por numerosos autores.

El área que ha sido tradicionalmente reconocida a los atacameños es bien definida por Uhle: "el norte del desierto de Atacama y la región chilena septentrional hasta Arica, además de la puna de Atacama, ahora perteneciente a la Argentina, estaban habitados, en tiempos antiguos, por una raza frugal, los atacameños, de la que sobreviven hasta el día unos pocos individuos cerca del salar de Atacama, que conocen todavía la lengua antigua".

Esta "raza sencilla" vivió en pequeños oasis diseminados en el desierto interminable. En tiempos antiguos, los atacameños que vivían en Calama y sus alrededores, "estaban contentos con el poco maíz que les daban sus chacras". Rodeados por "centenares y millares" de árboles, algarrobos y chañares, comían sus frutos, y de las costas del Pacífico "se aprovisionaban con conchas y charqui de pescados". El resto del oasis servía para el pastoreo de numerosas tropas de llamas. Con estas llamas "traficaban mucho... probablemente con todo el desierto hasta Arica, Bolivia, las provincias argentinas, y Copiapó al sur".

Uhle excavó varios cementerios antiguos cerca de Calama, todos en vecindad inmediata al río "y todos del mismo carácter". Caracterizan a un período del desarrollo atacameño que comprende "más o menos los siglos IX a XV".

---

<sup>126</sup> F. Max Uhle: "Informe de los resultados de la expedición arqueológica realizada en los meses de julio y agosto de 1912, en la región de Calama". Anales de la Universidad de Chile, Boletín CXXXI, Sem. 2, págs. 322-323. Santiago. "Informe presentado sobre el viaje de exploración arqueológica hecho en la expedición a Calama". Anales de la Universidad de Chile, Boletín CXXXII, marzo-abril, págs. 95-100. Santiago, 1913.

<sup>127</sup> Max Uhle: "Los indios atacameños". Revista Chilena de Historia y Geografía, T. V, N. 9, págs. 105-111. Santiago, 1913.

El más importante de ellos es el de Chunchuri, que "tiene la extensión de más o menos 600 metros cuadrados, en que, según un cálculo aproximado, se habrán enterrado más o menos 2.500 cadáveres". Este cementerio, según escribe Uhle, había sido ya excavado por un francés, Sénéchal de la Grange, siendo enviados los restos arqueológicos a París y Mónaco. Uhle excavó sólo unos 55 metros cuadrados con un resultado de más de 1.100 objetos antiguos y más de 200 cráneos y momias.

En estas excavaciones Uhle no encontró evidencias de la influencia de Tiahuanaco ni tampoco restos incásicos. Gracias a estas excavaciones, Uhle caracteriza así esta cultura: "Era una raza de agricultores, según la cantidad grande de palas de piedra y madera encontradas en estos entierros. Dedicábase a la cacería con flechas y redes para cazar pájaros y fuera de ésto vivía de sus numerosas tropas de llamas que les proporcionaron, fuera de un medio de tráfico, la lana que necesitaban para sus tejidos. Evidentemente sabían tejer. Numerosos objetos de hilar y de tejer, fuera de un gran número de tejidos de colores, rayados y de dibujos sencillos, nos prueban ésto. Muy artísticos son los numerosos gorros de terciopelo encontrados en las excavaciones. De poco desarrollo era la industria alfarera, aunque los vasos de barro eran numerosos, quizá por la falta general de un material apropiado en esas regiones, tanto más completa es la representación de la industria de canastos. Había canastos en formas muy variadas, generalmente adornadas con bonitos dibujos. Reemplazaban en muchos usos los vasos de barro. Asimismo, se usaban numerosas calabazas, bien adornadas a fuego, cuyo material se importaba de la Argentina. No faltan objetos de oro, plata y cobre, y aunque varios de estos artículos pueden ser importados, de regiones vecinas, el arte de extraer metales de los minerales no era desconocido como se ha probado por el hallazgo de fundiciones antiguas en esta misma región de Calama.

Sin embargo, en un trabajo de 1912, Uhle reconoce que Sénéchal de la Grange pudo haber encontrado evidencias de Tiahuanaco en Calama<sup>128</sup>.

Luego de esta caracterización bastante completa y que no deja de sorprender cuando nos dice que la industria alfarera estaba poco desarrollada, se refiere al uso de narcóticos entre los atacameños de Calama: "Numerosos son los objetos en la colección que parecen haber sido destinados para ejecutarlos, tubos para soplar los narcóticos como rapé a

<sup>128</sup> M. Uhle; *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Año II, T. IV, 4º Trim. de 1912, N. 8, págs. 411-425: "Arqueología Sudamericana".

las narices, tabletas de madera en que se los preparaba y numerosos aparatos para conservarlos y sacarlos. Muchos de ellos tienen figuras de monstruos imaginarios, que nos dan una idea de sus nociones religiosas". Termina este artículo sobre los calameños o atacameños de Calama, mencionando la colección de Aníbal Echeverría y Reyes, proveniente en parte de San Pedro de Atacama. "Fuera de dos martillos de piedra de las minas de Chuquicamata y fuera de objetos parecidos a los de la colección anterior, ésta contiene otros que enseñan cuál era la civilización atacameña en otro centro más importante y en siglos anteriores y posteriores a los representados por las excavaciones de Calama".

En 1915, publicó en la Revista Chilena de Historia y Geografía un trabajo sobre los "Tubos y Tabletillas de Rapé en Chile", aclarando su función y señalando que las formas atacameñas de tubos y tabletas se derivan de las tabletas de Tiahuanaco. También en este artículo entrega el dato de que se conocían, en Chile, 60 tabletas para rapé<sup>129</sup>.

El análisis de la civilización atacameña se enriqueció con publicaciones posteriores de Max Uhle. Sobre todo su libro "Fundamentos Etnicos y Arqueología de Arica y Tacna", se refiere en dos partes a lo atacameño como "etnia y tribu" y como "período"<sup>130</sup>.

Uhle califica a los atacameños como "una de las tribus más interesantes de la región del Sur"... Luego de recordar los estudios de J. J. von Tschude, Alcides d'Orbigny, Roberto Schuller y Eric Boman, dice que los atacameños forman, con los Changos antiguos y los Uros de la altiplanicie, "un grupo especial en oposición al tipo andino y, a juzgar por sus rasgos en parte más primitivos, son evidentemente de origen más antiguo"<sup>131</sup>.

Recordando que Roberto Schuller trató de establecer una relación de identidad entre atacameños y diaguitas, Uhle escribe: "Los tipos más conocidos de la región diaguita, en la Argentina, de Salta al sur por el lado del Pacífico, hacia el mediodía, entre la Serena y San Fernando, presentaron, al parecer, un carácter diferente, y esta circunstancia por sí sola sería suficiente para impedir una identificación ligera de los diaguitas con los atacameños"<sup>132</sup>.

<sup>129</sup> Año V, T. XVI, 4º Trim., N. 20, 1915.

<sup>130</sup> Max Uhle: "Fundamentos Etnicos y Arqueología de Arica y Tacna". 2ª edición. Quito, Ecuador. Imprenta de la U. Central. 1922. Págs. 15-44 y 73-77.

<sup>131</sup> M. Uhle, ob. cit., pág. 16.

<sup>132</sup> M. Uhle, ob. cit., pág. 16.

Sin embargo, para Uhle, hay algunos tipos de restos que permiten postular una cierta relación cultural entre diaguitas y atacameños. Estos indicadores, como diríamos hoy, son los petroglifos y las “piedras o peñas de tacitas o morteros en peña”, que son abundantes en las regiones que habitaron estos pueblos. Uhle acepta que hubo una penetración de los unos en los otros. Así, por ejemplo, tanto los atacameños como los diaguitas usaban las mismas “deformaciones de la cabeza, la apuntada y la achatada”.

Encontramos, además, los mismos artefactos usados “en la aspiración de rapé”. Igualmente, “la ornamentación y los tipos de los vasos de alfarería eran parecidos en ambas regiones”, e incluso hay relaciones entre ellos, demostrado por los mismos instrumentos de cobre.

“Pero, quedan siempre diferencias entre los nombres geográficos de una región y de otra, así como también en las palabras originales que a los nombres geográficos de las regiones sirvieron de base. Este problema de la relación... no puede por eso considerarse como solucionado”<sup>133</sup>

Analizando algunos artefactos típicos de los atacameños, Uhle insiste en la expansión de esta “raza”, mostrando cómo algunos artefactos de ellos se encuentran en lejanos lugares. “Típico para la agricultura atacameña, era el trabajo con palos, apuntados muchas veces en forma de cuchillos y con palas de diferente carácter. Con facilidad se sigue el uso de los primeros hasta el valle de Lima al Norte... Palas del segundo tipo, se usaban además cerca de Tacna, y una piedra... cerca de Córdoba... parece ser el resto de una pala del mismo tipo”.

Además de las de diferentes tipos, las fajas gruesas usadas por las mujeres en sus cinturas en la región de Tacna y Arica, se han encontrado en el valle de Ica y en el del Cuzco.

Por último, en la primera parte de su libro, Uhle se refiere a la arqueología de Ica y la posibilidad de que las influencias atacameñas fueron muy antiguas en esta región: “El curioso desarrollo de la civilización en aquella región produce la impresión de que la tradición tiahuanacota encontró allí una nueva nación no orientada todavía en las civilizaciones antecedentes, y no sería de admirar si este efecto se hubiera producido quizá por la inmigración de elementos de la región atacameña”<sup>134</sup>. Parece necesario, en esta oportunidad, insistir en que, para Max Uhle, el elemento atacameño también participó en la formación del estilo Tiahua-

<sup>133</sup> Max Uhle, ob. cit., pag. 16.

<sup>134</sup> M. Uhle, ob. cit., pág. 20.

nacu con un ingrediente importantísimo: "las figuras escaleras". Así, los atacameños, según nuestro autor, más los elementos Proto-Nazca, Chavín y Aimará, están en el origen de Tiahuanaco<sup>135</sup>.

Los "fundamentos étnicos" terminan con un largo listado de nombres geográficos "que prueban la extensión del elemento atacameño-dia-guita en el Norte de Chile y Bolivia, hasta la latitud Ica y Ayacucho en la región peruana"<sup>136</sup>.

La segunda parte del libro de Uhle se denomina "la arqueología de Arica y Tacna"<sup>137</sup>. Aquí se escriben algunas páginas sobre el "período de una civilización atacameña (de 900 a 1100 de n.e.)". En especial, Uhle describe materiales culturales pertenecientes a este período de acuerdo a 3 láminas (las XVI-XVII y XVIII). Los restos analizados pertenecen en su gran mayoría a materiales de Tacna y Arica y, por lo tanto, caracterizan el desarrollo cultural de esta región en el período llamado por Uhle, Atacameño.

Las láminas más arriba citadas muestran, en primer lugar, una momia de "un niño en cunclillas, cosido en trapos y amarrado con sogas; tiene un paño rayado de blanco y negro, amarrado en el cuello, que le cubre la cabeza"; también la lámina XVI fotografía fajas de tejidos y un huso "formado de un palito engrosado hacia abajo y un hueso perforado, sujetado en la parte inferior con un hilo de lana".

La lámina XVII presenta una "cuchara de madera con mango estrecho", "un hueso de llama apuntado para estrechar los hilos de la trama" y dos tiestos alfareros pintados (uno de negro y rojo en fondo blanco y el otro de negro sobre fondo blanquizco).

La lámina XVIII presenta, también, 4 tiestos alfareros pintados, descritos detalladamente por Uhle (3 cantaritos y una olla en donde predomina la combinación negro sobre blanco, excepto un cantarito que tiene además pintura roja). Otro rasgo señalado por Uhle para caracterizar este período son las sepulturas, en Tacna, descritas como pozos de forma ampollar. A veces, en estas tumbas hay dos nidos separados conteniendo momias.

También se refiere a un tipo de sepultación encontrada en la costa cerca de Arica y Pisagua: "doblados, cosidos en trapos o en posición

<sup>135</sup> M. Uhle, ob. cit., págs. 71-72.

<sup>136</sup> M. Uhle, ob. cit., págs. 20-44.

<sup>137</sup> M. Uhle, ob. cit., págs. 45-99, más 27 láminas.

echada, a poca profundidad debajo de la superficie". El contexto de estas tumbas se caracteriza por la alfarería y la tejeduría.

Al caracterizar la ornamentación de las piezas alfareras escribe: "El estilo atacameño ha repetido, pues, en su desarrollo, la misma reducción de los colores originales de la pintura que se observa en los otros estilos peruanos del Norte, tales como el estilo Epigonal de Pachamac a Supe, el estilo Proto-Chimú al acercarse a su fin, los vasos de Recuay y los de otras regiones, cercanas más al Norte"<sup>138</sup>.

Luego de caracterizar en más detalle los tipos de ornamentación alfarera y el arte de hilar y de tejer, y de relacionar los dibujos de las fajas con aquellos encontrados en camisas tejidas de Arequipa e Ica, Uhle escribe sobre el estilo del período atacameño: "es la continuación del desarrollo principiado con el período epigonal. En él, el decaimiento del estilo original ha llegado a un punto de descanso, con caracteres generalmente parecidos a los de los estilos regionales, que procedieron del epigonal del Norte"<sup>139</sup>.

Además de la problemática atacameña, que se extiende a lo largo de todo el siglo XX en la arqueología chilena, Uhle se preocupa de otros problemas de manera original, puesto que es el primero en describir o plantear problemas determinados. Es el caso concreto de la influencia de la cultura Tiahuanaco en el norte de Chile. Debido a los estudios que efectuó en Perú y Bolivia, Uhle trajo a Chile un cuadro cronológico y por lo tanto una secuencia cultural prehispánica, en donde la cultura de Tiahuanaco juega un papel importante.

Hemos analizado, en páginas anteriores, cómo Uhle se preocupa, ya en 1909, de rastrear la influencia de la civilización altiplánica entre las antigüedades chilenas, haciendo uso de las magníficas láminas de la obra de José Toribio Medina. Posteriormente, en el artículo de 1913 dedicado a los atacameños, señala la ausencia de las influencias de Tiahuanaco en Calama y sus alrededores, pero insiste en la presencia en San Pedro de Atacama de "vasos de barro pintado" y de "tabletas de madera" del "período de Tiahuanacu". También es relevante recordar que en publicaciones citadas por nosotros, de 1911 y 1912, Uhle insiste en las influencias de Tiahuanaco en el Norte Chico e incluso postula su presencia hasta la altura de Valparaíso.

<sup>138</sup> Max Uhle, ob. cit., pág. 76.

<sup>139</sup> Max Uhle, ob. cit., pág. 77.

Para la región de Tacna y Arica, el "período de Tiahuanacu y el subsiguiente epigonal" es tratado en sus "Fundamentos Etnicos y Arqueología de Arica y Tacna", tantas veces citados<sup>140</sup>.

En primer lugar Uhle, siguiendo su método tradicional, describe las láminas XIV y XV que tienen un total de 8 tiestos alfareros y una cuchara de madera. Se trata, en la lámina XIV, de dos timbales "de tipo tiahuanaqueño" y una "cuchara de madera con mango plano y ancho, enmuescado y con un perfil en la punta del mango, parecido a un cóndor anidando". Todos éstos provienen "del cementerio antiguo del Club Hípico de Tacna".

La lámina XV tiene 4 tiestos alfareros (1 taza de "tipo tiahuanaqueño"; 1 copa cilíndrica; 1 plato y 1 olla o cántaro).

Para Max Uhle, los fundamentos principales de la civilización de Tiahuanacu fueron dadas por las civilizaciones del Proto-Nazca y de Chavín. Además, como ya hemos dicho, jugaron un papel importante los aimarás y los atacameños.

También, para Uhle, "el origen forastero de los principales elementos originales causó la restricción del estilo de Tiahuanacu a la hoya del lago Titicaca y el valle de Tiahuanacu, quedando exentos los distritos al Este y Sur. Los restos de la civilización de Tiahuanacu en la región de Mizque... pertenecen al período epigonal y no dan todavía a conocer una extensión de la civilización en esta dirección durante el período original"<sup>141</sup>.

Sin embargo, en la primera parte de su libro, aquella que se refiere a las etnias andinas y de las regiones aledañas, Uhle insiste que "la conocida civilización de Tiahuanacu no tuvo por consiguiente ningún precursor en el mismo suelo; y la altiplanicie, como las regiones circunvecinas, carecía por eso de toda civilización elevada, hasta la llegada de las grandes civilizaciones de origen centro-americano del norte"<sup>142</sup>.

Esta última afirmación del sabio alemán no nos parece, a pesar de todo, contradictoria, si se considera que las primeras citadas por nosotros sólo afirman que en los alrededores del lago Titicaca no hubo antecedentes; pero sí, una vez surgidas por la acción de las grandes civilizaciones centro-americanas, los elementos Proto-Nazcas y Chavín, que también provienen del norte, y que son más antiguos que Tiahuanaco, juga-

<sup>140</sup> Max Uhle, ob. cit., pág. 71.

<sup>141</sup> Max Uhle, ob. cit., pág. 71.

<sup>142</sup> Max Uhle, ob. cit., pág. 7.

ron un papel importantísimo. La expansión de Tiahuanaco se habría producido, por lo tanto, en su plena madurez.

En Chile, Max Uhle se preocupó, además, de por lo menos dos grandes temas: buscar las evidencias de los períodos más antiguos, antecesores de las grandes civilizaciones, y en general organizar una periodificación para las culturas de Chile, teniendo como apoyo el cuadro cronológico estructurado por él mismo a partir de las excavaciones de Pachamac.

El estudio de las culturas primigenias recibió un impulso grande con los estudios de Uhle en Constitución (comienzos de 1915)<sup>143</sup>; en Taltal (1916)<sup>144</sup>; en Pisagua (1913) y Arica-Tacna (1916-1919)<sup>145</sup>.

Sus trabajos en Taltal y sus relaciones con Augusto Capdeville están bien relatados en diferentes publicaciones<sup>146</sup>.

Desde el primer momento, Uhle consideró que los famosos artefactos e instrumentos de Taltal, descubrimiento de Capdeville, pertenecen a "un período de objetos paleolíticos, pero no por eso deben haber pertenecido a un período geológico de este carácter en Chile" (carta a Capdeville, del 27 de febrero de 1915, firmada en Constitución).

En una carta firmada en Santiago, el 17 de abril de 1916, le escribe a Capdeville: "En estos días, probablemente con el vapor que sale el 22 de este mes espero llegar a Taltal para estudiar los yacimientos paleolíticos más cerca, de que Ud., ha sido el feliz descubridor". Uhle llegó a Taltal el 29 de mayo y trabajó allí hasta el 19 de junio del mismo año.

Su carta e informe dirigida al Sr. Oyarzún sobre la estación paleolítica, firmada el 11 de junio de 1916, en Taltal, demuestra la mente crítica

<sup>143</sup> Max Uhle: Actas de las Sesiones de Antropología, Arqueología y Etnología, N. 37 y 38. Revista Chilena de Historia y Geografía N. 18, págs. 492, 493, 494. 1915.

<sup>144</sup> Max Uhle: "Sobre la estación paleolítica de Taltal. Una carta y un informe". Revista Chilena de Historia y Geografía, T. XX, N. 24, págs. 47-66. 1916.

<sup>145</sup> Max Uhle: "Los aborígenes de Arica". Publicación del Museo de Etnología y Antropología de Chile I, N. 4 y 5, págs. 151-176. Santiago, 1917. — "Los aborígenes de Arica y el hombre americano". Revista Chilena de Historia y Geografía, T. XXVII, N. 31. Santiago, 1918. — "Fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna". Boletín de la Soc. Ecuatoriana de Estudios Hist. Americanos II, N. 5. Quito, 1919. — "La Arqueología de Arica y Tacna". Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos III, N. 7-8. Quito, 1919.

<sup>146</sup> Además de las publicaciones sobre Taltal, ya citadas, tenemos el Epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros arqueólogos e historiadores. Editora G. Mostny. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Stgo. Chile, 1964.

de Uhle. Su primera observación, rectificando a Capdeville, es que el conchal de Morro Colorado no tiene una profundidad mayor a los 3,10 metros, "de lo que resulta que las medidas dadas por el sr. Capdeville son exageradas. El no ha podido haber sacado ninguno de sus objetos paleolíticos a más de 2,73 metros de profundidad. Sus 5 metros corresponden a 2,73 metros y sus 3 metros a 2,40 de los medidos por mí"<sup>147</sup>.

Su segunda observación científica es sobre la ubicación de los instrumentos de "sílice negro": no era efectivo que ellos se encuentran "en el fondo". "Al contrario, se encuentran en todas las capas, desde la base hasta la superficie. Más aún, en el terreno abierto de la quebrada del Hueso, vecina a ésta, existen numerosas manchas del suelo sembradas de astillas de jaspe de diferentes colores, sílice negro y también fragmentos de alfarería"<sup>148</sup>. Lo anterior le permite a Uhle afirmar que "esta sílice ha servido, seguramente, para confeccionar los instrumentos del conchal hasta un tiempo precolombino bastante moderno".

Cuando se plantea el problema de la edad del conchal, Uhle escribe que la capa más profunda, la cuarta, "contiene también fragmentos de anzuelos de concha", para luego resumir la situación cronológica: "encuentro en la parte inferior de este conchal formas de una manera de vivir muy primitivas, anterior a las civilizaciones peruanas. Los cuchillos y demás instrumentos de cuarzo blanco ordinario de las capas tercera y cuarta, corresponden en su mayor parte a los encontrados con las momias de un período tiahuanaqueño y también atacameño de Pisagua. Habían sido recogidos en las playas por esa gente antigua y los habían colocado en sus tumbas como talismanes"<sup>149</sup>.

Así, el conchal que había originado estos instrumentos antiguos, "había dejado de estar en uso desde muchos años atrás por los pescadores de Pisagua".

Es completamente comprensible que después de 11 días de excavaciones Uhle tenga muchas dudas sobre lo que ocurrió en Taltal y de qué manera se desarrollaron las culturas más antiguas de pescadores. Trata de responder a las incógnitas con algunas hipótesis: "Si suponemos que no han sido usados en una edad excesivamente remota, la cuestión se simplifica naturalmente; pero si admitimos que estos tipos de instrumentos han sido una herencia de períodos anteriores o que se habrían

<sup>147</sup> Max Uhle, ob. cit., pág. 49.

<sup>148</sup> Max Uhle, ob. cit., págs. 50-51.

<sup>149</sup> Max Uhle, ob. cit., págs. 53-54.

creado independientemente en un período avanzado de civilización americana, ya queda de nuevo la cuestión sin resolverse"<sup>150</sup>.

Uhle duda qué hipótesis escoger, pero no puede desconocer tampoco "la posibilidad de un desarrollo rápido en que se habría condensado en América, en pocos siglos neolíticos, todo lo que en Europa se había desarrollado en los largos años del período interglacial".

En la carta dirigida al Sr. Ministro de Instrucción Pública, de fecha 1º de julio de 1916 y firmada en Arica, se muestra más categórico para afirmar que "el hombre americano primitivo usaba una industria paleolítica"<sup>151</sup>.

El tema del paleolítico continúa siendo tratado por los arqueólogos hasta años recientes, con diferentes estrategias y métodos. Es, por lo menos, entre 1911 y 1943, una materia siempre presente y muy analizada en los Congresos Americanistas. El yacimiento de Taltal, sin lugar a dudas, ayudó a enriquecer los motivos de investigación del hombre paleolítico en América y en Chile.

La opinión de Uhle sobre un período paleolítico en América y el uso indiscriminado de términos europeos, está claramente expresada en una carta firmada en Guayaquil, del 26 de septiembre de 1920 y dirigida a Capdeville: "No puedo aprobar la manera de urgir demasiado el término 'paleolítico'. Un período no está probado todavía en América, formas paleolíticas sí. En este respecto, debe parecer falso también cuando se habla de una 'civilización paleolítica superior' que ocupa la capa superior. Porque realmente y con toda seguridad todas las tres capas superiores pertenecen a un carácter neolítico puro. El encuentro de formas paleolíticas en estas capas significa por eso, de todos modos, únicamente excepciones. Consideraría eso como un error parecido como el del Sr. Oyarzún, quien también a cualquier objeto encontrado en el conchal o fuera de él reclamó como representativo de caracteres paleolíticos de Taltal... lo que de ninguna manera puede pasar inadvertido. De la misma manera, no ganan por el momento mucho significado ciertos tipos como solutranos, etc. Porque nos faltan los medios para decir si realmente estos tipos estaban en cierta relación con un período solutrano efectivo"<sup>152</sup>.

<sup>150</sup> Max Uhle, ob. cit., págs. 54-55.

<sup>151</sup> Max Uhle, ob. cit., pág. 65.

<sup>152</sup> Epistolario de A. Capdeville con Max Uhle, pág. 137. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. T. I. 1964.

Para terminar con el yacimiento de Taltal debemos precisar la secuencia cultural que ofrecen sus diferentes capas y las fechas que Uhle da. Estando en Arica, el 16 de junio de 1918, escribe a Capdeville y, como siempre, da excelentes consejos a este estudioso chileno aficionado, recomendándole, por ejemplo, que, en ciertos casos, no hable de raza "sino sólo de cultura". En esta misma carta, él considera que "la cuestión del conchal está para mí definitivamente resuelta".

Los primeros habitantes deben ser del 500 A.C.; luego tenemos unos habitantes que corresponden al período de los aborígenes de Arica y, posteriormente, la capa morada con sus restos cultivables corresponde al período de Tiahuanaco<sup>153</sup>.

El estudio de las culturas más antiguas se enriqueció, además de lo excavado en Pisagua, con los estudios que hizo Uhle en los cementerios de la costa ariqueña. En una carta, fechada el 4 de junio de 1917, y siempre dirigida a Capdeville, escribe: "He estudiado aquí al hombre más antiguo que conozco hasta ahora en cementerios de esta costa. No en el sentido de su antigüedad cronológica mayor que en otros sino en el sentido del hombre más primitivo encontrado por mí hasta ahora, en cementerios de estas regiones. Aparte de eso es tan antiguo como cualquier otro que he encontrado documentado en cementerios, y de los cementerios ricos e instructivos que he encontrado es también éste de Arica el más antiguo"<sup>154</sup>.

A continuación, Uhle describe a este primitivo habitante de la costa de Arica: "Se trata de un hombre de los principios del período de Protonazca, primitivo en el sentido de que no conocía ni alfarería, ni tejidos, ni metales, se vestía con artículos fabricados de pieles. Trabajaba momias de los tipos más curiosos de los que he encontrado hasta ahora —naturalmente siempre en postura tendida— y usaba también generalmente instrumentos de piedra tallada (tales para uso como cuchillos, muy comunes en las derechas de las momias), muchos de estos de tipos primitivos".

Continuando esta primera descripción de los "Aborígenes de Arica", Uhle insiste, en su carta, que en estos cementerios se encontraron un hacha de mano, varios raspadores altos, diferentes núcleos poliédricos, lo que lleva a pensar que la distancia de edad entre la cultura de los cementerios de Arica y de los yacimientos de Taltal no era exagerada.

<sup>153</sup> Ob. cit., pág. 13.

<sup>154</sup> Epistolario, ob. cit., págs. 7 y 8.

Sobre el problema de cuando Uhle, por vez primera, se refirió en una publicación científica y responsable, a los aborígenes de Arica, nos parece que no es correcto afirmar que el artículo "Los Aborígenes de Arica y el Hombre Americano" publicado en 1918 fue el primero. (Cualquier publicación en un diario debe ser desechada).

Rigurosamente, la primera mención, en una carta particular, es la que ya hemos mencionado y citado extensamente. La publicación "Los Aborígenes de Arica", publicada en la Revista del Museo de Etnología y Antropología de Santiago es indudablemente anterior a la de 1918. Incluso el artículo aparecido en Santiago fue terminado de redactar en Arica en julio de 1917 y, por lo tanto, es anterior a la conferencia del 26 de noviembre de 1917 y que se publicó, volvemos a repetir, en 1918 en la Revista Chilena de Historia y Geografía.

Además de Tacna y Arica, Uhle, como ya lo hemos expresado anteriormente, excavó en Pisagua. Según Uhle, la correlación entre los yacimientos arqueológicos de Pisagua y los de Arica, es la siguiente:

- "A) Los restos contenidos en la capa fundamental de una caverna de la península de Pichalo, por su carácter, corresponden a los de los aborígenes de Arica y por eso al período arcaico de las civilizaciones peruanas en el sur.
- B) Un cementerio en las faldas de los cerros, más arriba, data de la primera aparición de las civilizaciones peruanas en el Sur, no pudiéndose comparar cronológicamente con el ajuar que allí se encuentra, ningún objeto de Arica y Tacna.
- C) Varios cementerios a corta distancia más al sur, que son del período de Tiahuanacu, representado también en Tacna"<sup>155</sup>.

La gente del cementerio en las faldas de los cerros poseía una civilización más adelantada y era contemporánea a Chavín. Dice Uhle: "La época a que pertenecía esta civilización se determina por las figuras tejidas en algunas bolsas que se han encontrado en las mismas sepulturas a las que corresponde la ornamentación más usada en sus canastas... Son figuras de hombres y de serpientes y ciertos dibujos meándricos grandes. Las primeras se presentan de frente, adornada la cabeza con un plumaje y en la cintura llevan una faja terminada por los dos lados por cuellos de serpientes, como en los estilos de Protonazca, Protochimú, y Chavín... El importante dibujo meándrico del pecho, de las figuras hu-

<sup>155</sup> M. Uhle: Fundamentos Etnicos de la Región de Arica y Tacna, ob. cit., págs. 67-68.

manas y de los ornamentos reproducidos en las canastas, es la repetición de la figura de una segunda boca, delante del vientre, en el relieve monstruoso de Chavín, indicando de esa manera la dependencia de estos pescadores del estilo Chavín”<sup>156</sup>.

### Conclusiones generales finales sobre la contribución de Uhle al conocimiento de la Prehistoria de Chile

Han sido expuestos con extensión los diferentes temas y problemas que abordó Uhle en Chile. Gracias a sus investigaciones de campo pudo describir adecuadamente la cultura atacameña y hacer el estudio de sus influencias. Individualizó la influencia Tiahuanaca en la región de Tacna y Arica, en Pisagua, en San Pedro de Atacama y, en general, en todo el Norte Grande de Chile hasta el valle de Copiapó, haciendo excepción la región de Calama. También Uhle abordó en forma decidida y rigurosa la elucidación del hombre y cultura más antigua de Chile. Excavó en Taltal, gracias al descubrimiento de Capdeville, un yacimiento riquísimo en evidencias arqueológicas. Junto a Constitución y a ciertos yacimientos de Arica, Taltal se transformó en un hito fundamental de la investigación arqueológica sobre el “paleolítico americano”. Por último, la postulación del complejo cultural los Aborígenes de Arica ha sido tal vez uno de sus aportes más extraordinarios: hasta hoy día sus excelentes descripciones se mantienen y sirven en gran parte para caracterizar el Complejo Chinchorro.

Por cierto que el estudio de estas culturas y complejos culturales formaba parte de una secuencia cultural y, por lo tanto, pertenecía a un cuadro cronológico.

Muchas veces, Uhle ha insistido en el valor de la distinción cronológica; recordemos que en una carta dirigida a Capdeville le manifestaba su satisfacción porque el estudioso aficionado de Taltal se preocupaba de los problemas cronológicos y del significado de los hallazgos. Así, el 4 de junio de 1917, le escribe: “Veó con mucho interés, mi amigo, que también se acostumbra más a la distinción de los tiempos que es lo principal, según me parece, en toda la arqueología”<sup>157</sup>.

<sup>156</sup> M. Uhle, ob. cit., págs. 69-70.

<sup>157</sup> Epistolario, ob. cit., pág. 8.

Tal como ya lo hemos escrito, Ricardo Latcham, Aureliano Oyarzún y tantos otros estudiosos de la Prehistoria de Chile acogieron con respeto científico el modelo cronológico de Uhle. En palabras de Ricardo Latcham: "Por los estudios de Uhle y Gusinde hemos llegado a conocer la arqueología y etnología de los dos extremos del país... El completar de esta manera sus estudios sobre las antiguas civilizaciones peruanas, coordinando con ellas los sucesivos estratos culturales hallados en el Norte de Chile, permitió al Prof. Uhle establecer para esta nueva zona una cronología provisoria y quizá definitiva que aclara muchos puntos de la prehistoria de toda la región del norte, tanto en el Perú como en Chile"<sup>158</sup>.

El cuadro cronológico de Uhle ha sido siempre, incluso por nosotros mismos, tomado de su publicación de 1922. Justamente en la pág. 46 de su clásica contribución al conocimiento de la etnología y arqueología de la región de Tacna y Arica se lee lo siguiente:

"Estas condiciones topográficas fueron el escenario de una historia, que se puede dividir en los períodos siguientes:

- I. Período del hombre primordial (hasta el fin de la era pasada).
- II. De los aborígenes de Arica (primeros siglos de la era de Cristo).
- III. Período contemporáneo con los monumentos de Chavín (cerca de 400 a 600 de nuestra era. De esta época no se han hecho hallazgos en Arica y Tacna, pero sí numerosos en Pisagua).
- IV. Período de Tiahuanaco y el subsiguiente epigonal (de 600 a 900 de nuestra era).
- V. Período de una civilización atacameña indígena (de 900 a 1100).
- VI. Período de una civilización chincha atacameña (cerca de 1100 a 1350).
- VII. Período de los Incas (hasta el fin del período prehistórico)."

Inmediatamente, Uhle explica cómo logró estructurar este cuadro: "En cuanto a las fechas indicadas en la lista precedente, éstas se basan en una investigación minuciosa, dedicada a la cronología de las civilizaciones peruanas, que formará el tema de un trabajo especial, que se publicará enseguida. En él se ha logrado determinar que los monumentos

<sup>158</sup> Latcham, "La Prehistoria Chilena", Cap. IV, págs. 67-68. Stgo. de Chile, 1928. Esta cita de Latcham es casi exactamente igual a la que hicimos al comenzar el capítulo referente a Uhle y que fue extraída de la "Alfarería Indígena Chilena".

protonazcas de los valles de Chíncha y Pisco se construyeron entre los años 100 antes de J.C. y 50 después de J.C.; las huacas de Moche, entre 150 y 300 de nuestra era; el templo de Chavín de Huantar, entre 400 y 500; los principales monumentos de Tiahuanaco, entre 450 y 600; el Imperio de los Incas tuvo su principio en la primera mitad del siglo XIV”.

Ahora bien, cuando se examinan en profundidad esta secuencia cultural y las fechas postuladas, surgen varias preguntas y problemas. Digamos, en primer lugar, que en forma parcial estas fechas de Uhle no resistieron la crítica que emanó de las nuevas investigaciones y sobre todo de la introducción de los métodos radioactivos. Pero, junto con lo anterior, debe decirse de inmediato que si es verdad que los dos primeros períodos retrocedieron algunos miles de años, y que el período de Chavín también retrocedió 1500 años, otras altas culturas fueron fechadas con exactitud por Uhle: es el caso de Moche o Mochica (150 a 300 d. C.) como también el de Tiahuanacu (400 a 800 d. C.).

Entre los problemas que surgen tenemos la ubicación cronológica del primer período, aquel que Uhle llama del Hombre primordial. En una carta dirigida a Capdeville y que hemos citado, recordemos que Uhle da una fecha de 500 a. C. para los inicios de Taltal. Parece justo recordar que aún hoy día los yacimientos de Taltal no están fechados de manera absoluta: sólo tenemos las fechas de Carbón 14 que corresponden al conchal de Quiani, que sobrepasa una de ellas, los 4200 a. C. No hay aún razones concluyentes para sostener que esta misma fecha sirva para la ocupación más antigua de Taltal. El problema cronológico de Taltal, por lo tanto, continúa, sin que esto signifique que la fecha de 500 a. C. sea aceptada por los especialistas.

La fechación de los aborígenes de Arica ha sufrido un cambio importante: ha retrocedido varios milenios por lo menos, pero el retroceso ha creado nuevos problemas que lentamente están siendo solucionados por los arqueólogos chilenos.

Hoy en día los Aborígenes de Arica (o Complejo Chinchorro) se sitúan entre el 4000 y 1000 antes de Cristo, siempre que se considere la relación Quiani I y II con Chinchorro; de todos modos esta prolongación del Complejo Chinchorro hacia el 1000 a. C. lo aproxima a las fechas de Uhle.

Con los restos de Pisagua ocurre aún algo más curioso: al declarar

Uhle que los pescadores que fueron enterrados en el cementerio situado en lo alto son contemporáneos a las ruinas de Chavín (porque hay motivos que se emparentan con algunas decoraciones de Chavín), está haciendo una relación tipológica que no está comprometida a unas fechas: en el fondo es un análisis corológico. Si Chavín es más antiguo, como se ha comprobado, los pescadores de Pisagua pueden retroceder en el tiempo. ¿Acaso fechas situadas entre el 800 y 500 a. C. no serían más probables para estos restos de Pisagua que no pertenecen al complejo Chinchorro y que están relacionados con el período temprano de Arica?

Estos restos fueron denominados, por el propio Uhle, como 'proto-nazcas' y ellos han sido comparados con los restos encontrados en Faldas del Morro. Hoy en día, gracias a los trabajos sistemáticos de los arqueólogos de Arica (Percy Dauelsberg, Luis Alvarez, Guillermo Focacci, Mario Rivera y otros), emerge un período cultural que está siendo fechado entre el 1000 a. C. y el 300 d. C. (Faldas del Morro, Playa el Laucho y Alto Ramírez). La futura fechación exacta de Faldas del Morro debería situar los restos de Pisagua denominados por Uhle protonazca.

Otro de los problemas está relacionado directamente con el período IV de la periodificación de Uhle. Hemos visto que Uhle sitúa las 'construcciones de Tiahuanacu' hacia el 400-500 d. C.; la 'difusión de Tiahuanacu' entre el 500 y el 600 d. C.; el 'fin de Tiahuanacu' (en Tiahuanacu) entre el 600 y el 800 d. C.; en estos mismos siglos, Uhle ubica la iniciación del Tiahuanacu Epigonal. ¿Qué relación tienen estas fechas con las de 600-900 del Período Tiahuanacu y subsiguiente Epigonal del Norte de Chile? Uhle no hace diferencias claras para los restos que estudia en el Norte de Chile, entre los 'tiahuanacos' y los correspondientes al 'epigonal'.

Gracias a Eloy Linares Málaga<sup>159</sup>, podemos conocer un manuscrito de Uhle que nos aclara varios conceptos sobre Tiahuanaco: "La civilización Tiahuanaco estaba en su apogeo y la protolimeña cerca de su fin cuando la primera llegó a los valles centrales de la costa peruana. Esto se desprende de la condición de sus restos en Pachamac y sobre la huaca de Aramburu, donde los pocos vasos tiahuanaqueños encontrados muestran un tipo perfecto. Todas las civilizaciones, hay que suponerlo, muestran su mayor fuerza de expansión en la época de su desarrollo... La civilización tiahuanaqueña, nacida sólo de las postrimerías de la civiliza-

159 E. Linares Málaga, ob. cit., págs. 93-99.

ción protonazca, se habría precipitado sobre las costañas, cuando las de Proto Lima y las de Proto Chimú ya habrían cumplido su tarea general con la construcción de sus grandes huacas. La civilización de Tiahuanaco no inundó sólo la costa, sino igualmente toda la sierra, desde Catamarca y Copiapó en el sur hasta la provincia ecuatoriana de Ríobamba”.

Para Uhle, entre el 500 y el 600 finalizan las culturas Protochimú en Trujillo y la Proto Lima en Lima y en el valle de Pachamac. Recórdese, también, que para Uhle la formación de la cultura Tiahuanaco se produce entre el 300 y el 400 d. C.<sup>160</sup>.

Según Uhle, Tiahuanaco llega, hacia el 500 d.C., al norte de Chile (Arica) como difusión directa del centro altiplánico y luego se crearían tradiciones epigonales derivadas de la cultura Tiahuanaco.

Traducido a la problemática actual, Uhle estaría de acuerdo con la presencia de restos pertenecientes al Tiahuanaco clásico y también del Tiahuanaco expansivo. Sólo varían las fechas, puesto que para algunos especialistas esta penetración del Tiahuanaco clásico habría ocurrido hacia el 400 d.C.<sup>161</sup>, tanto en Arica como en San Pedro de Atacama. Independientemente de la fecha 400 d.C., en donde hay cada vez más acuerdo entre los actuales especialistas chilenos y extranjeros, es importante reconocer la presencia de restos contemporáneos pertenecientes al llamado período Tiahuanaco IV o Clásico, situado por el método de carbón 14 entre el 360 y el 600 d.C., aunque el promedio aritmético de las fechas dadas a conocer por Carlos Ponce Sanginés es de 667 d.C.<sup>162</sup>.

Hay dos o tres datos más que deseamos mencionar antes de terminar de exponer el extraordinario aporte de Uhle a la formación científica de los estudios arqueológicos de Chile. El período Chincha-atacameño, situado entre 1100 y 1350, no es aceptado hoy en día y los materiales culturales pertenecientes a él son reubicados en el período de desarrollo cultural local de Arica, sobre todo posterior a la fase San Miguel, es decir, en la fase Gentilar. Al referirse al estilo atacameño segundo (Chincha-atacameño) Uhle señala que “resultó por la extensión de las conquistas chinchas en dirección al sur que, saliendo de Cheuca e Ica, comprendieron al fin toda la costa intermedia hasta Tacna al sur, parte de Bolívia y toda la región serrana del sur de Perú hasta el río Apurinas”<sup>163</sup>.

<sup>160</sup> E. Linares Málaga, ob. cit. Tabla cronológica tomada de manuscritos de Uhle.

<sup>161</sup> Carlos Ponce Sanginés: *Tiwanacu: Espacio, Tiempo, Cultura*, págs. 29-31. La Paz, 1972.

<sup>162</sup> C. Ponce S., ob. cit., pág. 25 y Tabla I.

Los hallazgos de Capdeville en Taltal hacen escribir a Uhle en la misma carta del 4 de julio de 1918: "Veo por sus dibujos que estos chincha-atacameños se extendieron también más al Sur, al menos hasta Taltal". Algo más adelante, casi al finalizar la carta, Uhle asegura: "La raza de los vasos pintados son atacameños del Norte influenciados por los chinchas (del Perú)". Sin embargo, a pesar de los conocimientos de Uhle, Capdeville escribe el 3 de marzo de 1923 que muchos especialistas dicen que la alfarería pintada de Taltal "proviene de la Argentina"; se lo aseguran Salvador Debenedetti, Martín Gusinde, Leotardo Matus y otros. Uhle, obviamente, rechaza los argumentos de estos especialistas. Así, podemos apreciar que la discusión sobre el chincha-atacameño se inició muchos años atrás, por lo menos en 1923<sup>164</sup>.

Uhle también se preocupó de la expansión inca en el Sur de Chile y ya llamamos la atención sobre su extraordinaria observación sobre la alfarería Valdivia y sus motivos incásicos. Por todo lo expuesto, es de justicia enfatizar que los pocos años de Uhle en Chile fueron, sin embargo, ricos en solución de problemas y dejaron una profunda huella en la ciencia arqueológica.

En resumen, cuatro son los grandes temas que Uhle abarca en Chile, en general con gran calidad descriptiva, pero no exento de algunos errores y exageraciones:

a) Confeccionó el primer cuadro cronológico prehistórico, situando en él a las culturas del Norte de Chile y haciendo posible los futuros cuadros de Ricardo E. Latcham, que se sostuvieron hasta la década del 50.

b) Describió acertadamente la cultura de los oasis del desierto de Atacama (Atacameña), pero valorizó exageradamente esta etnia hasta el grado de considerarla el subestrato de todas las culturas del Norte de Chile y elemento importante en la creación de algunos rasgos estilísticos Tiahuaqueños. Hasta hoy día se insiste en esta última interpretación de Uhle<sup>165</sup>.

<sup>163</sup> Epistolario, ob. cit., págs. 16 a 19.

<sup>164</sup> Epistolario, ob. cit., págs. 170-175 (con las del 3 de marzo y el 8 de marzo de 1923).

<sup>165</sup> Gustavo Le Paige, Director fundador del Museo de San Pedro de Atacama, ha insistido, en diversos trabajos, que los atacameños están en el origen de algunas ideas y estilos tiahuaqueños. Véanse más adelante, sobre este tema, nuestras "Conclusiones".

c) Investigó los restos culturales y antropológicos más antiguos de la costa del Norte de Chile (y también de Constitución) con el fin de enriquecer sus períodos más primitivos. De estos estudios, a partir de 1917, se darán a conocer los principales elementos diagnósticos del período de los Aborígenes de Arica. Las descripciones de Uhle son citadas hasta el presente por numerosos arqueólogos para describir al Complejo Chinchorro.

d) Formuló el período Tiahuanaco y el subsiguiente epigonal en el Norte de Chile, incluyendo el Norte Chico e incluso postuló, como hipótesis, la presencia de Tiahuanaco hasta Chile Central; esto último no ha encontrado apoyo empírico en el presente.

Sus estudios, publicados entre 1911 y 1922, en donde se describen científicamente los restos culturales que pertenecen o tienen influencia de Tiahuanaco, inauguran una problemática que hasta hoy día continúa investigándose con creciente interés.

## 5.2. El Dr. Aureliano Oyarzún Navarro<sup>166</sup>

### Su Vida

La figura científica del Dr. Aureliano Oyarzún ha sido injustamente calificada como de poca relevancia para la arqueología chilena<sup>167</sup>.

Aunque, en verdad, no alcanzó, por ejemplo, el significado del Dr. Uhle, nos parece que su participación en el desarrollo de la Arqueología y la Etnología chilenas fue importante y, sobre todo, valiosa desde el punto de vista organizativo. En 1947, año de la muerte de Oyarzún, don Gualterio Looser escribió la biografía del distinguido antropólogo y arqueólogo y presentó una bibliografía comentada de la mayoría de sus publicaciones<sup>168</sup>.

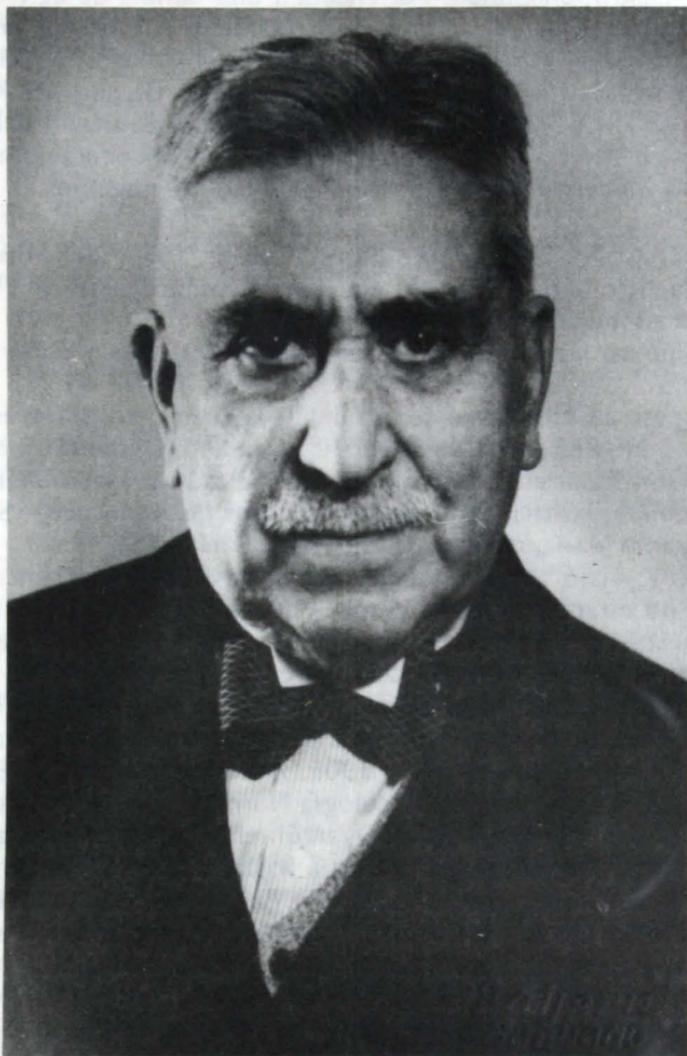
Por Looser e informes suministrados por los hijos del Dr. Oyarzún, tenemos un conjunto de datos biográficos muy interesantes. El Dr. Oyarzún nació el 16 de junio de 1858 en Dalcahue, pequeña localidad

---

<sup>166</sup> Véase la reciente publicación "Aureliano Oyarzún. Estudios Antropológicos y Arqueológicos". Ed. Universitaria 1981, págs. 10-22.

<sup>167</sup> J. Montané: "Apuntes para un análisis de la Arqueología Chilena", 1972. Revista Rehue, pág. 36; textualmente dice: "como arqueólogo no tiene importancia".

<sup>168</sup> G. Looser: "El Dr. don Aureliano Oyarzún, antropólogo y naturalista". Imprenta Universitaria. Santiago, 1947.



Dr. Aureliano Oyarzún Navarro (1858-1947), tomada el 20 de mayo de 1938

(gentileza de la familia Oyarzún)

cerca de Castro, en Chiloé. Pertenecía a una familia de agricultores de antigua estirpe española y, más concretamente, de origen vasco. Hizo sus estudios en Puerto Montt, en Ancud y en Santiago. En 1879 se graduó de Farmacéutico; era el primer año de la Guerra del Pacífico y Oyarzún se alistó inmediatamente en el Servicio Sanitario del Ejército. Participó en diversas batallas, ganando varias condecoraciones por sus servicios y un certificado especial por servicios distinguidos.

El Decreto N° 234, del 29 de octubre de 1880, del Ministerio de Guerra menciona que Oyarzún era Farmacéutico Mayor de 1ª clase de la tercera Ambulancia.

Participó en las batallas de Chorrillos y Miraflores y en la entrada a Lima.

De regreso a Chile, luego de terminada la guerra, continuó estudiando y obtuvo, en 1885, el título de médico cirujano. Desde el 31 de diciembre de 1886 hasta el 2 de enero de 1887 ayudó a exterminar la epidemia de cólera, participando en los lazaretos de Aconcagua, Subdelegación de Santa María, del Departamento de San Felipe.

En 1887, viajó a Europa enviado por el Gobierno. Primero, pasó a Francia, no estando mucho tiempo, y luego fue a Alemania, en donde se halló a sus anchas. En este país siguió las lecciones de Virchow, Waldeyer, Naunin, Koch, Weigert y Schwalbe.

De regreso a Chile fue designado profesor de Anatomía Patológica en la Universidad de Chile, desempeñando sus clases de medicina en la Escuela de Medicina, entre 1891 y 1909. Antes, entre 1883 y 1887, había sido ayudante de la clase de Histología Normal y de Anatomía Patológica y Patología General. El Dr. Oyarzún era un profesor exigente, que tomaba control de asistencia y exigía bastante a sus alumnos. Estos no estaban de acuerdo con este método y exigieron la salida del profesor. Como ha ocurrido tantas veces, el maestro debió abandonar la Universidad ya que no contó con el apoyo de sus colegas de la Facultad. Rigurosamente, el Decreto N° 424 del 6 de febrero de 1909 le aceptó la renuncia como profesor de Anatomía Patológica y Patología General de la Escuela de Medicina.

Antes de salir de la Universidad se relacionó con la familia Philippi y se casó con la hija de Federico Philippi. De este matrimonio nacieron 5 hijos, cuatro de los cuales aún permanecen entre nosotros. Se aficionó a las ciencias naturales, especialmente a la Entomología y, muy pronto

también, comenzó a dedicarse a la Arqueología y a la Etnología de Chile.

Sabemos que ya en 1908 hacía incursiones en la costa central de Chile<sup>169</sup>. También estamos informados de que Aureliano Oyarzún participó en el 4º Congreso Científico de Chile y el 1º Panamericano, a fines de 1908 y comienzos de 1909. En 1910, junto a Medina, Guevara, Lenz y Echeverría Reyes, asistió al XVII Congreso de Americanistas de Buenos Aires (16 a 24 de mayo).

En 1910 publicó sus primeros trabajos arqueológicos, algunos de los cuales analizaremos más adelante:

- “Los Kjoekkenmoedinger o conchales de la costa de Melipilla i Casablanca”.
- “Los Petroglifos del Llaima” (Boletín del Museo Nacional de Chile, T. II, N. 1).

Así, es fácil apreciar que Oyarzún tuvo una gran actividad científica entre 1908 y 1910, recorriendo diferentes lugares arqueológicos, asistiendo a Congresos dentro y fuera del país y publicando especialmente en el Boletín del Museo Nacional de Chile.

En 1910, cuando se conmemoraban los cien años de la Primera Junta Nacional de Gobierno, Oyarzún fue designado miembro de la comisión encargada de la exposición histórica retrospectiva. Esta comisión recomendó que la exposición abarcara también la parte prehistórica de Chile. En esta decisión se encuentra indudablemente el origen del Museo Histórico Nacional y de la Sección de Etnología y Antropología. El Museo se fundó en 1911.

La relevancia de la personalidad científica de Oyarzún se demuestra cuando el 7 de octubre de 1911 fue designado Presidente de la Sección de Arqueología, Antropología y Etnografía de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Entre los asistentes a esta reunión se encontraban Ricardo E. Latcham, R. A. Laval, Matta Vial, Carlos Porter y Vicuña Cifuentes.

A fines de 1911, por razones de salud, vuelve a Alemania donde permanece hasta 1913. Tuvo la oportunidad de conocer la organización del Museo de Etnología y Antropología de Berlín, dirigido por el antropólogo Prof. von Luschen. En estos años se adhiere con entusiasmo a la Escuela Histórico-Cultural, la que divulgaría en Chile, sin encontrar sin

<sup>169</sup> A. Oyarzún: “Los Kjoekkenmoedinger o conchales de la costa de Melipilla i Casablanca”, pág. 4. Stgo. de Chile, 1910.

embargo es importante entre los estudiosos de las ciencias antropológicas, a excepción del padre Martín Gusinde, quien ya estaba en conocimiento de los métodos y de la teoría de los misioneros católicos de Viena.

Cuando Oyarzún vuelve a Chile retorna al campo de la Arqueología y de la Antropología, convirtiéndose en un colaborador y admirador del Doctor Max Uhle, quien había llegado a fines de 1911 y que incluso lo había reemplazado en la presidencia de la Sección de Arqueología, Antropología y Etnología.

En 1915, alentado por las investigaciones de Capdeville, que había excavado en Taltal, envió al Congreso Panamericano de Washington un trabajo sobre la "Estación Paleolítica de Taltal" en donde describe una importante colección de piezas líticas de Taltal y da a conocer su opinión sobre la situación cronológica del yacimiento<sup>170</sup>.

Cuenta Martín Gusinde que cuando el Dr. Uhle tuvo que alejarse de la dirección del Museo, en 1916, el Dr. Oyarzún fue designado Director 'ad-honorem', "impulsado por el interés y entusiasmo que tiene por los estudios de la Etnología y la Antropología, a los que ha dedicado especial preferencia desde hace largos años"<sup>171</sup>.

En este mismo año de 1916, según nos cuenta Martín Gusinde, se presentaron dificultades entre el Museo de Historia Natural y el Museo de Etnología y Antropología, que era una sección del Museo Histórico de Chile. "Apenas se supo que el señor Max Uhle dejaba el país, se presentó el Director del Museo de Historia Natural ante el Gobierno, reclamando para su establecimiento las colecciones formadas por el Dr. Uhle y los empleados correspondientes". El Dr. Oyarzún, nos sigue relatando Gusinde, se opuso terminantemente, escribiendo al Ministro de Instrucción Pública: "debo defender, conservar y acrecentar la obra del Dr. Max Uhle y, por lo tanto, pido al gobierno mantenga la actual ubicación del Museo que dirijo"<sup>172</sup>.

El Ministerio de Instrucción Pública no dio lugar a la petición del Director del Museo de Historia Natural. Sin embargo, actualmente, las colecciones de prehistoria y etnología del Museo Histórico se encuentran

<sup>170</sup> Oyarzún: "Estación Paleolítica de Taltal". Revista Chilena de Historia y Geografía, N. 23, 1916.

<sup>171</sup> Gusinde: "El Museo de Etnología y Antropología de Chile", pág. 33, en Revista Chilena de Historia y Geografía, T. XIX, N. 23, 1916.

<sup>172</sup> Gusinde, ob. cit., págs. 33 y 34.

en el Museo de Historia Natural. En verdad, esta discusión de 1916 inició una situación de tirantez que se prolongó por más de 50 años entre las dos instituciones y sus personeros más relevantes.

También en 1916, Oyarzún publicó el primer número de la revista del Museo llamada "Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile". En este primer número escribieron Martín Gusinde, Max Uhle y Aureliano Oyarzún. Tanto el trabajo de Uhle como el de Oyarzún se referían a los hallazgos arqueológicos de Taltal<sup>173</sup>. Por este número sabemos también que el Museo estaba en la calle Moneda, número 602, esquina de la Plaza Benjamín Vicuña Mackenna y que se abría al público sólo los días jueves y domingo de 2 a 4 P.M.

En 1924 la revista del Museo señalaba que éste estaba instalado provisionalmente en el edificio nuevo de la Biblioteca Nacional, en calle Miraflores N° 56. Por intermedio de una Memoria del Director Oyarzún, del 15 de marzo de 1927, dirigida al Sr. Ministro de Instrucción Pública, nos informamos de los problemas del Museo relacionados con su local permanente: "Como lo sabe V.S. este Museo funciona transitoriamente en un reducido departamento del subsuelo del edificio de la nueva Biblioteca Nacional, desde que por orden de V.S. se hizo demoler la vieja casa que ocupaba antes en la esquina de las calles Moneda y Miraflores. No habiendo sido posible hasta hoy dar término a la construcción del edificio del Museo Histórico Nacional... pido a V.S. respetuosamente, se digne ordenar el gasto del dinero presupuestado con ese objeto...". Con todo, "nuestro establecimiento ha sido visitado diariamente por el público, los liceos, alumnos... y distinguidas personalidades extranjeras...".

Esta situación anormal sólo se resolvió en 1941, cuando el Museo Histórico ocupó el ala N/O del edificio de la Biblioteca Nacional; la sección de Prehistoria fue ubicada en una espaciosa sala, en el subterráneo, hasta 1970. Posteriormente los materiales de la Sección fueron trasladados al Museo de Historia Natural.

Volviendo a la revista del Museo, bastante importante para el desarrollo de la Arqueología y la Etnología de Chile, señalaremos que apareció por última vez en 1927. Así, once años del Tercer Período de la arqueología chilena se expresaron, en gran parte, por la publicación que editaron el Dr. Oyarzún y sus colaboradores.

<sup>173</sup> A. Oyarzún: "Estación Paleolítica de Taltal", págs. 19-30. — M. Uhle: "Sobre la estación paleolítica de Taltal. Una carta y un informe", págs. 31-50.

Sólo en 1939 el Dr. Oyarzún pudo volver a editar una revista que sostuvo hasta 1945. Lamentablemente, esta nueva revista no tuvo la relevancia científica de su antecesora y, principalmente se hizo con traducciones, algunas muy buenas, de trabajos de especialistas extranjeros. Además, la revista no contenía sólo trabajos de Arqueología y Etnología, sino que incorporó trabajos de historia civil y militar de Chile.

La situación administrativa del Dr. Oyarzún, dirigiendo el Museo, tuvo altos y bajos. Así, por ejemplo, en 1931 vio suprimido su cargo de director. Sin embargo, continuó sirviéndolo en calidad de ad-honorem, lo que no constituyó una novedad, puesto que ya en 1916 lo había sido en las mismas condiciones.

Entre 1911 y 1922 fue el presidente de la Sección de Arqueología y Etnografía de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, a excepción de los años en que lo reemplazó el Dr. Uhle. En 1926, con Carlos Porter, Monseñor Carlos Casanueva y otros, fundó la Academia Chilena de Ciencias Naturales de la cual fue su primer presidente entre 1926 y 1929. Esta Academia tenía por objeto cooperar al progreso de las ciencias naturales en los ramos de Antropología, Zoología, Botánica, Fisiología animal y vegetal, Geología, etc. Entre 1932 y 1933, fue Presidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

Para terminar con sus servicios administrativos recordemos que a contar desde el 1º de enero de 1936 se le nombró director en propiedad del Museo Histórico Nacional, cargo que dejaría un año antes de su muerte.

Cuenta Gualterio Looser que el Dr. Oyarzún gozaba de excelente salud: "Durante el cuarto de siglo que lo traté, con bastante frecuencia, no recuerdo haberlo visto enfermo, salvo malestares pasajeros, y se conservó en condiciones admirables hasta muy anciano, consagrado al estudio y animoso para el trabajo científico. Pero, por fin, su avanzada edad fue minando sus fuerzas y el 1º de febrero de 1946 dejó la dirección del Museo Histórico Nacional"<sup>174</sup>.

Al año siguiente, a la edad de 89 años, el 10 de marzo de 1947, murió el Dr. Oyarzún, enlutando al muy pequeño grupo de científicos que investigaban en Prehistoria y Etnología chilenas.

---

174 G. Looser: "El Dr. Aureliano Oyarzún, antropólogo y naturalista", págs. 15 -16, ob. cit.

## Su significado científico

El Dr. Aureliano Oyarzún, en los casi 40 años de trabajos científicos, efectuó varios viajes. Además de sus primeros trabajos de campo, ya relatados, recorrió diferentes regiones tanto del Sur, como del Centro y del Norte de Chile. En las cuentas de actividades aparecidas en la Revista del Museo que dirigía, aparecen mencionados diferentes sitios arqueológicos. Sobre este tema nos referiremos en detalle más adelante. Por ahora, recordemos que en 1937, cuando estaba cerca de los 80 años, efectuó un largo viaje al Norte de Chile para organizar en diversas ciudades comisiones asesoras del Consejo de Monumentos Nacionales. Aprovechó su viaje para visitar Chiu-Chiu, San Pedro de Atacama y otros sitios arqueológicos importantes.

También participó en varios Congresos Internacionales o envió trabajos que fueron publicados en sus Actas; por ejemplo, los Congresos Americanistas de Buenos Aires de 1910 y 1934, y de Lima, de 1941, además del 2º Congreso Panamericano de Washington en 1915.

Entre sus publicaciones más significativas sobresalen aquellas relacionadas con las descripciones de materiales arqueológicos constituyentes de la cultura atacameña (calabazas, cestería, tabletas y tubos, alfarería) o con las influencias de esta cultura en otras regiones de Chile (por ejemplo, en la Araucanía):

1. "Las calabazas pirograbadas de Calama". Revista Chilena de Historia y Geografía, N. 66, Stgo. de Chile. 1929.
2. "Cestería de los antiguos atacameños". Revista Chilena de Historia y Geografía, N. 68, Stgo. 1930.
3. "Las tabletas y los tubos para aspirar la parica de Atacama". Revista Chilena de Historia y Geografía, N. 72, Stgo. 1931.
4. "Tejidos de Calama". Revista Chilena de Historia y Geografía, N. 73, 1931.
5. "Alfarería de Calama". Revista Chilena de Historia y Geografía, N. 82, Stgo. 1934.
6. "Influencia de la Cultura de Atacama en la Araucanía". Lima. 1941.

Otros temas investigados por el Dr. Oyarzún, se refieren a aspectos de la arqueología de Chile Central, de Araucanía, de la Isla de Pascua, de los indios del extremo Sur de Chile, y del yacimiento de Taltal. Por último, son significativas para el desarrollo de las ideas científicas en nues-

tro país, sus numerosas traducciones de artículos especializados y, sobre todo, relacionados con la Escuela Histórico-Cultural de Viena.

Por intermedio de las Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile nosotros podemos conocer no sólo quiénes escribían sobre arqueología y antropología, sino cuáles eran los temas más desarrollados, las investigaciones de campo y, en general, las actividades de los principales estudiosos contemporáneos a Oyarzún. Hay, en primer lugar, una sección de las Publicaciones que informa, en especial, de los trabajos de campo del grupo de investigadores del Museo de Etnología y Antropología e incluso de otros estudiosos.

En 1917, el Dr. Oyarzún escribe, "con el objeto de aumentar las colecciones del Museo y estudiar la etnología y la antropología del país, hemos emprendido personalmente, o acompañados de nuestro colaborador el P. Martín Gusinde y el ayudante don Luis Pérez, varias excursiones que por el momento las hemos llevado a cabo sólo en las cercanías de Santiago. El P. Gusinde, por su parte, visitó este verano el sur de Chile".

Recuerda el Dr. Oyarzún que en junio de 1916, invitado por el antropólogo Ricardo Latcham, se trasladó a Montenegro, estación del ferrocarril a Valparaíso, en donde se encuentran "innumerables piedras de tacitas, labradas en las rocas".

En la publicación N. 2 y 3 (Año 1 de 1917) hay una información que nos da el Dr. Oyarzún realmente interesante, que no dudamos en considerar de gran valor científico, vista en la perspectiva de tiempo y de acuerdo al interés que actualmente se da al tema. Cuenta don Aureliano Oyarzún que la señora Mariana Ovalle de Pérez obsequió al Museo "un molar y un trozo de colmillo de Mastodonte" y "dos cráneos humanos fósiles encontrados cerca de las huellas de aquel proboscídeo". Estos hallazgos se habían hecho en las yeseras del Fundo de Tierras Blancas. "Con el objeto de cerciorarnos personalmente de las condiciones en que se encontraron estos huesos, aceptamos la generosa y amable invitación de la señora para trasladarnos a su fundo el 21 de mayo de este año, en compañía del P. M. Gusinde y del profesor P. Körting de la Universidad del Estado. En los tres días que permanecemos en el fundo estudiamos detalladamente la formación geológica de la yesera y las condiciones in situ en que se encontraron los huesos. Tratándose de definir la edad del hombre en América, el hallazgo de los huesos del mastodonte junto con los de cráneos humanos, es para Chile y el nuevo continente de una im-

portancia trascendental" (págs. 148-149).

En el mismo año de 1917, Oyarzún visitó y estudió "los conchales de Pichilemu" y de Cahuil, localidades situadas en la costa de la provincia de Colchagua,

En el tomo II (N. 1 del año 1920) se encuentra la Memoria presentada por el Dr. Oyarzún al Señor Ministro de Instrucción Pública en donde hay una gran cantidad de datos tanto de tipo administrativo como de las expediciones. Por ella sabemos que Oyarzún continúa siendo Director ad-honorem del Museo; también, nos informa que las colecciones del Museo están depositadas provisoriamente en "un resto del antiguo edificio de las monjas Claras". En la práctica, el Museo, a pesar de ser fundado en 1911, sólo abrió sus puertas al público el 17 de septiembre de 1917. Oyarzún insiste en los diversos viajes hechos por los investigadores del Museo y enumera las salidas a terreno a Tierra del Fuego, Araucanía, Montenegro, Quillota, Río Maipo, Quintero, Cerro de Manco, Tierras Blancas, Cachagua, San Felipe, Panquehue, Pichilemu y Cahuil.

Ya en las "memorias" del Dr. Oyarzún, de 1922-1924, se puede apreciar la importancia cada vez mayor que adquieren las investigaciones del P. Martín Gusinde en el extremo sur de Chile y la insistencia de don Aureliano, por lo demás muy justificada, de pedir apoyo gubernamental para los trabajos científicos de Gusinde.

Hay también en la memoria presentada el 11 de abril de 1924 un alegato firme en favor de la reunión, en el Museo Histórico de Chile, de todos los objetos arqueológicos y etnológicos repartidos en diferentes museos. Sabemos, como ya lo hemos señalado anteriormente, que la firme defensa de Don Aureliano Oyarzún no prosperó, estando en la actualidad los restos prehistóricos y etnológicos reunidos por Uhle, Gusinde, Oyarzún y otros, en el Museo Nacional de Historia Natural.

El Dr. Oyarzún había escrito a su jefe superior, el Ministro de Instrucción Pública: "Con este motivo no creo fuera de lugar encarecer a U. S. la necesidad urgente que hay de apurar la conclusión del Museo Histórico de Chile para trasladarnos después a ese local que es destinado desde hace ya más de diez años por el Supremo Gobierno para guardar y exhibir las reliquias de la historia de Chile, desde los indígenas primitivos, la Conquista, la Colonia, la Independencia y la República hasta nuestros días". En los argumentos del Dr. Oyarzún se descubren las discusiones

teóricas de los Museos de Etnología y Antropología y del Museo Nacional de Historia Natural. En unos había una concepción histórica que acercaba la antropología y, en especial, la arqueología a las disciplinas históricas; en los otros existía la concepción que consideraba que la antropología y con ella la arqueología debían situarse en el amplio marco de las ciencias naturales. Para el Dr. Oyarzún, lo que había dicho el Dr. R. A. Philippi, de reunir "los productos de los tres reinos de la naturaleza, las reliquias de la gloria, los trofeos de nuestras glorias y los objetos de etnología y de antropología nacionales y extranjeros", era científicamente insostenible en 1922. Creemos que Oyarzún tenía razón y, sin embargo, en nuestro presente, ¿cómo puede justificarse científicamente que la sección de Prehistoria del Museo Histórico haya sido eliminada?

En 1927, la situación del Museo hace crisis: desde 1924 el P. Martín Gusinde había abandonado el país siendo reemplazado por el profesor Carlos S. Reed, creador de la sección de Folklore del Museo. En este año de 1927, el cargo de Gusinde es eliminado por el Gobierno quedando el Sr. Oyarzún huérfano de la colaboración del eminente etnólogo como también de la participación del Prof. Reed. En este año, también, se publicó la Revista del Museo por última vez.

El tomo IV, N<sup>o</sup> 3 y 4 de 1927, de las Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología, ofrecía a los lectores especializados y público culto un variado índice en donde aparecían los nombres de Carlos S. Reed, Ricardo Latcham, José Toribio Medina, Gualterio Looser, Carlos Oliver Schneider, R. Lenz y del propio Dr. Oyarzún. También, en este último número de la revista, aparecen algunas críticas bibliográficas y la traducción de un artículo de Streit, Menghin, Schmidt y Koppers sobre "Areas Culturales".

El comentario de Oyarzún, al presentar el trabajo de la Escuela Histórico-Cultural, es el siguiente: "Creyendo de importancia dar a conocer el cuadro de los fundamentos del desarrollo de la historia de la cultura, o sea, como decimos sencillamente, del 'método histórico', adoptado hoy en los estudios etnológicos, ya que el método evolucionista ha perdido la importancia que se le atribuyó en el siglo pasado, reproducimos el esquema de los trabajos de K. Streit, Menghin, W. Schmidt y W. Koppers, referentes a esta importante materia" (pág. 309).

Obviamente que la crisis del evolucionismo, a que hace referencia Oyarzún, con toda razón, se refiere sin embargo al evolucionismo uni-

lineal y, desde un punto de vista filosófico, al evolucionismo materialista. Por lo demás, el propio Latcham, que no era partidario del 'método histórico-cultural', reconocía la situación de desventaja de los evolucionistas unilineales frente a los etnólogos de la escuela histórico-cultural.

Es interesante señalar que los trabajos y publicaciones del Dr. Oyarzún no terminan en 1927. Va a ser en especial la Revista Chilena de Historia y Geografía la que publicará los diferentes aportes de Oyarzún a la Arqueología Chilena y, sobre todo, referidos a la Cultura Atacameña. También, otras revistas como la Universitaria de la Universidad Católica de Santiago, y los Anales de la Universidad de Chile, darán a conocer sus diferentes investigaciones, trabajos de síntesis y comentarios. Si deseamos profundizar la contribución científica de Oyarzún podemos insistir en algunos trabajos de este investigador publicados en diferentes años y que tratan de temas también distintos. Analizaremos, así, las publicaciones sobre los conchales de las costas de Melipilla y Casablanca (1910); sobre la 'estación paleolítica de Taltal' (1916); sobre "las calabazas pirograbadas de Calama" (1929) y, por último, sobre "las influencias de la Cultura Atacameña en la Araucanía" (1941).

En el estudio sobre los conchales de la costa central de Chile, que financió el autor y que fue presentado al 4º Congreso Científico de Santiago (1908-1909), Oyarzún tiene como objeto "estudiar los lugares que ocuparon los aborígenes de esta región, quizás desde muchos siglos antes de la llegada de los españoles a Chile". Tienen también, como finalidad, poner a prueba los descubrimientos de Medina en los conchales de Las Cruces, "i explorar una extensión más vasta de la localidad".

Lo primero que llama gratamente la atención en este trabajo de Oyarzún de 1910 es un detenido estudio del medio ambiente, del área geográfica, de la fauna, de la flora, etc. La relación entre el entorno natural y el hombre queda claramente establecido: "el clima es benigno, como el de todo el centro del país, sin grandes variaciones atmosféricas por el cambio de las estaciones. Como están abiertas estas costas al Sur, el viento reinante de verano que sopla en esta misma dirección mitiga favorablemente el calor. Se ve, pues, que esta región debía ser buscada por el hombre desde los tiempos más remotos para fijar en ella su residencia".

Otro aspecto interesante de este trabajo es que situó con toda claridad una serie de yacimientos "desde la desembocadura del río Maipo

hasta el puerto de Algarrobo”, o sea en una extensión de más de 30 kilómetros.

Además de encontrar puntas de flechas, puntas de lanza y jabalinas, pesas de redes de pescar, “restos de alfarería de greda ordinaria o pintada de rojo o negro, algunas veces con líneas rectas”, investigó con el Dr. Aichel y el señor F. von Plate un cementerio en Llolleo. Aunque el cementerio estaba saqueado, pudieron los investigadores encontrar interesantes hallazgos: “en unos seis esqueletos que exhumamos ví que todos ellos estaban dentro de ollas de greda de unos 60 centímetros de alto... los cadáveres estaban en cuclillas, las rodillas alcanzaban al mentón, i los miembros superiores doblados tenían las manos al nivel de los hombros. Dentro de las mismas ollas o urnas se encontraban, acompañando al cadáver, uno, dos i hasta tres cantaritos de greda cocida ordinaria i sin dibujos”<sup>175</sup>.

Todos “los cadáveres estaban sepultados a un metro de profundidad” y junto a ellos Oyarzún encontró “restos de huesos de huanaco o chilihueque i cartílagos de ballena”. Halló también ostiones (*Pecten purpuratus*) “que antes era mui común en toda la costa”.

Las descripciones de los tiestos alfareros del cementerio de Llolleo son completísimas, como también de los diversos tipos de puntas halladas en Playa Grande de Cartagena, en Las Cruces y en Llolleo. Termina el estudio de Oyarzún discutiendo la función de las piedras horadadas, aceptando en parte lo que dice Pineda de Bascuñán en el “Cautiverio Feliz” y señalando que otras debieron servir de “martillo, de arma de guerra”; y analizando la finalidad de las piedras tacitas, morteros, platitos u ollitas.

Todos estos temas eran comunes a los estudios de la época, y se construían a veces fantasiosas respuestas, y otras sólo describían sin pronunciarse mayormente. En Oyarzún se encuentran, sobre las piedras tacitas, reflexiones que indican la perspicacia del investigador: “no hai duda de que la razón porque vivimos hoi de conjeturas respecto de estas piedras se debe a que no tenemos tradiciones de ellas transmitidas por los araucanos, como no las tienen tampoco estos indios de ninguna otra cosa, i porque lo más seguro es que han sido trabajadas en una época antiquísima, anteriores quizás a la misma raza araucana”<sup>176</sup>. En la década del 60,

<sup>175</sup> A. Oyarzún, ob. cit., pág. 14.

<sup>176</sup> A. Oyarzún, ob. cit., pág. 30.

los arqueólogos comprobaron que algunas piedras tacitas son bastante antiguas, incluso que pertenecen al período pre-cerámico.

El 25 de noviembre de 1911, el Dr. Oyarzún leyó en el gran salón de la Biblioteca Nacional su estudio sobre el Trinacrio<sup>177</sup>. Su primera reflexión insiste en afirmar que los habitantes que poblaron el norte y el centro de Chile poseían una cultura "más elevada que lo que comúnmente se cree". Sin lugar a dudas que Oyarzún se alinea junto a Latcham para dejar de lado algunas ideas del siglo XIX, que señalaban que en Chile los pueblos no tenían prácticamente ningún tipo de cultura. Lo segundo que llama la atención es su concepto de intencionalidad para abordar con sentido los dibujos de la cerámica: "Es preciso... estar prevenido al estudiar un objeto de cerámica indígena. Hay que buscar la intención con que fué modelado o dibujado, y de esta regla se exceptúan sólo los objetos muy ordinarios, siendo raro que los más de ellos no nos muestren siempre algún símbolo o ideograma".

Después de recordar que el estilo Trinacrio, perteneciente a la cultura de los Aborígenes de Chile Central (Paine, Isla de Maipo, Rautén, etc.), lo dio a conocer en 1910 en Buenos Aires, Oyarzún define la figura del Trinacrio (figura compuesta por un círculo que comprende el polo del plato, y del cual salen equidistantes, como rayos divergentes dirigidos hacia la derecha, tres apéndices compuestos de escaques y líneas simples, dobles y triples que van a insertarse en el borde libre de la vasija) y le busca su significado. Para lograr resolver este problema, Oyarzún señala que "la cultura del hombre primitivo viene del Perú" y que debe buscarse en estas culturas el sentido de la figura. Para él, representa el mito de la tríada (el creador, el Sol y el trueno o la tierra, el aire y el agua).

Es interesante señalar que Oyarzún no defiende la tesis de que son sólo los incas los que culturizan a los aborígenes prehispánicos de Chile. Para él existen otras culturas anteriores que también llegan e influyen en Chile. Cuando Uhle prueba científicamente la influencia de estas culturas en el norte de Chile, Oyarzún se adhiere entusiastamente a las teorías del prehistoriador alemán.

Queda en claro que las contribuciones de Oyarzún de 1910 y 1912 significan que la arqueología chilena conoce un nuevo tipo alfarero prehispánico de Chile Central (que hoy día lo sabemos pre-Inca) y que no

<sup>177</sup> Revista Chilena de Historia y Geografía, N. 5, 1912.

había sido identificado hasta ese momento.

Hemos dicho que Oyarzún se preocupó mucho de la arqueología del Norte de nuestro país. Pues bien, en 1916 apareció un artículo suyo sobre el yacimiento de Taltal. Para Oyarzún, los hallazgos de A. Capdeville eran importantes porque confirmaban los estudios de Uhle, en Constitución, en cuanto este investigador afirmaba por esos años la existencia de antiguos paraderos anteriores a las civilizaciones peruanas.

Con su exposición, Oyarzún aspiraba a "demostrar al menos que en Chile se presentan también los mismos tipos de instrumentos de piedra" que se han encontrado en Europa y en otras partes del globo. Acompañado de varias láminas, el artículo de Oyarzún aparecido en la Revista Chilena de Historia y Geografía se inscribe en los estudios arqueológicos redactados en esos años por Latcham, Uhle y algo posteriormente por Capdeville (1921) y que se refirieron al material de formología paleolítica encontrado en Taltal. Las conclusiones de Oyarzún son moderadas, como ya lo hicimos ver hace años atrás<sup>178</sup>: "no es nuestro ánimo atribuirles la edad milenaria de sus congéneres del antiguo mundo, desde que sabemos que el hombre americano no es autóctono de este continente". "Nos faltan, además, los datos estratigráficos, etnológicos y aún tipológicos del paradero de Taltal. No podemos, por lo tanto, fijar la edad de estos instrumentos ni establecer a qué raza de hombres pertenecieron". Como podemos observar, aquí no hay teorías sino sólo hechos, y los hechos en este caso no permiten decir otra cosa. Por lo demás, ésta fue también la postura de Latcham y, sobre todo, de Uhle. Ninguno de los tres afirmó que los instrumentos de Taltal perteneciesen a un tiempo paleolítico. Otro de los aspectos que más interesó a Oyarzún fue la 'cultura atacameña'. En su estudio sobre "las calabazas pirograbadas de Calama"<sup>179</sup>, Oyarzún estudia la colección de calabazas pirograbadas "sacadas por el sr. Max Uhle de los cementerios vecinos del pequeño caserío de Calama" y algunas otras provenientes "de los antiguos cementerios de Pisagua".

El primer problema que Oyarzún se plantea es... "si la planta que produce la calabaza es verdaderamente chilena, o mejor dicho, americana, o si la introdujeron los españoles en tiempo de la conquista". Su respuesta es clara y concreta: "con el apoyo de Molina y Philippi, va-

<sup>178</sup> M. Orellana: "Algunos estudios arqueológicos realizados en Chile y el problema del paleolítico americano". *Anales de la Universidad de Chile*, N. 120, 1960.

<sup>179</sup> *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N. 66, 1929.

mos a demostrar que las calabazas... se conocían muchos siglos antes de la llegada de los conquistadores en el Norte de Chile, a lo menos, y los antiguos habitantes de Atacama se servían de ellas, adornándolas con hermosos grabados, para los usos de la vida ordinaria y como vasos de ofrenda para sus muertos”.

En este artículo, además de encontrar las descripciones de la colección de calabazas analizadas, se ofrece la hipótesis de que los atacameños influyeron en los aborígenes del sur de Chile. En una de las calabazas pirograbadas aparecen dos figuras de reptiles que, según nuestro estudioso, se hallan en un vaso de Elqui, que sería de origen araucano.

Esta teoría está expuesta en su trabajo de 1941, titulado “Influencias de la Cultura de Atacama en la Araucanía”, trabajo presentado al XXVII Congreso Internacional de Americanistas, efectuado en Lima<sup>180</sup>. En esta ponencia descubrimos un pensamiento maduro sobre los problemas principales de la prehistoria chilena y una postura clara en relación a varios aspectos de la disciplina arqueológica. En primer lugar, se nota su posición divergente tanto de las teorías de Latcham como de Guevara sobre el origen de los araucanos: “mucho se ha escrito sobre el origen de los araucanos, prevaleciendo la idea de que tanto pueden haber provenido del Perú como de las faldas orientales de los Andes”.

Pues bien, para Oyarzún, “ninguna de estas hipótesis se basa en fundamentos científicos que deban tener relación con la somatología, lengua, religión y costumbres de estos aborígenes”. Lo que Oyarzún manifiesta es que ninguna de las hipótesis defendidas reúne un conjunto de datos y sólo manejan informaciones parciales: “es preciso reconocer, sin embargo, que hay indicios en este pueblo de una antigua cultura peruana que se manifiesta en la lengua principalmente y de caracteres físicos que los aproximan a sus vecinos del otro lado de los Andes”.

Su concepción de la cultura atacameña o Atacama (como él escribe) se origina en los estudios de Uhle, dándole a esta etnia un habitat muy extenso: “nos encontramos inmediatamente con la del gran pueblo que hoy llamamos Atacama, cuyos dominios se extendieron por el sur del Perú, suroeste de Bolivia y el mar, los desiertos de más al sur y las punas de Atacama, Jujuy y el Norte y centro de Chile hasta cerca de Bío-Bío tal vez”. Frente a la tesis de una gran extensión cultural araucana por

---

<sup>180</sup> Separata del XXVII Congreso Internacional de Americanistas. Sesión de Lima. Lima, Perú, 1941.

prácticamente todo el territorio nacional, Oyarzún expone su creencia de la expansión atacameña por gran parte del territorio chileno.

En la actualidad, después de 37 años de investigaciones no debe sorprender que esta influencia expuesta por Oyarzún no esté presente en ningún estudioso. Sin embargo, es justo precisar que algunos investigadores han creído ver en algunos restos mapuches (o mejor, pre-mapuches) influencias de cultura del Centro e incluso del Norte Chico de Chile (influencia "molloide"). Lo anterior indicaría que la idea de buscar influencias norteñas para explicar la realidad cultural de los mapuches era una línea de interpretación con futuro. Oyarzún sólo se equivocó en darle ese papel a los atacameños. Pero esta manera de pensar tiene su explicación. En verdad, los estudios sobre los Atacamas o Atacameños han sido extensos y prácticamente se originan en el tercer período (con Uhle). Se han repetido ideas y creencias falsas por años y años, como también las acertadas descripciones e interpretaciones hechas por Uhle, Latcham y Oyarzún.

Incluso en la actualidad, el estudio de la región de San Pedro de Atacama ha tenido un gran auge por los trabajos de Gustavo Le Paige y otros investigadores. Nos parece que muchas explicaciones e ideas antiguas se han introducido en el subconsciente de algunos investigadores, volviendo hoy en día a aparecer en los informes científicos.

Oyarzún fue, comprensiblemente, iluminado por los estudios atacameños; se trata sin lugar a dudas de una importante cultura agroalfarera, cuyo centro geográfico fueron los oasis del Desierto de Atacama (en especial, los alrededores de San Pedro de Atacama). Pero valorizar una cultura no conlleva explicar toda la prehistoria de Chile de acuerdo a ella. En algunos estudiosos del presente la hipótesis del habitat extenso atacameño (defendido por Uhle, Latcham y Oyarzún) ha sido reemplazada por la profundidad cronológica, haciendo retroceder esta cultura y etnia por miles y miles de años; y tratando de explicar por esta antigüedad sus influencias diversas en otras culturas y civilizaciones.

Volviendo a Oyarzún señalemos que, analizando algunos elementos de la ergología araucana (palas de madera para la agricultura, diferentes tipos alfareros, especialmente el tipo 'Valdivia', modelos de tejidos), concluye lo siguiente:

1. "Existió, en los tiempos primitivos en el Norte de Chile, un pueblo de cultura avanzada que hoy conocemos con el nombre de Atacama

cuyo dominio, juzgado por su toponimia, se extendió hasta la desembocadura del Bío-Bío.

2. "Se encuentran en los antiguos cementerios de la Araucanía vasos de alfarería decorada con dibujos de la cultura atacameña antigua".

3. "Es posible atribuir a esta misma cultura los petroglifos del Llaima".

4. "La pala araucana descrita por Nuñez de Pineda en el siglo XVII corresponde a la de Atacama".

5. "Muchos dibujos de los actuales tejidos araucanos son iguales a los de la cultura atacameña".

6. "De esto se deduce que los atacameños extendieron sus influencias culturales a la Araucanía muchos siglos antes de la aparición de los incas en Chile"<sup>181</sup>.

Oyarzún, desde 1910, no creía que la cultura indígena del país fuese de origen autóctono y por lo tanto consideraba que ya era tiempo de estudiar "las influencias que pudieron haber recibido los araucanos de los países vecinos". El mismo nos cuenta que pronto vió confirmada su opinión que "agregada ahora a los postulados del método cultural histórico, concuerda en que con la emigración de los pueblos únicamente es posible encontrar áreas de culturas de la misma clase, adonde sea que las haya podido llevar el hombre, conforme se sabe ya".

Así, las palas de agricultura, algunos tipos de alfarería (con "figuras losángicas, triángulos, rombos, serruchos, cruces de maltas", etc.) los petroglifos de Llaima (figura de una cara y genitales femeninos), las piedras horadadas, algunos diseños de tejidos (figuras dentadas, grecas, etc.) pertenecen al área cultural atacameña y su presencia en el Sur de Chile es prueba de la penetración de la cultura norteña en la Araucanía.

## Conclusiones

En resumen, podemos concluir que el aporte científico del Dr. Oyarzún debe ser analizado en la perspectiva histórica del tercer período, que se distinguió por las investigaciones de grandes personalidades científicas. Las interpretaciones y sobre todo las descripciones y encuadres cronológicos de estos estudiosos (Uhle, Latcham) influyeron de una u otra manera en Oyarzún. A veces sigue fielmente los resultados de las

<sup>181</sup> A. Oyarzún: "Influencias de la Cultura de Atacama en la Araucanía". Ob. cit., pág. 10.

investigaciones de Uhle y otras, reacciona contra las hipótesis de Latcham.

Los problemas investigados en el tercer período son las interrogantes de Oyarzún y es por eso que, junto a las descripciones de muchos materiales arqueológicos, expresa su punto de vista, a veces equivocado de acuerdo a nuestros actuales conocimientos, interviniendo así en las discusiones del origen del pueblo araucano, de la antigüedad de los artefactos líticos de Taltal, de la influencia del pueblo atacameño y de las civilizaciones peruanas, etc...

Más allá de que en el presente consideremos superadas algunas opiniones interpretativas del Dr. Oyarzún, no podemos dejar de reconocer que su aporte en el desarrollo de las ciencias antropológicas y en especial de la Arqueología Prehistórica chilena fue importante.

Fue, en primer lugar, uno de los organizadores y el Director fundador del Museo de Etnología y Antropología; también fue Director del Museo Histórico de Chile. Toda su actividad administrativa, de vital importancia para el desenvolvimiento del estudio sistemático de las culturas prehispánicas, la realizó entre 1916 y 1946. Fue, además, el editor de la Revista más importante de Etnología, Arqueología y Antropología de los primeros cincuenta años del presente siglo. Las aproximadamente 2.000 páginas de Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile, editadas entre 1916 y 1927, reunieron, además de los trabajos de Oyarzún las colaboraciones de Martín Gusinde (sobre los araucanos, Isla de Pascua y sus ya clásicos informes sobre los aborígenes de la Tierra del Fuego), de Max Uhle (con sus famosos estudios sobre Taltal y los Aborígenes de Arica), de Ricardo E. Latcham ("Los animales domésticos de la América Pre-Colombina") y de tantos otros estudiosos ya citados por nosotros.

Organizó y fue primer presidente de la Sección de Arqueología, Antropología y Etnología de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Desde su cargo de Director ad-honorem del Museo de Etnología y Antropología impulsó los viajes científicos del padre Martín Gusinde tanto en Araucanía como a Tierra del Fuego. Estos viajes de Gusinde reunieron el más importante material etnográfico de los aborígenes del extremo Sur de Chile. Toda esta información hizo posible la publicación de varios tomos especializados que no sólo dieron gloria a su autor sino también a Chile y al propio Oyarzún.

Como investigador y autor de más de 45 publicaciones, dio a conocer

rasgos característicos de la cultura atacameña, de las culturas de Chile central, de la cultura mapuche, del extremo Sur de Chile y de Isla de Pascua. Por último, son valiosas sus traducciones de artículos y monografías sobre arqueología y en especial sobre el método histórico-cultural<sup>182</sup>, que sólo aplicó parcialmente en sus investigaciones e interpretaciones arqueológicas.

---

<sup>182</sup> W. Schmidt y W. Koppers: "El Método Histórico Cultural". Traducción y anotaciones del Dr. Aureliano Oyarzún. Publicación del Instituto Cultural Germano-Chileno. Santiago, 1940.

### 5.3. El Ingeniero Ricardo E. Latcham Cartwright Su Vida

Dentro del tercer período de la ciencia prehistórica chilena, don Ricardo E. Latcham C. fue, sin duda, una de las figuras científicas más relevantes.

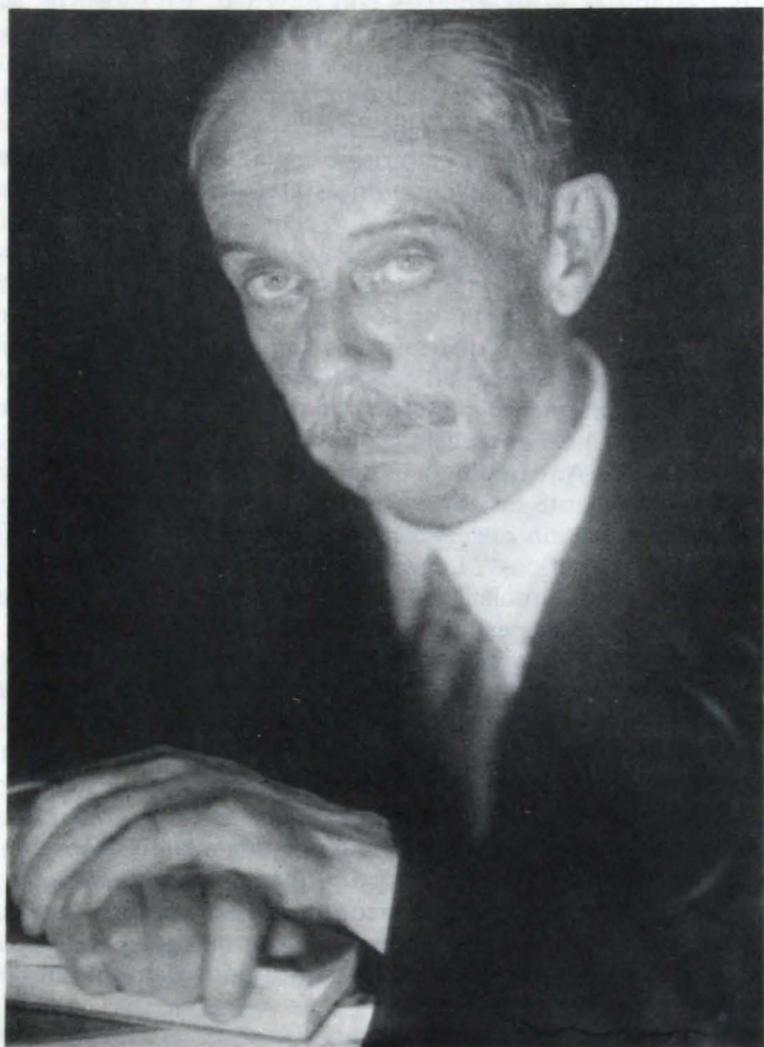
Aunque sus publicaciones antropológicas se inician antes de 1911 con algunas notas sobre antropología física, que se publicaron en 1903 y 1904 en el "Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland", algunas de sus primeras contribuciones significativas en cuanto a número y calidad coinciden con los momentos finales del segundo período y los inicios del tercero. Justamente a fines de 1908, como lo hemos recordado, se efectuó en Santiago, el Cuarto Congreso Científico, en donde Latcham tuvo una participación importante leyendo su trabajo "Antropología Chilena". Tanto este trabajo como el referente a los Incas, publicado en 1908 en la Revista Chilena de Historia Natural, los hemos comentado en el capítulo dedicado al período anterior. Así, hemos podido apreciar por adelantado la solidez de sus argumentos, la riqueza de sus datos y la ponderación para emitir juicios interpretativos.

El historiador Guillermo Feliú Cruz<sup>183</sup>, nos cuenta que el hogar inglés de Latcham era profundamente victoriano. Tanto su madre, doña Victoria Cartwright, como su padre, don Tomás Latcham, —que vivían en una residencia que la familia había ocupado por 150 años en la ciudad de Bristol,— eran muy observantes de la tradición rigurosa de las reglas de la educación y de las costumbres. Sin embargo, el joven Latcham, que había nacido un 5 de mayo de 1869, "no sintió nunca" —al decir de Feliú— "mucho apego por las formas protocolares de su casa en cuanto limitaban con un engorroso ceremonial la naturalidad de la vida".

Luego de hacer sus estudios secundarios en el Queen Elizabeth's Hospital de Bristol, ingresó en 1884 al Politechnic Institute de Londres. Se recibió de Ingeniero Civil en 1888, el mismo año que partiría a Chile. Según Feliú, Latcham "era, entonces, un joven fuerte, irónico y escéptico. Tenía la preparación técnica y práctica de su profesión y una marcada predisposición para las matemáticas. Era imaginativo y de sólido criterio en la apreciación de las cosas, especialmente para desmenuzar

---

<sup>183</sup> "Ricardo E. Latcham (1869-1943)", págs. 5-6. Santiago de Chile, 1969.



Don Ricardo E. Latcham C. (1869-1943)  
(gentileza del Museo Nacional de Historia Natural)

las ideas, resumirlas y presentarlas con novedad. En filosofía, se hizo discípulo de Stuart Mill y de Spencer. Por este último conservó toda su vida una apasionada admiración, por haber encontrado en el autor de la Educación las bases del método analítico y experimental que también se confirmaba con su inteligencia”.

En Latham, el tradicional empirismo inglés se conjugó con el evolucionismo de Spencer constituyendo un sistema de filosofía sintética que no abandonaría nunca.

Su aprecio por los hechos científicos, e incluso su escepticismo ante los datos e informes no comprobados, se demuestra en la frase escrita en una de sus primeras libretas de notas de campo: “no creo en nada de lo que me cuentan y de lo que mis ojos ven, sólo la mitad”. Desde un punto de vista metodológico, tal como lo hemos escrito<sup>184</sup>, se apreciará en Latham un tratamiento cauteloso, de tipo factual, en donde las teorías prácticamente no tienen cabida. En 1911, en su Antropología Chilena, escribirá: “La Antropología es prácticamente una ciencia nueva en Chile; y es conveniente insistir en que se adopte desde el principio un método de investigación que esté más de acuerdo con los procedimientos modernos y científicos”. Luego agregaba: “Para generalizar es preciso tener una vasta acumulación de datos que sólo se puede conseguir después de innumerables estudios y observaciones, no de una sola fuente sino de todos los orígenes posibles”.

La posición empirista de Latham que ya hemos identificado, queda claramente expresada en su trabajo sobre “Las creencias religiosas de los antiguos peruanos”, de 1929; allí leemos: “No es nuestro propósito rastrear los orígenes de semejantes ideas ni de teorizar sobre su desarrollo. Esto lo dejamos a los apologistas de la antigua escuela evolucionista o a la revelacionista. No nos asociamos con ninguna escuela y nos concretamos a referir algunas generalidades admitidas casi universalmente, a exponer los hechos tales como los encontramos en nuestras investigaciones y a sacar las deducciones que nos parecen más lógicas en cuanto a su interpretación, sin cuidarnos ni mucho ni poco de opiniones premeditadas o de prejuicios dogmáticos”<sup>185</sup>.

---

<sup>184</sup> M. Orellana: “La Antropología en Chile (1842-1977)”. “Estudios Sociales”, N. 14. C. P. U. Santiago de Chile, 1977.

<sup>185</sup> R. E. Latham, ob. cit. Anales de la Universidad de Chile, Año VII, 1929, págs. 250-251.

Ya en 1915, en sus "Conferencias sobre Antropología, Etnología y Arqueología" había escrito: "El verdadero trabajo del antropólogo de hoy no consiste tanto en la resolución de problemas como en la recopilación y clasificación de datos que hagan posible más tarde la dilucidación de ellos de una manera exacta y duradera... Para seguir el estudio de una ciencia como la Antropología es preciso dejar a un lado todo prejuicio y mantener abierta la razón a las conclusiones lógicas que enseñan los hechos, por donde quiera que los lleven. La intuición, el razonamiento a priori y otros métodos sentimentales, deben ser desterrados sin piedad. Sólo así puede llegarse a conclusiones verdaderamente científicas"<sup>186</sup>.

Su único contacto teórico con la escuela cultural histórica de los etnólogos católicos se da cuando desecha la idea de una evolución única por líneas siempre uniformes, en favor de líneas múltiples de desenvolvimiento, tanto en lo material como en lo mental o espiritual. Por esta razón debe desestimarse la opinión de Montané, escrita en 1972, cuando sostuvo que Latcham, "en general, participa de sus opiniones— (se refiere a la escuela cultural-histórica) especialmente en lo que se refiere a la antropología cultural"<sup>187</sup>.

Pero, volvamos al joven Latcham cuando aún vivía en su país de origen. Cuando todavía no terminaba sus estudios universitarios conoció al agente de colonización en la frontera del gobierno de Chile, don Martín Drouilley, quien le habló sobre la posibilidad de ir a trabajar al lejano Chile, en un mundo de naturaleza salvaje, prácticamente desconocido para el hombre civilizado, en donde habitaban los legendarios araucanos. Latcham se entusiasmó y aceptó el contrato que le ofrecieron: se trataba, concretamente, de realizar trabajos de ingeniería, levantamientos topográficos, abrir caminos, medir los terrenos que los colonos ocuparían en la región de la precordillera de la provincia de Malleco y sus alrededores.

El 22 de agosto de 1888 llegó a Chile, desembarcando por unos días en Valparaíso; luego continuó viaje a Talcahuano<sup>188</sup>. Después de una

---

<sup>186</sup> R. E. Latcham, ob. cit., pág. 9. Imprenta Universitaria, 1915.

<sup>187</sup> Montané: "Apuntes para un análisis de la arqueología chilena". Revista Rehue, 1972, pág. 34.

<sup>188</sup> En su biografía de Latcham, Grete Mostny no menciona la estada de éste en Valparaíso. Véase: "Ricardo E. Latcham, su vida y su obra". Boletín del M.N.H.N., Tomo XXX. Santiago, 1967.

semana de estadía en Talcahuano se internó en el país de los araucanos; el viaje lo hizo a caballo junto a un baqueano y un alarife.

Con ciertos intervalos en Santiago, permaneció alrededor de 5 años en el territorio de los araucanos (1880-1890; 1892-1895), lo que le permitió conocer su lengua, sus costumbres y adentrarse en el mundo social, cultural y psíquico de estos aborígenes. En 1891 y parte de 1892 permaneció en Santiago, en donde trabajó en las faenas del ferrocarril en construcción de Santiago a Melipilla. También hizo clases de inglés en 1892, en el Instituto Internacional de Santiago.

Intercalando viajes al sur de Chile, realizó en Santiago diferentes actividades de las cuales la más curiosa de todas fué la de jugar y entrenar al primer equipo de football que hubo en la capital: el Santiago Athletic Football Club.

Humberto Fuenzalida, el mejor biógrafo de Latcham<sup>189</sup>, recuerda que éste llegó a La Serena en abril de 1897 para cumplir labores docentes en el liceo de la ciudad nortina. Aquí su interés científico fue, preferentemente, para la arqueología, haciendo excavaciones en la costa y en el interior. Incluso alcanzó hasta Paposo en donde tuvo su primer contacto con los changos. Pero, también manifestó gran gusto por la minería. Dice Fuenzalida: "poseo cuatro o cinco libros que adquirió por esa fecha, en los cuales a medida que estudiaba iba dejando constancia de sus observaciones en los numerosos distritos mineros que visitaba durante su vida".

Así, en La Serena y sus alrededores, el ingeniero Latcham tomó contacto con el minero chileno de la misma manera que en el sur había conocido al agricultor mapuche y en Santiago al obrero. En La Serena, se enamoró de su alumna Sara Alfaro, casándose con ella en 1898, a la edad de 29 años. Sus dos primeros hijos nacidos en La Serena mueren a temprana edad. Es en 1903 y 1905 cuando nacen los hijos que lo sobrevivirán y que llevan los mismos nombres de los fallecidos.

En el momento en que estos nacimientos alegran su vida ya reside en Santiago, puesto que en 1902 renunció a las clases del liceo serenense. Necesitaba de la capital para obtener un mejor empleo de acuerdo a sus estudios y título universitario. También le urgía un ambiente cultural y social adecuado para continuar trabajando en sus investigaciones antropológicas y arqueológicas.

<sup>189</sup> H. Fuenzalida: "Don Ricardo Latcham. Recuerdos y Referencias". Revista Chilena de Historia y Geografía, N. 104, págs. 53-101. Santiago, 1944.

En los primeros años de permanencia en la capital su situación financiera fue mala; en La Serena no había hecho economías; en esos momentos difíciles lo ayudó su esposa Sara. También, gracias a la amistad con la familia Puelma pudo conseguir algunos peritajes para ciertas compañías mineras. Junto a las actividades anteriores hacía clases particulares y, sobre todo, escribía y participaba en los ambientes científicos que existían en la capital. Según Fuenzalida<sup>190</sup>, cuando Latcham llegó a Santiago, sus bigotes enroscados y agresivos... “no lograban atenuar la natural bondad de sus ojos zarcos y el temperamento tranquilo que constituía la esencia profunda de su naturaleza. La piel tersa y una viveza en la mirada que no perdió ni con los años finales, acusaban su temperamento combativo, su espíritu alerta y su viveza intelectual”.

Frecuentó el Museo Nacional, las sociedades científicas y algo más tarde, en la década del 10, el Museo de Etnología y Antropología y la Sociedad de Historia y Geografía. Hizo amistad, entre otros, con Carlos E. Porter, José Toribio Medina, Domingo Amunátegui y Ramón A. Laval. También se enfrentó científicamente, a veces con dureza, sobre todo con Tomás Guevara, y con los doctores Fonck y Oyarzún. Las discusiones con Guevara duraron muchos años pero se centraron entre los años 1927 y 1929.

A propósito de estas polémicas, Fuenzalida recuerda que... “la obra de Latcham se desarrolla en un ambiente de dura controversia y aun conservamos el eco de aquellas memorables discusiones<sup>191</sup>. Por nuestra parte, deseamos ejemplificar una de estas discusiones que no son, generalmente, recordadas. Leemos en el resumen de la sesión del 17 de agosto de 1912 de la Sección Arqueología: “se aprobó el acta de la sesión anterior y se dio lectura al trabajo de Don Francisco Fonck... Como el Dr. Fonck, en el curso de su trabajo, y en apoyo a su tesis, aludiera a don Ricardo Latcham, presente en la sala, este caballero disertó extensamente sobre el particular, manifestando no estar de acuerdo con el Dr. Fonck en diversas conclusiones a que él arriba. Se acordó publicar en la Revista de la Sociedad tanto el trabajo del Dr. Fonck, como la contestación del Sr. Latcham<sup>192</sup>. Exactamente en el N° 6 de la Revis-

---

190 “Don Ricardo Latcham y el ambiente científico de Chile a comienzos de siglo”. Noticiero mensual del M.H.N.N., N. 87-88. Santiago, 1963.

191 “Don Ricardo Latcham. Recuerdos y referencias”, ob. cit., pág. 67.

192 Revista de Historia y Geografía, Año II, N. 6, pág. 497. Santiago, 1912.

ta se publicó el trabajo de Latcham titulado "Los cráneos de paredes gruesas" (págs. 346-358). El artículo está fechado el 18 de agosto de 1912. Es decir, Latcham escribió en un día el artículo de respuesta a Fonck. ¡Tal era Latcham, científico apasionado por la verdad de los hechos!

Uno de sus grandes amigos fue Enrique Matta Vial (1868-1922) quien lo invitó a colaborar con la Revista Chilena de Historia y Geografía, recién fundada en 1911. Desde 1912 hasta 1930 publicó trece artículos. Otra de las revistas, la primera de todas entre las revistas científicas que le ofreció sus páginas fue la Revista Chilena de Historia Natural, dirigida por Carlos E. Porter. Comenzó a escribir en ella en 1903 y lo hizo por última vez en 1939, totalizando 26 artículos.

También publicó en la Revista Universitaria de la U. Católica de Santiago, en "Atenea" de la U. de Concepción, en la revista de Educación del Ministerio de Educación y en el Boletín del Museo Nacional de Chile.

Pero en donde se sintió más a gusto, en las décadas de 1910 y 1920, fue en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, especialmente en la sección de Antropología, Arqueología y Etnología, en donde tuvo la oportunidad de intercambiar opiniones y de discutir con hombres de ciencia de su misma talla intelectual: Max Uhle, Aureliano Oyarzún, Tomás Guevara, Martín Gusinde, Ramón A. Laval, Carlos E. Porter, Alejandro Cañas Pinochet y tantos otros.

Latcham fue uno de los fundadores de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y más concretamente participó en la reunión inaugural de la Sección de Antropología, Arqueología y Etnología, el 7 de octubre de 1911. Entre 1914 y 1915 es miembro de la Junta de Administración de la Sociedad computando la más alta asistencia, con 12 sesiones. El 14 de junio de 1915, la Sociedad lo designa su bibliotecario; en estos mismos años, la sección de Antropología, Arqueología y Etnología es presidida por Max Uhle y Ricardo Latcham, éste último como secretario. Entre 1914 y 1915 se celebraron 15 reuniones en donde se leían trabajos, se discutía y, en general, se compartía información científica y se ponían a prueba las interpretaciones de unos y otros.

En esta sociedad, en sesiones públicas efectuadas en la Biblioteca Nacional, en 1914, dio un ciclo de conferencias sobre Antropología, Etnología y Arqueología, las que fueron publicadas en 1915 con el título de "Conferencias sobre Antropología, Etnología y Arqueología".

Parte I. "Lo que son estas ciencias".

En el prefacio de este libro, Latcham recuerda: "Una de las secciones de la sociedad de Historia y Geografía que ha despertado mayor interés y cuyas sesiones han atraído una concurrencia más numerosa es la de Antropología, Etnología y Arqueología. Pero, desde el principio, se notó que las ideas generales del público respecto de estas ciencias eran bastante vagas y confusas. Esto provenía, en gran parte, de la falta de enseñanza de los elementos de estos ramos, aun en las Universidades y también de la escasez de textos en lengua española que tratarían de estos temas".

Luego de insistir en que los especialistas no encontraron nada de novedoso en su libro, advierte al lector: "el autor no sostiene o da por probadas las diversas teorías que menciona en esta exposición, pues se reduce a presentarlas sin crítica como las más generales o más aceptadas. Sobre muchos puntos existen ideas contrarias y se han mantenido y aun se mantienen ardientes polémicas".

Esta cita de Latcham nos ha parecido fundamental para redondear su posición metodológica y teórica. Por lo demás, ya Fuenzalida había escrito sobre él: "poseía un escepticismo jovial que lo inducía a dudar sistemáticamente de todo cuanto rebasara, aunque fuese débilmente, lo afirmado estrictamente por los hechos"<sup>193</sup>.

Por estos mismos años, con el fin de resolver de alguna manera, sus problemas de subsistencia, además de los peritajes de minas que hacía instaló una fábrica de pinturas que tuvo cierto éxito en los primeros momentos, pero que en 1916 debió dar por terminada.

Cuenta Guillermo Feliú Cruz, que lo conoció por esos años: "no alcanzaba los 50 años, pero los representaba. Estaba encanecido y las arrugas del rostro lo hacían parecer cansado... Por esos días las preocupaciones de la liquidación de la fábrica le embargaban y no por ello había dejado de ser optimista e irónico con un reconfortante humor. Se reía de su absoluta falta de previsión, pero estaba lleno de esperanzas de una rápida rehabilitación económica".

Pero los problemas no eran sólo financieros sino también intelectuales: en 1916 vio frustradas sus esperanzas de ser nombrado director del Museo de Etnología y Antropología. Se sintió postergado; toda esta situación, más sus fracasos económicos, lo paralizaron en sus publicaciones. Nada publicó entre 1916-1921. Pero como ocurre con los hombres

<sup>193</sup> "Don Ricardo E. Latcham. Recuerdos y referencias", ob. cit.

de grandes reservas espirituales, estos 5 años de aparente esterilidad fueron, en verdad, años de preparación y de gestación de grandes trabajos que se comenzaron a publicar en 1922. Su vuelta al mundo de las publicaciones científicas comienza con "Las Publicaciones del Museo de Etología y Antropología de Chile", que dirige el Dr. Oyarzún. Aquí aparece su estudio sobre "Los animales domésticos en la América Precolombina"<sup>194</sup>.

Desde 1922 publicará sin interrupción hasta el mismo año de su muerte, en 1943. Particularmente, 1928 será un año que Latcham no olvidará: está próximo a cumplir 60 años y, sin embargo, publica de acuerdo a la energía de un hombre joven, además de recibir justos honores y nombramientos. De 1928, son sus libros "La Alfarería Indígena Chilena" y "La Prehistoria Chilena", además de otros informes y estudios publicados en la Revista Chilena de Historia Natural, en la Revista Chilena de Historia y Geografía y en los Anales de la Sociedad Científica Argentina.

También en este año, la Universidad Mayor de San Marcos de Lima lo designa Doctor Honoris Causa, especialmente por ser autor de numerosos estudios sobre las culturas del antiguo Perú. Pero lo que le dio mayor satisfacción fue, sin duda, su nombramiento de Director del Museo Nacional. El 19 de abril de 1928 fue designado por el Ministro de Educación don Eduardo Barrios. Eran los tiempos del gobierno de Carlos Ibañez del Campo.

Desde la dirección del Museo, Latcham emprende una labor significativa: las publicaciones del Museo, suspendidas desde hacía prácticamente 18 años, volvieron a ser editadas; hizo constantes exposiciones. Amplió la planta del personal de investigaciones; renovó y amplió las colecciones, además construyó nuevos pabellones. Con razón, Grete Mostny escribió: "Latcham ocupó la dirección del Museo Nacional de Historia Natural hasta la fecha de su fallecimiento y debe considerarse esta época de 1928 a 1943 como una de las más felices y fecundas de la más que centenaria institución"<sup>195</sup>.

Desde este año de 1928, el prestigio científico de Latcham es muy grande e incluso su figura crece cada vez más hasta superar ampliamente a los otros estudiosos chilenos. La Universidad de Chile lo nombró pro-

<sup>194</sup> Págs. 1-199. Santiago, 1922.

<sup>195</sup> G. Mostny, ob. cit., pág. 14.

fesor de la Facultad de Bellas Artes y lo designó su primer Decano.

Años más tarde, en 1936, la Facultad de Filosofía y Educación lo designó profesor de Prehistoria. Cuenta Feliú Cruz, en su estudio tantas veces citado por nosotros, que la salud de Latcham, "le acompañaba aun firme, pero, de improviso, advirtiéronse síntomas peligrosos: cansancio, afectación al hígado, iniciación de una cirrosis. El corazón se mostraba insuficiente. Así y todo, realizó su última expedición científica a Calama, en 1937"<sup>196</sup>.

Eugenio Pereira Salas<sup>197</sup>, lo recuerda así: "enjuta de carnes, cordial y afectuoso en sus ademanes, enemigo de los trámites de las listas y las matrículas, llegaba con puntualidad a la sala, donde los alumnos lo esperaban con suspendido interés. Hablaba con la vista: ojos penetrantes en que la dulzura del alma noble se hermanaba con la sonrisa del buen humor y el firme gesto del sabio de verdad. Fumaba interminablemente y su clase, interrumpida sólo por el suave carraspeo de su voz, era impartida en el tono menor del que no necesitaba del empaque retórico para ocultar vacilaciones de conceptos. Era su clase una conversación, un diálogo fecundo..."

En 1938, publicó su "Arqueología de la Región Atacameña" y recibió el homenaje público por cumplir 50 años en Chile. El gobierno le otorgó la condecoración de la Orden del Mérito en el grado de Comendador y la Universidad de Chile lo hizo miembro Académico y Honorario. Pero, ya en estos años, su salud empeora. Sin embargo, y a pesar de sentirse mal, viaja al Perú en 1941 para concurrir al XXVII Congreso de Americanistas. Lee dos trabajos y tiene la oportunidad de dialogar con su amigo, el Sr. Max Uhle. En 1942 sus dolencias se agravan, quiere la soledad y se hunde en la meditación. Muere el 16 de octubre de 1943. Según lo recuerda Feliú Cruz, "la paz iluminaba su rostro".

### **El aporte científico de Latcham a la Prehistoria de Chile**

En verdad, el aporte científico de Latcham a las ciencias antropológicas es múltiple y complejo; no sólo se refiere a la Arqueología prehistó-

<sup>196</sup> G. Feliú Cruz, ob. cit., pág. 16.

<sup>197</sup> E. Pereira Salas: "Don Ricardo Latcham y la Universidad". Noticiero Mensual M.N.H.N., N. 87-88, Año VIII, 1963.

rica sino también a la Etnología, la Etnohistoria, la Antropología Física de Chile, del Perú e incluso de América en general.

Dentro de la especialidad que nos interesa, —aunque sin desconocer las otras disciplinas,— podemos señalar que las principales contribuciones de Latcham se refieren a:

(a) *Investigaciones sobre los araucanos*: tocando aspectos etnológicos, antropológicos físicos y de arqueología prehistórica relacionados especialmente con los problemas del origen del pueblo mapuche (moluches). Las descripciones culturales y sociales de Latcham, pero sobre todo sus escritos sobre los orígenes trasandinos del pueblo moluche, provocaron polémicas importantes, especialmente con el estudioso Tomás Guevara. Sin embargo, aunque los problemas del origen y composición étnica de los Mapuches siguen provocando discusiones, debido principalmente a la escasez de data científica (materiales culturales arqueológicos), las conclusiones de Latcham sobre la variedad étnica y cultural prehispánica en el territorio chileno son un aporte importantísimo que modificó, por lo demás, conclusiones apresuradas de algunos historiadores chilenos de fines del siglo pasado y que seguían imperando en el siglo XX.

(b) *Redacción de una síntesis histórico-etnológica sobre la Prehistoria de Chile*. En esta Prehistoria, publicada en 1928, además de caracterizar las culturas que reciben nombres etnohistóricos, de Norte a Sur de Chile se las sitúa de acuerdo a cuadros cronológicos, haciendo uso de las secuencias de Uhle. Sin embargo, ellas son modificadas cuando se refieren a las culturas del Norte chileno y de Chile Central.

(c) *Estudios especializados* acerca de diferentes culturas prehistóricas especialmente situadas en el norte de Chile: Atacameña y Diaguita.

(d) *Estudios especializados* sobre actividades económicas y aspectos tecnológicos del desarrollo cultural prehistórico: agricultura, domesticación, comercio, arquitectura, metalurgia, alfarería, tejidos, etc. Estos estudios son, en su mayoría, monografías de gran aliento, destacándose, según nuestra opinión, "La Alfarería Indígena Chilena" (1928).

(e) *Investigación de las influencias de Tiahuanaco* en las culturas del norte de Chile, postulando además un período Tiahuanaco y el subsiguiente Epigonal en el Norte Chico (Provincias Diaguitas).

(f) *Estudios Etnohistóricos* sobre los aborígenes que habitaban en la cordillera y la pampa en el siglo XVII.

(g) *Estudios bibliográficos*, que continuaron el aporte de Carlos E. Porter, relacionado con la bibliografía antropológica chilena.

Todos estos aportes al conocimiento de aspectos socio-culturales del pasado prehispánico se efectuaron a lo largo de 55 años de investigaciones, que fueron combinados con sus labores profesionales o con actividades de tipo comercial y docente que le permitieron, a veces con dificultades y sobresaltos, vivir sin problemas financieros.

Con el fin de encontrar un hilo conductor que nos permita saber como fueron evolucionando sus principales interpretaciones revisaremos algunos trabajos de Latcham dentro del tercer período y teniendo como fundamento lo ya escrito sobre dos de sus trabajos que se sitúan a fines del segundo período (1908-1909).

Recordemos que en el cuarto congreso científico de Santiago, Latcham leyó su trabajo "Antropología Chilena" que fue publicado en 1909, en la revista del Museo de la Plata (Argentina) y en 1911 en las Actas del Congreso editadas por Porter. En este trabajo se insiste en la presencia de numerosas etnias antes de la llegada de los españoles; que los llamados araucanos se constituyeron principalmente por la penetración, desde el oriente, de un pueblo guerrero (Moluches) que se mezcló con los pueblos existentes en el centro y sur de Chile, tomando su idioma, sus costumbres sedentarias y, en general, su cultura. Por último, reduce la importancia del aporte incásico en el desarrollo cultural de los aborígenes de Chile.

En 1912, en un trabajo publicado en la Revista Chilena de Historia y Geografía<sup>198</sup>, Latcham resume así sus principales conclusiones etnológicas y prehistóricas:

1. Que el pueblo mapuche, llamado araucano, no es oriundo de Chile.
2. Que ha ocupado una zona más limitada en el territorio nacional que la que se le ha atribuído generalmente.
3. Que a su llegada existían en el país otros pueblos más cultos.
4. Que la lengua araucana pertenecía a uno de estos últimos y fue adquirida por los mapuches después de su radicación aquí.
5. Que el elemento indígena de más importancia en la formación chilena no fue el mapuche sino aquel antiguo pueblo que ocupaba las provincias centrales antes de la llegada de aquél.

---

<sup>198</sup> "Los elementos indígenas de la raza chilena". Revista Chilena de Historia y Geografía, Año II, T. IV, N. 8, 1912.

6. Que al norte del Choapa habitaba un pueblo emparentado con los diaguitas argentinos, para quienes propuso el nombre de diaguitas chilenos.

7. Que los atacameños, posiblemente, también provienen del exterior: del altiplano boliviano y del norte argentino.

8. Que en la región de la costa, los elementos étnicos han sido varios y diversos de los del interior.

9. Que la civilización incaica no tuvo influencias tan trascendentales en el desarrollo cultural de los indígenas chilenos, como generalmente se ha creído.

10. Que en vez de la homogeneidad que se ha puesto en la población indígena a la llegada de los españoles había una heterogeneidad completa.

Estas 10 conclusiones expresan magistralmente el estado de los estudios antropológicos chilenos en los mismos momentos que comenzaba a actuar el Dr. Uhle. Ellas coinciden, en general, con lo escrito por Latcham en 1908 en su *Antropología Chilena*. Sin embargo, hay algunas importantes novedades. Las conclusiones sobre los diaguitas, los Atacameños y los habitantes de la costa muestran su interés por las culturas del Norte que, por lo demás, se había iniciado con su estada en La Serena a fines del siglo XIX. Concretamente, encontramos la proposición de denominar 'diaguitas chilenos' al pueblo y la cultura que habitaban al norte del río Choapa, como también la indicación —que sólo es una hipótesis— de que los atacameños estarían emparentados con los habitantes del altiplano boliviano y de las regiones del norte de Argentina. También es interesante su hipótesis que señala que los habitantes de la costa son diferentes a los del interior.

Sin embargo, es fácil apreciar también que no hay en Latcham un marco de referencias cronológicas. Cuando este modelo histórico aparece con los escritos del arqueólogo inglés, lo toma de los trabajos del Dr. Uhle, como él mismo lo reconoce.

Es en "La Prehistoria Chilena" y en "La Alfarería Indígena Chilena" en donde se resumen treinta años de investigaciones y en donde aparece una exposición bien ordenada, dentro de los marcos cronológicos de Uhle, de las diferentes culturas y etnias de Chile. Por lo demás, prácticamente, casi todos sus escritos sobre arqueología y etnología chilenas los recoge, resume o incluye como capítulos en los libros que señala-

mos, todo lo cual explica que muchas páginas de estas dos obras publicadas en 1928 coincidan exactamente.

El problema cronológico lo había delineado en 1927<sup>199</sup>, pero es en 1928 cuando consolida sus cuadros de fechas para las provincias diaguitas y provincias centrales. Copiamos, a continuación, el cuadro de secuencias y fechas que aparece en la página 28 de la "Alfarería Indígena Chilena".

Fechas	Provincias diaguitas	Provincias centrales
I. Hasta fines de la Era pasada	Período del Hombre Primordial.	Período del Hombre Primordial.
II. Primeros siglos de la Era Cristiana	Período del Hombre Arcaico (pescadores).	Período del Hombre Arcaico (pescadores).
III. 400 - 600	Período de las inmigraciones (aparición de los primeros pueblos de cultura adelantada en la Costa).	Continuación del período anterior.
IV. 500 - 900	Período de Tiahuanaco y el subsiguiente Epigonal. Aparición de los Diaguitas.	Aparecen las primeras culturas.
V. 900 - 1100	Período Diaguita-Chileno. Desarrollo de culturas locales.	Período del pueblo de los túmulos, caracterizado por alfarería sin decoración.
VI. 1100 a 1450	Período Chíncha-Diaguita. Extensión hacia el Norte del pueblo de los túmulos.	Período de influencias chíncha-diaguitas (alfarería decorada).
VII. 1450 a 1540	Período de los Incas.	Período de los Incas.

Esta secuencia cultural fechada de manera aproximada (cronología relativa) es presentada por Latcham como una hipótesis de trabajo: "No

<sup>199</sup> "La cronología de las culturas indígenas chilenas". Rev. Unjversitaria, Universidad Católica, Año XII, N. 4, págs. 399-410.

pretendemos que esta cronología o las observaciones que hemos hecho al respecto de ella sean definitivas. Falta mucho para investigar. La arqueología de la región descrita apenas se conoce y la mayor parte de estas observaciones se derivan de nuestras propias excavaciones combinadas con un estudio de muchas de las colecciones más importantes, públicas y particulares. No tenemos más pretensión que ofrecer este breve estudio como ensayo tentativo de orientación"<sup>200</sup>.

Tanto en la Alfarería Indígena Chilena como en la Prehistoria Chilena, se comenta de la misma manera, incluso sin agregar nada nuevo, el cuadro cronológico y de secuencias de Períodos y Culturas para las Provincias Diaguitas y de Chile Central. En la Prehistoria Chilena, publicada en 1936, se eliminan los comentarios, por tratarse de un libro más breve.

Adentrándonos en este cuadro cronológico, modelo que en gran parte se mantuvo por largos años<sup>201</sup>, podemos apreciar que en la columna de las 'Provincias Diaguitas' aparece un período 'Tiahuanaco y el subsiguiente Epigonal', situado entre 500 a 900 d.C.; sin embargo, para la columna de las 'Provincias Centrales' no aparece este período. Esta diferenciación entre las dos regiones, que nos parece correcta, aparece, empero, como un problema en Latcham, puesto que en la Prehistoria Chilena él había escrito: "La civilización de Tiahuanaco ejerció grandes influencias en todas las culturas contemporáneas, tanto en la Sierra como en la Costa, estudiándose desde Ecuador hasta Chile Central"<sup>202</sup>.

Es interesante analizar cómo Latcham contribuyó en sus investigaciones a configurar el período Tiahuanaco en el norte de Chile. En el capítulo IV de la Alfarería Indígena Chilena, Latcham se refiere concretamente a la influencia de Tiahuanaco en la alfarería de las provincias de Atacama y Coquimbo. Señala algunas piezas alfareras que poseen un decorado indiscutiblemente tiahuanaqueño e incluso que tiene formas reconocidas como pertenecientes a la cultura altiplánica (keros, tazas de boca más ancha que la base) (figuras 1-4, fig. 9).

---

<sup>200</sup> Prehistoria Chilena, ob. cit., pág. 60. Santiago, 1928.

<sup>201</sup> La Alfarería Indígena Chilena, ob. cit., pág. 32. Véase también "Prehistoria Chilena", Stgo. 1928, pág. 78. En este texto se agrega lo siguiente: "Futuras investigaciones se encargarán de corregir sus errores o de comprobar su exactitud".

<sup>202</sup> La cronología de Uhle-Latcham recibió un primer remezón, para la costa del extremo norte chileno, con las excavaciones de Junius Bird; luego, en la década del

Para Latcham es tan relevante la influencia de Tiahuanaco, que postula que la alfarería se introdujo en el norte de Chile "a principios del período de Tiahuanaco". Según nuestro autor, "los indios chilenos reproducían casi exclusivamente las formas y elementos geométricos de aquella cultura en la decoración de su alfarería, aunque en sus tejidos y en sus esculturas de madera copiaban las figuras clásicas de la gran portada monolítica de Tiahuanaco y otras variaciones del mismo tema. Algunos de estos productos no desmerecen el arte de la metrópoli"<sup>203</sup>.

En la "Arqueología de la Región Atacameña", publicada en 1938, hay un enfoque más maduro y obviamente más rico en datos. En primer lugar, señala que "en el estudio de la prehistoria del pueblo atacameño, uno de los problemas interesantes que hay que resolver es el que trata de las relaciones que existían entre la antigua cultura de este pueblo y la civilización de Tiahuanaco. El tema presenta dificultades y su resolución no ha sido del todo aclarada hasta ahora"<sup>204</sup>.

Para Latcham, "si es verdad que los atacameños prestaron ciertos elementos de su arte a la naciente cultura tiahuaqueña", a su vez, recibieron mucho de Tiahuanaco. En esto sigue a Uhle que había postulado, como ya lo hemos indicado, que Tiahuanaco había hecho sentir sus influencias en la antigua cultura atacameña. Así, cuando Latcham estudia las "tabletas de madera"<sup>205</sup>, declara que "se puede pensar entonces como supone Uhle que estos artefactos se originaron en Tiahuanaco desde donde se esparció su uso por toda la zona ocupada por los atacameños, extendiéndose hasta las regiones periféricas".

En resumen, Latcham, de acuerdo a su información científica de 1938, cree que todos los datos arqueológicos "confirman plenamente la teoría de las influencias de la civilización de Tiahuanaco en la cultura atacameña y la probabilidad de su existencia hasta la zona diaguita argentina y chilena"<sup>206</sup>.

En el desarrollo de las ideas arqueológicas de Latcham destaca su exposición sobre los atacameños. Partamos diciendo que acoge, en primer

---

60, varios arqueólogos han contribuido a modificar sustancialmente la cronología para el Norte Grande y Chico. Sin embargo, la situación de Chile Central no sufrió cambios muy importantes, hasta fines de la década de 1970.

<sup>203</sup> Alfarería Indígena Chilena, ob. cit., pág. 68.

<sup>204</sup> Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1938, pág. 30.

<sup>205</sup> Arqueología de la Región Atacameña, ob. cit., págs. 128-135.

<sup>206</sup> Arqueología de la Región Atacameña, ob. cit., pág. 36.

lugar, la cronología y la periodificación de Uhle. Pero también hace suya la hipótesis de que existió un período atacameño muy antiguo, que sirvió de base cultural a los pueblos y culturas del antiguo Perú y Bolivia.

Su interpretación del desarrollo atacameño es realmente interesante e invita a ser revalorada en la actualidad, independientemente de algunas estimaciones exageradas sobre esta cultura que tuvo su habitat en los alrededores del salar de Atacama. En su "Arqueología Atacameña", escribe: "De los albores de su cultura solo poseemos datos aislados, especialmente en cuanto al interior del territorio. Si sabemos más de la arqueología de la tribus costinas y podemos seguir su desarrollo desde los tiempos paleolíticos, como en Taltal, éstas no parecen relacionarse con los atacameños. Sólo a partir de la época de la civilización de Tiahuanaco podemos hablar con seguridad de una cultura atacameña, aunque los pocos artefactos que hallamos en este período demuestran un adelanto que significa siglos de evolución. Ignoramos su cuna, ignoramos también las primeras etapas de su desarrollo. Es únicamente por la diseminación de los nombres geográficos derivados de su poco conocida lengua que podemos seguir en parte siquiera sus antiquísimas peregrinaciones"<sup>207</sup>.

Según el estudio de la toponimia atacameña que hace Uhle, Latcham se adhiere a la teoría de que la etnia atacameña es una especie de pueblo formador, que se encuentra en los orígenes de las civilizaciones peruano-bolivianas.

Curiosamente, la objetividad de Latcham pierde fuerza cuando expone "las antiguas migraciones atacameñas". No presenta datos arqueológicos objetivos. Sólo simpatiza con la hipótesis de Uhle, sin aportar nueva información. Pero no sólo postula la influencia atacameña hacia el norte sino que insiste en su presencia hacia el oriente, en el territorio argentino. Sin embargo, al abordar este tema descubrimos que Latcham tiene dudas del valor probatorio de la toponimia. Discutiendo con Vignati, que se oponía a la influencia atacameña de la Puna de Jujuy, escribe: "Esperamos demostrar que la cultura atacameña tuvo un número de artefactos típicos, y si la dispersión de ellos desbordó la región verdaderamente atacameña se debe a influencias directas como en la puna de Jujuy y probablemente en la Paya y Humahuaca o a intercam-

---

<sup>207</sup> "Arqueología de la Región Atacameña", ob. cit., pág. 8.

bios como en las regiones diaguítas más distantes. No queremos afirmar que los atacameños conquistaron o siquiera ocuparon alguna vez como nación dichos parajes. La nomenclatura geográfica no nos proporciona base para semejante suposición, como en el caso de la Puna de Atacama, pero no es menos cierto que los artefactos de aquellos lugares son más atacameños que calchaqués o bolivianos”.

El método de comparar de acuerdo a los artefactos-tipo encontrados en la región atacameña y de conocer la distribución de éstos en otras regiones es correcto y no desmerece en nada ante los métodos más recientes de índole tipológica. En esta misma línea de metodología se explica la organización de los materiales en el libro dedicado a la ‘Arqueología de la Región Atacameña’. Escribe Latcham: “Al hacer una exposición del material arqueológico recogido en las diferentes partes del territorio se nos presentan algunas dificultades. ¿Cuál sistema convendría en este caso: el geográfico, el cronológico o el tipológico? Por fin optamos por el último, clasificando los artefactos según la materia de que fueron elaborados, indicando los tipos principales de cada clase, señalando la época a que pertenecían, cuando eso fuera posible, y dejando constancia de las localidades en que se encontraron. También llamamos la atención hacia las influencias que notamos de otras culturas, al igual que la extensión de influencias culturales atacameñas en regiones periféricas, cuando ellas parecen seguras... En cuanto sea posible o conveniente hacemos una comparación de los objetos o artefactos que estudiamos con los de otras zonas limítrofes, para señalar convergencias o divergencias o bien la simple extensión de influencias culturales”<sup>208</sup>.

Llama la atención el que Latcham haya previsto con bastante lucidez la antigüedad de la cultura agro-alfarera de San Pedro de Atacama y sus alrededores. Varias veces leemos en su ‘Arqueología de la Región Atacameña’ que el estudio de la cultura del pueblo atacameño deja traslucir su gran antigüedad: “por lo que se puede deducir, sobre una base arcaica que parece remontarse hasta hace más de dos mil años y que debe haber sido bastante primitiva, se estructuró una cultura que poco a poco iba asimilando elementos extraños derivados de otras culturas con que, al paso de los siglos, se pusieron en contacto”<sup>209</sup>.

Etnicamente, para Latcham el pueblo atacameño constituye una entidad muy mezclada. Entre los elementos extranjeros (además de los pe-

<sup>208</sup> Ob. cit., pág. 56.

<sup>209</sup> Ob. cit., pág. 368.

ruanos y tiahuanaqueños) postula "un elemento de la floresta amazónica. Así parecen indicar algunos artefactos como el arco tubular y las tabletas para rapé, los que no parecen ser originarios de la región atacameña sino pertenecer a otro ciclo cultural"<sup>210</sup>. El valor de estas hipótesis de Latcham, en parte tomadas de Uhle, alcanzan una actualidad sorprendente. Hoy en día, las investigaciones de campo tienden a llamar la atención sobre la influencia de elementos amazónicos en el altiplano boliviano y en la puna atacameña, como también a confirmar la gran antigüedad de estas culturas aldeanas que hunden sus raíces culturales más remotas un par de milenios antes de Cristo.

Por último, su aporte al conocimiento de la cultura mapuche puede resumirse en sus hipótesis sobre el origen transandino del pueblo guerre-ro (Moluches) que ingresaron por los pasos bajos de la región del valle Cautín. "Poco a poco aumentaron en número, por un desarrollo natural y, probablemente, incrementándose por la llegada de nuevos grupos, se extendieron hacia el Norte y el Sur, amalgamándose en parte con los antiguos habitantes y expulsando a los demás en ambas direcciones. Al radicarse en el territorio chileno, adoptaron en parte la cultura del país, volviéndose sedentarios y dedicándose a la agricultura"<sup>211</sup>.

Las industrias que adquirieron fueron la agricultura, la alfarería y el tejido, todos aportados por las mujeres de los pueblos aborígenes. "Iguale cosa pasó con la adquisición de la lengua".

Esta cuña de moluches, base del pueblo tradicionalmente conocido con el nombre de Mapuches o Araucanos, hizo que Latcham diferenciara con nombres geográficos a los diferentes pueblos que vivían al norte, al sur y al oriente del pueblo invasor. Así surgió la nominación étnico-geográfica que aún se sostiene parcialmente para Chile central y sur (Pichunches, Araucanos, Huilliches).

Esta nueva interpretación de la prehistoria chilena, que tenía como base la pluralidad de pueblos, la llegada de grupos invasores y, por lo tanto, la heterogeneidad de las culturas aborígenes en tiempos de la conquista española, hizo que Latcham atacase con vigor las ideas de Barros Arana, en parte continuadas por Guevara y, en general, por los historiadores chilenos. Incluso su 'Prehistoria Chilena' tiene un capítulo, el último, dedicado a oponerse a la homogeneidad racial de los aborígenes chi-

<sup>210</sup> Ob. cit., pág. 367.

<sup>211</sup> "La Alfarería Indígena Chilena", ob. cit., pág. 18.

lenos, a la importancia de los araucanos en la formación del pueblo chileno y a la sobrevalorización de las influencias culturales incas en Chile.

Sobre el problema de los orígenes de la cultura araucana, las vidas de Latcham y del profesor Tomás Guevara (1860-1935) se entrecruzan casi violentamente. La polémica científica fue superada por un antagonismo personal que lamentablemente hizo imposible un acuerdo racional.

Los juicios acerca de esta polémica tampoco son objetivos; los amigos y admiradores de Latcham critican la ausencia de "visión crítica" de Guevara y su "despego de las opiniones establecidas"<sup>212</sup>. En cambio otros comentaristas, como Gualterio Looser, han escrito que Guevara "ha merecido los parabienes de la crítica, pero también ha tenido impugnadores, en particular Latcham, que atacó algunos de sus resultados con no poca viveza, replicando Guevara gallardamente"<sup>213</sup>.

En los años 1927, 1928 y 1929 se desarrolló la polémica entre Latcham y Guevara, recogida en la Revista de Historia y Geografía y en diferentes libros de los dos autores. En 1928, Guevara enjuició al estudioso inglés caracterizando el aspecto polémico de éste: "El Sr. Latcham es un escritor científico manifiestamente inclinado a las polémicas y a la crítica de obras de etnografía y prehistoria. Autores chilenos y extranjeros le merecen de ordinario conceptos desfavorables, todos andan por caminos errados, según su autoridad de aparente erudición".

Según Guevara la diferencia básica entre él y Latcham consistía en que este último "ha sostenido desde tiempo atrás la hipótesis de que los araucanos chilenos proceden de emigraciones de la Argentina, y yo, al contrario, que los araucanos argentinos se derivaron de sus congéneres de este lado de los Andes".

El párrafo anterior, sólo explicado por los antagonismos personales, no resume la discusión científica, bastante alejada de toda postura nacionalista.

A su vez Latcham opinaba que Guevara no conocía las recientes investigaciones etnológicas y arqueológicas efectuadas en el país, lo que explicaba que continuase defendiendo las teorías de Barros Arana sobre la homogeneidad de los indígenas chilenos.

---

<sup>212</sup> H. Fuenzalida: "Don Ricardo Latcham", ob. cit.

<sup>213</sup> G. Looser: "Esbozo de los estudios sobre los indios de Chile", ob. cit., pág. 129.

Nuestra impresión es que, en general, la opinión de Latcham se apoyaba en argumentos más sólidos, más objetivos, independientemente del hecho que en los siglos coloniales se produjeron movimientos recíprocos de pueblos desde un lado al otro de los Andes. Por lo demás la investigación sobre los araucanos y su organización como pueblo continúa sin que ninguna teoría pueda reclamar la explicación de todos los hechos.

Resumiendo, y dejando sin tocar su aporte bibliográfico —bien tratado por Feliú Cruz—, Latcham se nos aparece como un arqueólogo y un etnólogo que dio variedad y pluralidad a las culturas y etnias aborígenes, a las que, siguiendo a Uhle, dio profundidad cronológica, y situó los diferentes restos y yacimientos arqueológicos en estratos culturales bien diferenciados. Su ensayo histórico-etnológico sobre la 'Prehistoria Chilena' fue un esfuerzo intelectual tan valioso como el que Medina hizo en la década de 1880, y que aún no se ha vuelto a repetir en Chile.

## 6. CONCLUSIONES

### La actualidad del problema Tiwanaku

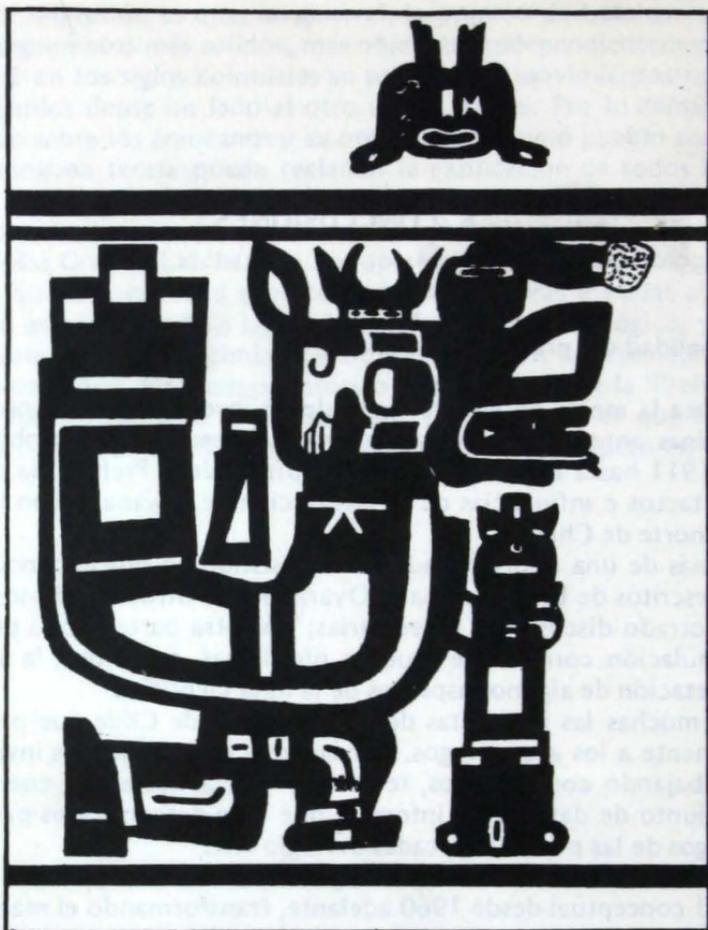
Tal vez la mejor prueba del valor de los investigadores recordados en las páginas anteriores la podamos entregar reseñando la problemática, desde 1911 hasta el presente, de un capítulo de la Prehistoria de Chile: los contactos e influencias de la civilización de Tiwanaku con las culturas del norte de Chile<sup>214</sup>.

En más de una oportunidad hemos insistido en que el conocimiento de los escritos de Uhle, Latcham, Oyarzún y de otros estudiosos nos habría ahorrado discusiones innecesarias; por otra parte habría permitido la formulación correcta de muchos problemas, e, incluso, la adecuada interpretación de algunos aspectos de la data científica.

Son muchas las incógnitas de la prehistoria de Chile que preocupan actualmente a los arqueólogos. Obviamente que los nuevos investigadores, trabajando con métodos, técnicas y teorías recientes, cuentan con un conjunto de datos y de informes que eran desconocidos para los arqueólogos de las primeras décadas del siglo XX.

Especialmente la teoría arqueológica ha sufrido un proceso de complejidad conceptual desde 1960 adelante, transformando el marco interpretativo y, sobre todo, condicionando las excavaciones y el trabajo de laboratorio a un conjunto de hipótesis de trabajo que orientan la investigación diseñada. Así, cuando hemos analizado el aporte científico de los arqueólogos extranjeros y chilenos caracterizamos su línea teórica como de tipo descriptivo, lo que conlleva, especialmente en el caso de Latcham, una cierta oposición a la interpretación y, sobre todo, a un

<sup>214</sup> Véase también J. Berenguer, "La problemática Tiwanaku en Chile: visión retrospectiva" en Revista Chilena de Antropología N° 1, Santiago, 1978.



Tubo de hueso con dibujo pirograbado, encontrado y publicado por Le Paige. Perteneció a la tumba 2139-2140 de Quitor 5 (San Pedro de Atacama).

rechazo de conclusiones que no estén firmemente apoyadas por hechos y datos científicos.

Naturalmente que nada de lo expresado puede ser llevado a un extremo absoluto: en Latcham como en Uhle, y, sobre todo, en Oyarzún y Gusinde, hay también una cierta adscripción a algunas escuelas teóricas, unas más positivistas y empíricas y otras más interpretativas. La manera como manejan la recreación histórica de las culturas del pasado (en este caso culturas prehistóricas) traduce una teoría sobre la cultura y el acontecimiento histórico.

En las últimas décadas del siglo pasado el evolucionismo de Darwin y de los etnólogos ingleses y norteamericanos caracterizó el pensamiento de los estudiosos de los aborígenes; en cambio, en las primeras décadas del siglo XX, la reacción al evolucionismo unilateral y mecanicista fue la característica más importante. Desde este punto de vista, tanto Uhle como Latcham, Oyarzún y Gusinde rechazaron este modelo de evolucionismo. Algunos como Oyarzún y Gusinde, incluso, representaron las posiciones anti-evolucionistas de la escuela Cultural-Histórica, que estaba de moda entre los etnólogos europeos.

Más recientemente, variadas teorías y escuelas se han entrecruzado en el campo de la Arqueología y la Antropología chilenas (Funcionalismo, Ecologismo, Materialismo histórico, Estructuralismo, Teoría general de los sistemas, Arqueología analítica, etc.). Sin embargo, lo que es común a la gran mayoría de los arqueólogos chilenos de las dos últimas décadas (quinto período) es su gran esfuerzo por comprender los acontecimientos históricos en su totalidad y complejidad, sin dejar de lado nada que ayude a la comprensión del todo, no sólo a través de sus partes, sino como una nueva realidad. Así las culturas prehistóricas no sólo se explican por sus componentes aislados, sino como un todo sistematizado, que posee características no previstas al ser analizado por separado.

Curiosamente, sin embargo, el tratamiento hecho en las décadas de 1960 y 1970 a las relaciones del área cultural altiplánica con las culturas de Arica y San Pedro de Atacama, no se ha caracterizado siempre por el uso de este nuevo ambiente teórico, e incluso, en algunos casos, no se ha ido más allá de lo expuesto hace 30 ó 40 años atrás.

Además, la herencia de los arqueólogos Uhle y Latcham no ha sido bien utilizada.

Por una parte algunas de sus ideas generales (amplio habitat atacameño; origen parcial atacameño de Tiwanaku; origen Tiwanaku de la cerá-

mica del norte de Chile, etc.) se convirtieron en obstáculos que bloquearon el avance de las investigaciones y, en especial, la interpretación correcta de ellas.

Por otra, el no uso de otros datos e interpretaciones de estos estudios, como por ejemplo la cronología de la influencia de Tiwanaku en el norte de Chile y la diferenciación cultural y étnica de las regiones de Arica y San Pedro de Atacama, tuvo como consecuencia la demora excesiva de la explicación adecuada de la realidad cultural del norte de Chile, y de las características especiales y regionales de los contactos e influencias ejercidas por civilizaciones extranjeras.

Las discusiones cronológicas y en general de los contextos culturales producidos en la década de 1960 y comienzos de 1970, tanto para San Pedro de Atacama como para Arica, habrían podido orientarse mejor si se hubiesen conocido en forma completa los datos entregados por Uhle y Latcham.

Obviamente, la nueva dimensión de la problemática Tiwanaku es un hecho indiscutible en nuestros días; no en vano han pasado más de 70 años de investigaciones y publicaciones; pero parte de esta interesante ampliación de datos e interpretaciones ha sido posible, no sólo por los nuevos trabajos de campo y de teorías explicativas, sino también por la reinterpretación de los antiguos informes escritos por Uhle y Latcham.

Como podremos apreciar en las páginas siguientes, la investigación de la influencia de Tiwanaku se ha ampliado a la búsqueda de antecedentes culturales altiplánicos para explicar el proceso de agriculturización en Arica y San Pedro de Atacama. El período aldeano representado por Wankarami, Chiripa, etc. se encontraría en los orígenes del período aldeano del norte de Chile y, en nuestra actual situación científica, se continúan buscando las pruebas culturales que demostrarían el papel representado por el área altiplánica.

## 6.1 Revisión histórica y crítica de la investigación<sup>215</sup>

De acuerdo con nuestra periodificación de la Arqueología chilena, destacan en especial para el tema de la influencia de Tiwanaku los pe-

<sup>215</sup> Parte de este texto se leyó en el Simposio dedicado a Tiwanaku, en el Congreso de Arqueología de Chile (Altos de Vilches, 1977).

ródos tercero (1911-1940) y quinto (1960 adelante).

Dentro del tercer período mencionaremos, por sus aportes fundamentales, al Dr. Max Uhle y al ingeniero Ricardo E. Latcham.

A pesar de que el Dr. Francisco A. Fonck (1830-1912) había mencionado a Tiwanaku con relación a los restos prehistóricos de Quilpué (1910), es el Dr. Uhle quien, antes de llegar a Chile, escribió en Lima en 1908 sobre la influencia ejercida por la civilización de Tiwanaku en Chile (1911). En este trabajo, que los arqueólogos nacionales conocieron a fines de diciembre de 1908 o a comienzos de enero de 1909, en el 4º Congreso científico de Santiago, Uhle comentó algunos ceramios presentados por José Toribio Medina en "Los Aborígenes de Chile" (1882) y encontrados en el Norte Chico de Chile. Así en "La esfera de influencia del país de los Incas", escribió: "Poco se conoce hasta ahora de las antigüedades Chilenas, las que todavía no han sido estudiadas de una manera sistemada, y sólo pueden hacerse algunas apreciaciones sobre ellas, tomando por base las láminas que trae la obra publicada por don José Toribio Medina "Los Aborígenes de Chile", cuyos buenos dibujos dan por lo menos una idea de las varias clases de antigüedades conocidas allí hasta 1882. Permiten ellas asentar el hecho de que también en la civilización de Chile se nota la influencia ejercida por la civilización peruana pre-incaica. El vaso que lleva el número 175 es una de las láminas de aquella obra procedente de Petorca; representa un tipo común en el centro y norte del Perú en el período que inmediatamente siguió al de Tiahuanaco. Suponiendo que la procedencia chilena de este vaso, quizá, no sea muy segura por su identidad típica con otros sacados de Pachacamác, Ancón, Huacho, Trujillo y otros parecidos lugares, queda todavía el plato signado con el número 164 de la misma obra procedente de Blanco Encalada. Este es parecido a muchos que se han encontrado en Tumbas desde Arequipa hasta Ancón, pero tiene sus particularidades. De tales artefactos pueden haberse derivado los ornamentos en forma de gradas y los meandros que daban un desarrollo paralelo de la ornamentación antigua chilena con la argentina del mismo tiempo. Los ornamentos anexos a los ojos que aparecen en la fig. 66 (de Illape) y fig. 186 (de Tongoy) tienen también un carácter pre-incaico peruano, parecido a los ornamentos de los ojos en las figuras de Tiahuanaco. También el vaso de barro de Tiahuanaco. Queda, entonces, establecido que también Chile debe haber tenido su alfarería pre-incaica pintada de origen peruano, y es de confiar que estudios sistemados corroboren las obser-

vaciones hechas aquí con un material todavía limitado”<sup>216</sup>.

En 1912, Uhle extendió hipotéticamente la influencia de Tiwanaku hasta “la latitud de Valparaíso”.

En varios trabajos de 1912 y 1913 postuló la influencia de Tiwanaku en San Pedro de Atacama. Sin embargo no encontró restos de ella en Calama, en sus excavaciones en Chunchuri: “Vestigios directos de las influencias bolivianas como de Tiahuanaco, muy visibles entre las antigüedades de distritos vecinos, faltan en los entierros de Calama”<sup>217</sup>.

En 1915 señaló “que las formas atacameñas de tubos y tabletas para rapé se derivan de las tabletas de Tiahuanaco”. Sin embargo en 1917<sup>218</sup> informó que “el hombre de los primeros cementerios de Pisagua (es decir, pre-Tiwanaku) conocía ya los tubos para absorber rapé” posiblemente de origen arauco. Incluso ya en 1913 (Tabletas de Madera de Chiuchiu, pag. 458) había informado que el uso de los tubos era más antiguo que Tiahuanaco. “Porque en Pisagua se han encontrado en entierros anteriores a las ruínas de Tiahuanaco. Son de hueso llano parecido a algunos hallados en los cementerios de Calama y representan así el tipo primitivo desarrollado artísticamente después por la civilización de Tiahuanaco”.

Tal vez el aporte más significativo de Uhle sea su visión histórica, la que se expresa en la organización de una periodificación cultural y cronológica para las culturas del norte de Chile. En este modelo histórico, Tiwanaku es un período que se sitúa ente el 600-900 D.C.: “período de Tiahuanaco y el subsiguiente epigonal”.

Nosotros ya en 1974<sup>219</sup> habíamos resumido así el aporte de Uhle: “Hemos visto que Uhle sitúa las “construcciones de Tiahuanaco” hacia el 400-500 D.C., la “difusión de Tiahuanaco entre el 500 y 600 D.C., el “fin de Tiahuanaco” (en Tiahuanaco) entre el 600 y 800 D.C.; en estos mismos siglos Uhle inicia el “Tiahuanaco epigonal”.

Estas fechas, ¿qué relación tienen con las de 600-900 del período Tiwanaku y subsiguiente Epigonal del norte de Chile? Nos da la impresión de que Uhle no hace diferencias claras entre los restos “Tiahuanaco” y los denominados “epigonales”.

<sup>216</sup> Max Uhle, ob. cit., págs. 208-209.

<sup>217</sup> Max Uhle: “Los indios atacameños”. Revista Chilena de Historia y Geografía, N. 9, pág. 107.

<sup>218</sup> Max Uhle: “Los Aborígenes de Arica”, ob. cit., pág. 173.

<sup>219</sup> Mario Orellana R.: “El Dr. Max Uhle”, ob. cit., págs. 33-34. 1974.

Gracias a Eloy Linares Málaga, como ya lo hemos informado, podemos conocer un manuscrito de Uhle que nos aclara varios conceptos sobre Tiwanaku.

“La civilización Tiahuanaco estaba en su apogeo y la protolimeña cerca de su fin cuando la primera llegó a los valles centrales de la costa peruana. Esto se desprende de la condición de sus restos en Pachacamác y sobre la huaca de Aramburu, donde los pocos vasos tiahuanaqueños encontrados muestran un tipo perfecto. Todas las civilizaciones, hay que suponerlo, muestran su mayor fuerza de expansión en la época de su desarrollo... la civilización tiahuanaqueña nacida sólo de las postrimerías de la civilización protonazca, se habría precipitado sobre las costañas, cuando las de Proto Lima y Proto Chimú ya habían cumplido su tarea general con la construcción de sus grandes huacas. La civilización de Tiahuanaco no inundó sólo la costa, sino igualmente toda la sierra, desde Catamarca y Copiapó en el sur hasta la provincia ecuatoriana de Riobamba.

Así, para Uhle entre el 500 y 600 finalizan las culturas Proto-chimú en Trujillo y la Proto Lima en Lima y en el valle de Pachacamác. Recordemos también que según Uhle la formación de la cultura Tiwanaku se produce entre el 300 y 400 D.C., de acuerdo a la tabla cronológica inédita que Linares Málaga da a conocer.

Sería entonces posible pensar que, según Uhle, Tiahuanaco llegó hacia el 600 D.C. al norte de Chile como difusión directa del centro altiplánico y que luego se crearían tradiciones epigonales derivadas de la cultura Tiahuanaco.

Comparada esta información de Uhle a la situación actual que ofrece la investigación de la influencia de Tiwanaku en el norte de Chile, se puede decir que:

a) Uhle estaría de acuerdo con la presencia de restos pertenecientes al Tiahuanaco clásico y también del Tiahuanaco Expansivo.

b) Habría un relativo desacuerdo cronológico, puesto que los actuales investigadores (caso de Carlos Ponce Sanginés) postulan la presencia de Tiahuanaco clásico hacia el 400 D.C. tanto en Arica como en San Pedro de Atacama; en cambio Uhle estaría afirmando una llegada, como término medio, hacia el 600 D.C.

También en Uhle hay un manejo adecuado del concepto de difusión cultural. En este caso se trataría de la difusión cultural artística de una alta cultura (Tiahuanaco) hacia otras regiones. Prueba el hecho de esta

difusión selectiva artística, la presencia de restos culturales de estilo tiahuanaco, tales como alfarería, artefactos de madera, tejidos, etc.

Es decir, partiendo de una definición del estilo tiahuanaco, se comparan los restos encontrados en Arica y San Pedro de Atacama con los motivos estilísticos de los restos de Tiahuanaco.

Pero Uhle no sólo creía que Tiahuanaco había influenciado en las culturas del norte de Chile, también postula que el elemento atacameño había participado junto a los elementos Protonazca, Chavín y Aymará en la formación del estilo Tiahuanaco (1922; 71, 72). "Los fundamentos Etnicos" de Uhle terminan con un largo listado de nombres geográficos que según nuestro autor "prueban la extensión del elemento atacameño en el norte de Chile, en Bolivia y en el Perú hasta la latitud Ica y Ayacucho".

Como es sabido, esta tesis pasó a Latcham, fue recogida con ciertas modificaciones en el V período, es decir en la década del 60, e incluso se mantiene hasta el presente como lo demostraremos más adelante.

Por último Uhle, en su excelente caracterización de la etnia y cultura atacameñas, insistió en la gran movilidad de esta etnia; así, en 1913 escribió: "los indios atacameños traficaban mucho con sus llamas, probablemente por todo el desierto hasta Arica, Bolivia, las provincias argentinas y Copiapó en el sur". Esta caracterización de Uhle siempre ha sido recordada por los arqueólogos chilenos. Recientemente se ha escrito que las relaciones entre la Puna de Atacama y el Altiplano parecen alcanzar un auge con la expansión Tiwanaku a los oasis de la Puna<sup>220</sup>.

Ricardo E. Latcham conoció la tesis de Uhle sobre la influencia de Tiwanaku en el Norte Grande y Chico de Chile en el 4º Congreso Científico de Santiago (25-XII-1908 — 5-I-1909). En su "Antropología Chilena" se refiere ampliamente a los habitantes de la Puna de Atacama, a su origen y a sus relaciones con los changos de la costa. Hay en especial dos aspectos que están íntimamente relacionados con las ideas de Uhle. Una de ellas se refiere a la capacidad de los atacameños de comerciar con la costa (changos) y "con las naciones más cultas del interior y norte. Los artículos que cambiaban eran charqui de pescado, cueros de lobos y de aves marinas, conchas y otros productos del mar, que llevaban al interior y negociaban por herramientas de cobre, paños tejidos,

<sup>220</sup> L. Núñez: "Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno", en "Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige S. J.", pág. 189; Universidad del Norte, Chile, 1976.

pieles de guanaco, vicuña y alpaca, maíz, frejoles y coca". La idea principal de Latcham es que estos atacameños ocupaban el territorio (la puna de Atacama) de "una raza civilizada ya desconocida". Y según nuestro autor esta raza desaparecida estaba "muy vinculada, si no étnicamente, al menos en sus relaciones y cultura con la antigua raza que construyó las ruinas de Tiahuanaco". Esta tesis la modificó parcialmente ya en 1912 en su trabajo "Los elementos indígenas de la raza chilena" al escribir "que los atacameños posiblemente también provienen del exterior: del altiplano boliviano y del norte argentino".

Sin embargo, los aportes de Latcham al tema que estamos analizando los hizo en las décadas de 1920 y 1930.

En 1928, en su valiosa publicación sobre "La Alfarería Indígena Chilena" conocemos que el arqueólogo inglés, siguiendo a Uhle, relaciona la aparición de la alfarería con las influencias de Tiwanaku: "Pero a partir de los comienzos de la época subsiguiente, la de Tiahuanaco, y probablemente en el siglo VI a VII de la era cristiana, aparece en todo el norte desde Tacna hasta el Choapa, tanto en la costa como en el interior, una alfarería ya completamente desarrollada, de pasta fina, decoración esmerada y técnica, buena, sin ningún indicio de un estado primitivo o de transición". Intentando explicar la rápida propagación de la alfarería, Latcham se plantea indirectamente cómo fue posible la influencia de Tiwanaku en el norte chileno: "Es muy fácil determinar la civilización que dio nacimiento a esta nueva industria, pero actualmente ignoramos por completo los medios de su rápida propagación. ¿Se debió a inmigraciones de pueblos que habían estado en contacto directo con el altiplano boliviano? ¿Se propagó por medios comerciales? ¿Hubieron conquistas o invasiones de pueblos más cultos pertenecientes al imperio de Tiahuanaco?". Latcham indudablemente no tiene respuestas, pero sí configura bien algunas de las teorías que, en general, se manejan en la actualidad para explicar el contacto de Tiwanaku con las culturas del norte de Chile. Incluso él piensa que cuando se conozca mejor la prehistoria del pueblo atacameño y se investiguen especialmente los valles sub-andinos e inter-andinos de las provincias de Antofagasta y Tarapacá, se podrán hacer descubrimientos que aclaren estos problemas.

Luego Latcham sugiere, lo que ya había hecho Uhle para Arica y San Pedro de Atacama, una diferencia entre la costa y el interior en cuanto al tipo de restos alfareros con la influencia en Tiwanaku: "Se observa

una gran diferencia en la clase de alfarería encontrada en la costa, durante este período y la del interior. La diferencia se nota no solamente en las formas, sino también en la factura y en el estilo mismo. La de la costa es más tosca, de reducido número de formas y sin decoración. La del interior es más fina, reproduce en las formas clásicas de la metrópoli y es frecuentemente decorada. Sin embargo, en la decoración de las piezas chilenas, no aparecen las figuras antropomorfas y zoomorfas complicadas y estilizadas tan características de las culturas del altiplano del Perú y Bolivia y de las costas peruanas de la misma época”.

A continuación viene un paralelo de fundamental importancia que explica cómo las culturas del norte chileno recogieron el estilo Tiwanaku: “Los indios chilenos reproducían casi exclusivamente las formas y elementos geométricos de aquella cultura en la decoración de su alfarería, aunque en sus tejidos y en sus esculturas de madera copiaban las figuras clásicas de la gran portada monolítica de Tiahuanaco y otras variaciones del mismo tema. Algunos de estos productos no desmerecen el arte de la metrópoli”.

Con relación a la extensión de los atacameños en el norte de Chile observamos en Latcham, ya en 1928, una importante duda: los valles de Tarapacá y Tacna no estaban ocupados por los atacameños, mostraban en su alfarería influencias evidentes del período de Tiahuanaco, especialmente del estilo epigonal, y, en general, su alfarería era más adelantada y producía piezas más elegantes y más finas que la de San Pedro de Atacama, Chiu-Chiu y Calama.

Así queda claro que Latcham, aunque reconoce el habitat extenso atacameño que Uhle había señalado, se da cuenta de las diferencias notables que existían entre los pueblos y la cultura de Tarapacá y San Pedro de Atacama-Calama.

También nuestro arqueólogo inglés toma de Uhle no sólo su periodificación y cronología sino también la tesis de que el elemento atacameño participó en el origen del estilo Tiwanaku. Sin embargo, sin entrar en contradicción con sus teorías, es enfático en valorizar la influencia de Tiwanaku. En la “Arqueología de la Región Atacameña” escribe: “Si es verdad que los atacameños prestaron ciertos elementos de su arte a la naciente cultura tiahuaqueña, a su vez, recibieron de ella nuevas industrias como la alfarería y la escultura en madera, nuevas costumbres, como el uso del arco en vez de la estólica, el empleo de las tabletas para aspirar rapé, la utilización de instrumentos de metal, el

mejoramiento de algunas industrias ya practicadas entre ellos como el tejido y la agricultura”<sup>221</sup>.

Finalmente en 1942 (“Antropología prehistórica del norte de Chile”), insistiendo en sus ideas de 1928 sobre la no presencia atacameña en los valles de Tarapacá, escribe: “con la expansión del imperio de Tiahuanaco en el siglo VI a VII, la mayor parte de las quebradas fueron colonizadas por grupos collas de habla aymará, procedentes de los altiplanos bolivianos”.

Así comprobamos que en Latcham existe una interpretación clara en cuanto a que las influencias tiahuanaqueñas en San Pedro de Atacama aunque son directas, debido posiblemente a la acción del tráfico comercial, no implicaron la llegada de grupos étnicos altiplánicos significativos. En cambio en Arica la influencia está en relación con un fenómeno de colonización coya o aymará directamente proveniente del altiplano.

En el IV período de la Arqueología Chilena (1940-1960) las excavaciones de Junius Bird en el conchal de Playa Miller no entregaron datos sobre la influencia de Tiawanaku en Arica, postulada por Uhle a partir de los hallazgos de tumbas en Tacna. En 1946 Bird escribió en el *Handbook of South American Indians*<sup>222</sup> “series de fragmentos cerámicos de de los depósitos de la costa no apoyan la idea que la cerámica fuera introducida en el norte de Chile por los Tiahuanaco. En efecto, en Arica y Pisagua las escasas piezas Tiahuanaco no se amoldan al diseño general y se presentan mucho después del primer período cerámico. Su influencia es mayor en el interior de las provincias de Antofagasta y Atacama Norte”. Por lo demás ya en 1943 Bird había escrito que “el período Tiahuanaco como tal no está representado en Arica”<sup>223</sup>.

Algunos años más tarde, en 1957, en el libro “Arqueología Chilena”, cuyo editor es Richard P. Schaedel, se escribió: “con respecto a Tiahuanaco y su influencia, por lo menos en Arica, es necesario admitir que desaparece como período propiamente tal y que Bird no logró aislarlo en Arica”. Sin embargo, según Munizaga “parece posible poder aislar en Arica una probable ocupación de Tiahuanaco”<sup>224</sup>.

Pero estas interpretaciones llenas de condicionales y de dudas se aclaran definitivamente con el aporte de los arqueólogos del Museo regio-

<sup>221</sup> R. Latcham: “Arqueología de la Región Atacameña”, ob. cit., pág. 35. 1938.

<sup>222</sup> J. Bird, ob. cit., Vol. II, págs. 587-594. 1946.

<sup>223</sup> J. Bird: “Excavations in Northern Chile”, pág. 202. 1943.

<sup>224</sup> C. Munizaga en “Arqueología Chilena”, pág. 122. 1957.

nal de Arica, que comienza a fines de la década de 1950. Con ellos estamos en los comienzos del quinto período de la Arqueología Chilena (de 1960 hasta el presente).

Según Percy Dauelsberg, los arqueólogos de Arica ubicaron claramente la presencia de Tiahuanaco en los cementerios de Arica "en forma tan intensa que deja fuera de duda la posibilidad de que ella se deba a una simple intrusión". Este mismo arqueólogo nos informa que "el Tiahuanaco aparece en los valles y no se ha ubicado hasta la fecha, en los cementerios que se encuentran en el litoral. Los exponentes en la sierra son muy escasos, salvo unos fragmentos bastante aislados; en el altiplano aún no se ha hallado hasta el momento"<sup>225</sup>.

En el año 1972<sup>226</sup> se intercambiaron cartas entre arqueólogos chilenos y el peruano Lumbreras a propósito de la arqueología de Arica, en donde la problemática de Tiwanaku estuvo muy presente.

Lumbreras, partiendo de una crítica general ("me parece que en Arica se han creado muchos tipos cerámicos y se han movido de lugar, pero nada se ha avanzado realmente") recomienda volver a la periodificación de Bird. Concretamente sobre Tiwanaku dice: "de modo que no hay, hasta hoy, confirmación sobre superposición alguna entre Arica y Tiahuanaco, cualesquiera que sean los tipos de cerámica involucradas. En cambio las fechas de Arica I (San Miguel) que oscilan entre 1000 y 1100 D.C., coinciden con las de Loreto Viejo en el sitio-tipo y con otras fechas, que conocemos para Tiahuanaco Tardío (Expansivo)".

"De otro lado, Maytas y Chiribaya, que son los mismos, aunque Maytas tiene sus parecidos a Gentilar, aparecen involucrados con Tiahuanaco (no sé por qué) en el esquema de los compañeros de Arica. Unos pocos fragmentos de este grupo aparecieron en las playas de Arica y otros en Tacna, pero sin evidencia cronológica más fina, que la de estar incorporada en la fase II de Arica (Bird, 1943)".

"El 'Tiahuanaco clásico' y 'Loreto Viejo' son la misma cosa y no hay razón para separarlos, como tampoco la hay para que el Tiahuanaco sencillo de tus colores sea llamado Sobraya y Cabuza. De todo esto, se advierte que sólo hay dos tipos discernibles de estilo Tiahuanaco de los cuales uno puede ser local (Sobraya Cabuza) y que fue representada por Uhle en Para. De este modo, para expresar este período voy a volver al

<sup>225</sup> Percy Dauelsberg: "Arqueología del Departamento de Arica", separata de La Enciclopedia de Arica; Imprenta Barcelona, Santiago, 1972.

<sup>226</sup> Revista Chungará N° 1, noviembre 1972.

sitio tipo de Uhle "Para" en relación a una modalidad local de Tiahuanaco y para denominar la fase voy a hablar de "Para-Tiwanaku" y no voy a hablar de los tipos (4) que ahora aparecen en Arica porque no funcionan y crean confusión".

"Además, aún no conocemos informe alguno de Vescelines sobre Loreto Viejo, por lo que lo único conocido es lo de Uhle, en términos de utilidad científica. Las fotos de Dauelsberg (1960 y ss.) no son buenas y no dicen nada sobre asociaciones, superposiciones o cualquier otro elemento válido para fines cronológicos. El valor cronológico es obvio, todo esto está ligado al Tardío Tiwanaku".

"La pretendida segunda fase del "Horizonte Tiahuanaco" que incluye Maytas y Chiribaya, es desafortunada. Chiribaya en el sitio tipo está asociado a un contexto tardío post-Tiwanaku, pero sobre todo está ligado a Churajon y Mollo cuya prolongación hasta la época Inca está por demás probada, aún cuando no se sabe mucho de Allita Amaya, que debe correr la misma suerte... postulo la hipótesis de que Chiribaya (Maytas-Chiribaya) es una cerámica de la fase de Arica II, de origen altiplánico, influenciada por Gentilar, que es una modalidad local principalmente costeña".

En un aspecto más teórico, Lumbreras escribe por último: "sostengo la siguiente hipótesis: Durante tiempos de El Morro, etc. llegaron colonos altiplánicos a los valles a beneficiarlos agrícolamente y prestaron varios elementos culturales: Quinoa, algodón (?), maíz, metales y luego cerámica, tejidos, etc. generando un desarrollo local que se asentó principalmente cerca del mar. Más tarde, continuaron las colonias altiplánicas durante el apogeo político de Tiwanaku (entre 500 y 1000 D.C.) y de este modo se establecieron en algunos lugares, especialmente en los valles, donde ahora encontramos sus vestigios".

La respuesta de Percy Dauelsberg es rica en información arqueológica y merece citarse ampliamente: En primer lugar se rectifica un error de Lumbreras: "Uhle no encuentra Tiahuanaco en Para, como indicas tú, sino en la zona del ex-Hipódromo y cerca de la estación del Ferrocarril. En Para se encuentra Atacameño-Indígena y Chinchá Atacameño (San Miguel y Gentilar) ... Malamente puedes tú ahora crear un nuevo tipo Para que defina un tipo de cerámica tiahuanacoide de origen foráneo o de fabricación regional". Luego se pasa al problema de Tiahuanaco: "El grave problema lo presenta el Tiahuanaco. No se por qué, pero Tiahuanaco Expansivo hacia el 1000 D.C. no calza. La cerámica de la

fase 4 de Tiahuanaco se encuentra en nuestra zona y asociada a los tipos regionales Cabuza, Charcollo y Chiza, aunque estos dos últimos pueden ser incluso algo más temprano. El Tiahuanaco se expande desde 400 D.C. a 700 D.C. Luego se pierde la influencia foránea y se produce un tipo regional que nosotros conocemos por Chiribaya y Las Maytas. Efectivamente, tu observación, de que Maytas y Chiribaya, es más o menos lo mismo es atinada, pero creo que no es aconsejable dejar sólo Chiribaya como tipo para este momento. Chiribaya perdura algo más que Maytas en nuestra zona. La distribución estilística de Chiribaya sigue en San Miguel aunque sin los mencionados característicos puntos”.

“El Horizonte Tiahuanaco en nuestra zona está formado por dos fases y lamentablemente no es “desafortunado” incluir en ella sobre todo en su fase tardía al Chiribaya y Las Maitas como tipos cerámicos. Esta afirmación no está tomada al azar en forma arbitraria, sino obedece a que los elementos no cerámicos no tienen ninguna relación como para incluirlos con los elementos del Arica II de Bird”.

“Existe algo más aún, Chiribaya tiene tal vez un desarrollo distinto al de Las Maitas que puede tener más bien importancia regional. Lamentablemente esa zona no está trabajada y por lo tanto carecemos de mayores antecedentes, aunque es claro que existe un Chiribaya asociado al Tiahuanaco”.

“El tipo de cerámica Las Maitas no es sólo un tipo de cerámica que existe en tu mente, sino que tenemos un sinnúmero de asociaciones no cerámicas, conocemos sus formas funerarias y una serie de otros elementos no cerámicos que nos permiten postularlo como fase y asociada a la segunda fase Tiahuanaco anterior a San Miguel. El paso de Las Maitas al San Miguel es claro y no merece dudas”.

Con relación a la exposición teórica de Lumbreras, Dauelsberg comenta: “Todo el comienzo agroalfarero de nuestra zona está íntimamente ligado al formativo altiplánico (Huancarani) que baja a la costa para aprovechar los diferentes niveles ecológicos para producir lo que no se da en el altiplano. Esto explica la presencia de gruesos mantos de lana, los turbantes en cierta medida y los grandes canastos que seguramente se utilizaban para la cosecha de la quinoa, como aún lo conservan los Chipayas actualmente en el altiplano. Lo que no tenemos claro aún es el paso del preagroalfarero al agroalfarero... “La expansión del Tiahuanaco en la zona de Huancarini termina por absorberla, baja a la costa y le da su sello inconfundible. El Tiahuanaco en un momento dado

debe haber presentado una gran unidad política y esto se nota en el gran intercambio costa-altiplano. Es el momento en que aparecen los tipos Tiahuanaco Clásico, Loreto Viejo, Cabuza, Sobraya, Charcollo y Chiza, este último posiblemente sea ligeramente anterior a la llegada del Tiahuanaco a la zona, pero en todo caso siguen en asociación en la primera fase. Luego, la unidad política afloja y al parecer empieza el desarrollo local en un comienzo ligado aún a las costumbres altiplánicas, como Chiribaya y Las Maitas que llegan a su fin en el San Miguel. San Miguel y Gentilar marcan luego el desarrollo local o el afloramiento regional. Se rompen los lazos con el altiplano; la zona de Arica, Tacna, etc., entra a formar una unidad política desvinculada de la zona anteriormente indicada. Esto se manifiesta en nuevos rasgos de la cerámica, tejidos, formas enterratorias y sobre todo la ausencia notoria de elementos altiplánicos, como es posible ubicar en este momento la gran mayoría de los pucares defensivos. Esto es fundamental”.

Para hacer justicia al pensamiento de Dahuelsberg y a la evolución de la arqueología científica chilena, hagamos una última cita: “Sostener que en los últimos 10 años no hay datos nuevos sobre excavaciones y análisis más prolijos es nuevamente desconocer totalmente lo que se ha trabajado en esta zona. Lo que ha sucedido es que te has desvinculado totalmente y te encuentras ahora en el punto en que partimos contigo en 1959-1960, pero se ha trabajado y se ha avanzado considerablemente. Desde luego, queda mucho por hacer y de esto estamos conscientes”.

Mientras en Arica se discute y se apartan las críticas generalmente mal fundadas de Lumbreras, en San Pedro de Atacama se presentan algunas características algo diferentes.

En primer lugar en la década del 60 los trabajos en cementerios de Gustavo Le Paige permitieron acumular un gran número de restos, algunos de los cuales (especialmente los artefactos del “complejo rapé” y los “huesos pirograbados”) mostraban claras relaciones con el estilo Tiahuanaco.

Ya a comienzos de la década de 1960 habíamos señalado la presencia de restos que probaban la presencia de Tiwanaku V e hipotéticamente de Tiwanaku IV.

Luego, en 1964, se produjo la polémica entre Le Paige y nosotros<sup>227</sup>

---

<sup>227</sup> M. Orellana R.: “Acerca de la cronología del complejo cultural San Pedro de Atacama” en “Antropología”, Nº 2, 1964.

relacionada con una fecha de C14 que situaba la influencia de Tiwanaku Clásico antes de Tiwanaku IV.

También en 1964<sup>228</sup>, Núñez señaló que al expandirse por la región andina, "Tiahuanaco logró difundir sus ideas especialmente cúltricas".

Por otra parte, la configuración de la Cultura San Pedro de Atacama se había logrado gracias a la riqueza de los contextos culturales de los cementerios de la zona; por lo tanto, los tipos alfareros no eran los únicos rasgos estudiados, que sirviesen de fundamento a la periodificación. Además, la superposición de tumbas había quedado bien expuesta ya en el Congreso de Arqueología de 1963.

Con los años, y especialmente ya en la década del 70, se hizo casi unánime la hipótesis, tanto para Arica como para San Pedro de Atacama, de que Tiwanaku IV (Clásico) había influenciado con diversas características hacia el 400-500 D.C., tal como lo había escrito Uhle.

Poco a poco el prevaleciente interés cronológico fue siendo reemplazado, aunque no en forma total, por un interés explicativo de la presencia de algunos elementos Tiwanaku en el norte de Chile.

Para entender mejor esta nueva orientación, aún muy débil del quinto período, debemos caracterizar básicamente a la década del 60. Ella se ha distinguido por:

1. Un aumento considerable de excavaciones, en su gran mayoría de tumbas y cementerios.
2. Análisis de una gran cantidad de restos pertenecientes a los ajuares de las tumbas (funebria); restos, por lo tanto, selectivos.
3. Análisis descriptivos especialmente de la alfarería con la que se organizan culturas, fases y períodos.
4. Análisis de otros rasgos culturales selectivos que generalmente acompañan a las descripciones ceramológicas o que se hacen independientemente.

Como contraste con lo descrito más arriba podemos señalar que en la década del 60:

1. No se hacen descripciones de los diferentes restos culturales de uso diario, no selectivos.
  2. No se hacen, en su gran mayoría, excavaciones de asentamientos.
- Ahora bien, en relación con la influencia y/o presencia de Tiwanaku en el norte de Chile señalemos que:

---

<sup>228</sup> L. Núñez: "Influencia de Tiahuanaco en la talla en madera del norte de Chile".

1. El tratamiento de Tiwanaku no se ha hecho como objeto principal de investigaciones de campo, de análisis y de explicaciones.

2. Se concluye de lo anterior que sólo hay referencias a Tiwanaku de manera secundaria. Cuando surgen restos culturales de "estilo" o de "tipo" Tiwanaku, entonces los arqueólogos se refieren a ellos y tratan, en unas cortas páginas de explicar el fenómeno Tiwanaku.

Adentrándonos en el tratamiento parcial que se ha hecho del tema, se observa en la década del 70, para explicar la presencia de Tiwanaku en Arica, el uso del modelo de Murra (control vertical del máximo de pisos ecológicos) tal como lo hemos escrito al recordar la polémica Lumbreras-Dauelsberg de 1972.

Para San Pedro se ha preferido hablar de una influencia de tipo cúltico-religioso. Incluso Ponce Sanginés<sup>229</sup>, que rechaza con energía la interpretación de Dorothy Menzel, escribe: "Digno de anotar que en los sitios de San Pedro de Atacama se capta el influjo clásico en artefactos ceremoniales y no en los de uso diario".

En una tesis universitaria<sup>230</sup> se han señalado los aspectos diferenciales de esta influencia en Arica y en San Pedro de Atacama, que se prueban "por las desiguales bases culturales que recepcionan dicha influencia... y por la distinta naturaleza que adopta el fenómeno Tiwanaku en el norte de Chile (colonización Tiwanaku en Arica); influencia religiosa en San Pedro de Atacama".

No faltan, sin embargo, posiciones completamente diferentes<sup>231</sup> que señalan la poca importancia de la influencia de Tiwanaku en San Pedro de Atacama. Ellas insisten en la antigua idea de Uhle, algo modificada en Latcham, de magnificar el valor de la cultura atacameña en el origen Tiwanaku. Así, más que interesarse por la influencia de Tiwanaku en San Pedro de Atacama, se prefiere investigar la influencia de San Pedro de Atacama en Tiwanaku.

Le Paige (1977), en un folleto que presenta una exposición artística de "tabletas de rapé", escribió: "Creo que Tiahuanaco fue un centro "receptor" de las distintas culturas periféricas. Fundió el aporte que cada una tributó y, una vez elevado al más alto desarrollo, se invirtió el flujo, regresando a los mismos centros de origen, en los que cada uno lo

<sup>229</sup> Ponce Sanginés: "Tiwanaku: espacio, tiempo, cultura". 1972.

<sup>230</sup> J. Berenguer: "Aspectos diferenciales de la Influencia Tiwanaku en Chile". 1975.

<sup>231</sup> Gustavo Le Paige: "San Pedro de Atacama y su zona: 14 temas". 1965.

modificó según su personal interpretación o sentido del arte...". "La iconografía de algunas tabletas para rapé del Museo de San Pedro de Atacama se nos presentan como una anticipación o preparación del tema cumbre que está hoy en la "Puerta del Sol de Tiahuanaco". Se concluye así que la Puerta del Sol y la Cultura de Tiahuanaco son la culminación o el resultado de siglos de desarrollo de culturas periféricas que cristalizaron en lo que hoy vemos en Tiahuanaco".

A su vez, George Serracino ("Tiwanaku desde San Pedro de Atacama")<sup>232</sup> con bastante flexibilidad ha dicho, por una parte, que "el porcentaje mínimo de Tiwanaku indica claramente que San Pedro no ha sido originario del estilo Tiwanaku", pero también ha escrito que "es San Pedro que aporta a Tiwanaku en primera instancia y después es Tiwanaku que enseña a los atacameños sus conceptos y estilo artístico".

Con relación a Arica, en donde el modelo de Murra campea, también se ha escrito bastante, otorgándosele a Tiwanaku una importancia exagerada. Hasta fines de 1960 incluso se prefirió hablar "del agro-alfarero a partir de Tiahuanaco" o se escribió que parecía ser que la cultura Tiahuanaco introducía en forma clara la agricultura<sup>233</sup>.

En 1971, en comunicación leída en el VI Congreso de Arqueología de Santiago, Focacci y Erices señalaron la presencia en Azapa 70 de una "Agricultura incipiente" (Alto Ramírez). Sin embargo algunos restos culturales rescatados fueron situados como contemporáneos a un fenómeno de "Culturización tiahuanacoida Altiplánica".

En cambio M. Rivera en 1976,<sup>234</sup> señaló que la fase Alto Ramírez debe ser relacionada más propiamente al desarrollo Pre-Tiwanaku III que al Tiwanaku IV y V como lo pensaban Focacci y Erices.

Tampoco en el uso de teorías que pretenden explicar cómo se produjo el contacto, se ha avanzado demasiado. Aunque algunos autores<sup>235</sup> aspiran entregar "un planteamiento que coincida la data empírica con

<sup>232</sup> En "Estudios Arqueológicos", N° 5. Universidad de Chile, Sede Antofagasta, 1980.

<sup>233</sup> L. Alvarez: "Actas del V Congreso de La Serena", pág. 31. 1969.

<sup>234</sup> M. Rivera: "Nuevos aportes sobre el desarrollo cultural altiplánico en los valles bajos del extremo norte de Chile, durante el período intermedio temprano", pág. 76; en "Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige, S. J.". Universidad del Norte, Chile, 1976.

<sup>235</sup> Véase en Estudios Arqueológicos N° 5, ob. cit., trabajo de José Berenguer, Victoria Castro y Osvaldo Silva. "Reflexiones acerca de la presencia de Tiwanaku en el norte de Chile".

la abstracción teórica”, sólo se logra enfatizar lo sabido para Arica desde hace muchos años atrás y en el caso de San Pedro se recomienda el uso de la teoría de “esfera de interacción”, sin entregar los datos suficientes que permitan el manejo de los conceptos de Cadwell.

De todos modos es indiscutible que éste y otros trabajos están enfatizando una tendencia a la teorización, que podría ser valiosa siempre que no se aparte de la necesaria contrastación empírica que exige la ciencia arqueológica.

Resumiendo:

1. Se ha manejado en los últimos años, una gran cantidad de datos provenientes del análisis de restos culturales rescatados de tumbas y cementerios.

2. Se han descrito rasgos culturales aislados, pensando que la suma de ellos permitiría reconstruir la cultura estudiada (concepto de cultura normativa).

3. Cuando ciertos restos culturales, por su técnica, diseño y configuración, pueden ser relacionados con restos Tiwanaku hechos en el sitio tipo altiplánico, se aborda la temática Tiwanaku, independientemente de que el objeto de la investigación haya sido otro.

4. Se mantienen ciertas ideas e interpretaciones de los tiempos de Uhle y Latcham, con modificaciones formales, algunas de las cuales constituyen un verdadero bloqueo científico para el tratamiento objetivo de los contactos altiplánicos con las culturas del norte de Chile. Por otra parte, se desconocen datos e ideas de estos arqueólogos, que habrían ayudado a avanzar en la solución de los problemas investigados.

## **6.2 El uso de Teorías**

Aunque parezca una paradoja, en nuestro presente aún no se maneja una investigación dirigida expresamente a resolver la problemática Tiwanaku, haciendo uso de teorías explicativas que puedan ser contrastadas en nuestros yacimientos y museos nacionales. En un período que se enorgullece por sus avances metodológicos y teóricos no hemos podido ser consecuentes con ellos.

Por esta razón, y por tantas otras que se han escrito en las páginas anteriores, recomendamos por una parte volver siempre la mirada hacia

atrás, hacia nuestros clásicos de la Prehistoria y la Etnología. Ellos muchas veces, sin el tecnicismo nuestro, calaron profundamente en los problemas que aún nos inquietan.

Sin ellos es imposible avanzar en la solución de las grandes incógnitas arqueológicas. Con ellos, incluso superándolos en todo lo que es necesario y científico, la Arqueología chilena será una disciplina cada vez más rigurosa.

Sin lugar a dudas, los clásicos de la Arqueología fueron mucho más que nosotros, hombres de su tiempo, fieles exponentes de las concepciones científicas de su época. Nosotros, a comienzos de la década de 1980, aún no podemos hacer uso de todos los métodos y teorías que las diferentes disciplinas sociales y exactas nos ofrecen desde hace años. El ejemplo que hemos ofrecido (la problemática de Tiwanaku) habla por sí solo.

Nos queda a nosotros ser dignos continuadores de ellos, haciendo uso de nuevos conceptos y de nuevos métodos y técnicas. Los actuales arqueólogos chilenos, siguiendo la senda trazada por Uhle, Latcham y tantos otros, deberán, a cien años del nacimiento de los estudios arqueológicos en Chile, esforzarse por investigar tanto los antiguos problemas de nuestra Prehistoria como los más recientes. En el caso concreto de la presencia de Tiwanaku en el norte de Chile, debemos tener claro que una sola teoría no basta para dar cuenta de todos los hechos conocidos, ni menos de los que se conocerán en el futuro.

Deberemos estudiar rigurosamente los actuales datos que existen en las grandes colecciones de los museos del Norte de Chile, producto de las excavaciones de tantos arqueólogos; tendremos que exponer los contextos culturales, las asociaciones, señalar los porcentajes y otros datos cuantitativos, excavar mucho, sobre todo en sitios habitacionales, y trabajar hipótesis y teorías sencillas bien apoyadas en hechos, y, en lo posible, que recojan el legado conceptual de otras teorías.

A propósito de conceptos y teorías sencillas que deben ser usados para enfrentarse al hecho de que artefactos y complejos de artefactos, pertenecientes a culturas de las regiones del norte de Chile, se vinculan directa o indirectamente con restos pertenecientes a la civilización Tiwanaku, situada en el altiplano boliviano, hay que señalar como base teórica lo siguiente. Pertenece a la visión antropológica la afirmación de que la cultura se desarrolla a partir de la acumulación de descubrimientos e invenciones. La contemplación de la historia de las socieda-

des y culturas del pasado nos hace pensar que las invenciones o actos creativos en los tiempos prehistóricos e incluso en gran parte de los tiempos históricos, son productos de cambios pequeños y son raros hasta tiempos recientes. Las ideas, los artefactos y las instituciones se desarrollaron gradualmente como consecuencia de las contribuciones realizadas por muchos hombres, por muchas sociedades, a lo largo de un considerable período de tiempo.

Hay que enfatizar que las sociedades humanas, en su gran mayoría, han inventado muy poco. El inventario de los rasgos propios de cualquiera cultura revela más elementos incorporados que inventados independientemente. Los cambios, las innovaciones son, así, debidas a la difusión de rasgos culturales.

Nos parece que uno de los principios alcanzados por la Antropología expresa que, cuando un complejo determinado de rasgos culturales aparece en dos o más culturas contiguas, la probabilidad de la difusión es elevada.

La teoría de la Difusión señala que el proceso de entrega de rasgos culturales de una sociedad a otra no es sencillo ni menos lineal. No se trata, pues, de que una civilización, como Tiwanaku, pone una idea, o un conjunto de artefactos, la traspasa o entrega a una cultura vecina, como San Pedro. Todo rasgo o complejo de rasgos en vías de difusión, al desplazarse de una a otra sociedad, debe pasar por la prueba de su aceptación por parte de la cultura del pueblo que lo recibe. En el caso de ser aceptado es muy probable que sea modificado, reelaborado, tanto en su forma, como en su significado, función y en su empleo.

Generalmente, ningún pueblo, sociedad o cultura, incorpora un rasgo extranjero sin modificarlo en cierto grado. Las alteraciones a que nos referimos pueden ejemplificarse muy bien en los artefactos que forman parte de la llamada cultura material. Sin embargo, si las presiones que alteran los préstamos son muy grandes en los instrumentos, no siempre ocurre lo mismo con las ideas, con las creencias. Así, éstas e incluso los objetos que se refieren o son explicados por ellas, ejemplifican mejor el fenómeno de difusión.

Cuando se piensa en una cultura tan bien definida como la de San Pedro de Atacama, con diferentes fases y una profunda historia (1000 A.C. — 1540 D.C.), que recibió préstamos culturales de diferentes sociedades situadas en regiones aledañas, como lo demuestran sus contextos culturales provenientes de tumbas, se está de acuerdo con la afirmación

de tantos antropólogos cuando sostienen que las culturas se desarrollan más debido a la fecundación cruzada y a la difusión, que en el aislamiento mediante la invención independiente.

Participamos también de la idea antropológica de que no existe ningún medio más seguro de impedir el desarrollo de una cultura que tratando de conservarla pura. San Pedro de Atacama, como región y cultura, situada entre desiertos y montañas, no permaneció —sin embargo— aislada y, por tanto, no se estancó. Pero esta misma especial situación geográfica impidió el contacto cultural excesivo, que es peligroso y puede terminar en la pérdida de la identidad de la sociedad que recibe los préstamos, sobre todo si ésta es la más débil.

Así, la comprensión adecuada del concepto, y más que eso, de la teoría de la Difusión puede ayudar a colocar en un marco referencial amplio la investigación de la presencia de rasgos Tiwanaku en el norte de Chile, eliminando las exageradas posturas teóricas de unos y otros investigadores, que hemos recordado más arriba, y que conducen a considerar a Tiwanaku como la explicación de todos los cambios más significativos ocurridos en las culturas del norte de Chile, o a estimar que la cultura San Pedro fecundó y entregó los elementos básicos del desarrollo civilizador Tiwanaku. Por lo demás, los hechos muestran que ni una ni otra posición teóricas son posible de sostenerse científicamente.

Estamos conscientes de que la consideración de algunos conceptos generales, tales como los abordados, no agotan de ninguna manera, el tema teórico que desarrollamos.

Son varios los intentos hechos por los arqueólogos, especialmente en el norte de Chile, para explicar la evolución cultural de las sociedades que habitaron en el norte árido hace miles de años. En la actualidad estas teorías están siendo analizadas y discutidas<sup>236</sup>. Lo importante es que se hacen esfuerzos intelectuales por comprender la historia más antigua de las culturas prehispánicas, mucho más allá de sus particulares desarrollos, incorporándolos a procesos de cambios más extensos de tipo areal. Ahora bien, este esfuerzo es característico de la arqueología que se ha hecho en Chile desde comienzos del siglo, siendo Uhle, Latcham y Oyarzún ejemplos de esta tendencia americanista de enfocar los acontecimientos arqueológicos nacionales.

---

<sup>236</sup> Véase por ejemplo el libro de M. Rivera (1980), ya citado, en donde se crítica el modelo de Núñez y Dillehay de "movilidad giratoria" en los Andes Meridionales.

Más que todo, la relación creciente que se investiga entre la fase temprana del desarrollo agro-alfarero del norte de Chile con las fases tempranas del área altiplánica del Titicaca (llamada también "Circum Titikaka") es novedosa, en el presente, por las nuevas fechas apoyadas en los métodos radioactivos y por la profundización de los comienzos de la evolución de las culturas agrarias. En este nuevo enfoque se insiste mucho en el valor del área altiplánica para conocer cómo surgieron los nuevos rasgos socio-económicos en el norte hace más de 2.500 años, es decir, la vida aldeana, la economía agrícola fundamentada en el maíz, el uso de la metalurgia, prácticas de enterramientos en túmulos, presencia de la cerámica, industria textil desarrollada, etc. Así, la situación, siendo diferente a lo expuesto hace varias décadas atrás, muestra una relación de continuidad. Por supuesto que en la actualidad hay nuevos datos y un esquema teórico más ambicioso que insiste en el uso del modelo andino de sociedad para explicar el proceso cultural pasado. Este modelo, que pretende representar la actual realidad social-económica y cultural andina, es aplicado también al pasado, postulando una relación de continuidad entre sociedades de hace dos o tres mil años y las actuales.

La utilización de modelos etno-históricos es otra de las características de la Arqueología del Norte de Chile, que la hace deudora de las tendencias teóricas de la Arqueología Universal y, concretamente, de los trabajos de Uhle y Litcham.

Cuando los actuales arqueólogos chilenos discuten sobre el valor de un marco teórico ("Modelo de sociedad andina apoyado en el concepto de complementariedad", "Modelo de movilidad giratoria"; "Modelo de verticalidad", etc.) están esforzándose por explicar el funcionamiento de las sociedades y culturas de diferentes períodos haciendo, a veces, uso de una información aún insuficiente. Se trazan grandes líneas interpretativas sin contar con toda la información arqueológica, intentando englobar algunas áreas de desarrollo que no aparecen claramente vinculados.

Concretamente en el problema *Tiwanaku*, la investigación actual insiste, tal como lo hemos escrito más arriba, en el valor del desarrollo Temprano o Formativo de las culturas situadas en los alrededores del lago Titicaca. Para Arica se organiza una fase o período que presenta claras vinculaciones con culturas formativas altiplánicas, insistiéndose, incluso, en el carácter fundamental del aporte altiplánico. A esto se

agrega que esta relación no sólo es económica, sino que influye en todo el sistema de la sociedad temprana que ocupa los valles transversales del extremo norte chileno (Lluta-Azapa, Camarones). Cronológicamente, este desarrollo temprano cultural comenzará hacia el 1000 A.C. y terminaría con la llegada de una nueva oleada altiplánica, étnica y cultural, la que corresponde a la Civilización Tiwanaku (400 D.C.).

Las sociedades altiplánicas con fines económicos muy precisos (obtener complementos de productividad) colonizan la vertiente Pacífico-andina desde el 500 A.C. hacia adelante, produciéndose en tiempos de Tiwanaku (hacia el 400-900 D.C.) un reforzamiento de esta explotación económica.

¿Ocurrió esto mismo en el área de San Pedro de Atacama?

Desde los tiempos de los clásicos de la arqueología chilena se ha insistido en la diferencia de las influencias altiplánicas para las culturas de la costa y del interior; basta releer lo que hemos escrito anteriormente para no dudar de esta interpretación acertada que ha sido reforzada en las últimas décadas insistiendo en las diferencias que habría tomado la difusión Tiwanaku en Arica y en San Pedro. Sin embargo, nos parece, también, observar un nuevo esfuerzo por eliminar las diferencias de desarrollo entre las áreas de Arica y San Pedro.

Se pretende crear para todo el norte árido de Chile una fase temprana de desarrollo, fuertemente vinculada con las sociedades altiplánicas, que incluso encontraría sus rasgos característicos en los yacimientos de Arica y sus zonas aledañas, y no en otras regiones, como, por ejemplo, en San Pedro de Atacama o en la región del río Salado.

El desarrollo socio-cultural de San Pedro de Atacama es bastante rico y complejo. Desde comienzos de la década de 1960 diferentes arqueólogos, entre los que nos contamos, han trabajado en la arqueología de la región, alcanzando un modelo de interpretación histórica (cronológica y periodológica) bastante simple, que año tras año es enriquecido con nuevos datos e hipótesis interpretativas.

La cultura San Pedro (o "Atacameña" como gustan decir algunos) tiene también una fase temprana de desarrollo que está caracterizada por sus rasgos locales y también por otros rasgos altiplánicos y transandinos. Se presenta en esta fase evolutiva una situación diferente a la que ocurre en la fase temprana "Alto Ramírez" (de Arica); puede que concurren algunos rasgos comunes entre un área y otra, pero no son lo suficientemente significativos para crear una vinculación de identidad.

De todos modos, los rasgos altiplánicos tempranos que se encuentran en San Pedro de Atacama y en Toconao muestran relaciones bastante antiguas entre una y otra área, tan antiguas como el 580 A.C. Esta fecha no debe sorprender, puesto que sitúa en el pasado a una tumba del Cementerio de Toconao Oriente, que contenía cerámica de color rojo y gris pulida. La presencia de cerámica gris y negra pulida se ha encontrado también en otros yacimientos del norte de Chile, concretamente en el alero de Toconao, excavado por nosotros entre 1968-1970, en donde la alfarería temprana estaba asociada con artefactos líticos propios de cazadores avanzados.

Así, no nos cabe la menor duda de que es posible visualizar una relación con el altiplano boliviano, en donde un hito importante es el sector de Toconao, entre los años 1000 y 500 A.C. (e incluso antes).

De acuerdo a los nuevos datos y al uso de nuevas teorías, la investigación de Tiwanaku se organiza en un contexto más amplio, en el que algunas de las preguntas fundamentales apuntan al conocimiento de los tipos de desarrollo socio-cultural que hicieron posible la futura civilización de Tiwanaku.

Es indudable que San Pedro posee una antigüedad tan profunda como la que corresponde a las áreas aledañas de Arica, de Titicaca, y del norte argentino. Sin embargo lo anterior no significa otorgarle a San Pedro un papel formativo en el desarrollo civilizador altiplánico. Por todo lo que sabemos de San Pedro y de sus alrededores, parece más científico considerarla una cultura regional, producto de un proceso de cambios graduales ocurridos en sociedades de economías mixtas (recolectores, domesticadores de animales; cazadores muy avanzados) que fueron deudores de algunos rasgos formativos altiplánicos e incluso provenientes del norte argentino. Las fases tempranas, medias y tardías de la Cultura San Pedro, con todas las caracterizaciones y subdivisiones que aconsejen los estudios arqueológicos, deben situarse provisoriamente entre el 1000 A.C. y el contacto español a mediados del siglo XVI D.C.

Los primeros siglos del desarrollo de esta cultura de agricultores, alfareros y pastores son propios del habitat, del medio ambiente natural, con relaciones interesantes y altamente estimulantes del mundo formativo altiplánico.

El nombre de "temprano" para la primera etapa de la Cultura San Pedro nos conduce a otro tema discutido por los actuales arqueólogos, que es un tema típicamente arqueológico: creemos encontrar en la ar-

queología nacional un insistente programa científico de construir columnas cronológicas, bien fundadas en los datos del C14. Estos esfuerzos se relacionan con los de construir períodos culturales, en donde ellos sean probatorios de una realidad socio-cultural y económica de tipo areal, que explique las distintas evoluciones particulares.

Sin embargo en los esfuerzos teóricos de periodificar y cronologizar, tan apreciados por Uhle y Latcham, encontramos que en algunos autores se deslizan conceptos no bien explicados, tales como "Temprano", "Inicial", "Intermedios", "Paleo indio", etc. Y esta situación nos conduce a una de nuestras últimas reflexiones. La arqueología del norte de Chile, la que tiene más experiencia, mayor cantidad de cultores, la que ha construido importantes museos, y la que ha reunido un importante número de artículos, monografías y libros que expresan hipótesis y teorías, cada vez más abundantes y complejas, exige, por todo lo anterior, una rigurosidad terminológica, un constante análisis conceptual, y, sobre todo, la generosidad de aceptar críticas y discusiones amplias, en donde todos los investigadores nacionales, que trabajan y piensan la realidad cultural prehispánica, puedan intervenir.

A esta altura de los tiempos, con más de cien años de investigaciones relacionadas con el pasado más antiguo de nuestro país, la mirada de los investigadores debería dirigirse a enriquecer una ciencia cuyos objetivos bien precisos, el conocimiento científico del pasado socio-cultural de las diferentes sociedades que humanizaron el paisaje, se lograrían por la acción metodológica y teórica de muchas otras ciencias, que están relacionadas con la Arqueología Prehistórica, de la misma manera como en 1882 José Toribio Medina exigió un conocimiento sistemático de nuestro pasado a partir de diferentes disciplinas.

## BIBLIOGRAFIA

Sólo se citan los libros, artículos, reseñas, etc. que se relacionan con la historia de la Prehistoria de Chile, que se refieren en especial a un investigador, o que tienen carácter bibliográfico especializado.

Las demás obras consultadas han sido debidamente identificadas en las páginas anteriores.

1. LUIS ALVAREZ (1974) "Homenaje a Max Uhle. Antecedentes sobre su primera comunicación pública de los Aborígenes de Arica", 'Chungará' Nº 3, Arica.
2. JOSE BERENGUER (1978) "La problemática Tiwanaku en Chile" visión retrospectiva. Revista Chilena de Antropología Nº 1, Stgo.
3. BERDICHEWSKY BERNARDO (1980) "Situación y problemática de la Antropología en Chile"; América Indígena Vol XL, Nº 2, México.
4. GUILLERMO FELIU CRUZ (1969) "Ricardo E. Latcham (1869-1943). La Bibliografía de las ciencias antropológicas". Ed. Bibliógrafos chilenos, Stgo.
5. GUILLERMO FELIU CRUZ (1969) "El padre Martín Gusinde y su labor científica en Chile"; apartado de la revista 'Historia' Nº 8, Stgo.

6. HUMBERTO FUENZALIDA (1944) "Don Ricardo E. Latcham. Recuerdos y Referencias"; Revista Chilena de Historia y Geografía, Nº 104, Stgo.
7. HUMBERTO FUENZALIDA (1963) "Don Ricardo E. Latcham y el ambiente científico de Chile a comienzos de siglo"; Noticiario mensual del Museo Nacional de Historia Natural, año XIII, Nº 87-88, Stgo.
8. MARTIN GUSINDE (1916) "El Museo de Etnología Antropología de Chile"; Revista Chilena de Historia y Geografía, T. XIX, Nº 23, Stgo.
9. ELOY LINARES MALAGA (1964) "El Antropólogo alemán Friedrich Max Uhle, padre de la arqueología andina", Lima.
10. RICARDO E. LATCHAM (1914) "Bibliografía chilena de Antropología y Etnología"; Revista de Bibliografía chilena y extranjera; año II, Nº 1-2, Stgo.
11. RICARDO E. LATCHAM (1915) "Bibliografía chilena de las ciencias antropológicas"; Revista Chilena de Bibliografía, Primera Serie, Año III, Nº 6, Stgo.
12. RICARDO E. LATCHAM (1915) "Bibliografía chilena de las ciencias antropológicas"; Revista de Bibliografía chilena y extranjera, Segunda Serie, Año III, Nº 7, Stgo.
13. RICARDO E. LATCHAM (1923) "Los Aborígenes de Chile por José Toribio Medina"; Revista Chilena de Historia y Geografía, Tomo XLVII, Nº 51, Año XII, Stgo.

14. GUALTERIO LOOSER (1931) "Los Aborígenes de Chile de don José Toribio Medina"; extracto de la Revista Chilena de Historia Natural, Nº 31, Año XXXV, Stgo.
15. GUALTERIO LOOSER (1947) "El doctor don Aureliano Oyarzún, antropólogo y naturalista"; Imprenta Universitaria, Stgo.
16. GUALTERIO LOOSER (1949) "Biografías y bibliografías de naturalistas y antropólogos, principalmente de Chile, publicadas por don Carlos E. Porter"; Imprenta Universitaria, Stgo.
17. GUALTERIO LOOSER (1955) "Esbozo de los estudios sobre los indios de Chile"; Imprenta Universitaria, Stgo.
18. JULIO MONTANE (1965) "Bibliografía Selectiva de Antropología Chilena"; Museo de La Serena, La Serena.
19. JULIO MONTANE (1972) "Apuntes para un análisis de la Arqueología Chilena"; Revista Rehue, Nº 4, Universidad de Concepción, Concepción.
20. GRETE MOSTNY (1964) "Epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros arqueólogos e historiadores"; Fondo histórico y bibliográfico José Toribio Medina, Stgo.
21. GRETE MOSTNY (1967) "Ricardo E. Latcham. Su vida y su obra"; Boletín del Museo Nacional de Historia Natural, Tomo XXX, Stgo.
22. H. NIEMEYER Y V. SCHIAPPACASSE (1964) "Homenaje a F. Fonck", en 'Arqueología de Chile central y áreas vecinas'; Viña del Mar.

23. MARIO ORELLANA R.  
(1960) "Algunos estudios arqueológicos realizados en Chile y el problema del paleolítico americano"; Anales de la Universidad de Chile, Nº 120, Stgo.
24. MARIO ORELLANA R.  
(1974) "Friedrich Max Uhle y la Prehistoria de Chile"; separata del 'Boletín de Prehistoria de Chile', Nº 7-8 (1974-1975), Stgo.
25. MARIO ORELLANA R.  
(1975) "Comienzos de la Ciencia Prehistórica en Chile"; separata de "Siete Estudios. Homenaje de la Facultad de Ciencias Humanas a Eugenio Pereira Salas"; Universidad de Chile, Stgo.
26. AURELIANO OYARZUN  
(1936) "Max Uhle"; Revista Chilena de Historia y Geografía, Tomo LXXX, Nº 88, Stgo.
27. EUGENIO PEREIRA S.  
(1963) "Don Ricardo Latcham y la Universidad"; Noticiero Mensual del Museo Nacional de Historia Natural; Año VIII, Nº 87-88, Stgo.
28. CARLOS E. PORTER (1911) "Bibliografía Chilena de Antropología y Etnología", en volumen XIV; trabajos de la III Sección del Cuarto Congreso Científico (1º Pan-Americano); Tomo II, Stgo.
29. MARIO RIVERA (1974) "Algunas notas sobre el aporte de Max Uhle al desarrollo de la arqueología de Arica; Revista Chungará, Nº 3, Universidad del Norte, Arica.
30. MARIO RIVERA (1980) "Temas Antropológicos del Norte de Chile"; Universidad de Chile, Antofagasta.

31. JOHN ROWE (1954) "Max Uhle (1856-1944). A memoir of the father of Peruvian Archaeology"; University of California; publications in *American Archaeology and Ethnology*, XLVI, Nº 1, Berkeley.
32. FEDERICO SCHWAB (1936) "Max Uhle y la Arqueología Peruana"; *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo LXXX, Nº 88, Stgo.
33. CARLOS THOMAS W. (1977) "Revisión crítica de la Arqueología Chilena entre 1960 y 1970. Aspectos Teóricos-Metodológicos". Tesis de Licenciatura, Universidad de Chile, Santiago.

La integración de los hechos del pasado, el conocimiento de las culturas más antiguas que se pierden casi en el olvido es, por sí sola, una buena razón para estudiar ese pasado prehistórico. Si a esto se agrega que ese pasado lejano llega hasta nosotros por intermedio de algunos grupos étnicos, de sus culturas, y se incorpora a nuestra "historia" de los últimos siglos, comenzamos a comprender la fuerza y el valor que tienen estas investigaciones. No sólo interesa lo que sucedió sino lo que sigue aconteciendo, no sólo importan las sociedades y culturas del ayer, sino cómo siguen actuando esas unidades sociales en los tiempos más recientes, y, en algunos casos, contemporáneamente a nosotros.

El libro de Mario Orellana Rodríguez,

**Investigaciones y Teorías en la Arqueología de Chile,** expone la historia de la ciencia arqueológica en Chile desde los primeros estudios de viajeros y científicos del siglo XIX hasta el presente.

Se insiste en el aporte de Barros Arana, Philippi, Medina, Uhle, Oyarzún y Latcham. Se relacionan algunas de sus investigaciones y teorías con las actuales a través de varios problemas entre los cuales sobresale la discusión del aporte de la Civilización Tiwanaku a las Culturas Prehispánicas del Norte de Chile.

